COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXXIV.

ANTOLÓGIA ESPAÑOLA.

COLECCION DE POESÍAS LÍRICAS

ORDENADA

POR

CAROLINA MICHAËLIS.

PRIMERA PARTE.

POETAS DE LOS SIGLOS XV—XVIII.



LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1875.

INDICE.

POETAS DEL SIGLO XVII.

POETAS DEL SIGLO XVIII.

POETAS DEL SIGLO XV.

JUAN II REY DE CASTILLA.

† 1454.

QUINTILLAS.

AL AMOR.

Amor, yo nunca pensé,
Que tan poderoso eras
Que podrias tener maneras
Para trastornar la fé,
Fasta agora que lo sé.

Pensaba que conocido
Te debiera yo tener,
Mas no pudiera creer
Que fueras tan mal sabido,
Fasta agora que lo sé.

Ni jamas no lo pensé,
Aunque poderoso eras,
Que podrias tener maneras
Para trastornar la fé,
Fasta agora que lo sé.

JUAN DE MENA.

† 1456.

DÉCIMAS A SU DAMA.

¡Guay de aquel hombre que mira
Vuestro gesto triste ó ledo
Si delante no se tira!
En él pone vuestra ira
No ménos amor que miedo.

La ira no conveniente
De fermosa face fea,
Mas vuestro gesto placiente,
Bien mirado por la gente,
Mas con saña vos arrea.

Yo vos he visto sañosa,
Yo vos he visto pagada,
Mas jamas fallé tal cosa
Por do ménos que fermosa
Vos faga ser alterada.
Tal me vos siempre mostrais,
Por mi ventura fadada,
Cual aunque no querais
Fuerza es que padezcais,
Desamando, ser amada.

Dudo que pueda el pesar
Vuestra gran beldad partir,
Ni que vos pueda parar
Ménos bella el gran llorar
Que fermosa el buen reir:
Ni calor mas la enciende,
Vuestra imágen estraña,
Ni frior mas la reprende,
Ni la noche la ofende,
Ni la mañana la daña.

Siempre sois en un estante,
Y jamas en una tema:
Siempre es vuestro semblante
En una forma constante,
No comuna mas extrema:
Como es norte firmeza
Sobre todas las estrellas,
Así vuestra gentileza
Nos es norte de belleza
Sobre cuantas nacen bellas.

Solamente con cantar
Diz que engaña la Serena,
Mas yo no puedo pensar
Cual manera de engañar
A vos no vos venga buena:
Ca vos me engañais riendo,
Y engañaisme llorando:
Engañaisme vos durmiendo,

Y mas me matais no os viendo
Que me penais en mirando.

Si ovierades ya seido,
Ficiera razon humana,
Segun el gesto garrido,
Vos ser madre de Cupido
Y gozar de la manzana:
Pues si Paris conociera
Que tan fermosa señora
Por nacer aun estuviera,
Para vos, si lo supiera,
La guardara fasta agora.

Cuanto mas bella se para
De las estrellas la luna,
Tanto vuestra linda cara
Se nos muestra perla clara
Sobre las fermosas una.
Cual el Fenix hizo Dios
En el mundo sola una ave,
Así quiso que entre nos
Solo tal fuesedes vos,
De fermosura la llave.

La vuestra clara presencia
A las presentes ausenta,
Y desface con prudencia
Cuanto saber y ciencia
Vivo seso representa:
Mas teneis otros errores,
O yo soy del todo loco,
Que de remediar amores
Segun muestran mis dolores
Vos sabeis, señora, poco.

Pues tales faciones tanto
Son en vos como perdidas,
Que si me echo ó me levanto,
En el mi terrible planto
Solo yo lloro dos vidas:
La mia porque se acabe
Pues que muere por amar,
La vuestra porque no sabe
De la bondad que le cabe,
Ni se quiere aprovechar.

Ya por Dios este pensar
No os traiga tan engañada,
Mas quered considerar
Que es deleite desear,
Cuanto mas ser deseada!
Aunque ramo por memoria
Vos dé Diana de palmas,
En haber de mí victoria
No habreis pena ni gloria,
Como en el limbo las almas.

Vos que desde que nacistes
Las beldades se consumen,
Vos que nacida fecistes
Ser envidiosas y tristes
Las que de bellas presumen:
Pues si flor de las hermosas
Quiere razon que vos llamen,
Síguense de aquí dos cosas,
Las damas que estén sañosas,
Los hombres que mas vos amen.

Pues si yo tanto vos quiero,
Vuestra gran beldad lo hace,
Que me fizo así guerrero
De un amor tan verdadero,
Que aunque me pesa me place.
Y he placer y dolor
Por haber de la tal guerra
Ordenado fé y amor:
Facédme pues vencedor
O metédme so la tierra.

Y vos súplico y vos ruego
Me libredes de esta pena,
Ca si muero en este fuego
No quizá fallareis luego
Cada dia un Juan de Mena.

IÑIGO LOPEZ DE MENDOZA.

MARQUES DE SANTILLANA.

† 1458.

SERRANILLA.

Moza tan fermosa
Non ví en la frontera
Como una vaquera
De la Finojosa.

Faciendo la via
De Calatreveño
A Santa María,
Vencido del sueño,
Por tierra fragosa
Perdí la carrera,
Do ví la vaquera
De la Finojosa.

En un verde prado
De rosas é flores,
Guardando ganado
Con otros pastores,
La ví tan graciosa
Que apenas creyera
Que fuese vaquera
De la Finojosa.

Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan fermosas
Nin de tal manera.
Fablando sin glosa,
Si ántes supiera
Daquella vaquera
De la Finojosa,

Non tanto mirara
Su mucha beldad,
Porque me dejara
En mi libertad.
Mas dije: «donosa,
(Por saber quien era)
¿Donde es la vaquera
De la Finojosa?»

Bien como riendo,
Dijo: «Bien vengades,
Que ya bien entiendo
Lo que demandades:
Non es deseosa
De amar nin lo espera,
Aquesa vaquera
De la Finojosa.»

SONETO.

No en palabras los ánimos gentiles,
No en amenazas, ni en semblantes fieros
Se muestran altos, fuertes e viriles,
Bravos, audaces, duros, temederos.
Sean los actos non punto civiles
Mas virtuosos e de caballeros,
E dejemos las armas feminiles,
Abominables á todos guerreros.
Si los Cipiones e Decios lidiaron
Por el bien de la patria, ciertamente
Non es duda, magüer que non hablaron,
O si Metelo se mostró valiente,
Pues loaremos los que bien obraron
E dejaremos el hablar nociente.

FERNAN PEREZ DE GUZMAN.

Floreció por los años de 1470.

PROVERBIOS.

A la peticion honesta
Si te basta el poder,
Callando con obra presta
Deves luego responder.

Es virtud e muy loable
La justicia ejercitar,
Mas de natura amigable
Non ménos el perdonar.

El que nunca fué regido,
Nunca bien sabrá regir;
El que supo bien servir
El se sabrá ser servido.

Si te sientes trabajado
De pobreza, nunca cates
Al muy rico e abundado
Porque á tí mismo non mates.

Mira el que ménos ha
E mas que tú merecia,
Que en esto se aliviará
Tu trabajo e cesaria.

Si la bondad se vendiese,
Yo dudo que se fallase
Quien en precio la pusiese,
Cuanto mas quien la comprase.

Es amarga mas que fiel
La justicia á los viciosos,
Pero dulce mas que miel
A los nobles virtuosos.

RODRIGO COTA.

Floreció por los años de 1470.

CANTARCILLOS.

I.

Vista ciega, luz oscura,
Gloria triste, vida muerta,
Ventura de desventura,
Lloro alegre, risa incierta:
Hiel sabrosa, dulce agrura,
Paz con ira y saña presta
Es amor, con vestidura
De gloria que pena cuesta.

II.

Dulces árboles sombrosos,
Humilláos cuando veais
Aquellos ojos graciosos
Del que tanto deseais:
Estrellas que relumbrais,
Norte y lucero del dia
¿Porqué no le despertais
Si aun duerme mi alegría?

Calandria y ruiseñores
Que cantais al alborada,
Llevad nueva á mis amores
Como espero aquí asentada.
La media noche es pasada
Y no viene,
Sabedme si otra amada
Lo detiene.

JORGE MANRIQUE.

† 1479.

COPLAS.

Sacadas de su cancion á la muerte de su padre.

I.

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en el mar,
Que es el morir;
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar
Y consumir.
Allí los rios caudales,
Allí los rios medianos
Y mas chicos
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos
Y los ricos.

II.

Los placeres y dulzores
De esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada
En que caemos?
No mirando á nuestro daño
Corremos á rienda suelta
Sin parar:
¡Desque vemos el engaño
Y queremos dar la vuelta,
No hay lugar!

III.

Si fuese en nuestro poder
Tornar la cara hermosa
Corporal,
Como podemos hacer
El ánima gloriosa
Angelical:
Qué diligencia tan viva
Tuviéramos cada hora
Y tan presta,
En componer la cautiva,
Dejándonos la señora
Descompuesta!

IV. V.

O mundo pues que nos matas,
Fuera la vida que diste
Toda vida!
Mas segun acá nos tratas
Lo mejor y ménos triste
Es la partida.
Es tu vida tan cubierta
De tristezas, de dolores
Muy poblada,
De los bienes tan desierta,
De placeres y dulzores
Despojada.
Es tu comienzo lloroso,
Tu salida siempre amarga
Y nunca buena,
Lo de en medio trabajoso,
Y á quien das vida mas larga,
Das mas pena.
Hanse tus bienes gimiendo,
Y con sudor son habidos
Los que das.
Los males vienen corriendo,
Y despues de ya venidos
Duran mas.

ESPARSAS.

I.

Quien no estuviere en presencia,
No tenga fé ni confianza,
Pues son olvido y mudanza
Las condiciones de ausencia.

Quien quisiere ser amado
Trabaje por ser presente,
Que cuan presto fuere ausente
Tan presto será olvidado:
Y pierda toda esperanza
Quien no estuviere en presencia,
Pues son olvido y mudanza
Las condiciones de ausencia.

II.

Yo callé males sufriendo,
Y sufrí penas callando,
Padecí no mereciendo,
Y merecí padeciendo
Los bienes que no demando.
Si el esfuerzo que he tenido
Para callar y sufrir
Tuviera para decir,
No sentiera mi vivir
Los dolores que he sentido.

III.

¡Qué gran aleve ficieron
Mis ojos y qué traicion!
Por una vista que os vieron
Venderos mi corazon.

Pues traicion tan conocida
Ya les placia hacer,
Vendieran mi triste vida
Y hubiera de ello placer:
Mas el mal que cometieron
No tiene excusacion,
¡Por una vista que os vieron
Venderos mi corazon!

¿QUE COSA ES AMOR?

Es amor fuerza tan fuerte
Que fuerza toda razon,
Una fuerza de tal suerte
Que todo seso convierte
En su fuerza y aficion:
Una porfía forzosa
Que no se puede vencer,
Cuya fuerza porfiosa
Hacemos mas poderosa
Queriendonos defender.

Es placer en que hay dolores,
Dolor en que hay alegría,
Un pesar en que hay dulzores,
Un esfuerzo en que hay temores,
Temor en que hay osadía:
Un placer en que hay enojos,
Una gloria en que hay pasion,
Una fé en que hay antojos,
Fuerza que hacen los ojos
Al seso y al corazon.

Es una cautividad
Sin parecer las prisiones,
Un robo de libertad,
Un forzar de voluntad
Donde no valen razones:
Una sospecha celosa
Causada por el querer,
Una rabia deseosa,
Que no sabe que es la cosa
Que desea tanto ver.

Es un modo de locura
Con las mudanzas que hace,
Una vez pone tristura,
Otra vez causa holgura,
Como lo quiere y le place:
Un deseo que al ausente
Trabaja, pena y fatiga,
Un recelo que al presente
Hace callar lo que siente,
Temiendo pena que diga.

Todas estas propiedades
Tiene el verdadero amor:
El falso mil falsedades,
Mil mentiras, mil maldades,
Como fingido traidor:
El toque para tocar
Cual amor es bien forjado
Es sufrir el desamar
Que no puede comportar
El falso sobre dorado.

GOMEZ MANRIQUE.

Muerto despues de 1482.

LA VIDA HUMANA.

¡O tu, amoroso hermano,
Nacido para morir,
Pues no lo puedes huir,
El tiempo de tu vivir
No lo despiendas en vano!
Que vicios, bienes y honores
Que procuras,
Pásanse como frescuras
De las flores.

En esta mar alterada
Por do todos navegamos,
Los deportes que pasamos
Si bien lo consideramos,
Duran çomo rociada.
O pues tú, hombre mortal,
Mira, mira,
Cuan presto la rueda gira
Mundanal!

Si de esto quieres ejemplos
Mira la gran Babilonia,
Tebas y Lacedemonia,
Y el gran pueblo de Sidonia,
Cuyas moradas y templos
Son tornados valladares
Deformados,
Y sus palacios dorados
Son solares.

Pues si pasas las historias
De los varones romanos,
De godos y persianos,
De los griegos y troyanos
Dignos de grandes memorias:
No hallarás al presente
Sino fama
Sin sustancia, como llama
Non ardiente.

E si quieres que mas cerca
Hable de nuestras regiones
Mira las persecuciones
Que hicieron á montones
En la su hermosa cerca:
En la cual aun hallarás
Grandes mellas:
¡Quiera Dios cerrando aquellas
No dar mas!

Que tu mismo viste muchos,
En estos tiempos pasados,
De grandísimos estados
Facilmente derrocados
Con pequeños aguaduchos:
Que el ventoso poderío
Temporal,
Es mucho feble metal
De vedrío.

Los bienes de la fortuna
No son durables de fecho:
Los amigos de provecho
Fallecen en el estrecho,
Como agua de la laguna:
Que si la causa ó respeto
Desfallece,
En ese punto perece
El efeto.

De los que van por las calles
En torno todo cercado,
Con ceremonias tratado,
No serás mas aguardado
Que cuanto tengas que dalles:
Pues los que por intereses
Te seguian,
Muy pronto te dejarian
Si cayeses.

Bien así como dejaron
Al pujante Condestable:
En él siendo variable
Esta fortuna mudable,
Muchos le desampararon:
Pues hacer debes con mando
Tales obras,
Que no temas las zozobras,
No mandando.

El alcalde cadañero
Atendiendo ser juzgado
Despues del año pasado,
En el juzgar es templado,
Ca teme lo venidero,
Pues si este tu poder
No es de juro,
Nunca duermas, no seguro
De caer.

En el tiempo que prestado
Aqueste poder tuvieres,
Afana cuanto pudieres
En aquello que hicieres,
Por ser de todos amado:
Que hallarás ser partido
Peligroso,
Aun al mucho poderoso
Ser temido,

Para lo cual los mayores
Han de ser muy acatados,
Los medianos bien tratados,
De los pobres escuchados
Con paciencia sus clamores:
Que si fatigas te siguen
Del oficio,
Los librantes no con vicio
Te persiguen.

A los que has de librar,
Líbralos de continente:
Los que no, graciosamente
Sin ira y sin accidente
Los debes de despachar:
Ni hagan en tus portales
Los porteros,
A bestias y á caballeros
Ser iguales.

De esta forma cobrarás
Mundana benevolencia:
Mas con mayor diligencia
De la divinal esencia
El favor procurarás;
Que en respeto del celeste
Consistorio,
Es un sueño transitorio
Lo terrestre.

Que los mas mas sublimados
Y temidos son temientes,
Y los en fuerza valientes
Y riquezas poseyentes,
Ya fueron de ellos menguados;
Que todas son emprestadas
Estas cosas,
Y no duran mas que rosas
Con heladas.

Por servir á Dios trabaja,
Echa codicias atras!
Que cuando te partirás
Del mundo, no llevarás
Sino solo la mortaja;
Pues nunca pierdas el sueño,
Por cobrar
Lo que tiene de finar
Con su dueño.

De esta trabajosa vida
De miserias toda llena,
En que reposo sin pena,
Ni jamas una hora buena
No puedes haber cumplida,
No es ál sino deseo
Su cimiento,
Su fin arrepentimiento
Y devaneo.

Pues si son perecederos
Y tan caducos y vanos
Los tales bienes mundanos,
Procura los soberanos
Para siempre duraderos:
Que so los grandes estados
Y riquezas,
Hartas hallarás tristezas
Y cuidados.

Que las vestiduras netas
Y ricamente bordadas,
Sabe que son enforradas
De congojas estremadas
Y de pasiones secretas:
Y con las tazas febridas
De Hefestiones,
Amargas tribulaciones
Son bebidas.

Mira los emperadores,
Los reyes y padres santos,
So los riquísimos mantos
Trabajos tienen atantos.
Como los caminadores;
Nada fies en los hombres
Que parecen,
Pues con sus vidas perecen
Sus renombres.

Que cuanto mayores tierras
Tienen y mas señorías,
Mas inmensas agonías
Sostienen noches y dias,
Con libranzas y con guerras;
Por lo cual con la corona
Altamente
El que dijo lo siguiente
Se razona:

«O joya de gran valía!
«Quien te bien considerase,
«Y tus trabajos pensase,
«Aunque en tierra te hallase
«Nunca te levantaria.»
Síguese que los imperios
Y reinados,
No son no desaforrados
De lacerios.

Pues mira los cardenales
Arzobispos y perlados,
No mas bien aventurados
Son ni ménos angustiados,
Que los simples menestriales;
Que sobre sus mantonadas
Mucho largas,
Traen grandísimas cargas
Y pesadas.

Los varones militantes,
Duques, condes y marqueses,
So los febridos arneses
Mas agros visten enveses,
Que los pobres mendigantes:
Ca por procurar honores
Y haciendas,
Inmensas tienen contiendas
Y temores.

Los favoridos privados
De estos príncipes potentes,
A los cuales van las gentes
Con servicios y presentes
Como piedras á tablados,
En sus sávanas de olanda
Mas suspiran,
Que los remantes que tiran
En la banda.

Que los bienes y favores
Que los tales siempre han,
No los llevan sin afan,
Pues comen el blanco pan
Con angustias y dolores:
Por privanza y señoría
No quisieron
Igualdad, ni consintieron
Compañía.

Pues los ricos oficiales
De las casas de los reyes,
Aunque grandes teneis greyes
No sin duda de estas leyes
Sois ajenos, mas parciales.
Probarlo quiero contigo,
Que serás,
Si la verdad me dirás,
Buen testigo.

Que hartos te vienen dias
De congojas tan sobradas,
Que las tus ricas moradas,
Por las chozas y ramadas
De los pobres trocarias;
Que so los techos pulidos
Y dorados,
Se dan los vuelcos mezclados
Con gemidos.

Si miras los mercadores
Que tratan ricos brocados,
No son ménos de cuidados
Que de joyas abastados,
Ellos y sus hacedores:
Pues no pueden reposar
Noche ninguna,
Recelando la fortuna
De la mar.

Basta que ningun estado
Hallarás tanto seguro,
Que no sea como muro
El cual por combate duro
Finca medio derrocado.
De los mundanos se entiende,
Tras los cuales
La vida de los mortales
Se despiende.

Mientras son navegadores
Por el mar tempestuoso
De este siglo trabajoso,
Jamas viven en reposo
Pobres ni grandes señores;
Que con esta son nacidos
Condicion,
De la cual ningunos son
Eximidos.

No tenga ninguno amor
Con las personas mortales,
Ni con bienes temporales,
Que mas presto que rosales
Dejan la fresca verdor;
Que no son sus merecimientos
Sino juego,
Ménos durable que fuego
De sarmientos.

No fundes pues tu morada
Sobre tan feble cimiento,
Mas elige con gran tiento
Otro firme fundamento
De sempiterna durada;
Que este mundo fallidero
Es sin duda,
Porque mas veces se muda
Que Febrero.

JUAN MANUEL DE PORTUGAL.

Floreció por los años de 1497.

CANCION.

Mi alma mala se para
Cerca está mi perdicion,
Porque están en division
La vergüenza de la cara
Y el dolor del corazon.

Amor me manda que diga,
Vergüenza la rienda tiene,
Amor me manda que siga,
Vergüenza que calle y pene:
Así que si no se ampara
De mí alguna razon,
Matarme han sin defension
La vergüenza de la cara
Y el dolor del corazon.

A SU DAMA.

Que yo cien bocas tuviese
Y la voz fuese de fierro,
Es imposible sin yerro,
Que mis angustias dijese:
Y mandaisme vos agora
Mi triste vida escribir,
Y no es posible, Señora,
En dos mil años decir
Lo que sufro cáda hora.

Mas que esto sea verdad,
Seguiré lo acostumbrado,
Que es hacer vuestro mandado
Y nunca mi voluntad:
Y pues de mi perdimiento
Sois verdadero testigo,
Vereis que de mi tormento
Mas de lo que puedo digo,
Y ménos de lo que siento.

Desque soy por mi fortuna
De vuestra vista apartado
Mi lecho hago laguna,
Llorándola demasiado:
Ni jamas cesan mis males
Ni mis acerbos dolores,
Tan grandes que no sé cuales
Se puedan decir mayores,
Aunque sean infernales.

Las noches mi sentimiento
De claras faz tenebrosas,
Y mi triste pensamiento
De pequeñas espaciosas:
Naquellas son memoradas
Las mis angustias crecidas,
Presentes como pasadas,
Por lo cual son mal dormidas,
Maguer sean bien lloradas.

¡O cuan bienaventurados
Son aquellos que gustaron
Del Leteo, pues quedaron
De sus fechos olvidados!
Mas ya yo no poderia
Querer tal buena ventura,
Ca maguer mi fantasía
Me da vida con tristura,
Sin ella no viviria.

Porque la pena presente
De algun pasado placer
Por grave que suele ser,
Algo me deja contente:
Mas este conocimiento
No me quita de pasion,
Antes crece mi tormento,
Sintiendo á mi perdicion
Cada hora mas aumento.

La vuestra forma excelente
Que mi memoria retiene,
Ante mis ojos viene
Como si fuese presente:
Y con esto, mi sentido
Y mi triste entendimiento
Me deja triste afligido,
Tan cercano de tormento
Cuan apartado de olvido.

Cada un dia imagino
Comó en aquel vos miré,
Y la hora determino
En que entónces vos hablé:
Y digo lo que á mi ver
Me parece que decia,
Y no os viendo responder,
Antes mi muerte quería
Que tal pena padecer.

Aquellos lugares todos
Do vos ví y no vos veo,
Por cien mil vias y modos
Cada dia los rodeo:
Y pues lloro en el lugar
Donde entónces me alegré,
Vos debeis imaginar
Que haré donde lloré!
Pues nada puedo olvidar.

Las sierras por do andámos,
Agora sin vos las ando,
Allí donde descansámos,
Allí muero suspirando:
Los verdes prados y rios
Es forzado que acrecienten
Tanto los dolores mios,
Que no sé como se cuenten
Y no diga desvaríos.

La música que solia
Mis cuidados amansar,
Agora multiplicar
Los ha fecho en demasía:
Si digo alguna cancion
Que dije en aquellos dias,
Es en tanta alteracion
Que no las lágrimas mias
Sufren disimulacion.

Para que yo escribiese
Enteramente mis daños,
Cumpliera que viviese
Grande multitud de años:
Mas es mi vida penosa
Para mis males sentir
En extremo copiosa,
Maguer corta por decir
Pena tan espaciosa.

POETAS QUE FLORECIERON ÁNTES DE 1511.

(Sacadas del Cancionero de 1511.)

VIZCONDE DE ALTAMIRA.

CANCIONES.

I.

Con dos cuidados guerreo
Que me dan pena y suspiro;
El uno cuando no os veo!
El otro cuando vos miro!
Mirándoos de amores, muero
Sin me poder remediar.
No os mirando, desespero
Por tornaros á mirar.
Lo uno crece el suspiro,
Lo otro causa deseo
Del que peno cuando os miro,
Y muero cuando no os veo.

II.

¿Donde estás que no te veo?
Que es de tí, esperanza mia?
Á mí que verte deseo,
Mil años se me hace un dia.
Mas tal es tu hermosura
Y tu tierna juventud
Que con tu gentil figura
Me hieres y das salud:
Conmigo mismo guerreo
Si desatarme podria,
Mas al fin cautivo creo
Quedar de tu señoría.

III.

Quien de amor libre se viere,
Entónces piense en que vive!
Pues la vida del que quiere,
Por mas que muerta se escrive.
El corazon libertado
Tiene vida con placer,
La que no puede tener
El triste que es sojuzgado.

Y por eso se apercibe
Quien quiera que bien quisiere
Que entónces piense que vive,
Cuando libre de amor fuere.

CARTAGENA.

CANCIONES.

I.

Voluntad, no trabajeis
Por alcanzar buena vida,
Que la mejor escogida
Que fué, ni será, ni es,
Cuidado es para despues.

Que acordaros del pasado
Dulce tiempo que gastastes,
Ya sabeis que este cuidado
Os mata mas que gozastes:
Por ende no trabajeis
Por alcanzar buena vida,
Porque es cosa conocida,
Que su gloria muerte es
Con la memoria despues.

II.

No sé para qué nací,
Pues en tal extremo me veo,
Que el morir no quiere á mí,
Y el vivir no quiero yo.

Todo el tiempo que viviere
Terné muy justa querella
De la muerte, pues no quiere
Á mí, queriendo yo á ella:
¿Qué fin espero de aquí,
Cuando el morir me negó,
Pues que claramente vió
Que era vivir para mí?

DIEGO LOPEZ DE HARO.

CARTA Á SU DAMA.

Carta, pues que vais á ver
A mi dios de hermosura,
Si triste os querrá leer,
Contadle mi gran tristura,
Decidle mi padecer.
Porque vistos los enojos
De mi triste pensamiento,
Ya sabido lo que siento,
Siempre tenga ante sus ojos
Mi tormento.

Y direis que se despide
Mi vida, mas no de pena,
Y que mi dolor le pide
Pues que voy en tierra ajena
Que en la suya no me olvide;
Porque en verme ausente
Sin placer ninguno voy,
Pues sin ella ¡triste yo!
Aunque esté con mucha gente
Solo estoy!

Pues allá cuando penaba
Con mirar su gentileza,
Cuanto mas yo deseaba,
Todo el mal de mi tristeza
Con el ver se consolaba!
De tal que mi sentido
Tal se siente aunque se calla,
Como aquel que en la batalla
Por socorro va vencido
Y no ho halla.

Pues la muerte ya temella
Justo es segun mis males,
Porque en mirar y no vella
Son dos penas desiguales,
Que es dolor y mas querella.
Donde agora yo, cubierto
De un dolor con que guerreo,
Tal estoy y tal me veo
Que la vida como muerto
La deseo.

Y entre todo, dolorido,
Mas direis á mi señora,
Como despues de venido
Que jamas ni sola un hora
Dallá della me he partido;
Y esto dicho abreis vos
Si mi alma que allá está,
Pues penando muere acá,
Si en la gloria de su dios
Se vive allá.

Porque yo tengo temor
Y escarmiento en mi dolencia,
Porque en este mismo amor
Otra vez la triste ausencia
Me mató con su dolor,
Do mancilla de tal suerte
Me quedó desesperada
Que no puede ser quitada,
Si en el agua de la muerte
No es lavada.

Y si vieres que me olvida,
De duelo luego te viste,
Porque esta nueva sabida,
Otra nueva muy mas triste
Sabrás luego de mi vida,
Porque yo siempre en querella
Tengo fé como le escribo,
Tanto que yo, ya cautivo,
Imposible es de perdella
Y quedar vivo.

Y si vieres su memoria
Que de mí, triste, se acuerda,
Sepa presto esta victoria:
Porque un hora yo no pierda
Ya del gozo desta gloria.
Porque en pena verdadera
Do el amor pone sus cargos
¡Cuan contados y cuan largos
Son los dias del que espera
¡Y cuan amargos!

MOSEN FENOLLAR.

Catalan.

CANCION.

De tí, mundo, me despido
Para el otro que nací,
Y sin tí, de tí partido,
Queda tú con tu gemido
Que yo ledo voy sin tí.
Sin tí de tí yo me parto,
Y mas tuyo no me esperes,
Si tu quedas de mí harto,
Yo de tí y tus placeres.
Pésame que te he seguido
Engañado hasta aquí
Que en haberte conocido,
Y de tí ya despedido,
Lloro tiempo que perdí.
Lloro no tu despedida,
Mas lloro que tarde fué,
Lloro no perder la vida,
Mas lloro mi poca fé.
Lloro no á tí, Cupido,
Mas lloro que te serví,
Lloro no de tí vencido
Aunque fuí tan sometido,
Mas lloro que me vencí.

COMENDADOR ESCRIVA.

CANCION.

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta comigo,
Porque el gozo de contigo
No me torne á dar la vida.

Ven como rayo que hiere,
Que hasta que ha herido
No se siente su ruido
Por mejor herir do quiere:
Así sea tu venida,
Sino desde aquí te digo
Que el gozo que habré contigo
Me dará de nuevo vida.

VARGAS.

CANCION.

Quien alegre no se vido,
Léjos está de ser triste,
Porque el dolor no consiste
Sino en llorar lo perdido.

Y de aquesta conclusion
Nos queda determinado
Que el perder de lo ganado
Es lo que nos da pasion:
Que lo que no es poseido
No deja el corazon triste,
Porque el dolor no consiste
Sino en llorar lo perdido.

FRANCISCO DE CASTILLA.

Nunca tanto el marinero
Deseó llegar al puerto
Con fortuna;
Ni en batalla el buen guerrero
Ser de su victoria cierto,
Cuando puña;
Ni madre al ausente hijo
Por mar con tanta aficion
Le deseó:
Como haber un escondrijo
Sin contienda en un rincon
Deseo yo.

LUIS DE CASTILLO.

Bien sé yo, triste cuitado,
Que para el bien que es perdido,
Si no puede ser cobrado,
Para aliviar el cuidado
Que es medicina el olvido:

Mas si es sin precio el valor
De la cosa que es perdida,
¿Qué medicina mayor
Que crecer en el dolor
Para menguar en la vida?

ALVAREZ DE AYLLON.

ENVIANDO UN RETRATO A SU DAMA.

Anda, ve, triste figura,
Sacada del natural
De mí, triste, que estoy tal
Cual tu vas por mi ventura,
Y si la dama sin par
Do te envia mi cuidado
Te quisiere ver hablar,
Díle: que te mande dar
La vida que me ha quitado.

En todo nos parecemos,
Todos mis efectos tienes;
En los males y en los bienes
Seguimos unos extremos;
Tú no tienes esperanza,
Yo nunca supe tenella;
En tí ni en mí no hay mudanza;
Es tu propia semejanza
Ser sin color, yo sin ella.

Si tú no tienes sentido,
Yo corazon no lo tengo,
Que en sola mi fe sostengo
Cuanto sufro y he sufrido.
Y si tú, triste, eres muda,
Sin ningun contentamiento,
Tambien lo soy yo sin duda,
Pues mi lengua no me ayuda
A quejar el mal que siento.

Si á tí por ser de papel
Te consumen agua y fuego;
Yo con las lágrimas soy ciego
Y muero en fuego cruel:
Y si te deshace el viento

Este mal en mí se encierra
Pues que mi grave tormento,
Y mis suspiros sin cuento
Me han de meter so la tierra.

Así que concluyo aquí
Con que en todo me pareces,
Salvo que en que no padeces
Te diferencias de mí:
Así que pues ves cierto
Cuanto es cierta mi pasion,
No tengas mi mal cubierto,
Díle á quien me tiene muerto
Que haya de mí compasion.

GARCI SANCHEZ DE BADAJOZ.

CANTARCILLO.

¡Cantad todas, avecillas,
Las que haceis triste son!
¡Descansará mi pasion!
No porque quede cansada
De sufrir tanto tormento,
Que si mi pena es doblada
Hacela bien empleada
El mucho merecimiento:
Porque doble el pensamiento
Cantad ¡y con triste son!
¡Descansará mi pasion!

VILLANCICO.

Secaronseme los pesares,
Los ojos y el corazon,
Que no puedo llorar non.
Los pesares me secaron
El corazon y los ojos,
Ya mis lágrimas y enojos,
Ya mi salud acabaron,
Muerto en vida me dejaron,
Traspasado de pasion
Que no puedo llorar non.

Y de estar mortificado
Mi corazon de pesar
Ya no está para llorar,
Sino para ser llorado.
Esta es la causa ¡cuitado!
Esta es la triste ocasion
Que no puedo llorar non.
Al principio de mi mal
Lloraba mi perdimiento,
Mas agora yo soy tal
Que de muerto no lo siento.
Para tener sentimiento
Tanta tengo de razon
Que no puedo llorar non.

GUEVARA.

QUINTILLAS.

Las aves andan volando,
Cantando canciones ledas,
Las verdes hojas temblando,
Las aguas dulces sonando,
Las pavos hacen las ruedas:

Yo sin ventura amador,
Contemplando mi tristura,
Deshago por mi dolor
La gentil rueda de amor,
Que hice por mi ventura.

SUAREZ.

CARTA Á SU DAMA.

¡Anda ve con diligencia,
Triste papel! do te mando,
Y llega con reverencia
Ante la gentil presencia
De quien quedo contemplando:

Si preguntare por mí,
Responderás con desmayo:
«Señora, cuando partí
Con mas desmayos le ví
Que letras comigo traigo.»

Y si dijere por qué
Dirás que por su deseo,
Que en pensar que me aparté
Do mirar no la podré,
Mil muertes morir me veo:
Y si dice: no so yo
Quien le da penas tan tristes!
Tu dirás: el me juró
Que ninguna lo prendió,
Despues que vos lo prendistes.

Si te preguntare mas:
¿Su querer es cual solia?
Aquí le responderás,
Señora, siempre jamas
En su firmeza porfía,
Y dondequiera que está
En vos piensa, y en vos mira,
Cuando viene y cuando va:
Tan bien acá como allá
Se queja, muere y suspira.

Y si quisiere saber
Como vivir he podido,
Dí que vivo por tener
Esperanza de volver
En aquel gozo perdido:
Que si de él me despidiera,
Segun la pena he sentido,
Ninguna vida viviera,
Pues de la muerte ya fuera
Mas de mil veces vencido.

Desque digas el tormento
Tan amargo en que me dejas,
Remira con ojo atento,
Como hace sentimiento
De mis angustias y quejas:
Y mira si se entristece,
Si pierde ó cobra color,
Y mira si te aborrece,
Y mira si mengua ó crece
En su gesto el dolor.

Y mira si te recibe
Con desden ó aficion,
Y mira bien si concibe
Del daño de quien te escribe
Amorosa compasion:
Mira si huye de tí,
Si te ve, si te olvida,
Mira si hace de sí,
Despues que de ella partí,
Mudanza con la partida.

Mira si tiene placer,
Mira si tristes enojos,
Y mira por conocer
Su querer y no querer
En lo que miran sus ojos:
Y mira bien en quejar
Lo que de mi daño sea,
Y mira sepas contar
Lo que pudiste mirar,
Cuando con ella me vea.

RODRIGUEZ DEL PADRON.

A LA VÍRGEN.

Fuego del divino rayo,
Dulce flama sin ardor,
Esfuerzo contra desmayo,
Remedio contra dolor,
¡Alumbra á tu servidor!

La falsa gloria del muudo
Y vana prosperidad
Contemple:
Con pensamiento profundo
El centro de su maldad
Penetre.

Oiga quien es sabidor
El planto de la Serena,
La cual temiendo la pena
De la tormenta mayor,
Plañe en el tiempo mejor.

LUIS DE VIVERO.

O quien pudiese deciros
Lo que no puedo decir
De verme así despedir,
Muriendo yo por serviros.
Que con el dolor que siento,
Ningun sentido me queda
Para que decir os pueda
Cuanto puede mi tormento.

Y pues mandais apartarme,
Dadme pies para partirme,
Lengua para despedirme,
Y manos para matarme,
Porque á la hora que os ví,
Os dí cuanto en mí tenia,
Así que no soy en mí,
Mas en vos, señora mia.

Mís lágrimas y sospiros
Y cuanto mas me atormenta,
Porque á nadie no deis cuenta,
Quiero con ellos serviros.
Mas pues servicios no pueden,
Mandad me tornar la vida,
Porque mis huesos no queden
En tierra desconocida.

Tornadme la libertad
Para que pueda partirme,
Que de buena voluntad
La dareis por despedirme.
¡Mi corazon me volvais!
Y os lo dí tan entero
Que cual vos me lo tomais,
Tal está que no lo quiero.

MOSSEN JUAN TALLANTE.

ORACION.

Imenso Dios perdurable
Que el mundo todo criaste,
Verdadero,
Y con amor entrañable
Por nosotros espiraste
En el madero:
Pues te plugo tal pasion
Por nuestras culpas sufrir,
O Agnus Dei,
Llévanos do está el ladron,
Que salvaste por decir
Memento mei.

BACHILLER ALFONSO DE LA TORRE.

CANCION.

Con dos estremos guerreo
Que se causan de quereros,
Ausente muero por veros
Y presente porque os veo:
¿Qué haré, triste cautivo,
Cuitado, triste de mí?
Que ni ausente yo comigo
Hago vida, ni contigo,
Ni puedo vivir sin tí.

ESPARSAS.

¡O si pudiese olvidaros
Sin ser de vos temeroso
Todavía,
Y sin congoja miraros!
¡Qué descanso, qué reposo
Me seria!
O qué gloria cuando os viese
Vuestras furias, vuestras sañas
Amansar,
Porque ya mas no sintiese
Vivas llamas mis entrañas
Abrasar.

Mas este fuego teneis
De tal manera travado
Y encendido
Que jamas no lo vereis,
Hasta ser todo quemado,
Fenecido.
Ya no me guardo ni velo
Mas, como cosa vencida
Sin remedio
Quiero mas desconsuelo,
Pues no hay para mi vida
Ningun medio.

Toda esperanza me deja,
Y ninguna fantasía
Quedará;
Tan léjos de mí se aleja
Que jamas mi compañía
Seguirá.
Quedá dolor y tristura,
Nunca pienso remediarme
Ni valerme;
Queda mi gran desventura,
Ya no puedo desviarme
De perderme.

JUAN ALVAREZ GATO.

ESPARSA.

Mundo, quien discreto fuese,
Cierto soy que no te alabe:
Quien te quiere no te sabe,
Quien te sabe no te quiere.
Yo me despedí de tí
Por quedar alegre y ledo
Y tornar como nací,
Y porque gané sin tí
Lo que contigo no puedo.

NICOLAS NUÑEZ.

VILLANCICO.

¡Vivir yo sin ver á vos
No quiero, ni quiera dios!
Y puesto que yo quisiese
Quitarme de tal favor,
No me dejaria amor
Hacer lo que yo quisiese:
Pues que otra dama sirviese
Sino á vos,
¡No quiero ni quiera dios!

Porque vuestra perficion
Tiene tal virtud en esto,
Que nos paga en ver su gesto
Cuanto niega el galardon,
Y aunque pueda el corazon
Vivir sin vos,
¡No quiero ni quiera dios!

Así que lo que valeis
No es razon tenello ausente,
Porque el mal que vos haceis
Da herida y no se siente.
Pues vivir sin ser presente
Yo de vos,
¡No quiero ni quiera dios!

ROMANCE.

Durmiendo estaba el cuidado
Que el pesar le adormecia;
El dolor del corazon
Sus tristes ojos abria.
Si triste estaba velando,
Durmiendo mas mal sentia,
Con suspiros y llorando
Su grave pasion decia:
«Di, muerte, ¿porqué no vienes,
Y sanas la pena mia?
Darás fin á mi esperanza
¿Y á mi deseo alegría?
¡Que á la vida que tal vive
Morir mejor le seria!»

Villancico de finida.

«No puede sanar ventura
Mi dolor,
Pues morir es lo mejor.»

DIEGO DE SALDAÑA.

CANCION.

Ojos tristes, ojos tristes,
Triste corazon pensoso,
Estando ya de reposo,
Nuevo cuidado me distes.

¿De mi vida trabajosa
Quien hallaré que se duela?
Mi ánima querellosa
En pena mal se consuela:
Vos fecistes, vos fecistes
A mí de vos querelloso,
Ojos tristes, yo no oso
Decir de quien vos vencistes.

CONDE DE VIMIOSO.

Mis amores, tanto os amo
Que mi deseo non osa
Desear ninguna cosa.

Porque si desease,
Luego esperaria,
Y si yo esperaria,
Sé que vos enojaria:
Mil veces la muerte llamo,
Pues mi deseo non osa
Desearme otra cosa.

ALVARO FERNANDEZ DE ALMEIDA.

LETRILLA.

Tango vos, el mi pandero
Tango vos, y pienso en ál.

Si tu, pandero, supieses
Mi dolor y le sintieses,
El sonido que hicieses,
Seria llorar mi mal.

Cuando taño este instrumento,
Es con fuerza de tormento,
Por quitar del pensamiento
La memoria de este mal.

En mi corazon, señores,
Son continos los dolores,
Los cantares son clamores:
Tango vos y pienso en ál.

ANÓNIMOS.

AMOR FIRME.

¡Decídle que me venga á ver,
Que cuanto mas me riñen
Tanto mas crece el querer!

Al amor firme
No basta ninguna fuerza,
Y el reñirme
Mas me le dobla y esfuerza.
Que se destuerza
Cuidado podeis perder:
¡Que cuanto mas me riñen!
Tanto mas crece el querer.

Encerrada
Dos veces ya me han tenido,
Castigada
Y aun asperamente he sido,
Y no han podido
Mi amor tan firme mover:
¡Que cuanto mas me riñen!
Tanto mas crece el querer.

Con mil ronces
  Que os aborrezca me ruegan,
  Mas entónces
  Mucho mas amor me pegan,
  Y si á mí llegan,
  En ser por vos es placer:
  ¡Que cuanto mas me riñen
  Tanto mas crece el querer!

SOLEDAD.

Despedistesme, señora
  Vida mia; ¿do me iré?
  No viviré solo una hora,
  Cierto es que moriré.

Irme he á tierras estrañas,
  Allí tal vida haré,
  Vida con las alimañas,
  Tal consuelo me daré!
  ¿Do está la mi señora?
  Con altas voces diré;
  No viviré solo una hora,
  Cierto es que moriré.

PENAS Y CONTENTOS.

Como estoy alegre,
  Tristezas temo,
  Porque vienen mil penas
  Tras un contento.

El sol de mis ojos
  Se muestra sereno,
  Mis pasos alumbra
  Con sus rayos bellos:
  Mas no hay sol sin sombra,
  Ni bien sin miedo,
  Porque vienen mil penas
  Tras un contento.

De la que me mata
  El helado pecho
  Se muestra piadoso
  Para mi remedio:

Mas como mujer
Su firmeza temo,
Porque vienen mil penas
Tras un contento.

El amor procura
Quitar mis recelos,
Y luego el temor
Da voces diciendo:
Que no hay fe segura,
Ni amor sin celos,
Porque vienen mil penas
Tras un contento.

A UNOS OJUELOS.

Aunque con semblante airado
Me mirais, ojos serenos,
No me negareis al ménos
Que me habeis mirado.

Por mas que querais mostraros
Airados para ofenderme,
¿Qué ofensa podeis hacerme
Que iguale al bien de miraros?
Que aunque de mortal cuidado
Dejeis mis sentidos llenos,
No me negareis al ménos
Ojos, que me habeis mirado!

Pensando hacerme despecho,
Me mirastes con desden,
Y en vez de quitarme el bien,
Doblado bien me habeis hecho:
Que aunque los hayais mostrado
De toda clemencia ajenos,
No me negareis al ménos,
Ojos, que me habeis mirado!

MUCHO Y POCO.

Dulce Fílis, si me esperas,
De favor has de ir mudando,
¡Que es mucho para burlando
Y poco para de veras!

Si fías en mis amores
Pon en sus llamas sosiego,
Y si desprecias mi fuego,
No le atices con favores:
No es bien que encenderme quieras,
Con favor de cuando en cuando,
¡Que es mucho para burlando
Y poco para de veras!

A la del infierno ardiendo
Es mi pena semejante,
Que con el manjar delante
Me estoy de hambre muriendo:
Con tu esperar desesperas,
Pues el favor que vas dando
Es mucho para burlando
Y poco para de veras!

Si brindas, ¿porqué no das?
Si has de dar, dalo junto,
Y si junto, dalo al punto
Y si no, no brindes mas:
No es bien que cebarme quieras
Con favor de cuando en cuando,
¡Que es mucho para burlando
Y poco para de veras!

MIEDO.

Ten, Amor, el arco quedo,
Que soy niña y tengo miedo!

Dicen que amor ha vencido
A las deidades mayores,
Y que de sus pasadores
Cielo y tierra está ofendido:
Y habiendo aquesto sabido
No es mucho temer tu enredo,
Que soy niña y tengo miedo.

Unos dicen el estrago
Que en Tisbe y Piramo hiciste,
Otros cuan ingrato fuiste
Con la reina de Cartago:
Y viendo que das tal pago
Atemorizada quedo,
Que soy niña y tengo miedo.

No es, amor, mi condicion
Para sufrir tus temores,
Tus engaños, tus errores,
Tus celos y tu pasion:
En la tu jurisdicion
No me cogerás, si puedo,
Que soy niña y tengo miedo.

LETRILLA.

Miéntras duerme mi niña,
Céfiro alegre,
¡Sopla quedito,
No la recuerdes!

Sopla, manso viento,
Al sueño suave;
Y enseña á ser grave
A tu movimiento:
Dáme el dulce aliento
Que entre perlas finas
A gozar caminas,
Y ufano vuelve:
¡Sopla quedito,
No la recuerdes!

Mira, no despierte
Del sueño en que duerme;
Que temo que el verme
Causará mi muerte:
Dichosa tu suerte,
Dichosa tu estrella,
Que á niña tan bella
Halagar mereces:
¡Sopla quedito,
No la recuerdes!

COPLAS.

I.

Todos duermen corazon,
¡Todos duermen y vos non!

El dolor que habeis cobrado,
Siempre os terná desvelado,
Que el corazon lastimado
Recuérdalo la pasion.

II.

¿A quién contaré yo mis quejas
Mi lindo amor,
A quién contaré mis quejas
Si á vos no?

CANCION.

Con tantos males guerreo,
En tantos bienes me ví,
Que de verme cual me veo
Ya no sé que fué de mí.

Mis glorias murieron luego,
Mis males resucitaron,
Fortuna encendió tal fuego
Do mis glorias se quemaron.
Dejó tan vivo el deseo
Memoria de lo que ví,
Que de verme cual me veo
Ya no sé que fué de mí.

POESIAS SACRAS.

I.

Si vais á ver el ganado,
Dios eterno, no es á mí,
Que desde que os ofendí,
Por perdido me he juzgado.

Si vais á ver el perdido,
No me busqueis, niño Dios:
Que en viendoos nacido á vos,
Por ganado me he tenido.

Y si al perdido y ganado,
Vais á ver, á mí buscais,
Perdido, pues que lo he estado
Ganado, pues me ganais.

II.

¿Qué producirá, mi Dios,
Tierra que regais así?
«Las espinas para mí,
Y las flores para vos.»

Regada con tales fuentes
Jardin se habrá de hacer!
«Sí, mas de él se han de coger
Guirnaldas muy diferentes.»

¿Cuyas han de ser, mi Dios,
Esas guirnaldas, decí?
«Las de espinas para mí,
Las de flores para vos.»

CANZONETAS.

I.

No quiera Dios que te mire
Pues que te doy, niña, enojos:
¡Primero cieguen mis ojos
Aunque por verte suspire!

Ya por mi desdicha veo
Que es verdad lo que me han dicho
Que tienen puesto entredicho
Tus ojos á mi deseo.
Pero no porque lo creo
Tu belleza olvidaré.
Que primero moriré
Que de tu amor me retire:
No quiera Dios que te mire
Pues que te doy, niña, enojos:
¡Primero cieguen mis ojos
Aunque por verte suspire!

Sin tino y razon te adoro,
Pues miéntras mas me aborreces,
Es tanto lo que mereces
Que mas y mas por tí lloro.
Por no ofender tu decoro,
No te miro, que no es justo
Que por gozar yo de gusto
A tí te enoje y te aire:

No quiera Dios que te mire
Pues que te doy, niña, enojos:
¡Primero cieguen mis ojos
Aunque por verte suspire!

II.

Zagaleja de lo verde,
Graciosita en el mirar,
Quédate á Dios, alma mia,
Que me voy de este lugar.
Yo me voy con mi ganado
Zagala, de aqueste ejido,
Ya no verásme en el prado
Entre las yerbas tendido:
Desde agora me despido
De mis pasados placeres,
Mis músicas y tañeres
Tornarse han en suspirar.
En la nevada ribera,
Haré yo mi lecho y cama;
Haré yo mi mesa y foguera
De ginestas y retama,
Cobejarme he con la rama
De una zarza solombrera,
Y toda la noche entera
No cesaré de llorar.
Si viere que mucho hiela
Andaréme paseando,
So la luna canticando,
Mi cayado por vihuela:
Pasaré la noche en vela
Platicando yo comigo,
Solo el cielo por testigo
Y las aves del pinar.

CANZONETA.

De piedra pueden decir
Que son nuestros corazones,
El mio en sufrir pasiones,
El vuestro en no las sentir.

Porque si no fuera así,
Fueramos ya fenecidos,
Vos de lástima de mí,
Yo de mil males sufridos.
Pertinaz está el vivir
En contrarios corazones,
El mio en sufrir pasiones,
El vuestro en no las sentir.

VILLANCICO.

¿Qué de vos y de mí, señora,
Qué de vos y de mí dirán?

De vos dirán, mi señora,
La merced que me haceis,
Y que cosa justa es
Querer á quien os adora,
Y que siempre como agora
Muy fuerte y firme os verán:
¿Qué de vos y de mí, señora;
Qué de vos y de mí dirán?

De mí dirán que por vos
Todo lo puse en olvido,
Y si así no hubiere sido
Que me castigara Dios.
¡Mi bien, de entramos á dos
O cuanta envidia tendrán!
¿Qué de vos y de mí señora,
Qué de vos y de mí dirán?

De vos dirán cien mil cosas
Si las saben entender;
Que son otras tan hermosas,
Mas no de tal parecer:
De la mas gentil mujer
Todos sus votos os dan.
¿Qué de vos y de mí, señora,
Qué de vos y de mí dirán?

De mí dirán que he salido
Con ser bienaventurado,
Y que bien pagado he sido
Aunque poco he trabajado,

Mas que de tan alto estado
Malas caidas se dan.
¿Qué de vos y de mí, señora,
Qué de vos y de mí dirán?

LETRILLAS.

I.

Madre mia, amores tengo
¡Ay de mí! que no los veo.

Madre mia, amores tengo,
Lindos son á maravilla,
No sé como me sostengo,
Mi pena no oso decilla,
Si quereis, madre, sentilla
Mirádme cuando aquí vengo:
Madre mia, amores tengo!

Es mi pena tan crecida
Que solo un remedio espero,
Solo él puede darme vida,
Y sin él viviendo muero:
Es remedio verdadero,
Con él mis males avengo:
Madre mia, amores tengo!

II.

Enemiga le soy madre
A aquel caballero yo:
Mal enemiga le só!

En mi alma cierto hallo
Que lo quiero de secreto,
Pero no es tan discreto
Que me entienda lo que callo,
¿Y querer yo publicallo,
Es decir me enamoró?
Mal enemiga le só!

Mi alma cierto le ama
Mas no le muestra favor,
Porque no digan que amor
Hasta ahí rindió una dama:

Tanta gloria y tanta fama
Nunca se la mereció,
Mal enemiga le só.

Todo el mundo es buen testigo
Que él me ama y me adora,
Él me tiene por señora,
Y yo á él por enemigo,
Dos mil veces le maldigo,
Aunque no lo mereció,
Mal enemiga le só.

¡EL ALMA ES LIBRE!

Deje el alma que es libre,
Señor alcaide,
Deje el alma que es libre
Y el cuerpo guarde!

Deje que mis ojos
Entre estas rejas
Al cuerpo cautivo
Sirvan de lenguas,
Nadie los detenga,
¡Mirando hablen!
Deje el alma que es libre,
Señor alcaide,
Deje el alma que es libre
¡Y el cuerpo guarde!
No prende las almas
Quien prende el cuerpo,
Que el alma se rinde
Solo al deseo,
Y amor es el dueño
De aquesta cárcel.
Deje el alma que es libre,
Señor alcaide,
Deje el alma que es libre,
Y el cuerpo guarde.

CORTEDAD.

Quien gentil señora pierde
Por falta de conocer
Nunca debiera nacer!

Perdíla dentro de un huerto,
Cogiendo rosas y flores,
Su lindo rostro cubierto
De vergonzosos colores,
Ella me habló de amores!
¡No le supe responder!
Nunca debiera nacer!
Perdíla dentro de un huerto
Hablando de sus amores,
Y yo, simplon inesperto,
Callábale mis dolores.
Desmayóse entre las flores!
¡No me supe valer!
¡Nunca debiera nacer!

¡QUE DIGAN LAS GENTES!

Dirá cuanto dijere
La gente deslenguada,
Que quiero á quien me quiere,
Y amo y soy amada.
Malas nuevas suenen
De estos maldicientes,
Que siempre se mantienen
De sangre de inocentes.
¡Que digan las gentes
No se me da nada!
Que quiero á quien me quiere,
¡Y amo y soy amada!
Son difamadores
Los desventurados,
Por irles mal de amores
Y ser despreciados;
Todos mis pecados
Son de puro honrada:
¡Que quiero á quien me quiere
Y amo y soy amada!
Si yo de piedra fuese
Seria razon
Que no me conmoviese
A sentir pasion:

Mas es mi corazon
De carne y delicada,
Que quiero á quien me qui ere
¡Y amo y soy amada!

¡MAL HAYA LA GUERRA!

«¡Bien haya la paz!
¡Mal haya la guerra!
Que aquella da gustos
Y estótra los quema.

Gozaba yo alegre
Una dulce prenda
Que pudiera serlo
De una gran princesa.
Su vida y su alma
Mis dos ojos eran,
Mi alma y mi vida
Sola su presencia.
Estos mis cabellos
Que el viento los lleva,
Ya se vieron hechos
Por sus manos trenza.
Acuérdome bien,
Muy bien se me acuerda!
¡Bien haya la paz!
¡Mal haya la guerra!
De verle venir
Cuando yo iba fuera
Cubierto de flores
Y de frutas nuevas.
Adornaba luego
Mi rubia madeja
Guirnalda olorosa
Por sus manos puesta.
Alegre y ufana
Quedaba yo hecha
Con frutas y con flores
Otra primavera.
Esta era mi vida
De pesar ajena!
¡Bien haya la paz!
¡Mal haya la guerra!

Vinieron los moros
Y para defensa
Quintaron la gente
En toda la tierra.
Y porque mi cuyo
Tenia gran fuerza,
Todo el regimiento
Le dió la bandera,
Por lo que agora
Me paso mil penas.
En tal ocasion,
Si fuera duquesa,
Diera cien soldados
Porque me le dieran:
¡Bien haya la paz!
¡Mal haya la guerra!

Pues cuando las otras
Sus contentos sueñan,
Yo sueño ¡cuitada!
Armas y peleas.
Ellas van alegres
A bailar la fiesta:
Quédome yo triste
A llorar ausencias.
A la procesion
Fué ayer Madalena
Con su saya verde
Y collar de perlas.
Pondrémelo yo
De lágrimas tiernas;
¡Bien haya la paz!
¡Mal haya la guerra!

Ya no puedo ver
Saya dominguera,
Ni puños labrados,
Ni gorguera buena,
La cofia me ofende,
Los zarcillos pesan,
Los corales matan,
Cansa la patena.
Quien tiene contento,
Mira no le pierda,
Que no estima el bien
Quien el mal no prueba.
¡Bien haya la paz!
¡Mal haya la guerra!

Que aquella da gustos
Y estotra los quema!
Por su Pedro Juana
Cantaba estas quejas,
Llorando memorias
De tristezas llenas.

ROMANCES.

I.

Malograda fuentecilla,
Deten el curso, y advierte
Que si caudales presumes,
Precipitada te pierdes.
Entre sauces y azucenas
Tuviste muy rico albergue:
Si tus corrientes esparces
Ni serás rio ni fuente.
Las flores que te servian
De olorosos ramilletes,
Son urnas de tus cristales,
De tus pensamientos muerte,
Y son tan breves tus dias,
Que al pensamiento desmienten,
Porque corren tan apriesa
Que ya salen cuando vienen.
¡Qué alegre al Tajo caminas,
Y qué poca vida tienes,
Siendo llanto á tus obsequias
La misma risa que viertes!
A tu albergue te retira,
No murmura quien te viere,
Que de altera y de soberbia
Desvanecida te atreves.

II.

Estraño humor tiene Juana
Que cuando mas triste estoy,
Si suspiro y digo hoy,
Ella responde mañana.
Si me alegro se entristece
Y canta si ve que lloro,
Y si digo que la adoro
Responde que me aborrece.

En vella tan inhumana
Forzado á morir estoy,
Si suspiro y digo hoy
Ella responde mañana.
Si alzo mis ojos por vella,
Baja los suyos al suelo
Y presto los sube al cielo
Si los bajo como ella:
Si digo que es soberana,
Dice que demonio soy,
Si suspiro y digo hoy,
Ella responde mañana.
Por vencido me condena
Si me prometo victoria
Y tan cerca de la gloria
Infligeme infierno y pena:
Es tan cruel y tirana
Que si ve que á morir voy,
Y suspirando digo hoy,
Ella responde mañana.

EL BESO.

Pues por besarte, Minguillo,
Me riñe mi madre á mí,
Vúelveme presto, carillo,
Aquel beso que te dí.

Vuelve el beso con buen pecho
Porque no haya mas reñir,
Atal podremos decir
Que hemos deshecho lo hecho.
A tí será de provecho
El beso volverlo á mí,
Vúelveme presto, carillo,
Aquel beso que te dí.

Vúelveme el beso, por Dios,
A madre tan importuno,
Pensarás volverme uno
Y vernás á tener dos.
En bien avengámonos
Que no me riñan á mí:
Vúelveme presto, carillo,
Aquel beso que te dí.

CANTARCILLOS.

En la peña, suso la peña
Duerme la niña y sueña.
La niña que amor habia,
De amores se trasportaba,
Con su amigo se soñaba,
Soñaba, mas no dormia:
Que la dama enamorada
Y en la peña
No duerme si amores sueña.
El corazon se le altera
Con el sueño que se vió;
Si no vió lo que soñó,
Soñó lo que ver quisiera;
Pena es lastimera
En la peña
De todo el sueño que sueña.
¡Sueños son, que, Amor, envias
A los que traes desvelados,
Pagas despiertos cuidados
Con fingidas alegrías!
Quien muere de hambre los dias,
Las noches manjares sueña
Suso la peña.

II.

De los tus amores,
Carillo, no fies;
Cata que no llores
Lo que agora ries.

¿No mirais la luna,
Carillo, menguarse,
Y amor y fortuna
Que suelen mudarse?
Si puede pasarse,
Del bien no te fies;
Cata que no llores
Lo que agora ries.

Pues, guárdate mozo,
No estás tan ufano,
No quedes en vano
Y el gozo en el pozo:

Que Amor no es piadoso;
Tu dél no te fies;
Cata que no llores
Lo que agora ries.

No siempre es de dia
Ni siempre hace oscuro,
Ni el bien de alegría,
Carillo, es seguro.
Que Amor es perjuro,
Tras él no te guies:
Cata que no llores
Lo que agora ries.

III.

Las tierras corrí,
Los mares pasé,
¡Ventura busqué,
No la hay para mí!
Todos cuantos ví
Salen con ventura,
Para mí ninguna!

Ventura buscaba,
Fortuna tenia;
Razon la pedia,
Amor la negaba,
Mi fe firme estaba,
Mas no mi ventura,
Pues no veo ninguna.

La pena sufria
Por mi pasatiempo;
Pensaba que un tiempo
Tras otro venia:
La ventura mía
Trocóse en fortuna,
¡Para mí ninguna!

IV.

Pastores, herido vengo
De un mal que no tiene cura,
Pues le ha de sanar ventura
Y no la tengo!

¿Qué remedio, qué favor
Podrá valerme, pastores,
Pues que yo muero de amor
Y me matan disfavores?
Esta pena que sostengo
Mas mal que muerte asegura,
Pues la ha de sanar ventura,
Y no la tengo!

Pastores el mal que siento,
No le causa la herida,
Pues aunque cueste la vida,
Es barato su tormento:
Que la pena con que vengo
Es ver que de mi locura,
Es el remedio ventura,
Y no la tengo!

CANZONETA.

La despedida.

«Zagala, dí ¿qué harás
Cuando veas que soy partido?»
«Carillo, quererte mas
Que en mi vida te he querido.»

«Antes de mi despedida
Dí si sientes lo que siento?»
«El dolor de la partida
Te dirá mi sentimiento!»

«Díme lo que sentirás,
¿Descanso de mi sentido?»
«Carillo, quererte mas
Que en mi vida te he querido.»

«Despues que partido sea
¿Qué harás, dí, gloria mia?»
«Contemplar porque te vea
Los lugares do te via.»

«Si no me ves, ¿qué harás
Allá en tu pecho escondido?»
«Carillo, quererte mas
Que en mi vida te he querido.»

«¿Como te daré creencia
Que ames mas entónces que ante?»
«Zagal, no ves que la ausencia
Causa que ame mas la amante.»

«Pues bien informada estás
¿No me pornás en olvido?»
«Antes te querré muy mas
Que en mi vida te he querido.»

CANCION.

De velar viene la niña,
De velar venia.

Digas tu el hermitaño,
Así Dios te dé alegría,
¿Si has visto por aquí pasar
La cosa que mas queria?
De velar venia.

Por mi fé, buen caballero,
La verdad yo te diria,
Yo la ví por aquí pasar
Tres horas ántes del dia.
De velar venia.

Lloraba de los sus ojos,
De la su boca decia:
«Mal haya enamorada
Que su fé no mantenia.»
De velar venia.

Maldito sea aquel hombre
Que su palabra rompia;
Y mas si es con las mujeres
A quien mas fé se debia.
De velar venia.

Y maldita sea la hembra
Que de los hombres se fia
Porque al fin queda engañada
De quien ántes la servia.
De velar venia.

AMOR.

Dí Juan, de qué murió Bras
Tan mozo y tan malogrado?
«Gil, murió de desamado».
Y ¿qué dijo, dí, carillo,
Cuando se vido mortal?
«Que el mayor mal de su mal
Era el no poder decillo.
Y amas quiso descubrillo,
Mas fué mal galardonado
Y murió de desamado.»
Cuando morir se sentia,
¿Qué dijo á su mala suerte?
«Que era menos mal la muerte
Que el dolor de que moria,
Y si otra cosa decia,
Siempre acababa el cuitado
Que moria desamado.»
¿Qué dijo al postrer momento?
Estando ya de partida?
«Acabaráse mi vida
Pero no mi pensamiento:
Y sin otro sentimiento
Quedó muerto el desgraciado
Que murió de desamado.»

LETRILLA.

Rio de Sevilla ¡quien te pasase
Sin que la mi cervilla se me mojase!

Rio de Sevilla, arenas de oro,
Desa vanda [1]) tienes el bien que adoro.
¡Quién te pasase
Sin que la mi cervilla se me mojase!

Rio de Sevilla, de barco lleno:
Ha pasado el alma, no pasa el cuerpo.
¡Quién te pasase
Sin que la mi cervilla se me mojase!

Rio de Sevilla rico de olivas
Díle como lloro lágrimas vivas.
¡Quién te pasase
Sin que la mi cervilla se me mojase!

---

[1]) Palabra catalana por *márgen*.

ROMANCILLOS.

I.

Romped, pensamientos,
El aire sutil,
Y á mi bella ingrata
Mi mal le decid!

De todas sus señas
Os quiero advertir,
Que es en forma humana
Bello serafin:
Y para si acaso
Se olvida de mí,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid!

Decídla que quedo
Cerca de morir,
Y de mí muy léjos
Despues que la ví;
Y aunque se resista
Y no quiera oir,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid!

Hallaréisla en medio
De su verde abril,
Esparciendo rosas,
Clavel y jazmin;
Y aunque os espantase
El hallarla ansí,
A mi bella ingrata,
Mi mal le decid!

II.

Ribericas del rio
De Manzanares
Tuerce y lava la niña
Y enjuga al aire.

Cuando el paño tiende
Sobre el agua clara,
La corriente para,
Y el rio suspende,

La piedra se enciende
Que el golpe recibe:
La yerba revive
De Manzanares
Donde lava la niña
Y enjuga al aire.

Parecen cristales
Las aguas bellas
Donde estampa las huellas
A la nieve eguales,
Nácar los rosales
Do el paño llega,
Y un jardin la vega
De Manzanares,
Donde lava la niña
Y enjuga al aire.

El viento se para,
Deteniendo el vuelo,
Y párase el cielo
Por mirar su cara,
Y entre el agua clara
Muestra la pintura
De la hermosura
En Manzanares,
Donde lava la niña
Y enjuga al aire.

III.

Bullicioso era el arroyuelo
Y salpicóme,
No haya miedo, mi madre,
Que por él torne.

Huyendo, madre, corria
El arroyuelo traidor,
Cubierto de espuma y flor,
Cosa viva parecia:
Procuré pasar un dia
Y salpicóme,
No haya miedo, mi madre,
Que por él torne.

Entre las guijas hacia
 Mil cortadillos y quiebros
 Parecieronme requiebros
 Que con el sol me decia;
 Fiéme del agua fria
 Y salpicóme,
 No haya miedo, mi madre,
 Que por él torne.

La mi pulida servilla
 Mojada me la dejó,
 Y riéndose quedó
 Con las flores de su orilla:
 Estarme quiero en la villa,
 Pues salpicóme,
 No haya miedo, mi madre,
 Que por él torne.

OLVIDO.

Romerico, tú que vienes,
 De do mi señora está,
 Las nuevas de ella me da!
Dáme nuevas de mi vida
 Así Dios te dé placer,
 Si tu me quieres hacer
 Alegre con tu venida,
 Que despues de mi partida,
 De mal en peor me va,
 Las nuevas de ella me da!
Bien sabes que me partí,
 Huyendo del mal que quejo,
 Y miéntras mas me alejo,
 Muy mas cerca está de mí:
 La esperanza que perdí,
 Ya nunca se cobrará!
 Las nuevas de ella me da!
Hallome, triste perdido,
 Mas que todos desdichado,
 El que en el tiempo pasado
 Solia ser requerido,
 Mas agora con olvido.
 Mi memoria muerta esta!
 Las nuevas de ella me da!

AUSENCIA.

Vanse mis amores,
Quierenme dejar,
Aunque soy morena
No soy de olvidar.
Vanse mis amores,
Yo no sé por qué,
Pues no les mostré
Jamas disfavores:
Nunca de rigores
Se pudo quejar,
Aunque soy morena
No soy de olvidar.
Vase mi alegría
Y todo mi bien,
Vase aquel con quien
Consuelo tenia,
El solo podia
Mi fe contentar:
Aunque soy morena
No soy de olvidar.
Una estranjeruela
Pienso que á mi amado
Me lo ha salteado
Y en él se consuela:
¿No habró quien se duela
De mi lamentar?
Que aunque soy morena
No soy de olvidar.
Agora lo siento
Que la fe del hombre
No es mas de un nombre
Que lo lleva el viento:
Mis ayes sin cuento
Debiera mirar,
Que aunque soy morena
No soy de olvidar.

AUSENCIA.

En campaña, madre,
Tocan á leva,
Vanse mis amores,
Sola me dejan.

Apenas del dia
Se muestra el alba,
Cuando hace salva
La infantería.
Y la gloria mia
Cuando el son siente,
Parte incontinente
Porque es á leva.
Vanse mis amores,
Sola me dejan.
Quedo cual el dia
Faltando el sol queda,
Sin que aliviar pueda
La tristeza mia:
No quiero alegría
Si ausente le tengo,
Y no me entretengo
Sino con pena.
Vanse mis amores
Déjanme sola.

¡YO VENDO MI CORAZON!

Pues que no me sabeis dar
Sino tormento y pasion,
¡Yo vendo mi corazon!
¿Hay quien le quiera comprar?
Quierole poner en precio
Tres blancas me dan por él,
No es fugitivo y es fiel,
Antes se vende por recio.
Vendo por ejecucion
A quien mas quisiera dar:
Que vendo mi corazon:
¿Hay quien le quiera comprar?
Sabe darme mil enojos
Y nunca placer jamas.
¿Hay quien puje? Hay quien dé mas?
Allá va con sus antojos:
Testigo hago la ocasion
Pues que mas no puedo hallar,
Que vendo mi corazon!
¿Quien me le quiere comprar?
Sin él quedaré sin pena,
¡Téngala quien la quisiere!
¿Quien le compra? Quien le quiere?
Ea! que buena! que buena!

Este es el prostrer pregon
Ya se habrá de rematar.
¡Que vendo mi corazon!
¿Hay quien le quiera comprar?
A la una, y á las dos
A la tercera es la paga;
¡Ea! que buena pro le haga.
¡Señora tomalde vos!
Con el clavo y eslabon
Le podeis luego herrar,
Pues os doy mi corazon
Si no le quereis comprar!

ROMANCES.

I.

Galeritas de España,
Parad los remos,
Parad que descanse
Mi amado preso.
Galeritas nuevas,
Que en el mar soberbio
Levantais las olas
De mi pensamiento,
Pues el viento sopla,
Navegad sin remos,
Para que descanse
Mi amado preso.
En el agua fria
Encendeis mi fuego
Que un fuego amoroso
Arde entre los hielos:
Quebrantad las olas
Y volad con viento,
Para que descanse
Mi amado preso.
Plegue á Dios, quedeis
Entre peñas firmes,
Defendiendo el paso
De algun breve estrecho,
Y que esteis paradas
Sin tener encuentro,
Para que descanse
Mi amado preso.

Plegue á Dios que os manden
Pasar el invierno,
Ocupando el fondo
De un tranquilo seno,
Y que sin quebranto
Os volvais al puerto,
Para que descanse
Mi amado preso.

II.

Ebro caudaloso,
Fertil ribera,
Deleitosos prados,
Fresca arboleda:
Decílde á mi niña
Que en vosotros huelga,
¿Si entre sus contentos
De mí se acuerda?
Aljófar precioso,
Que la verde yerba
Bordas y matizas
Con el alba bella:
Decílde á mi niña
Cuando se recrea,
¿Si entre sus contentos
De mí se acuerda?
Alamos frondosos,
Blancas arenas
Por donde mi niña
Alegre pasea:
Decílde si acaso
Oido os presto,
¿Si entre sus contentos
De mí se acuerda?
Parlerillas aves,
Que á la aurora bella
Haceis dulce salva
Con harpadas lenguas,
Decílde á mi niña,
Flor de esta ribera,
¿Si entre sus contentos
De mí se acuerda?

III.

Riñó con Juanilla
Su hermana Miguela,
Palabras le dice
Que mucho le duelan:
«Ayer en mantillas
Andabas pequeña,
Hoy andas galana
Mas que otras doncellas.
Tu gozo es suspiros,
Tu cantar endechas,
Al alba madrugas,
Al gallo te acuestas.
Cuando estás labrando
No sé en que piensas,
Que al dechado miras,
Y los puntos yerras,
Dícenme que haces
Amorosas señas.
Si madre lo sabe
Habrá cosas nuevas,
Clavará ventanas,
Cerrará las puertas,
Para que bailemos
No dará licencia,
Mandará que tia
Nos lleve á la iglesia
Porque no nos hablen
Las amigas nuestras.
Cuando fuera salga
Diràle á la dueña,
Que con nuestros ojos
Tenga mucha cuenta,
Que mire quien pasa,
Si miró á la reja,
Y cual de nosotras
Volvió la cabeza;
Por tus libertades
Seré yo sujeta,
Pagaremos justos
Lo que malos pecan.»
«Ay, Miguela hermana,
Que mal que sospechas,
Mis males presumes,
Mas no los aciertas.
A Pedro el de Juan

Que se fué á la sierra
Aficion le tuve,
Y escuché sus quejas,
Mas, visto que es vario,
Mediante la ausencia
De su fé fingida
Ya no se me acuerda:
Fingida la llamo
Porque quien se ausenta
Sin fuerza y con gusto,
No es bien que le quieran
Ruégale tu á Dios
Que Pedro no vuelva.»
Respondió burlando
Su hermana Miguela:
«Que el amor comprado
Con tan ricas prendas
No saldrá del alma
Sin salir con ella:
Creciendo tus años
Crecerán tus penas,
Y si no lo sabes
Escucha esta letra:
«Si eres niña y has amor
¿Qué harás cuando mayor?
Si á Cupido te ofreciste
Desde niña, con la edad
Le darás mas voluntad
De la que le prometiste:
Si pequeña te atreviste
En tenerle por señor,
¿Qué harás cuando mayor?
Como estás hecha á querer
Desde que sabes andar,
En faltando á quien amar
Te vernás á aborrecer:
Segun esto podrás ver,
Si eres niña y has amor
¿Qué harás cuando mayor?

IV.

La niña morena
Que yendo á la fuente
Perdió sus zarcillos,
Gran pena merece.

Diérame mi amado
Antes que se fuese
Zarcillos dorados
Hoy hace tres meses.
Dos candados eran
Para que no oyese
Palabras de amores
Que otros me dijesen.
¡Perdílos lavando!
¿Qué dirá mi ausente,
Sino que son unas
Todas las mujeres?
Dirá que no quise
Candados que cierren,
Sino falsas llaves,
Mudanzas y vaivenes.
Dirá que me hablan
Cuantos van y vienen
Y que somos unas
Todos tas mujeres.
Dirá que me huelgo
De que no parece
El domingo en misa
Ni en mercado el jueves;
Que mi amor sencillo
Tiene mil dobleces,
Y que somos unas
Todas las mujeres.
Diráme: traidora
Que con alfileres
Prendes de tu cofia
Lo que mi alma prende!
Cuando esto me diga,
Diréle que miente,
Y que no son unas
Todas las mujeres.
Diré que me agradá
Su pellico el verde
Muy mas que el brocado
Que visten marqueses.
Que su amor primero
Primero fué siempre,
Que no somos unas
Todas las mujeres.
Diréle que el tiempo
Que el mundo revuelve
La verdad que digo

Haréla patente.
¡Amor de mis ojos
Burlada me dejes,
Si yo me mudare
Como otras mujeres!

V.

No lloreis, mi madre,
Que me dais gran pena,
Bástame la mia,
Sin sentir la ajena.
Cuando yo nací,
Era hora menguada,
Ni perro se oia,
Ni gallo cantaba,
Sino era una hada
Que me maldecia.
Diérame esta hada
Cuando fuí engendrado:
Que do mas amase,
Fuese desamado.
Diérame esta hada
Cuando fuí nacido:
Que do mas queriese
Fuese aborrecido.
Tráeme la fortuna
Debajo su rueda,
De tenerle queda
Jamas se importuna.
Cayóseme la dicha,
Cayóseme en el suelo,
Bajéme por ella,
Lleváraļa el viento.
Parístesme, mi madre,
En fugida tierra
Crióme una perra,
Mujer no ninguna.
Apártense de mí
Los bien afortunados,
Pues solo en mirarme
Serán desdichados.

IV.

Una niña hermosa
Que entre muchas gentes
Escogí por reina
De todos mis bienes,
Prometió de darme
Mil favores siempre.
Entregóme algunos
Para entretenerme,
Díle en cambio el alma
Y el alma me debe,
Pido que me pague,
Y ella se adormece.
¡La niña se duerme!
¿Si lo hace adrede?
Tiene tantas guardas
Que encanto parece,
Y me la gobierna
Una fiera sierpe,
Una madre ingrata,
Que injustos desdenes
La tiene enseñada.
Cuando no la siente
Velo en mi cuidado
Por ver si me quiere:
Dáme un sí dormido,
Y temo me miente!
¡La niña se duerme!
¿Si lo hace adrede?
No sabe de almas,
Pues ella no vence
Las dificultades,
Los inconvenientes:
Con mostrar deseos
Nada la vence,
Y la voluntad
Obras le parecen:
Pídole mil cosas
Con que me alimente
Y pues no las hace,
No quiere ó no entiende:
¡La niña se duerme!
¿Si lo hace adrede?
Póngome á culparla,
Mas tanto me duele,
Que en mí la disculpo

Por que no se queje.
Dormido el remedio
Despierta mi muerte,
Y paso en disgusto
El tiempo presente.
Si finjo esperanzas
Que me sustenten,
En mi pecho nacen
Y en mi pecho mueren:
¡La niña se duerme!
¿Si lo hace adrede?

VII.

¡Fertiliza tu vega,
Dichoso Tórmes,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores!
De la fértil vega
Y el florido bosque
Los vecinos campos
Maticen y broten
Lirios y claveles
De varios colores:
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
Vierta el alba perlas
Desde sus balcónes,
Que prados amenos
Enluzcan y borden,
Y el sol envidioso
Pare el rubio coche:
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
El céfiro blando
Las yerbas retoce,
Y entre verdes hojas
Claros ruiseñores
Saluden el dia
Con sus dulces voces:
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.

VIII.

Niña de quince años
Que cautiva y prende
¿Qué hará, Dios mio,
Cuando tenga veinte?
Miréla, cuitado,
Desde un balconete,
Dejóme cautivo
Y ella libre fuése:
Voluntades quita
Y aficiones mueve,
Y á todos enlaza
Si el cabello tiende:
Dije suspirando
Sin que ella me viese,
¿Qué hará, Dios mio,
Cuando tenga veinte?
A una vuelta de ojos
Que al descuido vuelve,
Mil pechos abrasa,
Mil almas enciende:
Si ella va por agua,
Voy yo á la fuente,
Y si está lavando,
Me estoy donde tuerce,
Y digo penando
Porque ella me oyese:
¡Que hará, Dios mio
Cuando tenga veinte!
Si enjuga sus paños,
Mas los humedecen
Las lágrimas tristes
Que mis ojos vierten,
Y si en tierna infancia
Tanta gracia tiene,
¡Que hará, Dios mio
Cuando tenga veinte!

CANCION.

Seguir al amor me place,
Aunque rabie mi madre.
Amor dulce y regalado,
Galan como enamorado,
Valiente cual un soldado,
Vuestras guerras son mis paces,
Aunque rabie mi madre.

Dejaré por tí mi tierra
Pues la pasion me destierra,
Y mas quiero aquesta guerra
Que paz con tantos azares,
Aunque rabie mi madre.
De verme mas se despida,
Que no quiero estar metida
Donde acabare mi vida
Labrándole sus ajuares,
Aunque rabie mi madre.
Son sus pensamientos vanos,
Que quiero mucho mis manos,
Y si allá me honran villanos,
Acá me estiman guzmanes,
Aunque rabie mi madre.

AMOR.

El mi corazon, madre,
Que robado me le hane.
Guardado le tuve,
Robado le tengo,
Sujecion prevengo,
Libertad mantuve.
¡Descuidada estuve
Del mi corazon,
Y robado me le hane!
En traje de amigos
Cuidados ladrones
Robaron corazones
Al par de enemigos:
Presento testigos
Por mi corazon, madre,
Que robado me le hane.
Entrada les dieron
Mis ojos ufanos,
Y el hurto en las manos
Al salir les vieron.
No los detuvieron
El mi corazon, madre,
Que robado me le hane.
No le restituyen
Aunque se confiesan,
Sus saltos no cesan,
Mi vida destruyen;
Si los sigo huyen

Con mi corazon, madre,
Que robado me le hane.
No me quejo, no
De vello robado,
Que le diera dado
A quien le llevó:
¡Pasion siento yo
De mi corazon madre,
Que robado me le hane!

TRISTEZA.

Turbias van las aguas, madre,
Turbias van,
Mas ellas aclaráran.
Si el agua de mi alegría
La enturbia la de mis ojos
Y le ofrece mil despojos
Al alma en mi fantasía,
Sospechas son que algun dia
Tiempo y amor las desharán:
Turbias van las aguas, madre,
Turbias van,
Mas ellas se aclararán.
Si fatiga el pensamiento
Y me enturbia la memoria
Juntar la pasada gloria
Con el presente tormento,
Si esparcidos por el viento
Mis tristes voces están:
Turbias van las aguas, madre,
Turbias van,
Mas ellas aclararán.

AMOR.

Ser de amor esa pasion
Tu rostro, Ines, lo declara,
Por que descubre la cara
Secretos del corazon.
El suspirar y gemir,
El llorar y no cantar,
Ese contino velar
Y ese tan poco dormir:

Señales son de aficion
Que tu rostro la declara,
Porque descubre la cara
Secretos del corazon.
Amor, dinero y cuidado
Mal se pueden encubrir,
Que por fuerza han de salir
Del pecho mas encerrado:
Y esa continua pasion
Facilmente lo declara,
Porque descubre la cara
Secretos del corazon.
Pintan al amor con alas
Por do es bien que se presuma,
Que pues se adorna de pluma,
Serán de color sus galas:
De eso en cualquier ocasion
Da tu rostro muestra clara,
Porque descubre la cara
Secretos del corazon.

LA ENAMORADA.

Madre, la mi madre,
El amor esquivo
Me ofende y agrada,
Me deja y le sigo.
Viera yo unos ojos
El otro domingo,
Del cielo milagro,
Del suelo peligro:
Lo que cuentan, madre,
De los basiliscos,
Por mi alma pasa
La vez que los miro.
¡Rogáselo, madre,
Rogáselo al niño,
Que no tire mas,
Que matan sus tiros!
Víme en tierra extraña,
¡Ay bienes perdidos!
Templado mi pecho,
Cabal mi juicio;
Ahora una nube
Abrásame vivo.

Locura es mi intento,
Consejo no admito:
Mi rebelde cuello
Humilde le inclino
Al yugo y al arco
Del rapaz maldito.
¡Rogáselo, madre,
Rogáselo al niño,
Que no tire mas,
Que matan sus tiros!

SOLEDAD.

Vanse mis amores,
Madre mia, y déjanme,
Moriré cuitada,
Que soy niña y tengo fé.
Yo que no podia
Sufrir un desden,
Que apenas un bien
Sin ruego admitia,
Yo que no sufria
Una hora de ausencia,
Tan larga dolencia
Que mal sufriré!
Moriré cuitada,
Que soy niña y tengo fé.
No hay disimular,
Madre, en tal dolor
Que aunque quiera amor
No sabe callar.
Si voy al lugar
Fínjome doliente,
Y llevo en la frente
Escrito el porque:
Moriré cuitada,
Que soy niña y tengo fé.

LETRILLA.

A la sombra de mis cabellos
Mi querido se adurmió.
¿Si le recordaré ó no?

Peinaba yo mis cabellos,
Con cuidado cada dia,
Y el viento los esparcia
Revolviéndose en ellos,
Y á su soplo y sombra de ellos
Mi querido se adurmió:
¿Si le recordaré ó no?

Díceme que le da pena
El ser en estremo ingrata,
Que le da vida y le mata,
Esta mi color morena,
Y llamándome sirena,
El junto á mí adurmió:
¿Si le recordaré ó no?

EL CABALLERO.

Madre, un caballero
Qué á las fiestas sale,
Que mata los toros
Sin que ellos le maten,
Mas de cuatro veces
Pasó por mi calle,
Mirando mis ojos,
Porque le mirase
«¡Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate!»

Músicas me daba,
Para enamorarme,
Papeles y cosas
Que las lleva el aire:
Siguióme á la iglesia,
Siguióme en el baile
De dia y de noche,
Sin querer dejarme.
«¡Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate!»

Y de mis colores
Dió en vestir sus pajes
Al uso moderno,
Que es corto de talle.
Si como mis bienes
¡Ay! fueran sus males,

Nunca aquestas cosas
Madre, fueran tales,
Ni jamas lo fueran
Para enamorarme.
«¡Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate!»

Viéndome tan dura
Procuró ablandarme
Por otro camino
Mas dulce y suave:
Dióme unos anillos
Con unos corales
Zarcillos de plata,
Botillas y guantes;
Dióme unos cristales:
¡Negros fuéron ellos,
Pues negros me salen!
«¡Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate!»

Perdí el desamor
Con las libertades,
Quísele bien luego,
Bien le quise, madre.
Empecé á quererle,
Empezó á olvidarme,
Muérome por él,
No quiere él mirarme.
«¡Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate!»

Pensé enternecerle,
¡Mejor mala landre!
¡Halléle mas duro
Que unos pedernales!
Anda enamorado
De otra de buen talle,
Que al primer billete
Le quiso de balle.
«¡Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate!»

¡Nunca yo le fuera,
Madre, miserable,
Pues no hay interes
Que al fin no se pague!

¡Mal haya el presente
Que tan caro sale!
¡Y mal haya él,
Que tanto mal sabe!
«¡Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate!»

Y al correr los toros
Mañana en la tarde,
No haga las suertes
Que mi alma sabe:
Fáltele la lanza
Y el rejon le falte
Con que antaño hizo
Tan vistosos lances;
Y cuando en las cañas
Mas gallardo ande,
Cañazo le den
Que le descalabre.
«¡Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate!»

Y al correr la plaza
Con otros galanes,
Caida dé él solo
Que no se levante;
Salga de las fiestas
Tal, que otros le saquen,
Y cuando estas cosas
Madre, no le encalcen,
«¡Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate!»

Á UN JILGUERO.

Hermoso jilguerillo,
Que del florido abril
La verde estancia dejas
Por otra mas feliz,
Dichoso tú mil veces,
Y felice otras mil,
Que á ser cuidado vienes
De un bello serafin.
Tú prisionero vives,
Yo libre, sin vivir:
¡O qué estremos son estos
De un corazon gentil!

Si en ese laberinto
Amor te tiene, dí
Que sabes qué es amar
Para saber sentir.
Tú gozas los favores
Que yo te envidio, sí;
Pero yo los estragos
De su crueldad sin fin;
Más díle al dueño mio
Lo que te digo á tí:
Que el fuego en que me abraso,
No lo puedo encubrir.

LA SIESTA.

Con el viento murmuran,
Madre, las hojas,
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.
Sopla un manso viento
Alegre y suave
Que mueve la nave
De mi pensamiento;
Dame tal contento
Que ya me parece
Que el cielo me ofrece
El bien á deshora,
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.
Si acaso recuerdo,
Me hallo entre las flores,
Y de mis dolores
Apénas me acuerdo;
De vista los pierdo
Del sueño vencida,
Y dame la vida
El son de las hojas;
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.

EL CAUTIVO DE OCHALI.

Cantar suele el cuidoso caminante,
Entre las olas canta el marinero,
Modera con alivio semejante
Su duro afan el pobre jornalero,

Canta su perdicion el triste amante,
A su querida, en tono lastimero.
Mas yo sin ver la gloria de mi pena,
¿Como podré cantar en tierra ajena?
Saludan al nacer el cielo hermoso
Las aves con suave melodía,
Mas en este destierro tenebroso
¿Cuándo les nacerá á mis ojos dia?
Si mi vida es un llanto doloroso
¿Cómo podré formar dulce armonía?
Si ausencia á vivir triste me condena
¿Como podré cantar en tierra ajena?
La fuerza del mas áspero tormento
La mayor pena que de amor se siente
Recibe de la vista algun contento
Si la belleza amada está presente,
Mas yo léjos del bien por quien lamento
¿Cómo podré aplacar la llama ardiente?
Solo, afligido, triste y en cadena,
¿Como podré cantar en tierra ajena?
Del cisne es cosa cierta que cantando
Celebra las obsequias de su muerte,
Y su vicino fin adivinando
Consuela su desdicha y dolor fuerte:
Yo que con el deseo agonizando
Morir me siento de la misma suerte,
Conozco y veo que mi dicha ordena
Que no pueda cantar en tierra ajena.

POETAS DEL SIGLO XVI.

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO.

Murió por los años de 1520.

VILLANCICO.

Una tierra sola Roma,
Y un señor un solo Dios,
Y una dama sola vos.
Holgaba Dios aquel dia
Cuando á vos hizo tal
De tan precioso metal
Que el mundo no os merecia:
Mayor bien ser no podria,
Que tener acá entre nos
Una dama tal cual vos.
Hizo os Dios tan gran señora
Y en las damas tan sin par,
Que no debría culpar
A quien por tal os adora:
Y así ni antaño ni agora
No se hallan tales dos
Ni otra Roma, ni otra vos!

CANCION.

Tan ufano está el querer
Con cuantos males padece
Que el corazon enloquece
De placer
Con tan justo padecer.
La pena con que fatigo,
Es de mí tan favorida,
Que de envidiosa la vida
Ya no quiere estar comigo,
Ella se quiere perder.

Vuestra merced lo merece
Y el corazon enloquece
De placer
Con tan justo padecer.

JUAN DEL ENCINA.

1468 — 1534.

VILLANCICO.

I.

Ojos garzos ha la niña,
Quien gelos namoraria.

Son tan bellos y tan vivos
Que á todos tienen cautivos,
Mas muéstralos tan esquivos
Que roban el alegría.

Roban el placer y gloria,
Los sentidos y memoria,
De todo llevan victoria
Con su gentil galanía.

Con su gentil gentileza
Ponen fé con mas firmeza,
Hacen vivir en tristeza
Al que alegre ser solia.

No hay ninguno que los vea
Que su cautivo no sea,
Todo el mundo los desea
Contemplar noche y dia.

II.

No te tardes que me muero,
Carcelero,
¡No te tardes que me muero!

Apresura tu venida
Porque no pierda la vida,
Que la fé no está perdida;
Carcelero,
¡No te tardes que me muero!

Sácame de esta cadena
Que recibo muy gran pena,
Pues tu tardar me condena;
  Carcelero,
¡No te tardes que me muero!

La primera vez que me viste
Sin lo sentir me venciste:
Súeltame pues me prendiste;
  Carcelero,
¡No te tardes que me muero!

La llave para soltarme
Ha de ser galardonarme
Prometiendo no olvidarme,
  Carcelero,
¡No te tardes que me muero!

III.

Mas vale trocar
  Placer por dolores
  Que estar sin amores.

Donde es gradecido
  Es dulce el morir;
  Vivir en olvido
  Aquel no es vivir:
  Mejor es sufrir
  Pasion y dolores
  Que estar sin amores.

Es vida perdida
  Vivir sin amar,
  Y mas es que vida
  Saberla emplear:
  Mejor es penar
  Sufriendo dolores,
  Que estar sin amores.

La muerte es vitoria
  Do vive aficion,
  Que espera haber gloria
  Quien sufre pasion;
  Mas vale prision
  De tales dolores
  Que estar sin amores.

El que es mas penado
Mas goza de amor;
Que el mucho cuidado
Le quita el temor;
Así que es mejor
Amar con dolores
Que estar sin amores.

No teme tormento
Quien ama con fé,
Si su pensamiento,
Sin causa no fué;
Habiendo porque
Mas valen dolores
Que estar sin amores.

Amor que no pena
No pida placer;
Que ya lo condena
Su poco querer.
Mejor es perder
Placer por dolores
Que estar sin amores.

LETRILLA.

¡Ay triste! que vengo
Vencido de amor,
Magüera pastor.

Mas sano me fuera,
No ir al mercado,
Que no que viniera
Tan aquerenciado:
Que vengo cuitado
Vencido de amor,
Magüera pastor.

Con vista halagüera
Miréla y miróme;
Yo no sé quién era,
Mas ella agradóme:
Y fuése y dejóme
Vencido de amor,
Magüera pastor.

De ver su presencia
Quedé cariñoso,
Quedé sin vemencia,
Quedé sin reposo,
Quedé muy cuidoso
Vencido de amor,
Magüera pastor.

GARCILASO DE LA VEGA.

1503 — 1536.

EGLOGA.

Salicio. — Nemoroso.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso
He de cantar, sus quejas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
Tú que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo
Y un grado sin segundo,
Agora estés atento, solo y dado
Al ínclito gobierno del estado
Albano; agora vuelto á la otra parte,
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra el fiero Marte.

Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre, por ventura
Andes á caza, el monte fatigando
En ardiente ginete que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando;
Espera que en tornando
A ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras,
Antes que me consuma,
Faltando á tí, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un dia,
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general, no solo mia,
Mas de cualquier ingenio peregrino
Que celebra lo digno de memoria,
El árbol de vitoria
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente
Dé lugar á la hiedra que se planta
Debajo de tu sombra y se levanta
Poco á poco arrimada á tus loores,
Y en cuanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido,
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando Salicio recostado
Al pié de una alta haya en la verdura,
Por donde una agua clara con sonido
Atravesaba el fresco y verde prado,
El con canto acordado
Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba,
Se quejaba tan dulce y blandamente,
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenia,
Y así como presente
Razonando con ella, le decia:

Salicio.

«¡Oh mas dura que mármol á mis quejas
Y al encendido fuego en que me quemo
Mas helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo y aun la vida temo,
Témola con razon, pues tu me dejas,
Que no hay sin tí el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado,
De tí desamparado
Y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

El sol tiende los rayos de su lumbre,
Por montes y por valles despertando
Las aves y animales y la gente:
Cuál por el aire claro va volando,
Cuál por el verde valle ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente,
Cuál con el sol presente
Va de nuevo al oficio,
Y al usado ejercicio
Do su natura ó menester le inclina.
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
Cuando la sombra el mundo va cubriendo
O la luz se avecina.
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

¿Y tu desta mi vida ya olvidada
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí Salicio triste muera,
Dejas llevar desconocida al viento
El amor y la fe que ser guardada
Eternamente solo á mí debiera?
¡Oh Dios! ¿Porqué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿Qué hará el enemigo?
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por tí la verde yerba, el fresco viento
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba.
¡Ay cuanto me engañaba!
Ay cuán diferente era
Y cuán de otra manera
¡Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mia.
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
Reputándole yo por desvarío,

Vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta,
A beber en el Tajo mi ganado;
Y despues de llegado
Sin saber de cual arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba
Ardiendo ya con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva.
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Tu dulce habla, ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿á quien los volviste?
¿Por quien tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿do la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazon que baste
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada, en otro muro asida
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo,
Hasta acabar la vida.
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

¿Qué no se esperará, de aquí adelante,
Por difícil que sea y por incierto?
O ¿qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué tendrá por cierto,
O qué de hoy mas no temerá el amante;
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el mas seguro tema con recelo,
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente,
Dando á quien diste el corazon malvado,

Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido;
Que mayor diferencia comprehendo
De tí al que has escogido.
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado.
De mi cantar pues yo te ví agradada
Tanto que no pudiera el mantuano
Títiro ser de tí mas alabado.
No soy pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura
Y cierto no trocara mi figura
Con ese que de mí se está riendo:
Trocara mi ventura.
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fué tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condicion terrible,
Siempre fuera tenido de tí en precio
Y no viera de tí este apartamiento.
No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frio
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado Extremo en el invierno?
Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno!
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza y la quebrantan,
Los árboles parece que se inclinan,
Las aves que me escuchan: cuando cantan
Con diferente voz se condolecen,
Y mi morir cantando me adivinan.

Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste.
Tu sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo
A lo que tu hiciste.
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste;
Que bien podrás venir de mí segura;
Yo dejaré el lugar do me dejaste,
Ven, si por solo esto te detienes,
Ves aqui una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo.
Quizá aquí hallarás pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien te dejo,
No es mucho que lugar tambien le quede.»

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y sospirando en el prostrero acento,
Soltó de llanto á una profunda vena;
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena
Casi como dolida
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
Decídlo vos, Pierides; que tanto
No puedo yo ni oso,
Que siento enflaquecer mi débil canto.

Nemoroso.

«Corrientes aguas, puras, cristalinas
Arboles que os estais mirando en ellas,
Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembrais vuestras querellas,
Hiedra que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno,
Yo me ví tan ajeno

Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba
Donde con dulce sueño reposaba
O con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve ya contento y descansado.
¡Oh, bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á Elisa ví á mí lado.
¡Oh miserable hado!
Oh tela delicada,
Antes de tiempo dada
¡A los cansados filos de la muerte!
Mas convenible fuera aquesta suerte
A los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte
Pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Do están agora aquellos claros ojos
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvian?
Do está la blanca mano delicada,
Llena de vencimientos y despojos
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro
Come á menor tesoro,
¿Adónde están? Adónde el blanco pecho?
¿Do la coluna que el dorado lecho
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra
Por desventura mia
En la fria, desierta y dura tierra.

¿Quien me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores
Que habia de ver con largo apartamento
Venir el triste y solitario dia
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto

Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado!
Y lo que siento mas es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en carcel tenebrosa.

Despues que nos dejaste, nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude;
La mala yerba al trigo ahoga y nace
En lugar suyo la infelice avena;
La tierra que de buena
Gana nos producia
Flores con que solia
Quitar en solo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable;
Y yo hago con mis ojos
Crecer llorando el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece
Y en cayendo su rayo se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre
De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa,
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse, entre las hojas escondido,
Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su caro y dulce nido
De los tiernos hijuelos entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente,
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena,

Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas.

Desta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada,
Ella en mi corazon metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda;
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
Al cielo y enojando
Con importuno llanto al mundo todo;
Tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño
Que nunca de mi seno se me apartan;
Descójolos y de un dolor tamaño
Enternecerme siento que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan
Con suspiros calientes,
Mas que la llama ardientes,
Los enjugo del llanto y de consuno
Casi los paso y cuento uno á uno,
Juntándoles con un cordon los ato.
Tras esto el importuno,
Dolor me deja descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa escura,
Que siempre aflige esta ánima mezquina
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina,
Y aquella voz divina,
Con cuyo son y acentos
A los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda;
Me parece que oigo que á la cruda,
Inexorable diosa demandabas

En aquel paso ayuda
Y tu, rústica diosa, ¿donde estabas?

¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza
Que conmovida á compasion, oido
A los votos y lágrimas no dieras
Por no ver hecha tierra tal belleza,
O no ver la tristeza
En que tu Nemoroso
Queda que su reposo
Era seguir tu oficio, persiguiendo
Las fieras por los montes y ofreciendo
A tus sagradas aras los despojos?
Y tú, ingrata, riendo
Dejas morir mi bien ante mis ojos?

Divina Elisa, pues ahora el cielo,
Con inmortales piés pisas y mides,
Y su mudanza ves estando queda,
¿Porqué de mí te olvidas y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo y verme libre pueda
Y en la tercera rueda
Contigo mano á mano
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombríos,
Donde descanse y siempre pueda verte
Ante los ojos mios,
Sin miedo y sobresalto de perderte?»

Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores ni fueran acabadas
Las canciones que solo el monte via
Si mirando las nubes coloradas,
Al trasmontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el dia.
La sombra se veia,
Venir corriendo apriesa,
Ya por la falta espesa
Del altísimo monte, y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol, de luz escaso,
Su ganado llevando,
Se fueron recogiendo paso á paso.

ODA A LA FLOR DE GNIDO.
(Violante Sanseverino.)

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento
Y la furia del mar y el movimiento:

Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trajese:

No pienses que cantado
Seria de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido:

Ni aquellos capitanes
En la sublime rueda colocados,
Por quien los alemanes,
El fiero cuello atados,
E los franceses van domesticados;

Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad seria cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien seria notada
El aspereza de que estás armada:

Y como para tí sola
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cautivo
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo
Al remo condenado,
En la concha de Vénus amarrado.

Por tí, como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le afige.

Por tí, con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra como sierpe ponzoñosa.

Por tí su blanda Musa
En lugar de la cítara sonante
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.

Por tí el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso:
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fué su puerto y su reposo.

Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto, como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendrada,
Ni producida de la dura tierra:
No debes ser notada;
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
El caso de Anajarete y cobarde;
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde,
Y así su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
Del mal ajeno el pecho empedernido,
Cuando, abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante allí tendido:

Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punicion ajena.

Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
¡O tarde arrepentirse!

¡O última terneza!
¿Como te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron;
Los huesos se tornaron
Mas duros, y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron.

Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura:
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura.

Hasta que finalmente
En duro mármol vuelta y trasformada
Hizo de sí la gente
No tan maravillada,
Cuanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, Señora,
De Némesis airada las saetas
Probar (por Dios) agora:
Basta que tus perfetas
Obras y hermosura á los poetas

Den inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable
Que por tí pase triste y miserable.

CANCION.

Habiéndose casado su dama.

Yo dejaré desde aquí
De ofenderos mas hablando;
Porque mi morir callando
Os ha de hablar por mí.

Gran ofensa os tengo hecha
Hasta aquí en haber hablado,
Pues en cosa os he enojado
Que tampoco me aprovecha.

Derramaré desde aquí
Mis lágrimas no hablando;
Porque quien muere callando,
Tiene quien hable por sí.

SONETOS.

I.

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
Y cuanto yo escribir de vos deseo,
Vos sola lo escribistes, yo lo leo
Tan solo, que aun de vos me guardo en esto.
En esto estoy y estaré siempre puesto;
Que aunque no cabe en mi cuanto en vos veo,
De tanto bien lo que no entiendo creo,
Tomando ya la fe por presupuesto.
Yo no nací sino para quereros;
Mi mal os ha cortado á su medida.
Por hábito del alma misma os quiero.
Cuanto tengo confieso yo deberos;
Por vos nací, por vos tengo la vida,
Por vos he de morir, y por vos muero.

II.

En tanto que de rosa y azucena
Se muestra la color en vuestro gesto,
Y que vuestro mirar ardiente, honesto,
Enciende el corazon y lo refrena,
Y en tanto que el cabello, que en la vena
Del oro se escogió, con vuelo presto
Por el hermoso cuello blanco enhiesto
El viento mueve, esparce y desordena:
Coged de vuestra alegre primavera
El dulce fruto, ántes que el tiempo airado
Cubra de nieve la hermosa cumbre.
Marchitará la rosa el viento helado,
Todo lo mudará la edad lijera,
Por no hacer mudanza en su costumbre.

III.

Echado está por tierra el fundamento
Que mi vivir cansado sostenia.
¡Oh cuánto bien se acaba en solo un dia!
¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!
Oh cuán ocioso está mi pensamiento
¡Cuando se ocupa en bien de cosa mia!
A mi esperanza, así como á baldía,
Mil veces la castiga mi tormento.

Las mas veces me entrego, otras resisto
Con tal furor, con una fuerza nueva,
Que un monte puesto encima rompería.
Aqueste es el deseo que me lleva
A que desee tornar á ver un dia
A quien fuera mejor nunca haber visto.

JUAN BOSCAN ALMOGAVER.

† 1543.

SONETOS.

I.

Quien dice que la ausencia causa olvido,
Merece ser de todos olvidado:
El verdadero y firme enamorado
Está estando ausente mas perdido.
Aviva la memoria su sentido,
La soledad levanta su cuidado;
Hallarse de su bien tan apartado,
Hace su desear mas encendido.
No sanan las heridas en él dadas,
Aunque cese el mirar que las causó,
Si quedan en el alma confirmadas:
Que si uno está con muchas cuchilladas,
Porque huya de quien le acuchilló,
No por eso serán mejor curadas.

II.

Si en mitad del dolor tener memoria
Del pasado placer es gran tormento,
Así tambien en el contentamento
Acordarse del mal pasado es gloria.
Por do segun el curso de esta historia
No hay cosa que me venga al pensamiento
Que toda no se vuelva en un momento
En lustre y en favor de mi victoria.
Como en la mar despues de la tiniebla
Pone alborozo el asomar del dia,
Y entónces fué placer la noche oscura!
Así en mi corazon ida la niebla
Levanta en mayor punto á la alegría
El pasado dolor de la tristura.

ALONSO NUÑEZ DE REINOSO.

Floreció por los años de 1552.

ESPERANZA.

Quien triste vida sostiene,
No le falte la esperanza,
Que la gloria que se alcanza
Muchas veces se detiene.
No desmaye el corazon,
Que en esperar hay vitoria;
Mudanzas del mundo son
Tras la gloria la pasion
Y tras la pasion la gloria!
No le dé pena tardanza,
Si gentil ánimo tiene,
No pierda su confianza,
Que la gloria que se alcanza
Muchas veces se detiene.

GIL VICENTE.

† 1557.

CANCIONES.

I.

Dicen que me case yo!
No quiero marido, no!

Mas quiero vivir segura
Nesta sierra á mi soltura,
Que no estar en ventura
Si casaré bien ó no.
¡Dicen que me case yo!
¡No quiero marido, no!

Madre, no seré casada,
Por no ver vida cansada,
O quizá mal empleada
La gracia que Dios me dió.
¡Dicen que me case yo!
¡No quiero marido, no!

No será ni es nacido
Tal para ser mi marido,
Y pues que tengo sabido
Que la flor yo me la só,
Dicen que me case yo;
¡No quiero marido, no!

II,

¡Qué sañosa, está la niña!
Ay Dios quien le hablaria?

En la sierra anda la niña
Su ganado á repastar,
Hermosa como las flores,
Sañosa como la mar,
Sañosa como la mar
¡Está la niña!
¿Ay Dios, quien le hablaria?

III.

Muy graciosa es la doncella:
¡Como es bella y hermosa!

Digas tu, el marinero
Que en las naves vivias,
Si la nave ó la vela ó la estrella
Es tan bella.

Digas tu, el caballero
Que las armas vestias,
Si el caballo ó las armas ó la guerra
Es tan bella

Digas tu, el pastorico
Que el ganadico guardas
Si el ganado ó los valles ó la sierra
Es tan bella.

IV.

En la huerta nace la rosa,
Quiérome ir allá
Por oir al ruiseñor
Como cantaba.

Por las riberas del rio
Limones coge la virgo;
Quiérome ir allá
Por oir al ruiseñor
Como cantaba.
Limones cogia la virgo
Para dar al su amigo;
Quiérome ir allá
Por oir al ruiseñor
Como cantaba.
Para dar al su amigo
Con un sombrero de sirgo;
Quiérome ir allá
Por oir al ruiseñor
Como cantaba.

V.

Del rosal vengo, mi madre,
Vengo del rosale:

A riberas de aquel vado
Viera estar rosal granado,
Vengo del rosale.

A riberas de aquel rio
Viera estar rosal florido,
Vengo del rosale:

Viera estar rosal florido,
Cogí rosas con sospiro:
Vengo del rosale, madre,
Vengo del rosale.

VI.

Si dormis, doncella
Despertad y abrid,
Que venida es la hora
Si quereis partir.

Si estais descalza
No cureis de os calzar,
Que muchas las aguas
Teneis de pasar.

Las aguas tan hondas
Del Guadalquivir
Que venida es la hora
Si quereis partir.

FRANCISCO SAA DE MIRANDA.

Portugues.

1495—1558.

LETRAS.

I,

¡Quien viese aquel dia
Cuando cuando cuando
Saliese mi vida
Ya de tanto bando!
Ay! mis tristes ojos!
¡Tan tristes, tan tristes!
Vistes mil enojos,
Un placer no vistes;
Vistes añadida
A mi pena pena
Y en tan luenga vida
Nunca una hora buena.
¡Si á la suerte mia
Pluguiese, ay pluguiese
Que viese ora el dia
En que mas no viese!

II.

¡Sola me dejaste
En aquel yermo!
¡Villano, malo, gallego!
Vóy me adó te fuiste,
Vóy me, no sé adonde.
El valle responde,
¡Tu no respondiste!
Moza, sola y triste,
Yo llorando ciego,
¡Tu pásaslo en juego!
Por yermos ajenos
Lloro y grito en vano;
¡Gallego y villano!

¿Qué esperaba yo ménos?
¡Ojos de agua llenos,
Pecho con tal fuego,
Cuando habreis sosiego!

GUTIERRE DE CETINA.

Murió probablemente en el año de 1560.

SONETOS.

I.

Golfo de mar con gran fortuna airado
Se puede comparar la vida mia:
Van las ondas do el viento las envia,
Y las de mi vivir do quiere el hado.
No hallan suelo al golfo, ni hallado
Será cabo jamás en mi porfía;
En el golfo hay mil monstruos que el mar cria;
Mi recelo mil monstruos ha criado.
En el mar guia el Norte, á mí una estrella,
Nadie se fia del mar, de nada fío;
Vase allí con temor, yo temeroso.
Por mí cuidados van, naves por ella;
Y si en algo difiere el vivir mio,
Es que se aplaca el mar, yo no reposo.

II.

Sino fuese juzgado atrevimiento,
Si vuestra crueldad lo comportase,
Que vuestro servidor llamarme osase,
De solo el nombre viviria contento.
Tal os pinta en mi alma el pensamiento,
Que no os miré jamás que no juzgase
Temeridad el bien que desease;
Y de tal desvarío me arrepiento.
Enójome de haber mas deseado
Y acusando á mí mismo mi locura,
De cuanto deseé no quiero nada.
Solo en veros consiste mi ventura,
Todo lo porvenir me desagrada:
El bien presente es mas que el mal pasado.

CANCION.

Guardando su ganado
 Cerco el Bético rio,
 Vandalio al pié de un álamo sombroso,
 En la yerba sentado
 Que llena de rocío
 Mostraba el verde prado mas hermoso,
 En un acto lloroso
 La zampoña sonaba,
 Y en las grutas oscuras
 De sus desaventuras
 Eco el último acento discantaba;
 Y en voz baja cantando,
 Decia de cuando en cuando:
 «Dórida, tus cabellos
 Mas rubios son que el oro,
 Y mas claros que el sol de mediodía;
 Mas cara prenda que ellos
 Ni mas rico tesoro
 No lo alcanza á pensar la fantasía.
 La triste vida mia
 Colgada de ellos veo.
 Ved si está bien librada,
 De un cabello colgada,
 Faltando la esperanza á mi deseo;
 Pues se llaman cabellos
 Porque estoy léjos dellos.
En sutil velo envueltos,
 En trenzas por la frente,
 O debajo de red tal vez guardados,
 O prendados ó sueltos,
 Si el sol está presente,
 De invidioso, se esconde en los nublados.
 ¡Ay rabiosos cuidados!
 ¡Oh trabajosa suerte!
 Cuando los veo muero,
 Cuando no, desespero,
 Y en morir el deseo se convierte.
 ¡Oh dichosos cabellos!
 Y mas quien puede vellos.
A veces imitando
 A la sacra Diana,
 Los orna con guirnaldas de mil flores;
 Y Amor, que está mirando
 La beldad soberana,
 Se enciende en el amor de sus amores.

Mil celosos temores
Tengo de enamorado
Digo: «Si Amor la hiere,
Si para sí la quiere,
¿Para qué es mi pasion y mi cuidado?
Si Amor se inflama dellos,
¿Para qué quiero vellos?
Pensar poder gozallos,
Gran locura parece,
Que su valor cualquier valor apoca,
En vano es deseallos,
Pues sola los merece
La mano delicada que los toca.
¡Ay esperanza loca!
Ay tristes ansias mias!
Si gozar no se puede
Bien que al mayor excede,
Desdichado deseo, ¿en qué confias?
Ni puedes gozar dellos
Ni dejar de querellos.

De cabellos tejida
Fué la bella cadena
En que mi corazon se halla envuelto,
Con tal cautela urdida,
Que entónces da mas pena
Cuando pienso que estoy della mas suelto.
Si desta pena absuelto
Alguna vez me viese,
No prision trabajosa,
Mas libertad dichosa,
Seria para mí cuando así fuese;
Mas el no merecellos
Es el mal que hay en ellos.

Para el arco homicida
Hizo Amor con gran arte,
De tus cabellos, Dórida, la cuerda,
Por hacer que la vida,
Mientra del alma parte,
La gana de morir del todo pierda;
Que como se me acuerda
De aquel color divino,
Luego al vivir el paso
Suelto, cansado y laso,
De la contemplacion muestra el camino.
Mas ¿quién podrá con ellos,
Si el Amor se arma dellos?

Aquel oro estremado,
Resplandeciente y puro,
Que el aurora nos muestra ántes del dia,
Dicen que no es hurtado;
Pero yo afirmo y juro
Des tus cabellos ser, Dórida mia.
La Aurora, que sabia
Tu beldad estremada,
Te los robó durmiendo,
Y agora va huyendo
De aquel de quien fué ya tal vez burlada.
Febo sigue tras ellos;
Yo me pierdo por ellos.
En la esfera del fuego,
De su calor mas fuerte,
De tus cabellos fué el color sacado,
Cuya calidad luego
Dió nuevas de mi muerte
Al hielo que en tu pecho está encerrado.
Así será forzado,
Entre contrarios puesto,
Que mi vivir se acabe,
Porque en razon no cabe
Sufrir la crueldad quien vió tu gesto.
Si hay fuego y hielo entre ellos,
¿Quién se guardará dellos?
Cabellos, mientra os miro,
De la cruel Medusa
La bella forma y el peligro veo.
Ardo, hielo y suspiro,
Y el alma, de confusa,
En los brazos se deja del deseo.
¡Oh escudo de Perseo!
¡Amor, si por hazaña
Hora yo lo tuviese,
Porque Dórida viese
De sus cabellos la beldad estraña!
Mas si se vence dellos,
¿Cómo podré mas vellos?
Cancion, si en los cabellos,
Siendo la menor parte
De su beldad, hay tanta hermosura;
Si la señora dellos
Te llama, baja á darte,
Pues no cabe tal bien en tal ventura,
Dile que para amallos
Te sobra lo que falta en alaballos.

MADRIGALES.

I.

Ojos claros serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Porqué, si me mirais, mirais airados?
Si cuando mas piadosos,
Mas bellos pareceis á aquel que os mira,
No me mireis con ira,
Porque no parezcais ménos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al ménos!*

II.

Cubrir los bellos ojos,
Con la mano que ya me tiene muerto,
Cautela fué por cierto
Con que doblar pensasteis mis enojos:
Pero de tal cautela
Harto mayor ha sido el bien que el daño,
Que el resplandor estraño
Del sol mejor, se ve mientras se cela.
Así pues sucedió cuando intentasteis
De los ojos cubrir la luz inmensa.
Yo os perdono la ofensa,
Pues cubiertos mejor verlos dejasteis.

JORGE DE MONTEMAYOR.

† 1561.

ROMANCE.

Oidme, señora mia,
Si acaso os duele mi mal,
Y aunque no os duele de oille

---

*Variante.

Ojos claros serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Porqué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto mas piadosos,
Mas bellos pareceis á quien os mira,
Porqué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros serenos,
¡Ya que así me mirais, miradme al menos!

No me dejeis de escuchar:
Dadme este breve descanso
Porque me esfuerce á penar:
No os doleis de mis suspiros,
Ni os enternece el llorar,
Ni cosa mia os da pena,
Ni la pensais remediar:
¿Hasta cuando, mi señora,
Tanto mal ha de durar?
No está el remedio en la muerte
Sino en vuestra voluntad,
Que los males que ella cura
Lijeros son de pesar:
No os fatigan mis fatigas
Ni os esperan fatigar,
De voluntad tan esenta
¿Qué medio se ha de esperar?
Y ese corazon de piedra
¿Como lo podré ablandar?
Volved, señora, esos ojos
Que en el mundo no hay su par,
Mas no los volvais airados
Sino me quereis matar,
Aunque de una y otra suerte
Matais con solo el mirar.

CANCION.

Pastora, que mis ojos haces fuentes,
Si mis fatigas sientes,
¡Ay Dios, cuan cruda eres!
¿No me dirás burlando que me quieres?
Engáñame pastora, así te veas
Tan libre del amor como deseas.
Con solo un volver de ojos, mi pastora,
Al triste que te adora
Irias remediando
Un mal que no se cura suspirando:
¡Vuélveme acá esos ojos con que hieres!
Dí ¿lo quieres hacer? ay, que no quieres!
De tu hermosa boca, o alma mia
Oir un sí querria
Aunque fuese fingida.
¡Responde, corazon endurecido!
¡Mas ay! cuanto mejor fuera callarme,
Pues aun no me respondes con mirarme.

Cancion, pues que mis malos son tan claros,
Debeis acabaros,
Y acábese la vida
Que bien poco se pierde en ser perdida.
¡Ay triste! que en el mal en que me hallo,
Conozco que el remedio es no buscallo.

VILLANCICOS.

I.

Véante mis ojos
Y muerame luego,
O dulce amor mio
Y lo que mas quiero!
A trueque de verte
La muerte me es vida:
Si fueres servida,
Mejora mi suerte,
Que no será muerte
Si en viéndote muero,
O dulce amor mio
Y lo que mas quiero!
¿Do está tu presencia?
¿Porqué no te veo?
O cuanto un deseo
Fatiga en ausencia!
Es mucha dolencia!
Y yo desespero,
O dulce amor mio
Y lo que mas quiero!

II.

Contentamientos de amor
Que tan cansados llegais,
Si venis, ¿para qué os vais?
Aun no acabais de venir
Despues de muy deseados,
Cuando estais determinados
De madrugar y partir,
Si tan presto os habeis de ir,
Y tan triste me dejais,
Placeres, no me veais.

Los contentos huyo dellas,
  Pues no me vienen á ver
  Mas que por darme á entender
  Lo que se pierde en perdellos:
  Y pues ya no quiero vellos,
  Descontentos no os partais,
  Pues volveis despues que os vais.

GASPAR GIL POLO.

Floreció por los años de 1564.

CANZONETA.

Despues que mal me quisistes,
  Nunca mas me quise bien,
  Por no querer bien á quien
  Vos, señora, aborrecistes.
Si cuando os miré no os viera
  O cuando os ví no os amara,
  Ni yo muriendo viviera,
  Ni viviendo os enojara;
  Mas bien que es angustias tristes
  Penosa vida me den,
  Que cualquier mal le está bien
  Al que vos mal le quisistes.
Sepultado en vuestro olvido
  Tengo la muerte presente,
  De mí mismo aborrecido,
  Y de vos y de la gente
  Siempre contento me vistes
  Con vuestro airado desden,
  Aunque nunca tuve bien
  Despues que mal me quisistes.

PEDRO DE URREA.

Murió por los años de 1566.

ROMANCICO.

En el placiente verano
  Do son los dias mayores,
  Acabaron mis placeres,
  Comenzaron mis dolores.

Cuando la tierra da yerba
Y los árboles dan flores,
Cuando aves hacen nidos
Y cantan los ruiseñores,
Cuando en la mar sosegada
Entran los navegadores,
Cuando los lirios y rosas
Nos dan buenos olores,
Y cuando toda la gente,
Ocupados de calores,
Van aliviando las ropas,
Y buscando los frescores,
Do son las mejores oras.
Las noches y los albores!
En este tiempo que digo
Comenzaron mis amores.
De una dama que yo oí,
Dama de tantos primores
De cuantos es conocida
De tantos tiene loores,
Su gracia por hermosura
Tiene tantos servidores,
Cuanto yo por desdichado
Tengo penas y dolores:
Donde se me otorga muerte
Y se me niegan favores.
Mas nunca olvidaré
Estos amargos dulzores
Porque en la mucha firmeza
Se muestran los amadores.

GREGORIO SILVESTRE.

Portugues.
Murió por los años de 1570.

CANCIONES.

I.

Señora, ¿creeis que vos
  Sois el fin de mi deseo?
  ¡Decid, señora: sí, creo!
Despues que supe miraros,
  ¿Creeis que no sé de mí
  Sino amar lo que en vos ví,
  Quereros y desearos,

Y que solo en alabaros
Y engrandeceros me empleo?
¡Decid, señora: sí, creo!
Todo el bien del alma mia
¿Creeis que os ha hecho Dios
Que no me luce sin vos
El sol ni me alumbra el dia?
¿Creeis que sois la alegría
De mis ojos cuando os veo?
¡Decid, señora: sí creo!
¿Vos creeis que está adornado
El cielo de un sol lumbroso,
Claro, lustrante y hermoso,
Luciente y clarificado
Y que con vos comparado,
Viene á ser oscuro y feo?
¡Decid, señora: sí creo!
¿Creeis, señora que os hizo
Dios en la tierra un vergel
Para que hallemos en él
Gran lindeza y gran aviso,
Y que en este paraíso
Me delecto y me recreo?
¡Decid, señora: sí, creo!

II.

Ojos, decídselo vos
Con mirar,
Pues tan bien sabeis hablar.
No lo dejeis á la lengua
Que en mi daño se entorpece,
Y cuanto el dolor mas crece
Tanto mas su virtud mengua.
Y pues de vuestro mirar
Nació el daño de los dos,
Ojos, decídselo vos,
Pues tan bien sabeis hablar.
Del daño la causa fuistes,
Sed agora del bien medio:
Sabed procurar remedio
Al veneno que bebistes,
Porque con solo el callar
No se enternece este dios,
Ojos, decídselo vos,
Pues tan bien sabeis hablar.

Del alma el concepto tierno
Le direis vos, ojos mios!
Las penas, los desvaríos
Que padezco en este infierno,
Porque sepa remediar
El tormento de los dos,
Pues con solo verla vos
La supimos adorar.
No os cause el mirar enojos,
Que lenguaje es conocido
De un espíritu afligido
Decir su mal por los ojos:
Pues no lo sabe mostrar
Ojos, mostrádselo vos,
Aunque os derritais los dos
En lo que soleis llorar.

III.

Quien amando no es amado,
¿Qué merece?
¡No mas mal del que padece!
El que su alma entregó,
El que dió su corazon,
Porque le sobró aficion
Y ventura le faltó:
El que amando se perdió,
¿Qué merece?
No mas mal del que padece.
El que puso el pensamiento
En tan subido lugar,
Que aun no le deja gozar
La dulzura del tormento:
Por tan alto atrevimiento
¿Qué merece?
No mas mal del que padece.
Que mas puede merecer
El triste que no es amado?
Sobra la pena al pecado:
No ser querido y querer
Es cuanto hay que padecer!
No merece
Pues mas mal del que padece.

JERONIMO DE CONTRERAS.

Murió por los años de 1573.

AL AMOR.

Si mi constante servir,
Algo pudo merecer,
No lo sé.
Sé que estoy para morir
Sin partirse del querer
Mi gran fé.
Llévame donde quisieres,
Que nada me da temores,
Tal estoy,
Que bien sé que nunca mueres,
Y aunque mas sufra dolores
Tuyo soy.

CANCIONES.

I.

Entre todos los remedios
Que se hallan al pesar
El mejor es sospirar.
Todo tormento se amansa
En cualquier tribulacion
Con el ay, porque descansa
La pena del corazon.
Yo no hallo á mi pasion
Cuando quiero descansar
Sino solo sospirar.
Cuando el corazon sospira
De lo mas hondo del centro,
Es el alma que retira
Parte del mal que está dentro,
Los ojos van al encuentro
Ayudando con llorar,
Mas mejor es sospirar.
Siendo mortal la herida
Pocas veces tiene cura,
Mas vale muerte que vida
Al que le falta ventura.
Pues quien vive con tristura
Cuando quiere descansar,
Descanse con sospirar.

Hay mal que no es de sufrir
Y es menester de sufrillo,
Muere el hombre por decillo
Y no lo osa decir.
Pues si no quiere morir
Y es menester callar,
Hable con el sospirar.

II.

Tristeza, si te acabares,
Dará fin la vida mia,
Acabarse ha mi alegría
Si se acaban mis pesares.
Si tú mueres yo soy muerto,
Que la tristeza es mi vida:
¿Quien vido tal desconcierto
Pues pone el pesar medida
Al bien que vive encubierto?
Y así por todos lugares
Buscaré tu compañía
Porque no quiero alegría,
Tristeza, si te acabares.
Cuando de mí se partió
Esperanza y su contento
La fe mas firme quedó,
Mas pudo tanto el tormento
Que los sentidos venció.
Entónces, la vida mia
Entregóse á los pesares
Y así no quiero alegría,
Tristeza, si te acabares.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

1505—1575.

CANCION.

¿Cómo podré cantar en tierra estraña
Cantar que darme pueda algun consuelo?
¿Qué me aconseja amor en esta ausencia?
Mi mal es fuerza, tu voluntad maña;
A la seguridad vence el recelo,
La desesperacion á la paciencia.
Si pienso que me veo en tu presencia,

Mi pensamiento va tan abatido,
Que siempre finge cosas de pesar:
Tu soberbia, tu saña, tu desvío;
Y en la ocasion me falta el albedrío;
Pues cuando quiero no puedo hablar;
Que pierdo la razon, mas no el sentido.

En tu presencia estoy, y estó en tu olvido;
Que nunca habrá mudanza,
Y acuérdaste de mí para dañarme;
No te acuerdas de mí, mas es costumbre
Ser en esto cruel tu mansedumbre,
Y yo de diligente condenarme
En tu descuido y mi desconfianza.
Amor, amor, que quitas la esperanza,
Y en su lugar das vana fantasía,
¿Qué bien tiene el morir, si no lo siente
Quien es la causadora deste daño?
No quiero que deshagas el engaño;
Quiero que sea razon, y no acidente
Lo que pueda vencer á tu porfía.

Si yo, Señora, viese que algun dia
Volvias tus dos soles á mirarme
Por voluntad, y no por ocasion,
Pensaria que estaba en tu memoria.
Mas ¿cómo bastaré — á sufrir tal gloria,
Que un punto della es mas que mi pasion?
Con tanto bien no puedo remediarme.
Querria del pensamiento yo ayudarme,
Si él me obedeciese á mi contento;
Mas no para pensar cosa liviana,
O que esta vida pueda darte enojos;
Pensaré, como muero ante tus ojos,
Que procede mi pena de tu gana,
Que das alguna causa á mi tormento.

La vida pasaria en este cuento
En espera de alguna buena suerte;
Mas ¡ay de mí! que no puede venir,
Ni cabe en mi juicio tal locura;
De mi cuidado hago sepultura,
Y en soledá y tristeza mi vivir,
No vida, sino sombra de la muerte.
¡Oh Señora! Si yo pudiese verte,
O quisieses saber tú cual estoy,
Harto alivio seria para mí

En tan estraño mal como padezco.
Las noches y los dias aborrezco,
Maldígome en la noche porque fuí,
Y cuando viene el dia, porque soy.

Tambien maldigo el lugar donde voy,
Y el tiempo porque pasa y no te veo
A la hora que te vi; y á la sazon,
Que siempre la procuro y no la hallo;
La voluntad maldigo y mi razon,
Y á tu aborrecimiento y mi deseo;
Cuantos males sospecho, tantos creo,
Juzgo lo que ha de ser por lo que fué,
Revolviendo mis quejas de contino
Por vos, si tiene medio ó le ha tenido;
Mas como ni lo espero ni lo pido,
Como ciego que va por el camino,
Ni veo dónde voy ni dónde iré.

Mueve el deseo y ciégame la fe,
Muchas veces querria disimular,
Pero descubro mas disimulando;
Liviano es el cuidado que decirse
Puede, y el que no puede sufrirse
El mismo se descubrirá callando;
Que no presta ser mudo ni hablar,
Ni reposo en dormir ni con velar:
Velando pienso en lo peor que puedo,
Paso cosas que no puedo creer;
Durmiendo sueño aquello que he pensado,
Como el hombre que duerme de cansado:
Sueño que caigo, y no puedo caer,
Y en lo mas alto estoy con aquel miedo.

Muero cuando me mudo, y si estoy quedo
Busco piedad, y caigo en la sospecha,
Y no hay de qué tener este cuidado;
Que todos son contigo lo que soy;
Mas ellos, si no van por donde voy,
Podrá ser el hallarse en buen estado,
Pues lo que á uno daña á otro aprovecha.
Llamo la muerte como cosa hecha,
Y viene, mas no llega á su lugar;
Que no consiente amor, ni lleva medio
En tanta soledad morir por ruego;
Fuerza querria que fuese, y fuese luego;
Que el mayor bien es el postrer remedio
En mal que no se puede remediar.

CARTA Á BOSCAN.

¡Nil admirari!

El no maravillarse hombre de nada,
Me parece, Boscan, ser una cosa
Que basta á darnos vida descansada.
Esta órden del cielo presurosa,
El tiempo que nos huye por momentos,
Las estrellas y el sol, que no reposa,
Tales hay que lo miran muy esentos,
Y el miedo no les trae falsas visiones
Ni piensan en contrarios movimientos.
¿Qué juzgas de la tierra y sus rincones,
Del espacioso mar, que así enriquece
Los apartados indios con sus dones?
Qué dices del que por subir padece
La ira del soberbio cortesano
¿Y el desden del privado cuando crece?
Qué del gallardo mozo que liviano,
Piensa sabello todo, y entender
Lo que tú dejarias por temprano?
¿Cómo se han de tomar cómo entender,
Las cosas altas? Y á las que son menos
¿Qué gesto les debiamos hacer?
Esta tierra nos trata como ajenos,
Y aunque la otra esconde sus secretos,
Pienso que para ella somos buenos.
El que teme y espera están sujetos,
A una misma mudanza, un sentimiento;
De entrambos son los actos imperfetos.
Entrambos sienten un remordimiento,
Maravillanse entrambos de que quiera,
A entrambos turba un miedo el pensamiento.
Si le duele, si duda ó ya si espera,
Si teme, todo es uno pues están
A esperar mal ó bien de una manera.
En cualquier novedad que se verán,
Sea ménos ó mas que su esperanza,
Con ánimo elevados estarán.
El cuerpo y ojos sin hacer mudanza,
Con las manos delante por tomar
O escusar lo que huye ó no se alcanza.
El sabio se podrá loco llamar,
Y el justo injusto, el dia que forzase
A pasar la virtud de su lugar.

Dime: ¿quién seria el hombre que alcanzase
A ver su incomparable fortaleza,
Que mas de lo que basta la buscase?
Admírate, Boscan, de la riqueza
Del rubio bronce, de la blanca piedra,
Entallados con fuerza y sutileza.
Maravíllate de esa verde hiedra
Que tu frente con tanta razon ciñe,
Con cuánta de la mia hora se arriedra;
Del rosado color que ansina tiñe
La blanca seda y lana delicada,
Del contrario de aquel que la destiñe;
La verde joya, que es de amor vedada,
Porque en el fin su grado rompe luego
La transparente piedra bien tallada,
Y la que en color vence al rojo fuego,
El muy duro diamante, que al sol claro
Turba la luz y al hombre torna ciego.
Aquella hermosura que tan caro
Te cuesta, y que holgabas tanto en vella,
Contra cuya herida no hay reparo,
Admiróte otro tiempo ver cuán bella,
Cuán sabia, cuán gentil y cuán cortés,
Y aun quizá ahora mas te admiras della.
Tu lengua, que debajo de los piés
Trae el sujeto, y nos lo va mostrando
Como tú quieres, y no como ello es.
Admírente mil hombres que escuchando
Tu canto están, y el pueblo que te mira,
Siempre mayores cosas esperando.
Con la primera noche te retira,
Y con la luz dudosa te levanta
A escribir lo que todo el mundo admira.
¿Cuál es aquel cautivo que se espanta
Que el año fértil hincha los graneros,
Al que fortuna, y no razon, levanta?
¿Por qué quieren que hagan los dineros
Que yo me admire de él, y él no de mí,
Pues yo ni él le hubimos de herederos?
Lo que la tierra esconde dentro en sí,
La edad y el tiempo lo han de descubrir,
Y encubrir lo que vuela por ahí.
En fin, señor Boscan, pues hemos de ir
Los unos y los otros un camino,
Trabaje el que pudiere de vivir.

Si en la cabeza algun dolor te vino,
  Agudo, ó en el cuerpo, que te ofenda,
  Procura huir y ten buen tino.
Si te puede sacar de esa contienda,
  La virtud, como viene simple y pura,
  Al resto del deleite ten la rienda.
Por los desiertos montes va segura,
  No teme las saetas venenosas,
  No el fuego, que no para en armadura;
No entrar en las batallas peligrosas,
  No la cruda, importuna y larga guerra,
  No el loco mar con ondas furiosas;
No la ira del cielo, que á la tierra
  Hace temer con terrible sonido,
  Cuando el rayo, rompiendola, se entierra.
El hombre justo y bueno no es movido
  Por ninguna destreza de ejercicios,
  Por oro ni metal bien esculpido.
No por las pesadumbres de edificios,
  Adonde la grandeza vence el arte,
  Y es natura sacada de sus quicios.
No por el que procura vana parte,
  Y con el ojo gobernar el mundo,
  Forzando á la fortuna, aunque le aparte.
No por la pena eterna del profundo,
  No por la vida larga ó presta muerte,
  No por ser uno solo, sin segundo.
Siempre vive contento con su suerte,
  Buena ó mediana, como se la hace,
  Y nunca estará mas ni ménos fuerte.
Cualquier tiempo que llegue, aquel le place,
  Si no puede huir la triste vez,
  Y búrlase de aquel á quien desplace.
Todo se mide, á sí mismo es juez,
  Reposado en su vida está y seguro,
  Uno en la juventud y en la vejez.
Es por de dentro y por defuera puro,
  Piensa en sí lo que dice y lo que ha hecho,
  Duro en temer, y en esperar mas duro.
En cualquier medio vive satisfecho,
  Procura de ordenar, en cuanto puede,
  Que en todo la razon venza al provecho.
Esto no sigue tanto, que él no quede
  Dulce en humano trato y conversable,
  Ni dé á entender al mundo que le hiede.

Pónese en un estado razonable,
  Nunca teme ni espera, ni se cura
  De lo que le parece que es mudable.
Jamás de todo en todo se asegura,
  Ni se da tanto á la riguridad,
  Que por seguilla olvide la blandura.
Deja á veces vencer la voluntad,
  Mezclando de lo dulce con lo amargo,
  Y el deleite con la severidad.
De lo menos que puede se hace cargo,
  Daña á ninguno, á todos aprovecha,
  No hace por que deba dar descargo.
Este va por la via mas derecha,
  De todo lo que tiene hace bueno,
  De nada se ensandece ó se despecha.
Si la mano metiese hombre en su seno,
  Y hubiese de llorar lo que no viene,
  Ni parará en lo suyo ni en lo ajeno.
El gran rey de Marruecos, dicen, tiene
  Gran número de esclavos y ganados,
  Pero nunca el dinero que conviene.
Algunos en la guerra son guardados
  Con las riquezas, y otros con varones,
  Y algunos con los montes encumbrados,
Otros con elegancias de razones;
  Mas el que lo tuviere todo junto,
  Será dichoso y libre de pasiones.
¡Oh, quién pudiera verse en este punto,
  Cuanto al ánimo, y no cuanto al poder,
  Y tuviéseme el mundo por difunto!
Conmigo si acabase mi valer,
  Y tan poca memoria de mí hubiese
  Como se nunca hubiera de nacer.
La noche del olvido me cubriese
  En esta medianía comedida,
  Y el vano vulgo no me conociese.
Entónces haria yo sabrosa vida,
  Libre de las mareas del gobierno.
  Y de loca esperanza de cabida.
Arderia mi fuego en el invierno
  Contino y claro, y el manjar seria
  Rústico, pero muy mas dulce y tierno.
El vino antiguo nunca faltaria,
  Que los piés y la lengua me trabase,
  Mezclado con el agua clara y fria.

Y cuando el año se desinvernase,
Vendria de pacer manso el ganado,
A que la gruesa leche le ordeñase.
Llevarlo-ía al espacioso prado,
Volverlo-ía despues á la majada,
Donde fuese seguro y sosegado.
Otras veces á mano rodeada
Esparciria tras los tardos bueyes
El rubio trigo ó el áspera cebada.
A la noche estaria dando leyes,
Al fuego, á los cansados labradores,
Que venciesen las de los grandes reyes.
Oiria sus cuestiones, sus amores,
Gustaria sus nuevas elocuencias,
Y sus descubrimientos y favores,
Sus cantos, sus donaires, sus sentencias,
Sus enojos, sus fueros, su motin,
Sus celos, sus cuidados, diferencias.
Vendrías tú y Jerónimo Agustin,
Partes del alma mia, á descansar
De vuestro pensamiento y de su fin.
Cansados de la vida del lugar,
Llenos de turbulencia y de pasion,
Uno de pleitos y otro de juzgar.
Vendria con bondad de corazon
Toda vida sabrosa, con Durál
Traeríades tambien á Monleon.
Allí se reiria el bien y el mal,
Y cada uno hablaria á su guisa,
Y escucharia el que no tiene caudal.
De contar mal no se pagaria sisa,
Y podria ser venir otro Cetina,
Que la paciencia nos tornase en risa.
O si lo que mi alma no adivina,
Lo que ahora me persigue y de mí huye;
Y en quererme dañar es tan contina,
Con aquella pasion que me destruye,
Tornada en compasion, y su cruel ira,
En mansedumbre, que ella mas rehuye,
Te hallases presente, oh tú, Marfira,
Pues mi corazon, vengas ó no vengas,
Siempre ha de suspirar como suspira,
Ruégate este cautivo que no tengas
Tan duro ánimo en pecho tan hermoso,
Ni tu inmortal presencia nos detengas.

Por tí me place este lugar sabroso,
Por tí el olvido dulce con concierto,
Por tí querria la vida y el reposo;
Por tí el ardiente arena en el desierto;
Por tí la nieve helada en la montaña,
Por tí tambien me place el desconcierto.
Mira el sabroso olor de la campaña,
Que dan las flores nuevas y suaves,
Cubriendo el suelo de color estraña.
Escucha el dulce canto que las aves
En la verde arboleda están haciendo
Con voces ora agudas, ora graves.
Mira las limpias aguas, que riendo
Corren por los arroyos, y estorbadas
Por las pintadas guijas, van huyendo.
Las sombras que al sol quitan sus entradas
Con los verdes y entretejidos ramos,
Y las frutas que están dellos colgadas.
Paréceme, Marfira, que ya estamos
En todo, y que no finge mi deseo
Lo que querria, sino lo que pasamos.
Tú la verás, Boscan, y yo la veo,
Que los que amamos vemos mas temprano:
Héla en cabello negro y blanco arreo.
Ella te cogerá con blanda mano
Las raras uvas y la fruta cana,
Dulces y frescos dones del verano.
Mira qué diligencia, con qué gana
Viene al nuevo servicio, qué pomposa
Está con el trabajo, y cuán ufana.
En blanca leche colorada rosa
Nunca para su amigo vi al pastor
Mezclar, que pareciese tan hermosa.
El verde arrayan tuerce en derredor
De tu sagrada frente con las flores,
Mezclando oro inmortal á la labor.
Por cima van y vienen los amores;
Con las alas en vino remojadas;
Suenan en el carcaj los pasadores.
Remedie quien quisiere las pisadas
De los grandes que el mundo gobernaron,
Cuyas obras quizá están olvidadas.
Desvélese en lo que ellos no alcanzaron,
Duerma descolorido sobre el oro,
Que no les quedará mas que llevaron.

Yo, Boscan, no procuro otro tesoro
Sino poder vivir medianamente,
Ni escondo la riqueza ni la adoro.
Si aquí hallas algun inconveniente;
Como diserto, y no como yo soy,
Me desengaña luego incontinente,
Y si no, vén conmigo adonde voy.

CARTA EN REDONDILLAS.

Á su dama, estando ausente.

El que es tuyo, si el perdido
De alguno puede llamarse,
De sí mismo aborrecido,
A tí envia á encomendarse.
No juzgues á presuncion
Que te escriba lo que siento,
Sino sobra de aficion
Y falta de sufrimiento.
Y aunque esta carta cerrada
Te parezca como quiera,
Con mis lágrimas bañada
Se imprimió el sello en la cera.
En ella toda verás
De mis congojas la muestra,
Por donde conocerás
Cuánto mas siento que muestra.
¿Por ventura has olvidado
Esta tierra en que moraste,
Que aun esperan tu mandado
Los amigos que dejaste?
Por cierto, si es en tu mano
De escribir como solias,
Que nos haces de temprano
Contar y esperar los dias.
A los que léjos estamos,
Si el amor es verdadero,
Todo cuanto imaginamos
Nos parece hacedero.
Puede ser que, de contenta,
Nos tienes por olvidados,
Y que pones en tu cuenta
Los ausentes por pagados.

A hermosura tan alta
No contentará morada
Donde lo ménos que falta
Es ser vista y adorada.
¿Qué te aprovecha la maña?
La discrecion ¿qué te vale
Entre esa gente uraña,
Para quien el sol no sale?
De mí puedes entender
Que desesperando espero,
Y esperaré hasta ver
Si tornas como primero.
Mas he miedo que el reposo
Te convida á descansar,
O quizá algun envidioso
Te detiene á mi pesar.
Vivo los dias pensando
Si tiene mi mal enmienda;
Las noches, no la hallando,
A llorar suelto la rienda.
Y paso atónito y loco
Mi tiempo en esta zozobra;
Que para llorar es poco,
Mas para vivir me sobra.
Cuando finjo que te veo,
O que algun tiempo me viste,
Es con el rostro y meneo
Con que de aquí te partiste.
¿Qué bien hay que no sea malo?
Qué mal, que no me persiga?
¿Dónde buscaré regalo,
Si el regalo me castiga?
Procuro quien te parezca,
Y como ninguna hallo
Que tanta gloria merezca,
Bajo los ojos y callo.
Ya no estoy en mi poder;
Que el desatino me lleva,
Viendo que no puede ser
Hacer tan falsa la prueba.
Si duermo, soñando pienso
Que te hablo, al mismo instante
Huyes, y quedo suspenso,
La voz y mano adelante.
Sueño, quien de vos se ceba,
No se acuerda del remate;

Entrais haciendo gran prueba,
Y salis por disparate.
Una imágen tengo tuya
Puesta delante mis ojos,
Que aunque he miedo que me huya
Y pruebe hacerme enojos,
Háblola y hállola muda,
Mírola y hállola esquiva,
Tanto, que me pone duda
Si es la pintada ó la viva.
Revuelvo de cuando en cuando,
Y acuso mi ceguedad;
Despues digo suspirando:
¿Por qué tanta crueldad?
Es la viva mi deudora,
Y la pintada me paga;
De manera que empeora
Con el remedio mi llaga.
En otro tiempo holgara
De tratar con tus amigos,
Y ahora huyo la cara,
Como de falsos testigos.
Que trayendo á la memoria
Lo que fuí y lo que ellos son,
No me causan vanagloria,
Sino desesperacion.
Quien llamó á la muerte ausencia
No estaba bien en lo cierto;
Que no ha menester paciencia
El hombre despues de muerto.
Yo, que sufro, callo y creo
Ausente y mal satisfecho,
¡Con cuántas muertes peleo
Entre la boca y el pecho!
Tal me veo en tal afrenta,
Señora, como te escribo,
Que no me recibo en cuenta
Las horas que sin tí vivo.
Preguntando de hombre en hombre
Si volverás ó si engañas,
En la voz siempre tu nombre,
Y tu vista en las entrañas.
Y por carrera tan larga
Voy de mí mismo huyendo,
Que, como el alma es la carga,
Deseo el fin no lo viendo.

Mas espero en mal tan grave
De tan contrarios estremos,
Que se mude ó que me acabe,
Como en otras cosas vemos.
El cielo que está nublado
Desecha la oscuridad,
La luna y sol eclipsado
Vuelven á su claridad.
Tras el invierno el verano,
Tras la noche el dia claro,
Y tras lo enfermo lo sano,
Tras el mal viene el reparo.
El duro roble en la sierra,
De fuerte rayo herido,
Vemos levantar de tierra
Mas alto y mas estendido.
Y la mar, que, de turbada,
Hizo miedo á las estrellas,
Torna clara y sosegada,
Como á competir con ellas.
Cualquier mudanza llegase,
Y llegase con presteza,
O el mal en bien se trocase,
O cesase su braveza.
Piensa lo que sentiria
Viéndote como te vi.
Tan gran colmo de alegría
No podria caber en mí.
Si no viniera á este punto
De ausencia ni despedida,
No perdiera todo junto,
El alma, el mundo y la vida.
El alma, que desespero,
El mundo, que le aborrezco,
La vida, ya que no muero,
Que muerte en vida parezco.
Cuando de haber tú partido
Culpa alguna yo tuviese,
Mas querria no haber sido
O la tierra me sumiese.
Tan áspera adversidad
No hay hombre que la consuele,
Pues no alcanza la piedad
A lo ménos que ella duele.
Entre lo que vida alcanza,
Y entre los muertos, busqué

Remedio á esta malandanza,
Pero nunca le hallé.
Uno, que no siente nada,
Calla otro, aunque lo siente;
En fin, no hay hora menguada
Sino para el que está ausente.
Mas ¿qué haré, si te gasta
Contra mí algun importuno?
Para dañar uno basta,
Para aprovechar ninguno.
Con voluntad invidiosa
Vió mi mal y tu llaneza;
Parecíale otra cosa,
Si procura tu aspereza.
Tal medicina hay, que daña,
Aunque al médico le place,
Y tal ingenio, que engaña
Al maestro que le hace.
A tirano antojadizo
Dieron maestro cruel;
El toro de alambre hizo
Quien murió encerrado en él.
Presto se le tornó en lloro
Cuanto comenzó por juego;
El mismo dentro del toro
Probó el tormento del fuego.
Era el son de los gemidos,
Con la fuerza de la llama,
Cual suena á nuestros oidos
Un bravo toro que brama.
El suceso y la ambicion,
El caso y la maravilla,
Movieron admiracion,
Mas no movieron mancilla.
¡Oh cruel! En este caso
¿Qué te dolió el bien ajeno?
La invidia te hinchó el vaso
Cuando me diste el veneno.
Y como inocente dello,
Bebílo hasta acaballo.
En mi mano fué bebéllo,
Aunque no fué remediallo.
Si tú, Señora, no quieres
Tomar de mí la conquista,
Procura ya, si pudieres,
De sanarme con tu vista.

VILLANCICO.

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.

Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino;
Errado el camino,
No puede volver
El que por amores
Se quiso prender.

Mándenle escribir,
Aunque no contente,
Y si se arrepiente,
Que no ha de huir,
Que quiera morir,
Y no pueda ser;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.

Entro simple y ciego,
Mas no sin razon;
Hízose aficion
De lo que era juego;
El encendió el fuego
En que habia de arder,
Cuando por amores
Se quiso prender.

Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ria;
De envidia y porfía
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.

Diga su cuidado,
Mas no sea creido;
Antes que sea oido
Sea condenado;

Quiera ser mirado:
No le quieran ver
Al que por amores
Se dejó prender.

SONETOS.

I.

¡Si fuese muerto ya mi pensamiento,
Y pasase mi vida así durmiendo
Sueño de eterno olvido, no sintiendo
Pena ni gloria, descanso ni tormento!
Triste vida es tener el sentimiento
Tal, que huye sentir lo que desea,
Su pensamiento á otros lisonjea,
Yo enemigo de mí siempre lo siento.
Con chismerias de enojo y de cuidado
Me viene, que es peor que cuando peno,
Y si algun placer me trae, con él me va,
Como á madre con hijo regalado,
Que si llorando le pide algun veneno,
Tan ciega está de amor, que se le da.

II.

Tu gracia, tu valor, tu hermosura,
Muestra de todo el cielo, retirada,
Como cosa que está sobre natura,
Ni pudiera ser vista, ni pintada.
Pero yo, que en el alma tu figura
Tengo en humana forma abreviada,
Tal hice retratarte de pintura,
Cual amor te dejó en ella estampada.
No por soberbia vana, ó vanagloria
De tí, ni para publicar mis males,
Ni por verte mas veces que te veo,
Mas por solo gozar de tanta gloria,
Señora, con los ojos corporales,
Como con los del alma y el deseo.

III.

Vuelve el cielo: el tiempo huye y calla,
Y callando despierta tu tardanza;
Crece el deseo, y mengua la esperanza
Tanto mas, cuanto mas léjos te halla.

Mi alma es hecha campo de batalla,
  Combaten el recelo y confianza,
  Asegura la fe toda mudanza,
  Aunque sospechas andan por mudalla.
Yo sufro y callo y dígote, señora,
  ¿Cuando será aquel dia que estaré
  Libre desta contienda en tu presencia?
Respóndeme, tú, saña matadora:
  Juzga lo que ha de ser por lo que fué,
  Que ménos son tus males en ausencia.

IV.

Tiempo vi yo que amor puso un deseo
  Honesto en un honesto corazon;
  Tiempo vi yo, que ahora no lo veo,
  Que era gloria, y no pena, mi pasion.
Tiempo vi yo que por una ocasion,
  Dura angustia y congoja, y si venia,
  Señora, en tu presencia la razon
  Me faltaba y la lengua enmudecia.
Mas que quisiera he visto, pues amor
  Quiere que llore el bien y sufra el daño,
  Mas por razon que no por accidente.
Crece mi mal, y crece en lo peor,
  En arrepentimiento y desengaño,
  Pena del bien pasado y mal presente.

V.

Mil veces callo que mover deseo
  El cielo á gritos, y mil otras tiento
  Dar á mi lengua voz y movimiento,
  Que en silencio mortal yacer la veo.
Anda cual velocísimo correo
  Por dentro el alma el suelto pensamiento,
  De llanto y de dolor lloroso acento,
  Y casi en el infierno un nuevo Orfeo.
No tiene la memoria á la esperanza,
  Rastro de imágen dulce ó deleitable,
  Con que la voluntad viva segura.
Cuanto en mí hallo es maldicion que alcanza,
  Muerte que tarda, llanto inconsolable,
  Desden del cielo, error de la ventura.

LUIS DE CAMOENS.

Portugues.
1524—79.

LETRILLA.

De dentro tengo mi mal,
Que de fora no hay señal.

Mi nueva y dulce querella
Es invisible á la gente:
El alma sola la siente,
Qué el cuerpo no es dino della.
Como la viva centella
Se encubre en el pedernal
De dentro tengo mi mal.

VILLANCICOS.

I.

Irme quiero, madre,
A aquella galera,
Con el marinero
Á ser marinera.
Madre, si me fuere
Doquiera que vó,
No lo quiero yo;
Que el amor lo quiere!
Aquél niño fiero
Hace que me muera,
Por un marinero
A ser marinera.
El que todo puede,
Madre. no podrá,
Pues el alma va,
Que el cuerpo se quede,
Con él pues que muere
Voy porque no muera,
Que si es marinero
Seré marinera.
Es tirana ley,
Del niño señor,
Que por un amor
Se deseche un rey,

Pues de esta manera
El quiere, irme quiero
Por un marinero
A ser marinera.
Decid, ondas, ¿cuando
Visteis vos doncella
Siendo tierna y bella
Andar navegando?
Mas que no se espera
De aquel niño fiero?
Vea yo á quien quiero
Y sea marinera!

II.

Amor loco, amor loco,
Yo por vos, y vos por otro.
Dióme amor tormentos dos
Para que pene doblado,
Uno es verme desamado,
Otro es mancilla de vos;
Ved que ordena amor en nos
Porque vos haceisme loco,
Que seais loca por otro.
Trataís amor de manera,
Que porque así me tratais,
Quiere que, pues no me amais
Que amais otro que no os quiera;
Mas con todo si no os viera
De todo loca por otro
Con mas razon fuera loco.
Y tan contrario viviendo,
Al fin, al fin conformamos,
Pues ambos á dos buscamos
Lo que mas nos va huyendo.
Voy tras vos, siempre huyendo
Y vos huyendo por otro
Andais loca y me haceis loco.

QUINTILLAS.

Posible es á mi cuidado
Poderme hacer satisfecho,
Si fuera posible al hado
Hacer no hecho el hecho,
Y futuro lo pasado.

Si olvido pudiera haber
Fuera remedio sufrible;
Mas ya que no puede ser
Para contento me hacer,
Todo es poco lo posible.

CRISTOVAL DE CASTILLEJO.

Murió por los años de 1680.

VILLANCICOS.

I.

Alguna vez
¡O pensamiento!
Serás contento.
Si amor cruel
Me hace la guerra,
Seis pies de tierra
Podrán mas que él,
Allí sin él,
Y sin tormento
Serás contento.
Lo no alcanzado
En esta vida,
Ella perdida
Será hallado;
Que sin cuidado
Del mal que siento
Serás contento.

II.

Allá miran ojos
A do quieren bien.
Y bien que mirando
Buscan su dolor,
Fuérzalos amor
Que estén de su bando.
Y digan callando
La causa por quien,
A do quieren bien.
Es fuerza mirar
Donde hay aficion,
Y el que sin pasion

Lo puede dejar,
Podráse llamar
Amor de almacen,
Pues no quiere bien.
Amor lisonjero
No puede forzarse,
Ni no declararse
Si es falso y lijero.
Mas el verdadero
No sufre desden
Con quien quiere bien.
Que amor es la prueba
De la piedra iman.
Los ojos se van
Despues que los ceba.
Tras sí se los lleva,
Y el alma tambien,
A do quieren bien.
De aquí mil enojos
Nos suelen nacer,
Por poco placer
De solos los ojos,
Y que sus antojos
Tormento nos den
Por quien quiere bien.
Señora, los dos
Erramos el tiro,
Yo siempre á vos miro,
Y nunca á mí vos.
Maldígame Dios,
Sino os quiero bien.

CARTA DE DESAFIO Á UNA DAMA.

Señora, pues de contino
Holgais de me maltratar,
Yo propongo y determino
De buscar algun camino
Como me pueda vengar.
Mire cada cual por sí
Y guarde bien su persona,
Porque de hoy mas desde aquí
Entre vos, Señora, y mí
Cruda guerra se pregona.

De la cual no puede haber
Paz ni tregua ni concierto,
Sino morir ó vencer,
Pues yo no puedo perder,
Tomándome sobre muerto.
Por eso mirad que andeis
Armada, sin faltar pieza,
De las armas, que sabeis;
Si no, quizá volvereis
Las manos en la cabeza.

Á una dama, que se enojó habiéndola mirado mucho.

Si en mirar con atencion
Mis ojos os ofendieron,
Ved la razon que tuvieron,
Y el mal que á mi corazon
Principalmente hicieron.
Y aunque yo de pesar muera,
Por ser causa de enojaros
Esto quiero confesaros:
Que por mas daño tuviera
Si dejara de miraros.

CANCION.

Mis ojos, ¿qué os merecí,
Que buscais ambos á dos
Alegría para vos
Y congoja para mí?
Vosotros vivis mirando,
Yo muero porque mirais;
Cuanto vosotros gozais
Yo lo pago deseando.
Claro me parece aquí
Que tiene ordenado Dios
Que no podais vivir vos
Sin que me mateis á mí.

AL AMOR PRESO.

Por unas huertas hermosas
Vagando muy linda Lida,
Tejió de lirios y rosas
Blancas, frescas y olorosas
Una guirnalda florida:

Y andando en esta labor
Viendo á deshora al Amor
Entre las rosas escondido,
Con las que ella habia cogido
Prendióle como á traidor.

El muchacho no domado
Que nunca pensó prenderse,
Viéndose preso y atado,
Al principio muy airado
Pugnaba por defenderse:

Y en sus alas estribando
Forcejaba peleando
Y tentaba aunque desnudo
De desatarse del ñudo
Para valerse volando.

Pero viendo la blancura
Que sus pechos descubrian
Como leche fresca y pura,
Que á su madre en hermosura
Ventaja no conocian,

Y su rostro que á encender
Era bastante y mover,
Con su mucha lozanía
Los mismos dioses, pedia
Para dejarse vencer.

Vuelto á Vénus á la hora,
Hablándole desde allí,
Dijo: «Madre, emperadora,
Desde hoy mas busca, señora,
Un nuevo Amor para tí.

Y esta nueva con oilla
No te mueva o dé mancilla
Que habiendo yo de reinar
Este es el propio lugar
En que se ponga mi silla.»

HERNANDO DE ACUÑA.

† 1580.

SONETO.

Cuando era nuevo el mundo y producia
Gentes, como salvajes, indiscretas,
Y el cielo dió furor á los poetas
Y el canto con que el vulgo los seguia,
Fingieron dios á amor y que tenia
Por armas fuego, red, arco y saetas,
Porque las fieras gentes no sujetas
Se allanasen al trato y compañia;
Despues viniendo á mas razon los hombres,
Los que fueron mas sabios y constantes
Al amor figuraron niño y ciego,
Para mostrar que de él y de estos nombres
Les viene por herencia á los amantes
Simpleza, ceguedad, desasosiego.

SANTA TERESA DE JESUS.

† 1582.

FUEGO DEL AMOR DE DIOS.

Glosa.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazon:
Mas causa en mi tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! que larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
Esta carcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Solo esperar la salida,
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quiteme Dios esta carga,
Mas pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Solo con la confianza,
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte:
Vida, no me seas molesta;
Mira que solo te resta,
Para ganarte perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy lijero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva:
Muerte, no me seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es perderte á tí,
Para mejor á él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca ví:
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece:
A quien la muerte padece,
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace mas sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para mas penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte;
Viendo que puedo perderte:
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida:
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡O mi Dios, cuando será,
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero!

A CRISTO CRUCIFICADO.

Soneto.

No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, mi Dios; muéveme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme las angustias de tu muerte:
Muéveme en fin tu amor de tal manera
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y, aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
Porque, si cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

LETRILLA.

Que llevaba por registro en su breviario.

Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa;
Dios no se muda,
La paciencia
Todo lo alcanza;
Quien á Dios tiene
Nada le falta:
Solo Dios basta.

JUAN RUFO.

† 1584.

CARTA Á SU HIJO.

Dulce hijo de mi vida,
Juro por lo que te quiero
Que no ser el mensajero
Me causa pena crecida.
Mas no cumplireis tres años,
Sin que yo, mi bien, te vea,
Porque alivio se provea
Al proceso de mis años.

A Dios que mi pecho entiende
Le pide, pues ángel eres,
Lo ordene como tu quieres
Y tu padre lo pretende.

Dos veces al justo son
Las que el sol ha declinado
Hasta el capricorni helado
Desde el ardiente leon,

Despues que, hijo querido,
Puse tanta tierra en medio,
Mas por buscar tu remedio
Que mi descanso cumplido.

Espérame, que ya voy,
Do te veré y me verás,
Puesto que conmigo estás,
Adonde quiera que estoy.

Mas al fin desta jornada
Espero sin falta alguna
A pesar de la fortuna
Que seremos camarada.

Prenderé tu blanca mano
Con esta no blanca mia.
Y hacertehe compañia
Como si fueras anciano.

Y si algun camino luengo
Te cansa y causa embarazos
Llevartehe sobre mis brazos
Como en el alma te tengo.

Dartehe besos verdaderos
Y transformándome en tí,
Parecerán bien en mí
Los ejercicios primeros:

Trompos, caños, morterillos
Saltar, brincar y correr,
Y jugar al esconder,
Cazar avispas y grillos;

Andar á la cojcojita
Con diferencia de trotes,
Y tirar lisos virotes
Con arco y cuerda de guita;

Chifle en hueso de albarcoque,
Pelota blanca y liviana
Y tirar por cerbatana
Garbanzo, china y bodoque;

Hacer de la haba verde
   Capelludos frailecitos
   Y de las guindas zarcillos
   Joyas en que no se pierde;
Zampoñas del alcacel
   Y de cogollos de cañas
   Reclamos que á las arañas
   Sacan á muerte cruel.
Romper una amapola
   Hoja por hoja en la frente,
   Y escuchar á quien nos cuente
   Las consejas de Bartola!
Llamaremos si tu quieres
   Por excusarnos de nombres,
   Tios á todos los hombres
   Y tias á las mujeres;
Columpio en que nos mezcamos,
   Colchones en que trepemos,
   Nueces para que juguemos,
   Y algunas que comamos
Cuarto lúcio en el zapato,
   Mendrugos en faltriquera,
   Con otra cosa cualquiera
   Y saçar de rato en rato;
Tener en un agujero
   Alfileres y rodajas,
   Y asechar por las sonajas
   Cuando pasa el melcochero,
Y porque mejor me admitas
   De tus gustos á la parte,
   Cien melcochas pienso darte
   Y avellanas infinitas,
Mazapanes y turron,
   Datiles y confitura,
   Y entre alcorzada blancura
   El rosado canelon.
Mas cuando sufra tu edad
   Tratar de mayores cosas,
   Con palabras amorosas
   Te enseñaré la verdad,
No con rigor que te ofenda,
   Ni blandura que te dañe
   Ni aspereza que te estrañe
   Ni temor que te suspenda,

Antes con sana doctrina
Y término composado,
Conforme soy obligado
Por ley humana y divina.

Mas pues la vida es incierta
Y no ser por ser mortal
Si al entrar tu por su umbral
Saldré yo por la otra puerta,

Esto que escribiere aquí
Con paternal aficion,
En los años de razon
Traslada, mi hijo, en tí.

Verás la fé encarecida
Con que pude y quise amarte,
Y quisiera gobernarte
En las ondas de tu vida.

En cuyo corto viaje
Hallarás tormentas largas
Mudanzas, disgustos, cargas,
Y mal seguro pasaje.

Verás como nace el hombre
Llorando, pobre y desnudo
Tan miserable y tan rudo
Que aun no muestra solo el nombre.

Verás despues las potencias
Ir valiendo, y los sentidos
Ser de ellas ennoblecidos,
Con avisos y experiencias.

Verás que cada animal
Conforme á su inclinacion
Sigue la disposicion,
De su instinto natural.

Y solo el hombre pervierte
Sus justas obligaciones,
Si no vence sus pasiones
Como valeroso y fuerte.

Reloj es cierto y solar
El bruto y así nos muestra
Lo que otra causa le adiestra
Sin de ello un punto faltar.

El hombre es globo y esfera
Y al de ruedas comparado
Que estando bien concertado
Trae su cuenta verdadera.

Mas si prudencia no rige
De su curso el movimiento
Por una da hasta ciento
Y el tiempo no le corrige.

Sabe, hijo, que si vas
Por el derecho camino,
Un espíritu divino,
Un ángel parecerás,

Mas si tuerces la carrera
En esta vida mortal,
Quedarás de racional
Transformado en bestia fiera.

Tu secreto en cualquier cosa
Comunícale contigo
Y no obligues á tu amigo
A carga tan peligrosa.

Si te es difícil cubrillo
Como muchas veces suele
El otro á quien ménos duele
¿Qué hará sino decillo?

De la dudosa esperanza
Nunca hagas certidumbre,
Pues por natural costumbre
Aun en lo cierto hay mudanza.

Deja siempre la porfía
Primero que se comience,
Porque sin duda lo vence
El que de ella se desvía.

Afable comedimiento
Alaben todos en tí
Porque resbalar de aquí
Es de bajo entendimiento.

Ya que no por igual
Trates á los desiguales,
No les quites, sino dáles
En su tanto á cada cual.

Lo que cierto no supieres
No te hagas de ello autor,
Callarlo es mucho mejor
Mientras dudoso estuvieres.

Que quien afirma lo incierto
Es hombre de poco vaso,
Y el decir verdad acaso
Imita el mentir mas cierto.

Aunque sustenta el honor
El haber que poseemos,
De los dos malos éstremos
Ser pródigo es el menor.

Es hacienda peligrosa
La que se gasta sin tiento,
Mas la del triste avariento
Necesidad muy forzosa.

Al hombre que fuere así
Que no le trates te digo,
Porque mal será tu amigo
El enemigo de sí.

De los celosos casados
Algunos vimos caer,
Pero no vienen á ser
Tantos como confiados.

Porque si la sujecion
Cuando es mucha, los dispierta,
¿Qué hará abrilles la puerta
De libertad y ocasion?

Tu, hijo, en este contrato
Abraza el seguro medio,
Que no es áspero remedio
El moderado recato.

Ten siempre puesta la mira
En tratar pura verdad
Porque es gran calamidad
El ser cogido en mentira.

Esto es fácil de inferir
Pues no hay razon que consienta
Que sea el mentís afrenta,
Y que no lo sea el mentir.

Y los que usan juramentos
Por ser mas acreditados,
Tén los tu por defraudados
Del blanco de sus intentos.

Porque bien está entendido
Que suele fabulizar
Quien piensa que sin jurar
No merece ser creido.

Tambien se jura por uso
Mas comoquiera que sea
Deshonra y culpa acarrea
La licencia de este abuso.

No aflijas al afligido,
Que á las veces el que ha errado
Tiene enmienda consolado
Mejor que reprehendido.

No fies en los placeres
Porque pasan como viento,
Y cuando estés descontento
Disimula si pudieres.

Porque el mal comunicado
Aunque dicen que es menor,
No arguye tanto valor
Como el secreto y callado.

Ten mancilla al envidioso
Que se aflige sin provecho,
Alimentando en su pecho
El áspid mas ponzoñoso.

Es la envidia testimonio
Que denota vil flaqueza,
Es malicia y es simpleza,
Es desdicha y es demonio.

Holgar con el bien ajeno
Es ser partícipe dél,
Piedra de toque fiel
En que se conoce el bueno.

Las blancas sienes que son
Lustre, corona y riqueza,
Si el seso tiene pobreza,
Lastiman el corazon.

Porque á la florida edad
En vicios desenfrenada
Sucede vejez pesada
Con torpe simplicidad.

Y así pasando los años
Con su curso acelerado,
Crece el martirio pesado
Y huyen los desengaños.

Las horas y su medida
Debes, hijo, conocer
Y echar en ellas de ver
La brevedad de la vida.

Son números compasados,
Leguas de la senda humana,
Descripcion fácil y llana
De los esféricos grados.

Son métrica distincion
De los cuadrantes del dia,
De cuya acorde harmonía
Forman compases y son.

Son del tiempo y su vejez
La mas corriente moneda.
Joyas de rica almoneda,
Sellos del número diez.

Son del sol alternamente
Centinelas voladoras,
Discretas compartidoras
De los tratos de la gente.

Son alivio del tormento,
Son esperanzas del bien,
Y un alfabeto por quien
Discurre el entendimiento.

Son macizos eslabones
Que abrazan los elementos,
Conductos y ligamentos
De las anales sazones.

Porque el minuto y momento
Y los átomos instables
No fueron considerables
Hasta llegar á su aumento.

Así como no es persona
Un miembro, ni una faccion
Ni la unidad por razon
Por número se pregona.

Así pues las horas fueron
Términos fundamentales
De tiempos immemoriales
Que en siglos se convirtieron.

Y serán al fin postrero
Remate de la jornada,
Quando vuelva el primer nada
Y cierren ellas el cero.

Las horas son para orar,
El que lo olvida un orate
Como el que espera combate
Sin armas para lidiar,

Y son, mi hijo querido,
Para consideracion
De que las cosas que son
Pasarán cual las que han sido.

Obra con peso y medida
  Y cogerás con decoro
  De las horas aquel oro
  Que enriquece mas la vida.

Y contino se te acuerde
  De que el tiempo bien gastado,
  Aunque parezca pasado,
  No se pasa ni se pierde.

Pásase y piérdese aquel
  Que los hombres gastan mal
  Y es desdicha sin igual
  Que se pierden ellos y él.

Todo el tiempo que vivimos
  Hacia el morir caminamos:
  Rodeando si velamos
  Y atajando si dormimos.

De él que te burló primero
  Guárdate la vez segunda,
  Mas si en efecto segunda,
  Vélate bien la tercera,

Y piensa que el trato vil
  Redunda en tu menosprecio
  Que si eres tres veces necio
  Lo serás trescientas mil.

Nunca digas mala nueva,
  Y si descanso codicias,
  No le arriendes las albricias
  Al correo que las lleva.

Esto, hijo, no se entiende
  Cuando puede el desengaño
  Evitar un nuevo daño
  Que del primero depende.

Mas vale un tardar prudente,
  Aunque causa pena esquiva,
  Que la priesa intempestiva
  Si el caso no la consiente.

No quiero decirte mas,
  Que lo divino y humano
  Es un fácil canto llano
  Si razon lleva el compas.

Si el colegio de Talia
  Te diere furor divino,
  Sigue el honesto camino
  Y nunca de él te desvia.

Sean por tí celebrados
    Los generosos motivos,
    No los amores lascivos,
    Ni gustos desenfrenados,
Los insignes caballeros
    Que murieron en la guerra,
    No sátiros en la tierra,
    Ni en el mar ninfas en cueros.
Las obras dignas de fama
    Cantarás en grave estilo,
    No las torpezas del Nilo
    Ni mudanzas de una dama.
Oye misa cada dia
    Y serás de Dios oido,
    Témele y serás temido
    Como un Rey decir solia.
Ama su bondad y en él
    Amarás sus creaturas,
    Y serán tus obras puras
    En este mundo y aquel.
Téngate Dios de su mano,
    Y para que el bien te cuadre,
    Sirve á tu buena madre,
    Ama á Juan tu dulce hermano
    Y no me olvides. — Tu Padre.

LOPEZ MALDONADO.

Floreció por los años de 1586.

CANCIONES.

I.

Quereros yo como á mí
Es ofender á los dos,
Y quereros como á vos
No hay querer que llegue allí.
Si lo que confiesa el mundo
Por tan urgente verdad
Negase mi voluntad,
Que es ser sin ningun segundo
Vuestro valor y bondad:
Si negase el alma mia
Que á vuestro ser me rendí,
Con ser tan loca porfía
Mayor ofensa seria
Quereros yo como á mí.
Porque cuando me quisiera,
Tanto cuanto me aborrezco,
Es vuestro ser de manera
Que lo que por fe merezco
Por flaqueza lo perdiera:
Porque ansí quiso dotaros
De mil perfecciones Dios
Y á todas aventajaros
Que parece que alabaros
Es ofender á los dos.
Si fuera mi entendimiento
Tal que supiera entenderos,
Y el mayor contentamiento
Que se puede haber sin veros
Quisiera hacer en mí asiento,
Señora, testigo es Dios
De lo que quiero deciros,
Que del bien que hay entre nos
Solo escogiera el serviros
Y quereros como á vos.
Mas ¿quien podrá conocer
Cuanto bien en vos se encierra,
Pues hay de vuestro poder
Al mayor que hay en la tierra
Lo que hay del ser á no ser?
Diga el pintor cuya mano

Quiso haceros ansí
Vuestro valor soberano,
Pues entendimiento humano
No hay querer que llegue allí.

II.

Va y viene mi pensamiento
Como el mar instable y manso:
¿Cuando tendrá algun descanso
Tan continuo movimiento?

Parte el pensamiento mio
Cargado de mil dolores
Y vuélveme con mayores
De la parte do le envio.
Pero de esto en la memoria
Se engendra tanto contento
Que aunque parece violento
Cargado de pena y gloria
Va y viene mi pensamiento.

Como el mar mas sosegado
Le regala con la calma,
Así se regala el alma
Con tan dichoso cuidado:
Pero en mí mudanza alguna
No puede haber, pues descanso
Con el mal que me importuna,
Que no es sujeto á fortuna,
Como el mar instable y manso.

Si el cielo se muestra airado
El mar luego se embravece,
Y en mí cuando el mal mas crece
Se halla mas sosegado:
Ni en mí se cansa el penar
Ni yo de penar me canso,
Si algo me podria cansar
Es venir á imaginar
Cuando tendrá algun descanso.

Que aunque en el mas firme amor
Mil mudanzas suele haber
Como es de pena á placer
Y de descanso á dolor,
El que os tengo está fijado

En un tan seguro asiento,
Que sin poder ser mudado
Está siempre en un estado
Tan continuo movimiento.

III.

Ojos llenos de beldad,
Apartad de vos la ira,
Y no pagueis con mentira
A los que os tratan verdad.

Mirad, ojuelos graciosos,
El mal pago que me dais
Y que no es bien que seais
Siendo bellos mentirosos.
Basta matar con beldad,
No lo procureis con ira,
Ni deis paga de mentira
A moneda de verdad.

Pero pues vos lo quereis,
Ojos, yo tambien lo quiero,
Porque mas bien espero
Del mal que vos me haceis.
Seguid vuestra crueldad,
Vaya adelante la ira!
Tratádme siempre mentira
Que yo os trataré verdad!

AL AMOR.

Ay amor,
Perjuro, falso, traidor!
Enemigo
De todo lo que no es mal:
Desleal
Al que tiene ley contigo!
Falso amigo
Al que te das por mayor.
Ay amor,
Perjuro, falso, traidor!

Tus daños
    Nos dan claro á entender
    Que un placer
    Es pesar de cien mil años,
    Y en mis daños
    Esto se prueba mejor.
    Ay amor,
    Perjuro, falso, traidor!

JUAN LOPEZ DE UBEDA.

† 1588.

REDONDILLAS.

Niño Dios, ¿quién os da guerra?
    ¿Quién os hace ansí llorar?
    «Amores me han de matar
    Por ellos vengo á la tierra.»

Si venis preso de amor
    ¿Como estais, mi Dios, llorando?
    «Estoy me considerando
    Las ansias del pecador.»

Muy gran misterio se encierra,
    Mi Dios en vuestro llorar.
    «Sí, que amor me ha de matar
    Y por él vengo á la tierra.»

¿Frio, lágrimas, pobreza
    Teneis, mi Dios soberano?
    «Por dar al linaje humano
    Calor, placer y riqueza.»

Amor, mi Dios, os destierra
    Amos os trajo á penar,
    Amor os hace llorar,
    Amor os tiene en la tierra.

«Por amor vengo del cielo
    Do estóy con mi eterno padre,
    Y de la Vírgen mi madre
    Por amor nazco en el suelo.

Amores me hacen guerra
  Y me hacen tanto amar,
  Que al cabo me han de matar.
  Pues me han traido á la tierra.»

A LOS OJOS DEL NIÑO JESUS.

Los ojos del niño son
  Graciosos, lindos y bellos
  Y tiene un no sé qué en ellos
  Que me roba el corazon.
Pidole quiera mirarme
  Porque viéndose él en mí
  El mirar y amarse allí
  Es mirar por mí y amarme:
  Mis ojos van con razon
  Tras los del niño tan bellos,
  Pues tiene un no sé qué en ellos
  Que me roba el corazon.

JUAN TIMONEDA.

† 1590.

CANZONETAS.

I.

Aquel si viene ó no viene,
  Aquel si sale ó no sale,
  En los amores no tiene
  Contento que se le iguale.
Aquel pensar que es amado
  El amante y venturoso
  Y tenerse por dudoso
  De verse bien empleado:
  Y si con esto se mantiene
  Y que el seso no resbale,
  En los amores no tiene
  Contento que se le iguale.
Aquel mirarse de dia,
  Ella á él y él á ella,
  Y esperar la noche vella
  Y hablarle como solia:
  Aquel cuando se detiene

Aguardando quien le vale,
En los amores no tiene
Contento que se le iguale.
Aquel pensar si me ha oido,
Si me ha visto por ventura,
Si llegó la hora y postura
Que se habia constituido:
Si en esperanza se aviene
Y el amor con esto sale,
Todito el mundo no tiene
Contento que se le iguale.
Aquellas señas que espere
Que le señala la dama,
Aquel ce con que le llama,
Aquel decir que le quiere,
Aquel sí cuando conviene
En cosa que poco vale,
En los amores no tiene
Contento que se le iguale.

II.

Pastora, que en el cayado
Trae pintado su pastor,
Vencida la tiene amor:
Lástima tengo al ganado!
Lo que la pastora ha hecho
Parece caso liviano
Querer mostrar en su mano
Los secretos de su pecho.
Porque lo que está encerrado
Siempre tiene mas valor;
Vencida la tiene amor:
Lástima tengo al ganado!
Obras del ánima son
Tan delicados antojos,
Querer que vean los ojos
Lo que está en el corazon:
Pues le trae retratado
Para aliviar su dolor.
Vencida la tiene amor:
Lástima tengo al ganado!
¿Adonde estaba el zagal
Para poder retratalle?
No fué menester miralle
Con la vista corporal,

Que el alma le dió un dechado
Para sacar la labor:
Vencida la tiene amor!
Lástima tengo al ganado!

LUIS GALVEZ DE MONTALVO.

† 1591.

CANTARCILLOS.

I.

No me alegran los placeres
Ni me entristece el pesar,
Porque se suelen mudar.
Los gustos en su venida
Tengo por cosa pasada,
Porque es siempre su llegada
Víspera de su partida,
Y en la gloria mas cumplida
Ménos se puede fiar:
Porque se suele mudar.
Puede el pesar consolarme
Cuando viene mas terrible,
Porque sé que es imposible
No acabarse ó acabarme,
Y aunque mas trate matarme
No pienso desesperar,
Porque se suele mudar.

II.

Si tanto gana, pastora,
Quien mira tus ojos bellos,
¿Qué hará el mirado dellos?
Entre mirarse y mirar
La ventaja es conocida,
Como de buscar la vida
A venir ella á buscar.
No le queda que hallar
A aquel que merece vellos
Sino ser mirado dellos.
Aunque en su luz sin igual
No puede haber competencia,
Por oficio hay diferencia

De mas y ménos caudal;
Que si el medio principal
Del deseo es conocellos,
El fin ser mirado dellos.

LUIS PONCE DE LEON.

† 1591.

ODAS.

I.

La ascension.

¿Y dejas, pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto?
¿Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?

Los ántes bienhadados
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos,
¿A dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?

A aqueste mar turbado
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al vento fiero airado?
Estando tú encubierto,
¿Qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuan rica tú te alejas!
¡Cuan pobres y cuan ciegos, ay, nos dejas!

II.

Noche serena.

Cuando contemplo el cielo
De inumerables luces adornado,
Y miro hacia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado:

El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
La lengua dice al fin con voz doliente:

Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, qué desventura
¿La tiene en esta cárcel baja, escura?

Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido
Sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.

Oh! despertad mortales!
Mirad con atencion en vuestro daño.
Las almas immortales,
Hechás á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?

Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera!
Burlareis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es mas que un breve punto
El bajo y torpe suelo comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales,

La luna como mueve
La plateada rueda, y va en pos della,
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella.

Y como otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Jupiter benigno
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
Saturno padre de los siglos de oro,
Tras el la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quien es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece,
Eterna primavera aquí florece.

O campos verdaderos!
O prados con verdad frescos y amenos!
Riquísimos mineros!
O deleitosos senos,
Repuestos valles de mil bienes llenos!

III.

Vida descansada.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio Moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado?
Si en busca deste viento
Ando desalentado,
Con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡O monte, ó fuente, ó rio,
O secreto seguro deleitoso
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza, ó el dinero.

Despiertenme las aves
  Con su cantar sabroso no aprendido,
  No los cuidados graves,
  De que es siempre seguido
  El que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
  Gozar quiero del bien que debo al cielo
  A solas sin testigo,
  Libre de amor, de celo,
  De odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
  Por mi mano plantado tengo un huerto,
  Que con la primavera
  De bella flor cubierto
  Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,
  Por ver y acrecentar su hermosura,
  Desde la cumbre airosa
  Una fontana pura
  Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
  El paso entre los arboles torciendo,
  El suelo de pasada
  De verdura vistiendo,
  Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
  Y ofrece mil olores al sentido,
  Los árboles menea
  Con un manso ruido,
  Que del oro y del cetro pone olvido.

Tenganse su tesoro,
  Los que de un falso leño se confian:
  No es mio ver el lloro
  De los que desconfian
  Quando el cierzo y el ábrego porfian.

La combatida antena
  Cruje, y en ciega noche el claro dia
  Se torna, al cielo suena
  Confusa vocería,
  Y la mar enriquecen á porfia.

A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada
Me basta, y la bajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando,

A la sombra tendido,
De yedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

IV.

Profecía del Tajo.

Folgaba el Rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo;
El rio sacó fuera
El pecho, y le habló desta manera:

¡En mal punto te goces
Injusto forzador, que ya el sonido
Oyo yo, y las voces,
Las armas, y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido!

¡Ay! esa tu alegría
Qué llantos acarrea, y esa hermosa
Que vió el Sol en mal dia,
A España, ¡ay! cuán llorosa,
Y al cetro de los Godos cuán costosa!

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A tí y á tus vasallos naturales.

A los que en Constantina
  Rompen el fértil suelo, á los que baña
  El Ebro, á la vecina
  Sansueña, á Lusitaña,
  A toda la espaciosa y triste España.

Ya dende Cádiz llama
  El injuriado Conde, á la venganza
  Atento y no á la fama,
  La barbara pujanza,
  En quien para tu daño no hay tardanza.

Oye, que al cielo toca
  Con temeroso son la trompa fiera,
  Que en Africa convoca
  El Moro á la bandera,
  Que al aire desplegada va lijera.

La lanza ya blandea
  El Arabe cruel, y hiere el viento
  Llamando á la pelea;
  Innumerable cuento
  De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
  Debajo de las velas desparece
  La mar, la voz al cielo
  Confusa y varia crece,
  El polvo roba el dia, y le escurece.

¡Ay! que ya presurosos
  Suben las largas naves: ay! que tienden
  Los brazos vigorosos
  A los remos, y encienden
  Las mares espumosas por do hienden.

El Eolo derecho
  Hinche la vela en popa, y larga entrada
  Por el Hercúleo Estrecho
  Con la punta acerada
  El gran padre Neptuno da á la armada.

¡Ay triste! ¿y aun te tiene
  El mal dulce regazo? ni llamado
  Al mal que sobreviene
  No acorres? ocupado
  No ves ya el puerto á Hercules sagrado?

¡Acude, acorre, vuela!
  Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
  No perdones la espuela,
  No des paz á la mano,
  Menea fulminando el hierro insano!

¡Ay cuanto de fatiga!
  Ay cuanto de sudor está presente
  Al que viste loriga,
  Al infante valiente,
  A hombres y á caballos juntamente!

Y tu, Bétis divino,
  De sangre ajena y tuya amancillado,
  Darás al mar vecino
  ¡Cuanto yelmo quebrado!
  ¡Cuanto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
  Cinco luces las haces desordena
  Igual á cada parte;
  La sesta ¡ay! te condena,
  O cara patria, á barbara cadena!

SAN JUAN DE LA CRUZ.

† 1591.

SUBIDA DEL MONTE CARMELO.

En una noche escura
  Con ansias en amores inflamada,
  ¡O dichosa ventura!
  Salí sin ser notada,
  Estando ya mi casa sosegada.

A escuras y segura
  Por la secreta escala disfrazada
  ¡O dichosa ventura!
  ¡A escuras y en celada
  Estando ya mi casa sosegada!

En la noche dichosa
  En secreto que nadie me veia,
  Ni yo miraba cosa,
  Sin otra luz ni guia
  Sino la que en el corazon ardia.

Aquesta me guiaba
  Mas cierto que la luz de medio dia
  A donde me esperaba
  Quien yo en me sabia
  En parte donde nadie parecia.

¡O noche que guiaste
  O noche amable mas que el alborada,
  O noche que juntaste
  Amado con amada
  Amada en el amado trasformada!

En mi pecho florido,
  Que entero, para él solo se guardaba,
  Allí quedó dormido,
  Y yo le regalaba,
  Y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena
  Cuando ya sus cabellos esparcia
  Con su mano serena,
  En mi cuello heria,
  Y todos mis sentidos suspendia.

Quedéme y olvidéme,
  El rostro recliné sobre el amado,
  Cesó todo y dejéme,
  Dejando mi cuidado
  Entre las azucenas olvidado.

ARCHÁNGEL DE ALARCON.

† 1594.

DIALOGO ENTRE LA VÍRGEN Y EL AUTOR.

«Suplícoos, reina del cielo,
  Aunque no lo he merecido
  Que el niño que habeis parido
  Me entregueis por mi consuelo.
Sé que el amor maternal
  No sufrirá luenga ausencia
  Del niño cuya presencia
  Al cielo es gloria eternal.

Pero no tengais recelo
  Pues por poco tiempo pido
  Que el niño que habeis parido,
  Me entregueis por mi consuelo.»

«Es mi niño delicado,
  Y tú rústico y grosero:
  ¿Cómo quieres al cordero
  Divino estar abrazado?»

«Amor alzará mi vuelo
  Si me fuere concedido
  Que el niño que habeis parido
  Me entregueis por mi consuelo.»

«Mi niño es suma beldad
  Y dulce como la miel
  ¿Como llegarás á él
  Con amargura y fealdad?»

«Pues, Vírgen, dello me duelo
  Y él por todos ha nacido,
  Ruego os que él que habeis parido
  Me entregueis por mi consuelo.»

«Como entre mis pechos mora
  El hermoso entre millares
  Acállole con cantares
  Cuando tierno niño llora.

Tanto con él me desvelo
  Que de mí misma me olvido
  ¿Cómo daré el que he parido
  Siendo mi gozo y consuelo.»

«Tengo señora por cierto
  Que á trueque de dulces cantos
  Se acallará con mis llantos
  Y adormirá aunque despierto;

Pues lágrimas son señuelo
  Con que se abate del nido
  La águila que habeis parido:
  Dádmela por mi consuelo.»

«Las criaturas humanas
  Huélganse con lautos dones,
  Mi niño con corazones
  Que son sus dulces manzanas.»

«Si bajó por eso al suelo
  Ya el mio tiene rendido,
  Ruégoos que el que habeis parido
  Me entregueis por mi consuelo.»

«Es menester que te inclines
Y seas al niño cortés
Pues se postran á sus piés
Los mas altos serafines.»
«De eso tendré yo gran celo
Si alcanzare á ser oido
Y el niño que habeis parido
Me entregueis por mi consuelo.»
«Recibe pues con amor
Al niño porque le adores
Y tanto de él te enamores
Que te enciendas en ardor.»
«El trocará en fuego el hielo
Si en mi corazon anido,
Vírgen al que habeis parido
Para universal consuelo.»

ESTEVAN DE ZAFRA.

† 1595.

NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS.

Bajo de la peña nace
La rosa que no quema el aire.
Bajo de un pobre portal
Está un divino rosal,
Y una reina angelical
De muy gracioso donaire.
Esta reina tan hermosa
Ha producido una rosa
Tan colorada y hermosa,
Cual nunca la vido naide.
Rosa blanca y colorada,
Rosa bendita y sagrada,
Rosa por cual es quitada
La culpa del primer padre.
Es el rosal que decia
La Vírgen Santa Maria,
La rosa que producia
Es su hijo, esposo y padre.
Es rosa de salvacion
Para nuestra redencion,
Para curar la lision
De nuestra primera madre.

FERNANDO DE HERRERA.

1534—1597.

CANCION.

Al Sueño.

Suave sueño, tú que en tardo vuelo
Las alas perezosas blandamente
Bates, de adormideras coronado:
Por el puro, adormido y vago cielo
Ven á la ultima parte de occidente,
Y de licor sagrado
Baña mis ojos tristes; que cansado
Y rendido al furor de mi tormento
No admito algun sosiego,
Y el dolor desconhorta al sufrimiento.
Ven á mi humilde ruego,
Ven á mi ruego humilde, ¡oh amor de aquella
Que Juno te ofreció, tu ninfa bella!
Divino sueño, gloria de mortales,
Regalo dulce al mísero afligido;
Sueño amoroso, ¡ven á quien espera
Cesar del ejercicio de sus males
Y al descanso volver todo el sentido!
¿Como sufres que muera
Léjos de tu poder quien tuyo era?
¿No es dureza olvidar un solo pecho
En veladora pena,
Que sin gozar del bien que al mundo has hecho,
De tu vigor se ajena?
Ven, sueño alegre, sueño, ven, dichoso,
Vuelve á mi alma ya, vuelve el reposo.
Sienta yo en tal estrecho tu grandeza,
Baja y esparce líquido el rocío,
Huya la alba, que en torno resplandece
Mira mi ardiente llanto y mi tristeza
Y cuanta fuerza tiene el pesar mio,
Y mi frente humedece;
Que ya de fuegos juntos el sol crece.
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
Alas suenen ahora
Y huya con sus alas presurosas
La desabrida aurora
Y lo que en mí faltó la noche fria
Termine la cercana luz del dia.

Una corona, oh sueño, de tus flores
Ofrezco: tú produce el blando efeto
En los desiertos cercos de mis ojos,
Que el aire, entretejido con olores,
Halaga y ledo mueve en dulce afeto,
Y de estos mis enojos
Destierra, manso sueño, los despojos
Ven pues, amado sueño, ven liviano;
Que del rico oriente
Despunta el tierno Febo el rayo cano.
Ven ya, sueño clemente
Y acabará el dolor; así te vea
En brazos de tu cara Pasilea.

ODA Á DON JUAN DE AUSTRIA.

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso,
A Encéfalo arrogante
Jupiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso.

Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde quebrantada
Desamparó la guerra,
Por la sangriente espada
De Marte, aun con mil muertes no domada.

En el sereno polo
Con la suave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entónces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.

La canora armonía
Suspendia de Dioses el senado;
Y el cielo que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enajenado.

Halagaba el sonido,
Al piélago sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las musas consonaban á su intento.

Cantaba la victoria
  Del ejército etéreo y fortaleza,
  Que engrandeció su gloria,
  El horror y aspereza
  De la titania estirpe y su fiereza.

De Palas Atenea
  El gorgones terror, la ardiente lanza;
  Del rey de la onda egea
  La indómita pujanza;
  Y del hercúleo brazo la venganza.

Mas del bistonio Marte
  Hizo en grande alabanza luenga muestra,
  Cantando fuerza y arte
  De aquella armada diestra
  Que á la flegrea hueste fué siniestra.

A tí, decia, escudo,
  A tí, del cielo esfuerzo generoso.
  Poner temor no pudo
  El escuadron sañoso
  Con sierpes enroscadas espantoso.

Tú solo á Oromedonte
  Trajiste al hierro agudo de la muerte
  Junto al doblado monte;
  Y abrió con diestra suerte
  El pecho de Peloro tu asta fuerte.

¡O hijo esclarecido
  De Juno! ¡O duro y no cansado pecho!
  Por quien cayó vencido.
  Y en peligroso estrecho
  Mimante pavoroso fué deshecho.

Tú cubierto de acero,
  Tú, estrago de los hombres, indignado,
  Con sangre hórrido y fiero,
  Rompiste acelerado
  Del ancho muro el torreon alzado.

A tí libre ya debe
  Del recelo saturnio, que el profano
  Linaje, que se atreve
  A alzar la osada mano,
  Sienta su bravo orgullo salir vano.

Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida
Con gloria, que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida:

Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido, y la termine;
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine,
Que ante él desmaye el tuyo y se le incline.

Y el fértil Occidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente
Con prez y honor de España,
La lumbre singular de esta hazaña.

Que el cielo le concede
Aquel ramo del César invencible,
Que su valor herede,
Para que al turco horrible
Deribe el corazon y ardor terrible.

Vese el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aérea cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.

Y allí de miedo ajeno;
Corre, cual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza.

Mas despues que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y lo atierra,
Con espanto y con muerte la impia guerra.

Cual tempestad ondosa
Con horrísono trueno se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta
Entre peñascos ásperos quebranta.

O cual de cerco estrecho
El flamígero rayo se desata
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebata.

La fama alzará luego
Y con las alas de oro la victoria
Sobre el giro de fuego,
Resonando su gloria
Con puro lampo de inmortal memoria.

Y estenderá su nombre
Por do céfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre
Al remoto indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.

Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
El solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía
Tu esfuerza acrecentarás y osadía.

Si este al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelara
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.

Traed, cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso,
Que oprime deteniendo
El curso glorioso:
Haced que se adelante presuroso.

Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno y resplandece,
Y Mavorte dudoso se oscurece.

ELEGIA.

A unas lágrimas.

¡Oh suspiros, oh lágrimas hermosas,
Gloria del alma mia y mi cuidado,
Que de mi pena fuisteis piadosas!
¡Oh sentimiento de amoroso estado!
Oh prendas de mi alma y mi esperanza,
Que reparais el mal del bien pasado!
Si alguna vez hallare yo mudanza
Y algun desden en quien está mi vida,
Vos sereis mi reparo y confianza.
No temeré por vos ira encendida,
Si el amor no temiese; vos sois puerto
Al alma en peligroso mar perdida.
Suspiros mios, que me teneis muerto,
¿Sueño yo aqueste bien? Decí, ¿es fingido?
Decid, hermosas lágrimas, ¿es cierto?
¡Oh lágrimas, si hubiera concedido
Amor que yo os bebiera, porque el pecho,
Regárades, que en fuego está encendido!
No para que pudiera ser deshecho,
Mas para que tomara blando aliento,
Y fuera este de amor ilustre hecho;
Y para que tuviera su aposento
Propio en el corazon, y relevara
Parte de mi dolor y mi tormento.
No hay néctar dulce por quien yo os trocara,
Ni pluvia de oro ¡oh lágrimas hermosas!
Por quien mi alma su dolor repara.
Tales lágrimas dulces, piadosas,
Vénus Citerea derramó, dejando,
A Adónis en las selvas amorosas;
Y tales fueron los suspiros cuando
De amor de Marte presa suspiraba,
Ardiendo en fuego deleitoso y blando.
Con estas bellas lágrimas bañaba
Diana el rostro blanco tiernamente
Cuando de Endimion triste se apartaba.
Hermosas perlas, que del oriente
Nacidas en la concha generosa,
Se esparcen por el último ocidente,
Vendidas por la púrpura hermosa,
No dan tal resplandor cual habeis dado,
Cayendo en los colores de la rosa.

El rocío del cielo derramado,
Y en olorosas flores esculpido,
A vuestra gran belleza no ha igualado.
¡Oh lágrimas dichosas, que el olvido
Nunca podrá borrar de mi memoria,
Con quien jamás espero ser perdido!
¡Oh mi vida, mi alma, bien y gloria!
Y vos, suspiros de amorosa suerte
Por quien gané vencido la victoria,
Vivid alegres, sin que enojo fuerte
O aspereza revoque esta alegría,
Que no podrá romper la dura muerte.
Conmigo faltareis á un mesmo dia,
Y renovándoos los celestes ojos,
Llorareis en la pena y muerte mia,
Y sereis del amor dulces despojos.

SONETOS.

De vos ausente ocupo en llanto el dia,
Y la noche me acoge en mi lamento,
Y para mas dolor, conmigo cuento
Mi breve bien perdido y alegria.
Vuestro duro rigor ya bien debria
Enternecerse de mi sentimiento,
Y descubrirme en tanto apartamento
Un rayo solo de la lumbre mia.
Pero si vos quereis con este olvido
Alentar la pasion que me maltrata,
Lo hecho sobra ya para venganza.
Mas aunque en soledad y aborrecida,
No podreis, aunque mas podais, ingrata
Que yo no os ame, ajeno de esperanza.

Lloro solo mi mal, y el hondo rio
En sus turbadas ondas lleva el llanto,
Ya es tiempo, digo amor, en triste canto,
Que pongas justo fin al dolor mio,
Que sigo ausente sin tu desvarío
Y en tu vana esperanza me levanto.
Y en este paso desamparas cuanto
De tu promesa y tu valor confio.

Ya es tiempo, amor que el áspero tormento
Acabe ó que mi vida se deshaga,
La esperanza, el deseo y osadía,
Que en tanto mal ya falta el sufrimiento
Y el crudo golpe desta acerba llaga
Al íntimo llegó de la alma mia.

Duro es este peñasco levantado
Que no teme el furor del bravo viento,
Fria esta nieve que el soberbio aliento
Del aquilon arroja apresurado;
Mas duro es vuestro pecho y mas helado,
En quien la piedad no ha hecho asiento,
Ni el fuego de amoroso sentimiento
En el jamas por culpa vuestra ha entrado.
Sordas las ondas son de aqueste rio,
Pero mas sorda vos á mis clamores,
Que aun poco os pareció ser dura y fria.
Mas todo este dolor al pecho mio
No causa tantas penas y dolores
Cuanto la soledad de la alma mia.

Yo ví en sazon alegre un tierno pecho
Ufano dulcemente con mi pena,
Y que anudarnos pudo en su cadena
El ya cortés amor con lazo estrecho.
Yo veo el bien que tuve ya deshecho,
Y mi segura fe de cuitas llena,
Y que el ingrato en empio afan condena
A quien halla en su agravio satisfecho.
Yo ví que no fuí indigno de la gloria
Que en su rigor me usurpa la mudanza
Y en sombra del olvido ya me veo.
Entristezcome siempre en la memoria,
Desfallezco medroso en la esperanza,
Y al fin pierdo la vida en el deseo.

Si amor el generoso y dulce aliento
En mi rendido pecho ardiendo inspira,
Yo ufano ensalzaré con noble lira
La hermosa ocasion de mi tormento.

Aquel que en tierno y nuevo y alto acento
 Celebró el verde lauro en quien espira
 Erato y á quien sigue, honra y admira
 De Italia bella el docto ayuntamiento,
Oiria en el puro Elisio prado
 Entre felices almas la armonía
 Que llevaria deleitosa la aura,
Y diria, del canto arrebatado:
 «O es este la suave lira mia
 O Bétis, cual mi Sorga, tiene á Laura.»

Rojo sol, que con hacha luminosa
 Coloras el purpúreo y alto cielo,
 ¿Hallaste tal belleza en todo el suelo
 Que iguale á mi serena luz dichosa?
Aura suave, blanda y amorosa,
 Que nos halagas con tu fresco vuelo,
 Cuando el oro descubre y rico velo
 Mi luz, ¿trenza tocaste mas hermosa?
Luna, honor de la noche, ilustre coro
 De los errantes astros y fijados,
 ¿Consideraste tales dos estrellas?
Sol puro, aura, luna, luces de oro,
 ¿Oisteis mis dolores nunca usados?
 ¿Visteis luz mas ingrata á mis querellas?

Puede oponerse osando mi cuidado
 Con razon al rigor del amor fiero
 Y de este afan en que penando muero
 Buscar tarde el remedio no hallado.
Puede traer la culpa del pasado
 Error, y del presente y del que espero,
 Y darme á conocer que sigo y quiero
 Y amo mi perdicion mas ostinado.
Y no podrá romper el nudo estrecho
 Ni aliviar la cerviz del grave peso;
 Que tal valor su vil temor no encierra.
Solo me muestra el mal al fin del hecho,
 Y aconseja que huya estando preso,
 Porque me haga el impio mayor guerra.

Do el mauritano ponto fiero baña
  De la soberbia Argel el fuerte muro,
  El cielo con terror y horror oscuro
  Amenazó la muerte á toda España.
Bramaba el mar, ardiendo en ira estraña,
  Bramando ardia airado el mar perjuro;
  Solo en tanto pavor domó seguro
  César del hado adverso la impia saña.
El piélago y aliento embravecido
  Abatieron su ímpetu indignado,
  Y respiró el medroso libio suelo.
Vé alegre, corazon nunca vencido;
  Que la victoria no te impide el hado,
  Ni el viento y mar cruel, mas todo el cielo.

ALONSO DE ALCAUDETE.

Murió ántes de 1600.

VILLANCICO.

A aquel caballero, madre,
  Tres besicos le mandé,
  Creceré y darselos hé.
Fué este el mando primero
  Que mandé en mi juventud
  Y será, madre, virtud
  Que llegue á ser verdadero.
  Si viniere el caballero,
  Yo no se lo negaré:
  Creceré y darselos hé!
Tal palabra como aquesa
  Hija, no es falta quebralla,
  Aborrecella, y echalla
  De vos tan mala promesa,
  Pues para monja profesa
  Os prometí y voté.
  Creceré y darselos hé!
Cualquier ha de decidir
  Que el que buena fe tuviere,
  Toda palabra que diere
  Tambien la habrá de cumplir.
  Antes pienso de morir
  Que quebrantalle la fé:
  Creceré y darselos hé.

La vuestra tierna niñez
  Deja os, hija, disculpada.
  Aunque le sea quebrada
  Vuestra palabra esta vez,
  No se verá ningun juez
  Que por ello culpa os dé.
  Creceré y darselos hé!
No querais con aire fiero
  Madre, de aquesto apartarme
  Porque bien podeis matarme
  Mas no dejaré lo que quiero!
  A tan gentil caballero
  Ninguna burla le haré:
  Creceré y darselos hé.

JULIANO EGIPCIO.

Murió ántes de 1600.

AL AMOR.

Tejiendo unas guirnaldas
  Vi á Amor entre las rosas,
  Y él batiendo las alas,
  Vertió vino en mi boca;
  Yo bebí amor y vino,
  Y desde aquella hora
  Se apoderó el muchacho
  De mis entrañas todas.

GINES PEREZ DE HITA.

Murió ántes de 1600.

ORACION.

Lágrimas que no pudieron
  Tanta dureza ablandar,
  Yo las volveré á la mar
  Pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
  Mis lágrimas sentimiento
  Tanto que de su tormento
  Dieron unas y otras señas,

Y pues ellas no pudieron
 Tanta dureza ablandar
 Yo las volveré á la mar
 Pues que de la mar salieron.

PEDRO DE PADILLA.

Murió ántes de 1600.

LETRILLA.

Todas piensan que no quiero
 Y yo me muero.

Como no sale á la boca
 El fuego del corazon
 Juzgan todos mi pasion
 Por ninguna y por muy poca,
 Y el mal que mi vida apoca,
 Llaman gusto lisonjero.
 ¡Y yo me muero!

Mis libertades oyendo
 Piensan que digo verdad,
 Y es fingir con libertad
 Un alma que se está ardiendo:
 Estas apariencias viendo
 Me llaman amor trompero.
 ¡Y yo me muero!

Todas estas bizarrías
 Son finezas de querer,
 Porque se suelen hacer
 Por desmentir las espías:
 Así él que juzga las mias
 Tiene por libre mi fuero.
 ¡Y yo me muero!

Como no muestro el dolor,
 Y salud vendo y publico
 Todos piensan que soy rico
 De libertado favor,
 Y en los tributos de amor
 Dicen que no soy pechero.
 ¡Y yo me muero!

La causa yo se la dí
Que del encubierto mal
Jamas he dado señal
Sino á quien me tiene ansí,
Y llámanme por ahí
Cuchillo de melonero.
¡Y yo me muero!

Háme venido á ofender
Tanto mostrar libertad,
Que cuando digo verdad
No me la quieren creer:
Burlan de mi padecer
Cuando mas me desespero.
¡Y yo me muero!

CANCIONES.

I.

La sierra es alta
Y áspera de subir,
Los caños corren agua
Y dan en el toronjil.
Madre, la mi madre,
Del cuerpo atan garrido,
Por aquella sierra
En su lomo erguido,
Iba una mañana
El mi lindo amigo:
Llaméle con mi toca
Y con mis dedos cinco!
Los caños corren agua
Y dan en el toronjil.

II.

La que quiero y no me quiere
No huelgo que me lo diga,
Sino que se muestre amiga
Y haga lo que quisiere.
Cuando vengo á aficionarme
Aunque no sea bien tratado,
Ha muchos años que he dado
En nunca desengañarme:

Y á la dama á quien sirviere
No temais la contradiga,
Sino que se muestre amiga
Y haga lo que quisiere.
Como no se puede ver
Lo que está en el corazon,
Cualquier muestra de aficion
Bastará á entretenerme:
Y así en tanto que viviere
No reñiré á la que siga,
Sino que se muestre amiga
Y haga lo que quisiere.
Si no pensare quererme
Guste al menos engañarme,
Porque esto será obligarme,
Rendirme y desvanecerme:
Y la que yo pretendiere
En todo su gusto siga,
Y con que se muestre amiga
Apañe lo que quisiere.
Vea yo en ella un rostro afable
Y un alegre acogimiento,
Y aunque sea de cumplimiento
Donde me viere me hable,
Y si mas de esto pidiere
Quiero que me dé una higa,
Solo que se muestre amiga
Y haga lo que quisiere.
Nunca para mí fué mala
(Aunque falte amor en ella)
La que cuando voy á vella
Me entretiene y me regala:
Que si de veras no quiere
Con lo que muestra me obliga,
Y como se muestre amiga
Acuda á lo que quisiere.

III.

Por sola la hermosura
Nunca yo me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura.
Las mujeres muy hermosas
Son buenas para miradas,
Mas no para ser tratadas

Si no tienen otras cosas:
Lo ménos es la figura
Para que yo el alma dé
Y lo mas un no sé qué
Que se halla por ventura.
La pasion dejan en calma
Tan soberanos despojos.
Pueden decir á los ojos
Pero no á los del alma:
Y yo soy de una hechura
Que nunca me aficioné,
Sino de algun no sé qué.
Un donaire extraordinario
Que promete maravillas,
Y está haciendo cosquillas
En el alma de ordinario
Es lo que mi fé procura,
Lo que siempre deseé,
Y en efecto es no sé qué
Que se halla por ventura.
De esta gloria sienten poca
Algunos que se desvelan
Por damas, que se les hielan
Las palabras en la boca:
Se pagan como en pintura
De solo lo que se vé,
Y olvidan el no sé qué
Que se halla por ventura.

LUIS MARTIN.

Murió ántes de 1600.

CANCION.

Vuelvo de nuevo al llanto,
Pues se esconde del sol la hermosura,
Y puesto el negro manto
Del cielo baja ya la noche escura
Y cargada de olvido,
A dar descanso al triste y afligido.
Solo á mí, desdichado,
Jamás me trae alivio sino pena,
Que cuando sosegado
El triste duerme, en esta blanda arena
Mi triste cuerpo halla
En vez de lecho, campo de batalla.

Aquí, cansados ojos,
  Pagad vuestro tributo al dolor mio;
  Que ya de mis enojos
  Tienen piedad las aguas deste rio,
  Y á escuchar mi lamento
  Corren los montes y se para el viento.
Y si el sueño piadoso
  A vencerme viniere, de cansado,
  En su licor sabroso
  Olvido hallaré de mi cuidado;
  Oh venturosa suerte!
  ¡Que el bien hallo en la imágen de la muerte!
Mas cuán en vano espero
  Que ya la muerte acabará mi pena,
  Que como alegre muero
  El contento á que viva me condena
  Y así con vida quedo
  Que porque es bien morir no puedo.
Desmaya el sufrimiento
  Faltando de morirme la esperanza
  Y es mi mayor tormento
  Desta tormenta no esperar bonanza,
  Ni estas ¡ay triste! cierto
  De ver la muerte, de los males puerto.
En llanto me deshago
  Como al rayo del sol la blanca nieve,
  Y con lágrimas pago
  Aquesta deuda que la muerte debe
  Porque solo pretendo
  Pues no puedo morir, vivir muriendo.
Así afligido y solo
  Me escondo en una gruta desta playa,
  Cuando el hermoso Apolo
  Las altas cumbres de los montes raya;
  Que para mas enojos
  En noche eterna vivirán mis ojos.
Allí estoy esperando
  Que el sol coja sus hebras de oro puro,
  Y salgo luego cuando
  Su negra sombra pone al mundo obscuro,
  Y aqueste campo riego
  Con agua de mis ojos que es de fuego.
Tanto que por mí pierde
  De estar cubierto de su rica alfombra,
  Que en él no hay árbol verde
  Que al sol defienda su apacible sombra,

Ni de aljófar lo esmalta
La clara fuente que entre guijas salta.
Por mí el florido mayo
Ya no le restituye sus colores,
Ni el sol con puro rayo
Abre en los prados las pintadas flores,
Ni la rosada aurora
Líquidas perlas sobre el campo llora.
Por mí con tiernas quejas
Lamentan las ovejas con la hambre,
Y errando las abejas
Vuelan perdidas del nativo enjambre,
Porque por donde paso
Quemo las flores y la yerba abraso.
Solo este rio crece
Con la continua pluvia de mis ojos
Y tanto se embravece
Que cuando el mar despena sus despojos
Como rey absoluto
Parece que da guerra y no tributo.
Cancion, bien puedes irte si quisieres
Que yo llorando mis desdichas quedo,
Y dirás donde fueres
Que puedo poco, pues morir no puedo.

MADRIGAL.

Iba cogiendo flores
Y guardando en la falda
Mi ninfa para hacer una guirnalda,
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca
Y les da de su aliento los olores.
Y estaba ¡por su bien! entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando,
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuése volando.

SONETO.

Si el sol se pone, yo á la muerte llego;
¿Quién detenerlo por vivir pudiera?
Deten, dorado Apolo, el carro, espera;
Mas el sol no se para á nuestro ruego.

¡Oh! tu, señora, por quien vivo ciego!
Alza los claros ojos á la esfera,
Y díle al sol, que pare su carrera
O no le prestarás la luz y el fuego.
Que por solo mirar tu hermosura
Parará los caballos admirado,
Y no vendrá la noche de mi muerte.
Mas ay! triste de mí! ¿quién me asegura
Que de ver que lo excedes, afrentado
No les dé rienda y huya por no verte?

SOTO.

Murió ántes de 1600.

Cuando las penas miro
De tu martirio fuerte,
Amor, gimo y suspiro
Como último remedio por la muerte;
Procuro por perderte
Perder contigo la enojosa vida,
Y viendola por tí mas que perdida,
Del gran placer que siento,
Vuelvo á vivir y crece mi tormento.

BARTOLOMÉ CAIRASCO DE FIGUEROA.

Murió ántes de 1600.

PIEDAD.

Piedad es uno de los siete dones
Que amor divino y santo
Reparte á los humildes corazones,
Y en ellos puede tanto
Que los dispone á caridad y llanto.
Piedad es una fuente caudalosa;
¿Qué digo fuente? Un rio!
¿Qué digo rio? Es una mar piadosa
Do lleva el gran navío
Palabras, obras, mandas, celo pio.

PEDRO TELLEZ JIRON,

DUQUE DE OSUNA.

Murió ántes de 1600.

¡Oh si las horas de placer durasen
Como duran las horas del tormento!
Oh si como se van las del contento
Las de pesar tan presto se pasasen!
¡Oh si en algo los tiempos se mudasen
De mal en bien, siquiera algun momento,
O ya que no se muden en su intento
En aumentarnos el dolor cesasen!
¡Oh si el mal se midiese con la fuerza
Del que padece su trabajo fiero,
O fuese el sufrimiento cual la pena!
O, ya que no hay quien la desgracia tuerza,
Un daño no nos fuese mensajero
De mil á quien viniendo nos condena.

MIGUEL COLODRERO DE VILLALOBOS.

Murió ántes de 1600.

LA VIDA.

Del mundo bienes mentidos
Detenéos, no llegueis:
Porque esperados sabeis
Mucho mas que poseidos.
Aquella delectacion
Que ántes la esperanza ofrece,
Nadie duda que fenece
Llegada la posesion:
De que ruin condicion
Son los bienes de esta vida,
Pues la dicha conseguida
Causa enfado á los sentidos.
Del mundo bienes fingidos,
Detenéos, no llegueis.
Porque esperados sabeis
Mucho mas que poseidos.

POETAS DEL SIGLO XVII.

JUAN DE ARGUIJO.

Murió por los años de 1605.

SONETOS.

A LA MUERTE DE CICERON.

Deten un poco la cobarde espada,
Cruel Pompilio, ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.
¿Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud recomendada?
¡Oh, cuán poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!
Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua; derribado
Deja el valor, y la elocuencia muda.

A UNA ESTATUA DE NIOBE. *

Viví, y en dura piedra convertida,
Labrada por la mano artificiosa
De Praxitéles, Níobe hermosa,
Vengo segunda vez á tener vida.
A todo me volvió restituida,
Mas no al sentido, la arte poderosa,
Que no lo tuve yo cuando furiosa,
Los altos dioses ofendí atrevida.

* Imitacion de Ausonio.

¡Ay triste, cómo en vano me consuelo
Si ardiente llanto espira el mármol frio,
Sin que mi antigua pena el tiempo cure,
Pues ha querido el riguroso cielo,
Para que sea eterno el dolor mio,
Que, faltándome la alma, el llanto dure!

LUCRECIA.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,
Y en la tirana fuerza disculpada,
Si no la voluntad, castiga el hecho.
Rompe con hierro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baja á la obscura sombra, do vengada,
Aun duda si su agravio ha satisfecho.
Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menospreció con un fatal desvío.
„Ceda al debido honor la dulce vida;
Que no es bien, dijo, que otra ménos casta
Ose vivir con el ejemplo mio.»

A JULIO CÉSAR.

Del gran Pompeyo el enemigo fuerte
Llega en oscura noche al pobre techo
Do Amíclas con seguro y libre pecho
Ni teme daño ni recela muerte.
Ya que llamar segunda vez advierte,
Rogado deja el mal compuesto lecho,
Y en frágil barca el peligroso estrecho
Corta, présago de siniestra suerte.
Brama furioso el mar, sintiendo el peso
Que sostiene, y al tímido piloto
César anima y dice: «Rema, amigo,
«Y olvida el miedo de infeliz suceso;
Aunque mas se contrasten Euro y Noto,
La fortuna de César va contigo.»

TEMPESTAD Y CALMA.

Yo vi del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desparece
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El cielo con tiniebla de horror llena.
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto olimpo y con espanto truena;
Mas luego vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia,
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dije: ¿Quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

ULÍSES.

El griego vencedor que tantos años
Vió contra sí constante la fortuna;
El que pudo sagaz de la importuna;
Circe vencer los mágicos engaños.
El que en nuevas regiones y en estraños
Mares temer no supo vez alguna;
El que, bajando á la infernal laguna
Libre volvió de los eternos daños,
Los ojos cubre y cierra los oidos
De las sirenas á la vista y canto,
Y se manda ligar á un mástil duro;
Y negando al objeto los sentidos,
La engañosa belleza y fuerte encanto
Huyendo vence, y corta el mar seguro.

BALTASAR DEL ALCAZAR.

1536—1606.

DIÁLOGO ENTRE UN GALAN Y EL ECO.

Galan. En este lugar me vide
Cuando de mi amor partí.
Quisiera saber de mí
Si mi suerte no lo impide.
Eco. Pide.

Galan. Temo novedad ó trueco
Que es fruto de una partida,
Mas ¿quién me dice que pida
Con un término tan seco?
Eco. Eco.
Galan. ¿La que siguió con tal priesa
Las pisadas de Narciso?
La que por Jupiter quiso
Ser contra Juno traviesa?
Eco. Esa.
Galan. ¿Qué andas por aquí buscando,
Bella ninfa? ¿Es á tu amor,
O vencida del dolor
Àndas tus males llorando?
Eco. Ando.
Galan. Así Narciso te vea
Con mas piedad que solia
Que informes al alma mia
De las cosas que desea.
Eco. Sea!
Galan. Respóndeme pues del cerro
Cavernoso: ¿haberme ido
Fué yerro, no habiendo sido
Necesario mi destierro?
Eco. Yerro.
Galan. Hora debió ser menguada,
Donde reinó el interes
La lealtad y fé de Ines
¿Qué han medrado en mi jornada?
Eco. Nada.
Galan. El caso va descubierto,
Algun desconcierto ha hecho;
¿Es cierto lo que sospecho?
De haber hecho desconcierto.
Eco. Cierto.
Galan. ¿Vístele romper el hilo
Que anudó nuestra amistad?
No quieras con liviandad
Hacerme cera y pavilo.
Eco. Vilo.
Galan. A vilo no hay que dudarse,
Yo te doy entera fé;
Mas lo que viste ¿qué fué?
Fué olvidarme o fué mudarse?
Eco. Darse.

Galan. ¡Qué en tales lances y puntos
Ines con otro se halla!
Di como los viste y calla
Las circunstancias y adjuntos.
Eco. Juntos.
Galan. Ella fué nave sin lastre,
Que dió conmigo al traves;
Y ¿de qué calidad es
El autor de mi desastre?
Eco. Sastre.
Galan. Mira no se lo levantes;
Antes que la conociese
Pudo ser que sastre fuese,
Mas no en tiempos semejantes.
Eco. Antes.
Galan. Pues ya no usando el oficio,
Que mucho es que se engañase,
¿Quién la obligó á que olvidase
Mi tierno amor y servicio?
Eco. Vicio.
Galan. Acaba de resumirte,
De este vicio y perdicion
¿Cual fué la cierta ocasion?
Que tenga yo que servirte.
Eco. Irte.
Galan. Pues presto vine, mas tarde,
Para corazon tan vario;
¿Quiere bien á mi contrario?
Dímelo así Dios te guarde.
Eco. Arde.
Galan. Arda, pues tan poco valgo
Que dejo arder esos fuegos.
¿Resistió mucho á los ruegos
De ese venturoso hidalgo?
Eco. Algo.
Galan. ¿Las amorosas porfias
Y recaudos importunos
Duraron meses algunos?
Dílo pues que lo entendias.
Eco. Dias.
Galan. La paga parece breve,
Y pues que lo redujeron
A dias, dí cuántos fueron
Aunque mi mal se renueve.
Eco. Nueve.

Galan. Corta en palabras anduvo,
Propiedad de vizcaínos;
Y ¿hubo acaso en los vecinos
Quien tanta ventura tuvo?
Eco. Hubo.
Galan. Pues á propósito llega,
Díme el nombre sin tardanza
De aquel que el mar en bonanza
Y el viento á popa navega.
Eco. Vega.
Galan. Primero que me partiese
Tuve yo dél mal espina;
No es Vega, junto á la esquina
Con quien tuvo el interese?
Eco. Ese.
Galan. Que cometió aquel delito
Que todos saben del trigo,
Por quien le vino el castigo
Que en flor lo dejó marchito?
Eço. Chito.
Galan. ¿Que calle? Donosa estás.
¿No fué público el engaño
Y él no me ha hecho mas daño
Que yo le haré jamas?
Eco. Mas.
Galan. Al fin su amor fué al desgaire,
Debió ser porque en efeto
Cuanto le dí fué un soneto
Y otros versos de donaire.
Eco. Aire.
Galan. Yo se los dí por dinero
De mas valor y provecho
Mas ¿qué son versos en pecho
Sin amor hecho de acero?
Eco. Cero.
Galan. Por experiencia lo ví
Que realmente en mis amores
Codició fruto y no flores;
¿Tu no lo entendiste así?
Eco. Sí.
Galan. ¡Cómo la ingrata olvidó
Lo que mostraba estimar!
Y él de qué ardid supo usar
Que tan presto la rendió?
Eco. Dió.

Galan. Acertó y es el decoro
Que ha de guardar el que ama;
Pero ¿qué le dió á la dama
Que tan sin término adoro?
Eco. Oro.
Galan. Artillería es que expugna
La mayor fuerza de amor;
Y ¿hubo acaso en su favor
Del galan tercera alguna?
Eco. Una.
Galan. Dígolo porque esta allana
Cualquier duda y la atropella.
Bien sé que fué hermana della,
Pero no sé cual hermana.
Eco. Ana.
Galan. Si alguna tercera hubiere,
Esa ha de ser y otra no,
La madre ¿cómo calló
Visto el deshonor que adquiere?
Eco. Quiere.
Galan. Mis versos quisiera solos
Cobrar pero no me atrevo,
¿Dióles al amante nuevo
O por ventura escondiólos?
Eco. Diólos.
Galan. Que á tal cosa se dispuso,
La desenvuelta muchacha!
¿Y él puso en los versos tacha
Sabiendo quien los compuso?
Eco. Puso.
Galan. Hallaríalos oscuros
Versos inútiles, cojos,
Duros. bajos y tan flojos
Que se caen de maduros.
Eco. Duros.
Galan. Bien sabe de cortesano;
¿No está llano que en blandura
Son sin igual y en lisura
Y en estilo castellano?
Eco. Llano.
Galan. Pero el sujeto fué indino.
No me espanto; y la infiel
Vino á murmurar con él
Tambien del verso divino.
Eco. Vino.

Galan. ¿Quién tan gran maldad hiciera
Por un amante segundo?
¿Cómo ha de llamalla el mundo
Cuando el caso se refiera?
Eco. Fiera.
Galan. Poco es fiera, yo le hallo
Mejor nombre que le den;
Mas calla que yo tambien
Me corro de publicallo.
Eco. Callo.
Galan. Que sufra yo una querella
Tan justa no quiera Dios,
Muera el uno de los dos;
¿Cuál será, dí, ninfa bella?
Eco. Ella.
Galan. ¿La palomilla sin hiel;
Ha de morir? ¡ay dolor!
¿Cual hallas tú que fué autor
De este delito cruel?
Eco. El.
Galan. Pues muera, que yo no soy
De quien es bien que se alabe.
Cuándo quieres que le acabe?
Porque resoluto estoy.
Eco. Hoy.
Galan. Mucha priesa es para mí
Pero hoy no me determino;
Oye otro nuevo camino
Mejor del que yo entendí.
Eco. Dí.
Galan. Rematar este debate
Con muerte, hay Dios que lo vede,
Pues matele Dios que puede;
Y asegúrase el remate
Eco. Mate.
Galan. Si yo lo mato me pierdo,
Porque no hay caso escondido,
¿Qué te parece que ha sido
Todo este mi nuevo acuerdo?
Eco. Cuerdo.
Galan. Viva lo que Dios mandare;
Solo me dí lo que haga
Del seco que así me estraga
Para que mi mal repare
Eco. Pare.

Galan. Como ha de parar un potro
Cerrero y desenfrenado?
Y ¿cuál amor hay criado
Que me haga olvidar este otro?
Eco. Otro.
Galan. Ya te entiendo y es exceso;
¿Quieres decir que procure
Nuevo amor, que el viejo cure
Por haber salido avieso?
Eco. Eso.
Galan. No osaré intentar tal cosa
Porque quizá es escapar
De una desventura y dar
En otra mas peligrosa.
Eco. Osa.
Galan. Y cuando me aventurara,
¿Qué dama fuera mejor
Para servir sin temor
Que con otro se mezclara?
Eco. Clara.
Galan. De su madrastra he sabido
Que es bellísima y honrada
Blanda, humilde y avisada
Pero tiene un mal marido.
Eco. Ido.
Galan. Ya sí que se fué á la guerra
Mas hay quien le profetice
Si no yerra el que lo dice
Que será presto en la tierra.
Eco. Yerra.
Galan. Quieres decir que mintió.
¿Al fin no ha de volver
A su casa y su mujer
Como al partir lo ordenó?
Eco. No.
Galan. Pues el mayor sobresalto
Me allanas y he de probar
Por tu consejo asaltar
Ese peligroso salto.
Eco. Alto.
Galan. Que ya entiendo que lo manda
Quien la rueda mueve y guía,
Y siendo así, ninfa mia,
Yo me parto en la demanda.
Eco. Anda.

UNA CENA.

En Jaen donde resido
 Vive don Lope de Sosa,
 Y diré te, Ines, la cosa
 Mas brava de él que has oido.
Tenia este caballero
 Un criado portugués,
 Pero..cenemos, Inés,
 Si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
 Lo que se ha de cenar junto,
 Las tazas del vino á punto,
 Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
 Y échole la bendicion,
 Yo tengo por devocion
 De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Ines, este toque
 Pero arrójame la bota,
 Vale un florin cada cota
 De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
 Mas ya, de la del Castillo!
 Diez y seis vale el cuartillo,
 No tiene vino mas bajo.
Por nuestro señor, que es mina
 La taberna de Alcocer,
 Grande consuelo es tener
 La taberna por vecina.
Si es ó no invencion moderna,
 Vive Dios que no lo sé,
 Pero delicada fué
 La invencion de la taberna;
Porque allí llego sediento
 Pido vino de lo nuevo
 Mídenlo, dánmelo, bebo,
 Págolo y voy me contento.
Esto, Ines, ello se alaba,
 No es menester alaballo;
 Solo una falta le hallo
 Que con la priesa se acaba.
La ensalada y salpicon
 Hizo fin, ¿qué viene ahora?
 ¡La morcilla, oh gran señora
 Digna de veneracion!

¡Qué oronda viene y qué bella!
 ¡Qué traves y enjundia tiene!
 Paréceme, Ines, que viene,
 Para que demos en ella.

Pues sus, encójase y entre
 Que es algo estrecho el camino,
 No eches agua Ines, al vino,
 No se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,
 Porque con mas gusto comas,
 Dios te guarde, que así tomas
 Como sabia mi consejo.

Mas dí ¿no adoras y precias
 La morcilla ilustre y rica?
 Cómo la traidora pica!
 Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!
 Morcilla de cortesanos
 Y asada por esas manos,
 Echas á beber lechones.

El corazon me revienta
 De placer; no sé de tí
 ¿Como te va? Yo por mi
 Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive dios!
 Mas oye un punto sutil
 ¿No pusiste un candil?
 ¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles
 Ya sé lo que puede ser:
 Con este negro beber
 Se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
 Alto licor celestial;
 No es el aloquillo tal
 Ni tiene qué ver con él.

¡Qué suavidad, qué clareza!
 ¡Qué rancio gusto y olor!
 Qué paladar! qué color!
 Todo con tanta fineza!

Mas el queso sale á plaza,
 La moradilla va entrando
 Y ambos vienen preguntando
 Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es estremo,
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala
Bien puede bogar su remo.

Haz pues, Ines, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena,
Levántense los manteles.

Ya que, Ines, hemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo,
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Ines hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo,
Quédense para mañana.

SOBRE LOS CONSONANTES.

Quisiera la pena mia
Contártela, Juana, en verso;
Pero temo el fin diverso
De cómo yo lo querria;

Porque si en verso refiero
Mis cosas mas importantes
Me fuerzan los consonantes
A decir lo que no quiero.

Ejemplo: Inés me provoca
A decir mil bienes della
Si en verso la llamo bella,
Dice el consonante *loca*;

Y asi, vengo á descubrir
Con término descompuesto
Que es una loca y no es esto
Lo que yo quiero decir.

Y si la alabo de aguda
Y mas ardiente que fuego,
A la aguda dice luego
La consonante *picuda*.

Y así la llamo en sustancia
Picuda quizá sin sello,
A lo menos sin querello
Por solo la consonancia.

El verso en todo me impide
Y podrán hacerme cargo
Que en la relacion me alargo
Mas de lo que el cuento pide;

Aunque puede haber descuento
Si el mentir no es excesivo
Pues si miento en lo que escrivo
Por los consonantes miento.

Demás desto tengo duda
Que mi verso te contente
Mirado menudamente
Porque despuntas de aguda.

Y no siendo cual deseas,
Te fastidian versos malos,
Y será darte de palos
Obligarte á que los leas.

Pues, Juana, si hago fiucia
De tratar contigo en prosa,
Tú eres limpia y melindrosa,
Y es mi prosa un poco sucia;

Porque por ser tan añejo
Ya en los años, suelo usar
En escribir y en hablar
Palabras del tiempo viejo;

Y la experienca me avisa
Que no será maravilla
Que la esperada mancilla
La conviertas toda en risa.

Y así si yo no me engaño,
Parecerá ménos feo
Desamparar mi deseo
Que seguillo con mi daño.

Y de estas dificultades
Resulta, si bien lo miras,
Que en el verso irán mentiras
Y en la prosa necedades.

REDONDILLAS.

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon,
La bella Ines, el jamon
Y berengenas con queso.

Esta Ines, amantes, es
Quien tuve en mí tal poder,
Que me hizo aborrecer
Todo lo que no era Ines.

Trájome un año sin seso
Hasta que en una ocasion
Me dió á merendar jamon
Y berengenas con queso.

Fué de Ines la primer palma,
Pero ya júzgase mal
Entre todos ellos cual
Tiene mas parte en mi alma.

En gusto, medida y peso
No le hallo distincion;
Ya quiero Ines, ya jamon,
Ya berengenas con queso.

Alega Ines su beldad,
El jamon que es de Aracena,
El queso y berengena
La española antiguedad.

Y está tan en fil el peso
Que juzgado sin pasion
Todo es uno: Ines, jamon,
Y berengenas con queso.

A lo ménos este trato
De estos mis nuevos amores,
Hará que Ines sus favores
Me los venda mas barato.

Pues tendrá por contrapeso
Si no hiciere razon,
Una lonja de jamon
Y berengenas con queso.

MADRIGAL.

Dejó la venda, el arco y el aljaba
El lascivo rapaz, ¡donosa cosa!
Por coger una bella mariposa
Que por el aire andaba.
Magdalena la ninfa que miraba
Su descuido, hurtóle
Las armas y dejóle

En el hermoso prado,
Como á muchacho bobo y descuidado.
Ya de hoy mas no da Amor gloria ni pena;
Que el verdadero amor es Magdalena.

EPIGRAMA.

Cielo son tus ojos, Juana,
Cielo dispuesto á llover,
Pues siempre suelen tener
Nubes á tarde y mañana;
Relámpagos, agua, y nieve
Son perpetuo desconsuelo.
Si Dios no tiene otro cielo
Nunca Dios allá me lleve.

LUIS CARRILLO Y SOTOMAYOR.

† 1610.

SONETO.

Amor, déjame, amor; queden perdidos
Tantos dias en tí, por tí gastados;
Queden, queden suspiros empleados,
Bienes, amor, por tuyos ya queridos.
Mis ojos ya los dejo consumidos,
Y en sus lágrimas propias anegados;
Mis sentidos, oh amor, de tí usurpados
Queden por tus injurias mas sentidos.
Deja que solo el pecho, cual rendido,
Desnudo salga de su esquivo fuego;
Perdido quede, amor, ya lo perdido.
Muévate (no podrá), cruel, mi ruego;
Mas yo sé que te hubiera enternecido
Si me vieras amor, mas eres ciego.

CANCION.

Desátase risueño y ya murmura
De su cárcel helada el arroyuelo,
Temeroso del hielo,
Hasta parar al mar no se asegura
Y con brazos de plata
Los prados de esmeralda ciñe y ata.

Los árboles gallardos, que mostraban
Canas de nieve las humildes frentes,
Ya en todo diferentes,
Las verdes copas en el cielo clavan,
Tan altas que en su esfera
Adornan á la aurora la carrera.

Los campos, de mil flores recamados,
No envidian las estrellas á los cielos,
Y ellos, vistiendo celos.
Mirándolos cual ellos sublimados,
A sus claras estrellas
Para abrasallos, piden las centellas.

El vagaroso viento enamorado
(Que aun no es exento del amor el viento)
Dice su pensamiento
Con dulce aliento al monte y verde prado
Y como amor profesa,
Su yerba abraza y á sus flores besa.

¿No es, oh Fabio, divino, dí, á tus ojos
El verano de flores revestido?
Pues burla es y lo ha sido,
Comparado á quien cuelgo mis despojos
En su divino templo,
Sol de hermosura, de virtud ejemplo.

ALVARO DE HINOJOSA Y CARVAJAL.

† 1611.

CANCIONES.

I.

A la Vírgen.

Vírgen, como sois aurora
Está ese niño, que es flor,
Rociado al derredor
Con las lágrimas que llora.
Cuando quiere amanecer,
Y muestra el aurora hermosa
Su alegre cara graciosa
Riéndose de placer,

Todo el mundo se mejora,
Porque ya se acerca el dia:
Vos le dais tal mejoría,
Vírgen, como sois aurora.
Ya se muestran los colores,
Y entre ellos el encarnado
Se ve en clavel preciado
Que es rey de todas las flores,
Dando á todo el mundo olor
Como encarnado clavel,
Con su aurora fiel
Está ese niño, que es flor.
Es flor que bajó hasta el suelo
Allá del pecho del padre
Por tomar dél de la madre
Hoy el encarnado velo,
Y está del celeste humor
Para mostrar mas belleza,
Aunque puesto en tal bajeza,
Rociado al derredor.
Que cuando el aurora nace,
Bebe el celeste rocío
Hasta en el valle sombrío
La yerba que el bruto pace:
Y aunque está tan bajo agora,
Rocian su cuerpezuelo
Sus ojos que son el cielo
Con las lágrimas que llora.

II.

A la entrada del lugar
Está una bella aldeana
Con fruta nueva y temprana:
¡Venid todos á comprar!
Cogióla de su cercado
Que es el mejor del aldea;
Y aun en cuanto el sol rodea
No hay jardin mas regalado.
Y pues os viene á buscar
De tan buen donaire y gana
Con fruta nueva y temprana:
¡Venid todos á comprar!
Es fruta que no empalaga
Por mas que se coma della,
Es como su dueño bella
Y cierto el provecho que haga.

No se hace de rogar,
Que es muy humilde y humana
Aquesta bella aldeana:
¡Venid todos á comprar!
Y porque es fruta de olor,
La tiene puesta entre paja
La cual aunque es cosa baja
Con ella cobra valor.
Bien podeis ir y probar
Que la fruta es buena y sana
Y pues tambien es temprana:
¡Venid todos á comprar!

SONETO.

Cual salamandra me alimenta el fuego,
Y cual camaleon vivo del viento:
Cual rudo pece en cieno me sustento,
La tierra busco como el topo ciego.
Si no me ablanda el piadoso ruego
De salamandra tengo el sentimiento:
Si me mudo con fácil movimiento
Del aire lo he tomado, no lo niego.
Si cual pece en el cieno del pecado
Ando sumido y si la tierra sigo,
De estos dos elementos lo he tomado.
Y pues que de ellos me compongo, digo,
Que estoy á todo mal aparejado,
Pues tengo en cada cual un enemigo.

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

1565—1613.

SONETOS.

I.

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
O al rico avaro en el angosto lecho
Haz que templando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto!
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

II.

Lleva tras sí los pámpanos Octubre,
Y con las grandes lluvias insolente,
No sufre Ibero márgenes ni puente;
Mas ántes los vecinos campos cubre.
Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y el sol apenas vemos en Oriente,
Cuando la opaca sombra nos le cubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña.
Y Fabio en el umbral de Táis tendido,
Con vergonzosas lágrimas le baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

III.

No temo los peligros del mar fiero
Ni de un scita la odiosa servidumbre,
Pues alivia los hierros la costumbre
Y al remo grave puede hacer lijero.
Ni oponer este pecho por terrero
De flechas á la inmensa muchedumbre;
Ni envuelta en humo la dudosa lumbre,
Ver y esperar el plomo venidero.
Mal que tiene la muerte por extremo,
No le debe temer un desdichado,
Mas ántes escogerle por partido.
La sombra sola del olvido temo
Porque es como no ser un olvidado
Y no hay mal que se iguale al no haber sido.

IV.*

¡Oh piadoso cristal que me colocas,
Estando en su querer tan apartado,
De aquella dulce mi enemiga al lado,
Miéntras se cubre con injustas tocas!
Veo juntos los ojos, veo las bocas
Y su divino rostro no alterado;
¿Has le por dicha el corazon mudado
Y sus desdenes ásperos revocas?
En parte creo que sí; porque no puede
Causarle alteracion alguna cosa,
Miéntras en tí mirare su figura.
Y estar tan cerca agora me concede
Por no turbar su vista deleitosa;
Que hasta en esto es amable su hermosura.

V.

Yo os quiero confesar, don Juan primero,
Que aquel blanco y carmin de doña Elvira,
No tiene de ella más, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.
Pero tambien que confeseis vos quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.
Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos,
Ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

---

* A un espejo que estandose tocando su dama reflejó en sí la imágen del autor, al entrar en el gabinete donde estaba.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

1577—1619.

¿Quien menoscaba mis bienes?
Desdenes!
¿Y quien aumenta mis duelos?
Los cielos!
¿Y quien prueba mi paciencia?
Ausencia!
De ese modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza,
Desdenes, celos y ausencia.

¿Quien me causa este dolor?
Amor!
¿Y quien mi gloria repuna?
Fortuna!
¿Y quien consiente mi duelo?
El cielo!
De ese modo yo recelo
Morir deste mal estraño,
Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna y el cielo.

¿Quien mejorará mi suerte?
La muerte!
Y el bien de amor ¿quien le alcanza?
Mudanza!
Y sus males ¿quien los cura?
Locura!
De ese modo no es cordura
Querer curar la pasion,
Cuando los remedios son
Muerte, mudanza y locura.

DIEGO DE MURILLO.

† 1617.

DIALOGO ENTRE DIOS Y EL ALMA DEL AUTOR.

«Ay alma! quieres me bien?»
Vos lo sabeis bien, mi Dios!
«No me dirás como á quien?»
Señor mio! como á vos!

«Ay alma, con tantas veras
«Me he preciado de quererte,
«Que por solo que me quieras
«He padecido una muerte,
«Y sufriera mil mas fieras:
«Y pues conoces tan bien
«Que á un amor tan verdadero
«No se debe dar desden,
«Dime, pues tanto te quiero.
«Ay alma! quieres me bien?»

Aunque en mil cosas mostrais,
Mi Dios, cuanto me quereis,
Con lo que mas me moveis
Es con ver que preguntais
Lo que vos tan bien sabeis:
Á do llega mi querer,
Mejor que yo lo veis vos,
Y pues vos lo echais de ver,
Lo que debo responder,
Vos lo sabeis bien, mi Dios.

Tu aficion, ay alma bella!
«Bien sé yo si es mucha ó poca:
«No pregunto por sabella,
«Mas porque gusto mas de ella
«Oyendo la de tu boca:
«Ya sé que me quieres bien,
«Mas porque este amor tan santo
«Entienda el mundo tambien,
«Puesto que me quieres tanto,
«No me dirás como á quien?»

Si en cielo ó tierra yo hallára
Cosa alguna á que igualaros,
O á quien como á vos amára
Dios mio, yo procurára
Con alguno compararos:
Mas pues como vos no hay dos,
Porque vos sois verdadero
Unico y eterno Dios,
Sabeis como á quien os quiero?
Señor mio, como á vos!

FRANCISCO DE MEDRANO.

Murió por los años de 1617.

SONETOS.

I.

Borde Tórmes de perlas sus orillas
Sobre las yerbas de esmeralda, y Flora
Hurte para adornarlas á la aurora
Las rosas que arrebolan sus mejillas.
Viertan las turquesadas maravillas
Y junquillos dorados que atesora
La rica gruta, donde el viejo mora,
Sus driadas en cándidas cestillas,
Para que pise Margarita ufana,
Tierra y agua llenando de favores;
Mas si uno y otro mira con desvio,
Ni las ninfas de Tórmes viertan flores,
Ni rosas hurte Flora á la mañana,
Ni su orilla de perlas borde el rio.

II.

Quien te dice que ausencia causa olvido
Mal supo amar, porque si amar supiera,
¿Qué la ausencia? la muerte nunca hubiera
Las mientes de su amor adormecido.
¿Podrá olvidar su llaga un corzo herido
Del acertado hierro, cuando quiera
Huir medroso con veloz carrera
Las manos que la flecha han despedido?
Herida es el amor tan penetrante,
Que llega al alma, y tuya fué la flecha
De quien la mia dichosa fué herida.
No temas pues en verme así distante;
Que la herida, Amarili, una vez hecha,
Siempre, siempre y do quiera será herída.

III.

Esta que te consagro fresca rosa,
Primicia, Galatina, del verano,
Haya virtud, tocándola tu mano,
De hablarte muda así, tirana hermosa:

«Esa faz, esa mesma, que invidiosa
Vió la mañana y admiró el temprano
Sol, con desprecio la verá y ufano
El hesperio ya mustia y mentirosa.
«Yo nací hoy tal, que á emulacion del dia
Robé los ojos; ya no soy cual era;
Que la belleza es breve tiranía.»
Y tú, ay! dirás: «Oh nunca hermosa fuera
Si así de breve marchitarme habia
Para mas llorar siempre que me viera!»

IV.

El rubí de tu boca me rindiera,
A no me haber tu bello pié rendido;
Hubiéranme tus manos ya prendido,
Si preso tu cabello no me hubiera.
Los del cielo por arcos conociera,
Si tus ojos no hubiera conocido;
Fuera su polo norte á mi sentido,
Si la luz de tus ojos no lo fuera.
Así le plugo al cielo señalarte,
Que no ya solo al norte y arco bello
Tus cejas venzan y ojos soberanos,
Mas, queriendo á tí mesma aventajarte,
Tu pié la fuerza usurpa, y tu cabello
A tu boca, Amarili, y á tus manos.

V.

Cuando invidioso el tiempo haya robado
El tu cabello, espanto ahora de Flora,
Y el verano, que alegre gozo ahora
Y la flor de mi edad haya robado,
No seré, no, Amarili, á tu sagrado
Nombre ingrato que la alma humilde adora,
Ni el fuego celestial, que en ella mora
De la edad sentirá el invierno helado;
Mas del cisne imitando la costumbre,
Con acento, por dicha mas divino,
Te cantaré, para morírme luego;
Y como llama que vigor y lumbre
Cobra cuando su fin es mas vecino,
Mas resplandecerá mi hermoso fuego.

ODA.

A N.. hermosa y astuta dama de Sevilla.

Si pena alguna, Lamia, te alcanzara
Por cada voto que perjura quiebras;
Si al ménos una de tus rubias hebras
En cana se trocara,
Creyérate; mas luego que engañosa
La fe rompes debida al juramento,
Tú, de la juventud comun tormento,
Despiertas mas hermosa.
Falta pues, Lamia bella, al siglo honrado
De tu difunta madre sin recelo,
Falta á tu vida mesma, falta al cielo
La fe que les has dado;
Pues de ver cuanto número confie
De mozos en tus juras, y que artera
Burles al mas atento que te espera,
Todo el cielo se rie.
Mas qué? la juventud para tí crece
Toda, crécente nuevos servidores,
Y de los que hoy desprecias amadores
Ninguno te aborrece.
De tí la madre teme á su querido
Hijo, teme de tí el viejo avariento,
Teme la esposa que tu dulce aliento
Detenga á su marido.

ODA.

A Fernando de Soria Galvarro.

Todos erramos, todos,
En cuantos bienes sin acuerdo amamos,
Y aunque por varios modos,
Todos, Sorino, ciegamente erramos;
Mas ¿qué jamás huimos,
O qué guiados de razon, seguimos?
Nadie principio ha dado
Con tan dichoso pié á felice empresa,
Que ne de haberla osado
Confiese malcontento que le pesa;
Ya lo muelle nos daña
De la paz, de la guerra ya la saña.

España triste gime
   De la fortuna en la mas alta cumbre!
   Que la sobra y oprime
   De su gran majestad la pesadumbre;
   Y máquinas que el cielo
   No apoya vienen con su peso al suelo.
Rie Francia hollada
   Del español jinete y del infante,
   Su gente acaudillada
   Contra sí mesma, y de su fe inconstante
   Los sucesos siniestros,
   Horror y asombro de los siglos nuestros.
De fruto y paz copiosa
   Italia, emulacion de sus vecinas,
   Sorbe con sed rabiosa
   Cuanto sudan de América las minas,
   Y con juicio ciego
   Cansado llama y largo á su sosiego.
Allá Grecia remisa
   Sufre el yugo tirano, y el pié besa
   Que la cerviz le pisa,
   De así gentiles pechos digna empresa;
   ¿Dónde tus soberanos
   Ingenios, Grecia? Donde están tus manos?
Yo, si oponer conviene
   En parangon á tan crecidas cosas
   Lo que apena ser tiene
   A sombra de provincias tan gloriosas,
   Que se gozan errando,
   De mi acertado error me iré gozando.
No á mi peso rendido
   Ni á mi lloroso estrago así risueño,
   De la paz no ofendido,
   Ni alegre esclavo de tan triste dueño,
   Como á dicha se precia
   De errar España, Francia, Italia y Grecia;
Mas, en prision dichosa,
   Asido al carro do triunfando sale
   De entrambos victoriosa
   La que mas que este mundo y aquel vale;
   La que es de las estrellas
   Emulacion y pasmo á todas ellas;
Aquella hermosa, aquella
   En fuerte hora nacida para dueño
   De cuantas mide al dia,
   Unica en todo y sin igual María.

Alegre iré y ufano
   Entre los grandes presos venturosos,
   Que del ciego tirano
   Ornan el triunfo, y ellos envidiosos
   De mi suerte y ajenos
   De emulacion irán y rabia llenos.
Verán que erré yo solo
   Por fuerza de belleza mas divina,
   Que fué la que dió á Apolo,
   Y á Jove dió figura peregrina,
   Oh yerro venturoso,
   El que nació de objeto tan hermoso!

EL CONDE DE VILLAMEDIANA

DON JUAN DE TASSIS.

† 1621.

ENDECHAS.

Escuchad, señora,
   En congoja tanta
   Una voz que canta
   De un alma que llora.
En amargo llanto
   Desató la vida
   En su mal rendida
   Quien os causa tanto.
Del ronco cantar
   Vereis claramente
   Que en mí es accidente
   Cuanto no es llorar.
Ojos enemigos,
   Siempre desdichados,
   Si sois castigados,
   ¿Cómo sois castigo?
Los ausentes tristes
   Del mas triste llanto
   Con amargo canto
   Los interrumpistes.
Estes instrumentos
   Tan desacordados,
   Solo están templados
   Para mis tormentos.

En ánsia mortal
Sin fin y sin medio
Es solo el remedio
De mi mal mi mal.
¿Quien habrá que tuerza
Una inclinacion
Que tiene razon
Y no sufre fuerza?
Mi verdad desnuda
Os pone delante
Un morir constante
Y una razon muda.
Dejemos querellas
Y queden suspensas
En mí las ofensas
Y en vos el temellas.
En daños tan ciertos
No caben sospechas,
Culpas quedan hechas,
Los remedios muertos.
Al punto mas fuerte
Hoy diré que llego
Pues por fuerza entrego
Mi suerte á mi suerte.
Y aunque esta agraviada
Hablar no me deja,
Ni que tenga queja
De muerte buscada,
Peligro es mirar
Y mayor no ver;
Dejar de ofender
Es dejar de amar.
La muerte que hallo,
Quiere amor que calle,
Para que la halle
En lo que yo callo.
Ya solo procuro
Que diga el secreto:
Mereció el respeto
Un morir seguro.

CRISTOVAL SUAREZ DE FIGUEROA.

† 1621.

ODA.

Cuando cerró los ojos
Aquella que alegraba el horizonte,
Produjo el prado abrojos,
Brotó llamas la fuente, tembló el monte:
Vistió tristeza el suelo,
Y sus luces cubrió llorando el cielo.
Los apacibles cantos
De alegres ruiseñores no se oyeron:
Solo flébiles llantos
Endechadoras aves repitieron,
Y el aire enronquecido
Dió vivas muestras de dolor crecido.
Indómitos novillos
Bramidos por los aires esparcieron,
Y simples corderillos
A sus quejas balando respondieron,
Y con acentos pios
Murmuraban las fuentes y los rios.
Alma cándida y pura!
Que en tiernos años con lijeras alas
De tu prision escura
Veloz subiste á las celestes salas,
Donde con plantas bellas
Pisando vas el escuadron de estrellas!
Acude á mi consuelo,
Y desde el rico asiento de diamante
Que tienes en el cielo,
Vuelve á mirar mi pálido semblante,
Y siente mi tormento,
Si en la gloria cupiere sentimiento.
Las gracias, los amores
Con inmenso dolor muestran sus daños:
Las plantas y las flores
Visten matices no, mas negros paños
Por tí, que siendo Flora
Cobraste ser de celestial Aurora.
Estos tristes acentos
En tus exequias doy en vez de rosas:
Suspiros y lamentos
De olores servirán donde reposas,
Y pues tanto padece
Por tu sepulcro el corazon se ofrece.

BERNARDO DE BALBUENA.

1568—1627.

IDILIO.

Qué gusto es ver un simple pastorcillo
En el campo criado
Y allí tambien con él sus pensamientos!
Tocar el caramillo
Es su mayor cuidado,
Repastar las ovejas sus contentos:
Nada le quita el sueño
Ni fuera de su gusto tiene dueño.

Viene la noche, ordena su ganado,
Cena queso y cuajada
O manteca mas blanca que la nieve:
Echase sin cuidado
Sobre la paja usada
Cuando mas nieva, mas ventisca y llueve,
Y en pellejos envuelto
Duerme toda la noche á sueño suelto.

Pues luego á la mañana con el frio,
Las manos en el seno,
Con migas el estómago aforrado,
No lleva su cabrío
Por el pasto mas bueno?
Y en su gaban metido y rebujado
Súbese á una ladera
Y allí el nuevo calor del sol espera.

Tal vez se sienta orilla de una fuente,
O de algun arroyuelo,
Donde corre el cristal envuelto en flores:
Ve sus cabras enfrente
Pacer el verde suelo,
Cantando su descuido ó sus amores,
O se queda tendido
Debajo de algun álamo dormido.

Canta entre las encinas mil canciones
Con voz sonora y clara
Donde su corazon claro se lea:
Publica sus pasiones,
O labra una cuchara
De incorruptible enebro ó roja tea,
Y guárdala escondida
Para la que es el alma de su vida.

Si acaso tiene un blanco cerbatillo
De negro remendado
Enseñado á jugar alegremente,
Un collar amarillo
Le pone salpicado
De preciosas conchuelas del Oriente,
Y luego le dedica
Al bien que á su memoria vuelve rica.

Goza los frutos de la primavera,
Que entre las nuevas flores
Viene sembrando el mundo de alegría:
Coge la primer pera,
Las manzanas de olores,
Y otros regalos que el verano envia:
Las uvas como grana
De donde el vino y alegría mana.

Labra sus viñas, ara sus rastrojos,
Planta, poda ó injiere,
Logro seguro al venidero Agosto:
Descuidado de antojos
Contento vive y muere
Sin ver si el mundo es ancho ó es angosto,
Que á quien mas dél encierra
Le han de encerrar al fin seis pies de tierra.

Pone la vid al álamo arrimada,
Injiere en el manzano
Tal vez en ramo inútil el extraño:
Ve pacer su vacada
Y coge con su mano,
De la erizada fruta del castaño,
Y castra sus colmenas
De miel sabrosa y de panales llenas.

De rojo trigo como granos de oro,
Halla un monton colmado
Cuando sale en Agosto á ver las eras:
Riquísimo tesoro
Con que el campo labrado
Hace sus esperanzas verdaderas
Y en el otoño frio
Ve en el lagar correr de mosto un rio.

LUIS DE GONGORA Y ARGOTE.

1561—1627.

ROMANCES.

I.

La desgracia del forzado,
  Y del cosario la industria,
  La distancia del lugar
  Y el favor de la fortuna,
Que por la boca del viento
  Les daba á soplos ayuda
  Contra las cristianas cruces
  A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
  Del forzado á un tiempo huyan
  Dulce patria, amigas velas,
  Esperanzas y ventura.
Vuelve pues los ojos tristes
  A ver cómo el mar le hurta
  Las torres y de las naves
  Las velas, y le da espumas.
Y viendo mas aplacada
  En el cómitre la furia,
  Vertiendo lágrimas dice,
  Tan amargas como muchas:
«*¿De quién me quejo con tan gran estremo,*
  Si ayudo yo á mi daño con mi remo?
«Ya no esperen mas mis ojos,
  Pues agora no lo vieron,
  Sin este remo las manos,
  Y los pies sin estos hierros;
«Que en esta desgracia mia
  Fortuna me ha descubierto
  Que cuantos fueren mis años
  Tantos serán mis tormentos.
¿De quién me quejo con tan gran estremo,
  Si ayudo yo á mi daño con mi remo?
«Vela de la religion,
  Enfrenad vuestro denuedo,
  Que mal podreis alcanzarnos,
  Pues tratais de mi remedio.
«El enemigo se os va,
  Y favorécelo el tiempo,
  Por su libertad no tanto,
  Cuanto por mi cautiverio.

¿De quién me quejo con tan gran estremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?
«Quedáos en aquesta playa,
De mis pensamientos puerto;
Quejáos de mi desventura,
Y no echeis la culpa al viento.
«Y tú, mi dulce suspiro,
Rompe los aires ardiendo,
Visita á mi esposa bella,
Y en el mar de Argel te espero.
«*¿De quién me quejo con tan gran estremo,*
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?»

III.

Lloraba la niña,
Y tenia razon,
La prolija ausencia
De su ingrato amor.
Dejóla tan niña
Que apénas creyó,
Que tenia los años
Que ha que la dejó.
Llorando la ausencia
Del galan traidor
La halla la luna
Y la deja el sol,
Añadiendo siempre
Pasion á pasion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor.
¡Llorad corazon
Que teneis razon!
Dícele su madre:
«Hija, por mi amor
Que se acabe el llanto
O me acabo yo.»
Ella le responde:
«No podrá ser, no,
Las causas son muchas,
Los ojos son dos;
Satisfagan, madre,
Tanta sinrazon,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion
Tantos como de ellos

Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero Dios.
Ya no canto, madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son:
Porque él que se fué
Con lo que llevó,
Se dejó el silencio,
Se llevó la voz:
¡Llorad corazon
Que teneis razon!»

III.

La mas bella niña
De nuestro lugar
Hoy viuda y sola
Y ayer por casar;
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice
Que escucha su mal.
«Dejadme llorar
Orillas del mar.»
«Pues me distes madre
En tan tierna edad
Tan corto el placer,
Tan largo el pesar,
Y me cautivastes
De quien hoy se va,
Y lleva las llaves
De mi libertad,
Dejádme llorar
Orillas del mar.
«En llorar conviertan
Mis ojos de hoy mas
El sabroso oficio
Del dulce mirar;
Pues que no se pueden
Mejor ocupar
Yéndose á la guerra
Quien era mi paz,
Dejádme llorar
Orillas del mar.

«No me pongais freno
Ni quereis culpar,
Que lo uno es injusto,
Lo otro por demas;
Si me quereis bien
No me hagais mal,
Harto peor fuera
Morir y callar,
Dejádme llorar
Orillas del mar.
«Dulce madre mia,
¿Quien no llorará
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad:
Dejádme llorar
Orillas del mar.
«Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacian
Los mios velar.
Váyanse y no vean
Tanta soledad
Despues que en mi lecho
Sobra la mitad:
Dejádme llorar
Orillas del mar.»

IV.

Amarrado á un duro banco
De una galera turquesa,
Ambas manos en el remo
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena.
«¡Oh sagrado mar de España,
Famosa playa y serena,
Teatro donde se han hecho
Ciel mil navales tragedias!

«Pues eres tú el mismo mar
Que con sus crecientes besas
Las murallas de mi patria,
Coronadas y soberbias,
«Tráeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas,
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras;
«Porque si es verdad que llora
Mi cautiverio en su arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
»Dame ya, sagrado mar,
A mis demandas respuesta;
Que bien puedes si es verdad,
Que las aguas tienen lenguas;
«Pero pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia.
«Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
A nadie mudarán penas.»
En esto se descubrieron
De la religion seis velas,
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

V.

Que se nos va la pascua, mozas,
Que se nos va la pascua.
Mozuelas las de mi barrio,
Loquillas y confiadas,
Mirad no os engañe el tiempo,
La edad y la confianza.
No os dejeis lisonjear
De la juventud lozana,
Porque de caducas flores
Teje el tiempo sus guirnaldas.

Que se nos va la pascua, mozas,
Que se nos va la pascua.
Vuelan los lijeros años,
Y con presurosas alas

Nos roban, como arpias,
Nuestras sabrosas viandas.
La flor de la maravilla
Esta verdad nos declara,
Porque le hurta la tarde
Lo que le dió la mañana.

Que se nos va la pascua, mozas,
Que se nos va la pascua.
Mirad que cuando pensais
Que hacen la señal del alba
Las campanas de la vida,
Es la queda, y os desarma
De vuestro color ilustre,
De vuestro donaire y gracia,
Y quedais todas perdidas
Por mayores de la marca.

Que se nos va la pascua, mozas,
Que se nos va la pascua.
Yo sé de una buena vieja
Que fué un tiempo rubia y zarca,
Aunque al presente le cuesta
Harto caro el ver su cara,
Porque su bruñida frente
Y sus mejillas se hallan
Mas que roquete de obispo
Encogidas y arrugadas.

Que se nos va la pascua, mozas,
Que se nos va la pascua.
Y sé de otra buena vieja,
Que un diente que le quedaba
Se lo dejó esotro dia
Sepultado en unas natas;
Y con lágrimas le dice:
«Diente mio de mi alma,
Yo sé cuándo fuistes perla,
Aunque agora no sois nada.»

Que se nos va la pascua, mozas,
Que se nos va la pascua.
Por eso, mozuelas locas,
Antes que la edad avara
El rubio cabello de oro,
Convierta en luciente nacar,

Quered cuando sois queridas,
Amad cuando sois amadas;
Mirad, bobas, que detrás
Se pinta la ocasion calva.

VI.

Frescos acrecillos,
Que á la primavera
Destejeis giurnaldas
Y esparceis violetas,

Ya que os han tenido
Del Tajo en la vega
Amorosos hurtos
Y agradables penas,

Cuando del estío
En la ardiente fuerza
Alamos os daban
Frondosas defensas;

Alamos crecidos
De hojas inciertas,
Medias de esmeralda,
Y de plata medias,

De donde á las ninfas
Y á las zagalejas
Del sagrado Tajo
Y de sus riberas

Mil veces llamastes,
Y vinieron ellas
A ocupar del rio
Las verdes cenefas,

Y vosotros luego
Calándoos apriesa
Con lascivos soplos
Y alas lisonjeras,

Sueño les trujistes
Y descuido á vueltas
Que en pago os valieron
Mil vistas secretas,

Sin tener desvelo,
Envidia ni queja
Ni andar con la falda
Luchando por fuerza,

Agora pues, aires
   Antes que las sierras
   Coronen las cumbres
   De confusas nieblas,

Y que el aquilon
   Con dura inclemencia
   Desnude las plantas
   Y vista la tierra

De las secas hojas
   Que ya fueron tregua
   Entre el sol ardiente
   Y la verde yerba,

Y ántes que las nieves
   Y el hielo conciertan
   En cristal las rocas
   Y en vidro las selvas,

Batid vuestras alas,
   Y dad ya la vuelta
   Al templado seno
   Que alegre os espera.

Vereis de camino
   Una ninfa bella
   Que pisa orgullosa
   Del Bétis la arena,

Montaraz, gallarda,
   Temida en la sierra
   Mas por su mirar
   Que por sus saetas.

Agora la halleis
   Entre la maleza
   Del fragoso monte,
   Siguiendo las fieras;

Agora en el llano
   Con planta lijera,
   Fatigando el corzo,
   Que herido vuela,

Agora clavando
   La armada cabeza
   Del antiguo ciervo
   En la encina vieja,

Cuando ya cansada
   De la caza vuelva
   A dejar al rio
   El sudor en perlas,

Y al pié se recueste
  De la dura peña
  De quien ella torna
  Leccion de dureza,

Llegáos á orealla
  Pero no tan cerca,
  Que lleveis suspiros
  Que han corrido á ella;

Si está calurosa,
  Soplad desde afuera,
  Y cuando la ingrata
  Mejor os entienda,

Decídle, airecillos:
  «Bellísima Leda,
  Gloria de los bosques,
  Honor del aldea,

Enfermo Daliso
  Junto al Tajo queda,
  Con la muerte al lado
  Y en manos de ausencia;

Suplícate humilde,
  Antes que le vuelvan
  Su fuego en ceniza,
  Su destierro en tierra,

En premio glorioso
  En su amor merezca,
  Ya que no suspiros,
  A lo ménos letra

Con la punta escrita
  De tu aguda flecha
  En el campo duro
  De una peña dura.

Porque no es razon
  Que razon se lea
  De mano tan dura
  En cosa mas tierna.

Adonde le digas:
  «Muere allá y no vuelvas
  A adorar mi sombra
  Y arrastrar cadenas.»

LETRILLAS.

I.

Esta noche un amor nace,
Niño y Dios, pero no ciego,
Y tan otro al fin, que hace
Paz su fuego.

Con las pajas en que yace
De una Vírgen (aun despues
De ser madre) pura cuanto
Lo dice el sol, que es su manto,
Nace el Niño Amor que ves;
No es tu arco, no, el que es
Pompa del otro rapaz;
El símbolo sé de paz,
Que ambos polos satisface.
Esta noche un amor nace,
Niño y Dios, pero no ciego,
Y tan otro al fin, que hace
Paz su fuego.

No venda el Amor divino
De sus ojos la alegría;
Vendaránsela algun dia,
Que lo hagan adivino;
Sus bellos miembros el lino,
Ya que no sus soles vista;
Que mal puede el heno á vista
Abrigar de quien le pace.
Esta noche un amor nace,
Niño y Dios, pero no ciego,
Y tan otro al fin, que hace
Paz su fuego.

II.

Dineros son calidad,
Verdad.
Mas ama quien mas suspira,
Mentira.

Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos

Con dados ganan condados;
Ducados dejan ducados,
Y coronas majestad,
Verdad.

Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar que penas graves,
Las paga un mirar risueño,
Y entender que no son sueño
Las promesas de Marfira,
Mentira.

Todo se vende este dia,
Todo el dinero lo iguala;
La corte vende su gala,
La guerra su valentía;
Hasta la sabiduría
Vende la universidad,
Verdad.

No hay persona que hablar deje,
Al necesitado en plaza;
Todo el mundo le es mordaza,
Aunque él por señas se queje;
Que tiene cara de hereje
Sin fe la necesidad,
Verdad.

Siendo como un algodon,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probarnos eso
Con que es su cuello almidon,
Goma su copete, y son
Sus bigotes alquitira,
Mentira.

Cualquiera que pleitos trata,
Aunque sean sin razon,
Deje el rio Marañon,
Y entre en el de la Plata;
Que hallará corriente grata
Y puerto de claridad,
Verdad.

Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas
Son perros de muchas bodas,
Y bodas de muchos perros;
Y sus yernos rompen hierros
En la toma de Algecira,
Mentira.

III.

Cada uno estornuda,
Como Dios le ayuda.

Sentencia es de bachilleres,
Despues que se han hecho piezas,
Que cuantas son las cabezas
Tantos son los pareceres;
En materias de mujeres
Se revoca esta sentencia;
Que hay espuelas de licencia
Sin haber freno de duda.
Cada uno estornuda
Como Dios le ayuda.

Cánsase el otro doncel
De querer la otra doncella,
Que es bella, y deja de vella
Por una madre cruel;
Y apenas se cansa él,
Cuando sobra quien le cuadre,
Porque para un mal de madre
Cien escudos son la ruda.
Cada uno estornuda
Como Dios le ayuda.

Este no tiene por bueno
El amor de la casada,
Porque es dormir con la espada,
Con la vibora en el seno;
Aquel del cercado ajeno
Le es la fruta mas sabrosa;
Cual coge mejor la rosa
De la espina mas aguda.
Cada uno estornuda
Como Dios le ayuda.

Muchos hay que dan su vida
Por edad ménos que tierna.
Y otros hay que los gobierna
Edad mas endurecida;
Cuál flaca y descolorida,
Cuál la quiere gorda y fresca,
Porque amor no ménos pesca
Con lombriz que con aluda.
Cada uno estornuda
Como Dios le ayuda.

IV.

Ande yo caliente,
Y riase la gente.

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente,
Y riase la gente.

Coma en dorada bajilla
El príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados;
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla
Que en el asador reviente,
Y riase la gente.

Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el enero
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.

Busque muy en hora buena,
El mercader nuevos soles;
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y riase la gente.

Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo mas quiero pasar
De Jépes á Madrigar,
La regalada corriente,
Y riase la gente.

Pues Amor es tan cruel,
Que de Píramo y su amada,
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él,
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y riase la gente.

V.

Las flores del romero,
Niña Isabel,
«*Hoy son flores azules,*
Mañana serán miel.»

Celosa estás, la niña,
Celosa estás de aquel
Dichoso, pues le buscas,
Ciego, pues no te ve;
Ingrato, pues te enoja,
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
Lo que lloras por él;
Que celos entre amantes
Que se han querido bien,
«*Hoy son flores azules,*
Mañana serán miel.»

Aurora de tí misma,
Que cuando á amanecer
A tu placer empiezas,
Le eclipsa tu placer:
Serénense tus ojos,
Y mas perlas no des,
Porque al sol le está mal
Lo que á la aurora bien.

Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes,
Y querellas despues,
«*Hoy son flores azules,*
Mañana serán miel.»

CANCIONES.

I.

Vuelas, o tortolilla,
Y al tierno esposo dejas
En soledad y quejas:
Vuelves despues gimiendo
Recíbete arrullando,
Lasciva tú si él blando.
Dichosa tú mil veces
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor y dulces paces.

Testigo fué á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco:
Testigo tambien tuyo
Fué aquel tronco vestido
De algun dulce gemido.
Campo fué de batalla
Y tálamo fué luego:
Arbol que tanto fué perdone el fuego.

Mi piedad una á una
Contó, aves dichosas,
Vuestras quejas sabrosas:
Mi envidia ciento á ciento
Contó, dichosas aves,
Vuestros besos suaves.
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á Mayo
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.

Injuria es de las gentes
Que de una tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante

Escuche sordo el ruego
Y mire el daño ciego.
Al fin es dios alado
Y plumas no son malas
Para lisonjear á un dios con alas.

II.

Da bienes fortuna
Que no están escritos
Cuando pitos flautos,
Cuando flautos pitos.
Cuan diversas sendas
Se suele seguir
En el repartir
Honras y haciendas:
A unos da encomiendas
A otros sanbenitos.
Cuando pitos flautos,
Cuando flautos pitos.
A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero,
Y á quien se le antoja
La cabra mas coja
Parió dos cabritos.
Cuando pitos flautos,
Cuando flautos pitos.
Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó solo un huevo
Al sol bambolea
Y otro se pasea
Con cien mil delitos.
Cuando pitos flautos,
Cuando flautos pitos.

III.

Con el son de las hojas
Cantan las aves
Y responden las fuentes
Al son del aire.

Cuanto á las sospechas
De mi pensamiento
Canto á mi instrumento
Llorosas endechas,
Cuando agudas flechas
Del tirano Amor
Crecen mi dolor
Insufrible y grave
Responden las fuentes
Al son del aire.

Su dulce armonía
Me ofende y me enoja,
Que á un triste es congoja
La misma alegría.
Cuando sale el dia,
Salgo á suspirar
Y cuando á llorar
Me obligan mis males,
Responden las fuentes
Al son del aire.

VILLANCICOS.

I.

Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy,
Que ayer maravilla fuí,
¡ Y hoy sombra mia no soy!

La aurora ayer me dió cuna,
La noche ataud me dió,
Sin luz muriera si no
Me la prestara la luna.
Pues de vosotras ninguna
Deja de morir así,
¡Aprended, flores, de mí!

Consuelo dulce el clavel
Es á la brevedad mia,
Pues quien me concedió un dia
Dos apenas le dió á él;
Efímeras de un vergel,
Yo cardena, él carmesí,
¡Aprended, flores, de mí!

Flor es el jazmin y bella,
No de las mas vividoras,
Pues vive pocas mas horas
Que rayos tiene de estrella,
Si el ámbar florece, es ella
La flor que contiene en sí,
¡Aprended, flores, de mí!
El alelí aunque grosera
En fragancia y en olor,
Mas dias ve que otra flor,
Pues ve los de mayo entero.
Morir maravilla quiero
Y no vivir alelí,
¡Aprended, flores, de mí!

II.

Caido se le ha un clavel
Hoy á la aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno
Porque ha caido sobre él!

Cuando el silencio tenia
Todas las cosas del suelo,
Y coronada de hielo
Reinaba la noche fria,
En medio la monarquía
De tiniebla tan cruel
¡Caido se le ha un clavel!

De un solo clavel ceñida
La Vírgen, aurora bella
Al mundo le dió y ella
Quedó cual ántes florida:
A la púrpura caida
Siempre fué el heno fiel:
¡Caido se le ha un clavel!

El heno pues que fué dino
A pesar de tantas nieves
De ver en sus brazos leves
Este rosicler divino,
Para su lecho fué lino,
Oro para su dosel;
¡Caido se le ha un clavel!

CANCION AMOROSA.

A una dama, presentándola unas flores.

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó el alba luciente,
Tejidos en guirnaldas,
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Blanco á tus sienes y á tu boca olores.

Guarda destos jazmines
De abejas era un escuadron volante,
Ronco sí de clarines,
Mas de puntas armado de diamante,
Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.

Mas, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y mas besos te pido
Que abejas tuvo el escuadron armado;
Lisonjas son iguales,
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

SONETOS.

I.

Pender de un leño traspasado el pecho,
Y de espinas clavadas ambas sienes,
Dar tus mortales penas en rehenes
De nuestra gloria bien fué heroico hecho!
Pero mas fué nacer en tanto estrecho
Donde para mostrar en nuestros bienes
Adonde bajas y de adonde vienes
No quiere un portalillo tener techo!
No fué esta mas hazaña, o gran Dios mio,
Del tiempo por haber la helada ofensa
Vendido en tierna edad con pecho fuerte,
Que mas fué sudar sangre que haber frio
Sino porque hay distancia mas inmensa
De Dios á hombre, que de hombre á muerte.

II.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no invidiar aquel licor sagrado
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida,
Amantes, no toqueis si quereis vida;
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas, que al aurora
Direis que, aljofaradas y olorosas,
Se le cayeron del purpúreo seno;
Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

III.

Descaminado, enfermo, peregrino,
En tenebrosa noche, con pié incierto,
La confusion pisando del desierto,
Voces en vano dió, pasos sin tino.
Repetido latir, si no vecino,
Distinto oyó de can siempre despierto,
Y en pastoral albergue mal cubierto
Piedad halló, si no halló camino.
Salió el sol, y entre armiños escondida,
Soñolienta beldad con dulce saña
Salteó al no bien sano pasajero,
Pagara el hospedaje con la vida;
Más le valiera errar en la montaña
Que morir de la suerte que yo muero.

IV.

Ni en este monte, este aire, ni este rio
Corre fiera, vuela ave, pece nada:
De quien con atencion no sea escuchada
La triste voz del triste llanto mio;
Y aunque en la fuerza sea del estío,
Al viento mi querella encomendada
Cuando á cada cual dellos mas le agrada,
Fresca cueva, árbol verde, arroyo frio,

A compasion movidos de mi llanto,
Dejan la sombra, el ramo y la hondura,
Cual ya por escuchar el dulce canto
De aquel que de Strimon en la espesura
Los suspendia cien mil veces. Tanto
Puede mi mal y pudo su dulzura!

V.

Tras la vermeja aurora el sol dorado
Por las puertas salia del oriente,
Ella de flores la rosada frente,
Y él de encendidos rayos coronado.
Sembraban su contento ó su cuidado,
Cual con voz dulce, cual con voz doliente,
Las tiernas aves con la luz presente,
En el fresco aire y en el verde prado,
Cuando salió bastante á dar Leonora
Cuerpo á los vientos y á las piedras alma,
Cantando de su rico albergue, y luego
Ni oí las aves mas ni vi la aurora;
Porque al salir, ó todo quedó en calma,
O yo, que es lo mas cierto, sordo y ciego.

VI.

A la tela de justar de Madrid, que la sacaron al campo.

Téngoos, señora Tela, gran mancilla.
— Dios la tenga de vos, señor soldado.
— ¿Como estáis acá fuera? — Hoy me han echado,
Por vagamunda, fuera de la villa.
— ¿Dónde están los galanes de Castilla?
— ¿Dónde pueden estar sino en el Prado?
— ¿Muchas lanzas habrán en vos quebrado?
— Mas respeto me tienen; ni una astilla.
¿Pues qué haceis ahí? — Lo que esta puente,
Puente de anillo, tela de cedazo,
Desear hombres como rios ella,
Hombres de duro pecho y fuerte brazo.
— Adios, Tela; que sois muy maldiciente,
Y esas no son palabras de doncella.

AL GUADALQUIVIR.

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello undoso;
Pues dejando tu nido cavernoso
De Segura en el monte mas vecino
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces soberbio, raudo y espumoso;
A mí que de tus fértiles orillas
Piso aunque ilustremente enamorado
La noble arena con humilde planta;
Díme si entre las rubias pastorcillas
Has visto, que en tus aguas se han mirado,
Beldad cual la de Clori ó gracia tanta.

PEDRO DE CASTRO Y ANAYA.

Floreció por los años de 1632.

CANCION.

A Clóris.

¿Viste, oh Clori, este prado,
Que fué valle de flores
De alternados amores,
De imaginados celos
Y desdenes suaves
De dos amantes aves?
Pues de su paz sabrosa
Ya es tálamo florido,
Ya son de amor las plumas de su nido.

Viste enojadas, Clori,
Con picos gemidores,
Riñendo sus amores,
Las tiernas avecillas,
Y que volvieron luego
A su lascivo fuego?
Viste con qué fineza
Con qué amoroso exceso
Se contaron las plumas beso á beso?

Pues si lo viste, Clori,
¿Cómo, bella enemiga,
Su ejemplo no te obliga?
Y consientes, ingrata,
Cuando dos simples aves
Con besos tan suaves
Al prado y á la fuente
Cuentan flores y arenas,
Que yo cuente sus besos con mis penas?

Clori, si con las aves
Templaste tus enojos,
Pues yo te ví en los ojos
Piedad en pocas perlas,
Y tú viste en los mios
Envidia á muchos rios,
Contemos, Clori hermosa,
Con picos mas suaves
Flores al prado y besos á las aves.

DON CARLOS DE AUSTRIA, INFANTE,

HERMANO DE FELIPE IV.

1607–32.

SONETO.

A Anarda.

Oh! rompa ya el silencio el dolor mio,
Y salga deste pecho desatado;
Que sufrir los rigores de callado
No cabe en lo que siento, aunque porfío.
De obedecerte, Anarda, desconfío,
Muero de confusion desesperado;
Ni quieres que sea tuyo mi cuidado,
Ni dejas que yo tenga mi albedrío.
Mas ya tanto la pena me maltrata,
Que vence al sufrimiento; ya no espero
Vivir alegre; el llanto se desata
Y otra vez de la vida desespero
Pues, si me quejo, tu rigor me mata,
Y si callo mi mal, dos veces muero.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

1566—1633.

SONETOS.

I.

Dime, padre comun, pues eres justo
¿Porqué ha de permitir tu providencia
Que arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quien da fuerzas al brazo que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia?
Y que el celo que mas la reverencia
Gima á los piés del vencedor injusto?
Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicuas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el infame regocijo.
Esto decia yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció y me dijo:
Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?

II.

Suelta et cabello al céfiro travieso
Para que recompense, oh Cintia, un rato
De los muchos que usurpa el aparato,
Que le añade no gracia, sino peso.
¡Cuanta mas luz que coronado ó preso
Nos descubre ondeando sin recato!
Y díme si en las leyes del ornato
Respondió al arte con tan gran suceso.
A cabellos de mal seguros reyes
Ofrezcan ambiciosos resplandores
Las ondas, y las minas del oriente.
Los tuyos ni los crespes ni los dores;
Y pues crecieron en tan libre frente
Y miden su altivez, no guarden leyes.

EPIGRAMA.

Viendo Alfio cuan desvalida
Yace la causa del justo,
Y al reves cuán á su gusto
Logra el inico la vida.

Dió en ser malo; y á medida
De su maldad castigado,
¿De cuando acá, dijo, el hado
Trata los malos así?
Cómo? Solo para mí
Anda el mundo concertado?

VICENTE ESPINEL.

1544—1634.

LETRILLA.

Contentamientos pasados.
¿Qué quereis?
Dejádme, no me canseis!

Contentos cuya memoria
A cruel muerte condena,
Idos de mí enhorabuena,
Y pues que no me dais gloria,
No vengais á darme pena.
Ya están los tiempos trocados,
Mi bien llevóselo el viento,
No me deis ya mas cuidados,
Que son para mas tormento
Contentamientos pasados.

No me os mostreis lisonjeros,
Que ne habeis de ser creidos,
Ni me amenaceis con fieros
Porque el temor de perderos
Le perdió en siendo perdidos,
Y si acaso pretendeis
Cumplir vuestra voluntad
Con mi muerte, bien podreis
Matarme; y si no, mirad,
¿Qué quereis?

Si dar disgusto y desden
Es vuestro propio caudal,
Sabed que he quedado tal
Que aun no me ha dejado el bien
De suerte que sienta el mal:
Mas con todo pues me habeis

Dejado y estoy sin vos,
Paso! no me atormenteis!
Contentos, ídos con Dios,
Dejádme, no me canseis.

VILLANCICO.

Mil veces voy á hablar
A mi zagala,
Pero mas quiero callar
Por no esperar
Que me envie noramala.

Voy á decirle mi daño,
Pero tengo por mejor,
Tener dudoso el favor
Que no cierto el desengaño:
Y aunque me suele animar
Su gracia y gala,
El temor me hace callar,
Por no esperar
Que me envie noramala.

Tengo por suerte mas buena
Mostrar mi lengua á ser muda,
Que estando la gloria en duda
No estará cierta la pena:
Y aunque con disimular
Se desiguala,
Tengo por mejor callar,
Que no esperar
Que me envie noramala.

REDONDILLAS.

«*Pedir celos no es cordura*
En el que de veras ama,
Porque es despertar la dama
De lo que estaba segura.»

Los celos es un tormento,
Que nace de puro amor,
Y así nos fuerza el temor
A tener celos del viento:

Mas pedirlos es locura
Aunque mas arda la llama,
Porque es despertar la dama
De lo que estaba segura.

Muchos celosos se quedan
Privados de sus placeres,
Porque siempre las mujeres
Se van tras lo que los vedan.
Mejor es darles anchura,
Que mirarán por su fama,
Y no despertar la dama
De lo que estaba segura.

Mas vale por complacellas
Dejarlas á su sabor
Que ellas miran por su honor
Mas que nosotros por ellas.
Y la que es mas casta y pura
Cuando á su galan mas ama,
Si con celos la disfama,
No la tendrá muy segura.

ALONSO JERONIMO DE SALAS BARBADILLO.

† 1635.

EPIGRAMA.

Cuéntanme, Samuel, que ayer
Enviaste á visitarme,
Y cansado de esperarme
Te fuiste al anochecer.
Mucho fué, sin negociar,
Irte y vencer tu deseo,
¿Quien creyera que un hebreo
Se cansara de esperar?

LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

1562—1635.

CANCION.

¡O libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra,
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del sur entre su nácar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas
Conquistado en el mundo:
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas,
En tí solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida!
Cuando de las humanas
Tinieblas ví del cielo
La luz, principio de mis dulces dias,
Aquellas tres hermanas,
Que nuestro humano velo
Tejiendo llevan por inciertas vias,
Las duras penas mias
Trocaron en la gloria,
Que en libertad poseo
Con siempre igual deseo;
Donde verá por mi dichosa historia,
Quien mas leyere en ella,
Que es dulce libertad lo ménos della.
Yo pues, señor exento
De esta montaña y prado,
Gozo la gloria y libertad que tengo;
Soberbio pensamiento
Jamas ha derribado
La vida humilde y pobre que entretengo:
Cuando á las manos vengo
Con el muchacho ciego
Haciendo rostro embisto,
Venzo, triunfo y resisto
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
Y con libre albedrío
Lloro el ajeno mal, y canto el mio.

Cuando la aurora baña,
Con helado rocío
De aljófar celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña
Riberas deste rio
A dar el nuevo pasto á mi ganado:
Y cuando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debajo un sauce ó pino,
Oyendo el son de las parleras aves,
O ya gozando el aura
Donde el perdido aliento se restaura.
Cuando la noche escura
Con su estrellado manto
El claro dia en su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra,
Al pié de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento;
Y el corazon contento
Del gobierno de ovejas y de cabras,
La temerosa cuenta
Del cuidadoso rey me representa.
Aquí la verde pera
Con la manzana hermosa
De gualda y roja sangre matizada,
Y de color de cera
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada:
Aquí de la enramada
Parra que el olmo enlaza
Melosas uvas cojo,
Y en cantidad recojo,
Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estío,
Membrillos que coronan este rio.
No me da descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama:
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama:
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,

Que algun rey la envidiara,
Y de tí fuente clara,
Que bullendo el arena y agua arrojas,
Estos cristales puros;
¡Sustentos pobres, pero bien seguros!
Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento;
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento:
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio,
Y goce yo del suelo
Al aire, al sol, al hielo
Ocupado en mi rústico ejercicio,
Que mas vale pobreza
En paz, que en guerra mísera riqueza.
Ni temo al poderoso,
Ni al rico lisonjeo,
Ni soy camaleon del que gobierna:
Ni me tiene envidioso
La ambicion y deseo
De ajena gloria, ni de fama eterna:
Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel dia,
En prado, en fuente fria,
Halla un pastor con hambre fatigado:
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.

ODA PRIMERA Á LA BARQUILLA.

Pobre barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola;
¿Adónde vas perdida?
¿Adónde, dí, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.

Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas:
Que por la tierra propia.,
Nunca el peligro es mucho
A donde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla,
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan:
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quien te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Que jarcias te entretejen?
¿Que ricas banderolas
Azote son del viento
Y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva,
Del mar incultas orlas?
¿En qué celajes fundas
Que es bien echar la sonda,
Cuando perdido el rumbo

Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heróica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes ó rojas,
Que en selvas de corales,
Salado césped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo,
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El céfiro bullia
Y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja
En vez de torres altas
Abrazan pobres chozas.
Contenta con tus redes
A la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo: ¿qué importa?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la Aurora,
Mas peces te llevaba,
Que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos divorcia:

¡Ay de la pobre barca,
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre el arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fijas luces doras,
¡O dueño de mi barca!
Y en dulce paz reposas,
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que á donde estás me lleve
Mas pura y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue:
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
¡Mas ay que no me escuchas!
Pero la vida es corta;
Viviendo todo falta,
Muriendo todo sobra!

CANCION

á la muerte de su hijito Cárlos Felix.

Este de mis entrañas dulce fruto
Con vuestra bendicion, oh Rey eterno,
Ofrezco humildemente á vuestras aras;
Que si es de todos el mejor tributo
Un puro corazon humilde y tierno,
Y el mas precioso de las prendas caras:
No las aromas raras
Entre olores fenicios
Y licores sabeos
Os rinden mis deseos,
Por ménos olorosos sacrificios,
Sino mi corazon, que Cárlos era:
Que en él que me quedó ménos os diera:

Direis, señor, que en dar os lo que es vuestro
Ninguna cosa os doy y que querria
Hacer virtud necesidad tan fuerte,
Y que no es lo que siento lo que muestro
Pues anima su cuerpo el alma mia

Y se divide entre las dos la muerte.
Confieso que de suerte
Vive á la suya asida
Que cuanto á la vil tierra
Que el ser mortal encierra
Tuviera mas contento de su vida,
Mas cuanto al alma ¿qué mayor consuelo
Que lo que pierdo yo me gane el cielo?

Póstrese nuestra vil naturaleza
A vuestra voluntad, imperio sumo
Autor de nuestro límite, Dios santo;
No repugne jamas nuestra bajeza
Sueño de sombra, polvo, viento y humo,
A lo que vos quereis que podeis tanto;
Afréntese del llanto
Injusto aunque forzoso
Aquella inferior parte
Que á la sangre reparte
Materia de dolor tan lastimoso
Porque donde es inmensa la distancia
Como no hay proporcion, no hay repugnancia.

Quiera yo lo que vos, pues no es posible
No ser lo que quereis, que no queriendo
Saco mi daño á vuestra ofensa junto.
Justísimo sois vos; es imposible
Dejar de ser error lo que pretendo,
Pues es mi nada indivisible punto:
Si á los cielos pregunto
Vuestra circunferencia
Inmensa, incircunscrita,
Pues que solo os limita
Con márgen de piedad vuestra clemencia,
Oh guarda de los hombres, yo ¿qué puedo
Adonde tiembla el serafin de miedo?

Amábaos yo, señor, luego que abristes
Mis ojos, á la luz de conoceros
Y regalóme el esplandor suave.
Cárlos fué tierra; eclipse padecistes
Divino sol, pues me quitaba el veros
O puesto come nube densa y grave.
Gobernaba la nave
De mi vida aquel viento
De vuestro auxilio santo
Por el mar de mi llanto

Al puerto del eterno salvamento,
Y cosa indigna, navegando, fuera
Que rémora tan vil me detuviera.

¡Oh cómo justo fué que no tuviese
Mi alma impedimento para amaros,
Pues ya por culpas propias me detengo!
¡Oh cómo justo fué que os ofreciese
Este cordero ya para obligaros,
Sin ser Abel, aunque envidiosos tengo!
Tanto que á serlo vengo
Yo mismo de mí mismo,
Pues ocasion como esta
En un alma dispuesta
La pudiera poner en el abismo
De la obediencia que os agrada tanto
Cuanto por loco amor ofende el llanto.

¡Oh quién como aquel padre de las gentes
El hijo solo en sacrificio os diera,
Y los filos al cielo levantara!
No para que con alas diligentes
Ministro celestial los detuviera
Y el golpe al corderillo trasladara,
Mas porque calentara
De rojo humor la peña,
Y en vez de aquel cordero
Por quién corrió el acero,
Y cuya sangre humedeció la leña
Muriera el ángel y trocando estilo
En mis entrañas comenzara el filo.

Y tú, dichoso niño, que en siete años
Que tuvistes de vida, no tuvistes
Con vuestro padre inobediencia alguna,
Corred con vuestro ejemplo mis engaños,
Serenad mis paternos ojos tristes,
Pues ya sois sol, donde pisais la luna.
De la primera cuna
A la postrera cama
No distes sola un hora
De disgusto, y agora
Parece que lo dais, si así se llama
Lo que es pena y dolor de parte nuestra,
Pues no es la culpa, aunque es la causa vuestra.

Cuando tan santo os ví, cuando tan cuerdo,
Conocí la vejez que os inclinaba
A los frios umbráles de la muerte;
Luego lloré lo que ahora gano y pierdo.
Y luego dije: «Aquí la edad acaba,
Porque nunca comienza desta suerte
Quien vió rigor tan fuerte,
Y de razon ajeno,
Temer por bueno y santo
Lo que se amaba tanto?
Mas no os temiera yo por santo y bueno,
Si no pensara el fin que prometia
Quien sin el curso natural vivia.

Yo para vos los pajarillos nuevos
Diversos en el canto y las colores,
Encerraba, gozoso de alegraros,
Yo plantaba los fértiles renuevos
De los árboles verdes, yo las flores
En quien mejor pudiera contemplaros,
Pues á los aires claros
Del alba hermosa apenas
Salistes, Cárlos mio,
Bañado de rocío;
Cuando, marchitas las doradas venas,
El blanco lirio convertido en hielo
Cayó en la tierra, aunque traspuesto al cielo.

¡Oh qué divinos pájaros agora
Cárlos, gozais, que con pintadas alas
Discurren por los campos celestiales
En el jardin eterno que atesora
Por cuadros ricos de doradas alas
Mas hermosos jacintos orientales,
Adonde á los mortales
Ojos la luz excede!
¡Dichoso yo, que os veo
Donde está mi deseo
Y donde no tocó pesar, ni puede,
Que solo con el bien de tal memoria
Toda la pena me trocais en gloria!

¿Qué me importara á mí que os viera puesto
A la sombra de un príncipe en la tierra,
Pues Dios maldice á quien en ellos fia,
Ni aun ser el mismo príncipe compuesto

De aquel metal del sol, del mundo guerra,
Que tantas vidas consumir porfia?
La breve tiranía
La mortal hermosura,
La ambicion de los hombres
Con títulos y nombres,
Que la lisonja idolatrar procura,
Al espirar la vida, ¿en qué se vuelven,
Si al fin en el principio se resuelven?

Hijo pues de mis ojos, en buen hora
Vais á vivir con Dios eternamente
Y á gozar de la patria soberana.
¡Cuán léjos, Cárlos venturoso, agora
De la impiedad de la ignorante gente
Y los sucesos de la vida humana,
Sin noche, sin mañana,
Sin vejez siempre enferma,
Que hasta el sueño fastidia,
Sin que la fiera envidia
De la virtud á los umbrales duerma,
Del tiempo triunfarás, porque no alcanza,
Donde cierran la puerta á la esperanza!

La inteligencia que los orbes mueve
A la celeste máquina divina
Dará mil tornos con su hermosa mano
Fuego el Leon, el Sagitario nieve;
Y vos mirando aquella esencia trina,
Ni pasareis invierno ni verano
Y desde el soberano
Lugar que os ha cabido
Los bellísimos ojos
Paceis de mis enojos,
Humillareis á vuestro patrio nido,
Y si mi llanto vuestra luz divisa
Los dos claveles bañareis en risa.

Yo os dí la mejor patria que yo pude
Para nacer y agora en vuestra muerte
Entre santos dichosa sepultura;
Resta que vos rogueis á Dios que mude
Mi sentimiento en gozo de tal suerte
Que, á pesar de la sangre que procura
Cubrir de noche escura
La luz desta memoria,
Vivais vos en la mia;

Que espero que algun dia
La que me da dolor me dará gloria
Viendo al partir de aquesta tierra ajena,
Que no quedais adonde todo es pena.

ROMANCE.

Este niño y Dios, Anton,
Que en Belen tiembla y suspira
Con unos ojuelos mira
Que penetra el corazon.

Este niño celestial
Tiene unos ojos tan bellos
Que se va el alma tras ellos
Como á centro natural.
Ya es cordero y no es leon,
Y como dejó la ira
Con unos ojuelos mira
Que penetra el corazon.
Antiguamente miraba
En nube, monte y en fuego,
Y en ofendiéndole luego
Del ofensor se vengaba
Mas despues que vino, Anton,
Donde como hombre suspira
Con unos ojuelos mira
Que penetra el corazon.
No se dejaba mirar
Envuelto en nubes y velos,
Ahora en pajas y hielos
Se deja ver y tocar,
Y como ve á los que son
La causa por quien suspira,
Con unos ojuelos mira
Que penetra el corazon.

DUERME MI NIÑO.

Pues andais en las palmas,
Angeles santos,
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos!

Palmas de Belen
Que mueven airados,
Los furiosos vientos
Que suenan tanto,
No le hagais ruido,
Corred mas paso,
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos!

El niño divino
Que está cansado
De llorar en la tierra
Por su descanso
Sosegar quiere un poco
Del tierno llanto,
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos!

Rigurosos hielos
Le están cercando,
Ya veis que no tengo
Con que guardarlo:
Angeles divinos
Que vais volando,
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos!

LETRILLA.

«*Madre, unos ojuelos ví*
Verdes, alegres y bellos.
Ay! que me muero por ellos
Y ellos se burlan de mí.»

Las dos niñas de sus cielos
Han hecho tanta mudanza:
Que la color de esperanza
Se me ha convertido en celos.
Yo pienso, madre, que ví
Mi vida y mi muerte en ellos:
Ay! que me muero por ellos
Y ellos se burlan de mí.

Quien pensara que el color
De tal suerte me engañara!
Pero quien no lo pensara
Como no tuviera amor!

Madre en ellos me perdí
Y es fuerza buscarme en ellos:
Ay! que me muero por ellos
Y ellos se burlan de mí.

QUÉ COSA ES AMOR.

«Dáme, Pascual, á entender
  Qué es amor; que quiero amar.»
Pienso que es todo pesar,
  Pues nunca me dió placer.
«Estraña definicion
  Es la que de amor me das.»
De la causa no sé mas,
  Estos los efectos son.
«El principio quiero ver,
  Pascual, del arte de amar.»
Pienso que acaba en pesar
  Aunque comienza en placer.
«Pensé escucharte, Pascual,
  Mayores bienes de amor.»
Nunca su bien fué mayor,
  Siempre fué mayor su mal.
«Dime lo que he de perder
  Y lo que puedo ganar.»
Ganarás mucho pesar
  Por el mas breve placer.
«Silvia me mira con arte,
  Porque luego se retira.»
No está el daño en que te mira
  Sino en que no ha de mirarte.
«Yo sé que hay gloria en el ver
  Si hay pena en el desear.»
No quiero tanto pesar
  Por tan pequeño placer.

SONETOS.

I.

Desmayarse, atreverse, estar furioso
  Aspero, tierno, liberal, esquivo,
  Alentado, mortal, difunto, vivo,
  Leal, traidor, cobarde y animoso,

No hallar fuera del bien centro y reposo,
Mostrarse alegre, triste, humilde, altivo
Enojado, valiente, fugitivo
Satisfecho, ofendido, receloso;
Huir el rostro al claro desengaño,
Beber veneno por licor suave,
Olvidar el provecho, amar el daño;
Creer que el cielo en un infierno cabe,
Dar la vida y el alma á un desengaño:
Esto es amor! quien lo probó lo sabe.

II.

No tiene tanta miel Atica hermosa,
Algas la orilla de la mar, ni encierra
Tantas encinas la montaña y sierra,
Flores la primavera deleitosa,
Lluvias el triste invierno, y la copiosa
Mano del seco otoño por la tierra
Graves racimos, ni en la fiera guerra
Mas flechas Media en arcos belicosa,
Ni con mas ojos mira el firmamento
Cuando la noche calla mas serena,
Ni mas olas levanta el oceano,
Peces sustenta el mar, aves el viento,
Ni en Libia hay granos de menuda arena
Que doy suspiros por Lucinda en vano.

III.

Laura ¿quién son aquellos embozados,
Al mismo niño amor tan parecidos,
Que no se fueron por andar vestidos,
Y quieren encubrirse declarados?
¿Aquellos envidiosos desvelados
Con lo que mas adoran mas fingidos,
Que quieren de sospechas ofendidos,
Siendo traidores, presumir de honrados?
Aquellas sombras que despiertan sueños,
Y aquel sueño de amor con los desvelos
De ardientes llamas y accidentes frios?
Estas del miedo y de la envidia señas,
¿Quién duda que dirás que son tus celos?
Pues Laura no lo son, que son los mios!

IV.

Canta pájaro amante en la enramada
   Selva á su amor, que por el verde suelo
   No ha visto al cazador, que con desvelo
   Le está acechando la ballesta armada.
Tírale, yerra, vuela, y la turbada
   Voz en el pico convertida en hielo
   Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
   Por no alejarse de la prenda amada.
Desta suerte el amor canta en el nido;
   Mas luego que los celos que recela
   Le tiran flechas de temor, de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere, cela,
   Y hasta que ve que el cazador es ido,
   De pensamiento en pensamiento vuela.

V.

Daba sustento á un pajarillo un dia
   Lucinda, y por los hierros del portillo
   Fuésele de la jaula el pajarillo
   Al libre viento en que vivir solia.
Con un suspiro á la ocasion tardía
   Tendió la mano y no pudiendo asillo
   Dijo y de las mejillas amarillo
   Volvió el clavel que entre su nieve ardia.
«¿A donde vas, por despreciar el nido
   Al peligro de ligas y de balas,
   Y el dueño huyes que tu pico adora?»
Oyóla el pajarillo enternecido
   Y á la antigua prision volvió las alas.
   Que tanto puede una mujer que llora!

VI.

UN LINDO DESTE TIEMPO.

Galan Sanson teneis, señora Arminda,
   Toda la fuerza tiene en las guedejas,
   Bravas salieron hoy las dos madejas,
   Llore Anaxarte, Dafne se le rinda.
¿Qué manutisa, qué clavel, qué guinda
   En purpura con él corrió parejas?
   Y mas con los bigotes á las cejas,
   Que en buena fe que no sois vos tan linda.

¡Qué bravo, qué galan, qué airoso viene!
Pero ya vuestro amor en los luceros
De la risa dormida se previene.
Mas es forzoso lástima teneros;
Porque sabed que tanto amor se tiene
Que no le ha de sobrar para quereros.

VII.

Al pié del jaspe de un feroz peñasco
Pelado por la fuerza del estío,
Dosel de un verde campo, tan sombrío,
Que contra Febo le sirvió de casco;
Damon con su rabel y al lado el frasco
Para cantar mejor en desafío,
Y Tirsi, claro honor de nuestro rio
Con un violin de cedro de Damasco
Jüez Eliso, que de un verde pobo,
A falta de laurel, premio tejia,
Céfiro hizo de los ecos robo,
Mas cuando Tirsi comenzar queria
Ladró Melampo y dijo Antandro: «Al lobo.»
Y el canto se quedó para otro dia.

VIII.

De hoy mas las crespas sienes de olorosa
Verbena y mirto coronarte puedes,
Juncoso Manzanares, pues excedes
Del Tajo la corriente caudalosa.
Lucinda en tí bañó su planta hermosa,
Bien es que su dorado nombre heredes,
Y que con perlas por arenas quedes,
Mereciendo besar su nieve y rosa.
Y yo envidiar pudiera tu fortuna,
Mas he llorado en tí lágrimas tantas —
Tú buen testigo de mi amargo lloro —
Que mezclado en tus aguas pudo alguna
De Lucinda tocar las tiernas plantas,
Y convertirse en tus arenas de oro.

IX.

Céfiro blando, que mis quejas tristes
Tantas veces llevaste; claras fuentes
Que con mis tiernas lágrimas ardientes
Vuestro dulce licor ponzoña hicistes;

Selvas que mis querellas esparcistes,
Asperos montes á mi mal presentes,
Rios que de mis ojos siempre ausentes
Veneno al mar, como tirano, distes.
Pues la aspereza de rigor tan fiero
No me permite voz articulada
Decid á mi desden que por él muero.
Que si la viere el mundo transformada
En el laurel que por dureza espero
Della vereis mi frente coronada.

X.

A la muerte de Rodrigo de Silva.

¿Quién llora aquí? — Tres somos. — Quita el manto.
La muerte soy. — La muerte? Pues tu lloras? —
Sí que conté de sus fatales horas
A un César español término tanto.
Y tú, robusto? — Marte soy. — ¿Con llanto
El resplandor del claro arnes desdoras? —
Perdí por otras manos vencedoras
Yo luz, España sol, Flándes espanto. —
Y tú niño ¿quien eres? — Antes era
Amor, pero murió mi nombre y llama,
Muerto el mas bello que la fama escribe. —
Muerte, Amor, Marte, no lloreis que muera
Don Rodrigo de Silva, que la fama
De su valor eternamente vive!

XI.

Desde que viene la rosada aurora
Hasta que el viejo Atlante esconde el dia
Lloran mis ojos con igual porfía
Su claro sol, que otras montañas dora,
Y desde que del cáos donde mora
Sale la noche perezosa y fria,
Hasta que á Venus otra vez envia
Vuelvo á llorar vuestro rigor, señora.
Así que ni la noche me socorre
Ni el dia me sosiega y entretiene
Ni hallo medio en extremos tan estraños.
Mi vida va volando; el tiempo corre,
Y mientras mi esperanza con vos viene
Callando pasan los lijeros años.

XII.

La vida es sueño.

Si culpa el concebir, nacer tormento,
Guerra el vivir, la muerte fin humano,
Si despues de hombre, tierra y vil gusano,
Y despues de gusano, polvo y viento,
Si viento nada, y nada el fundamento,
Flor la hermosura, la ambicion tirano,
La fama y gloria pensamiento vano,
Y vano cuanto piensa el pensamiento:
¿Quien anda en este mar para anegarse?
¿De qué sirve en quimeras sumergirse,
Ni pensar otra cosa que salvarse?
De qué sirve estimarse y preferirse?
Buscar memoria habiendo de olvidarse?
Y edificar habiendo de partirse?

ANTONIO MIRA DE MESCUA.

† 1635.

CANCION REAL.

A la instabilidad de las cosas humanas.

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo.
Se sentó en los pimpollos de una haya;
Y con su pico de marfil nevado
De su pechuelo verde y amarillo
La pluma concertó pajiza y gaya,
Y celoso se ensaya
Á discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor junto,
Y al ramillo su apoyo y á las flores
Libre y gozoso cuenta sus amores.
May ¡ay! que en este estado
El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto entre su sangre lo derriba.
¡Simple avecilla errada
Imágen de mi suerte desdichada!

De la custodia del amor materno
El corderillo jugueton se aleja
Enamorado de la yerba y flores.
Y por la libertad del pasto tierno
El candido licor, olvida y deja
Por quien hizo á su madre mil amores;
Sin conocer temores
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ¡ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el nevado vellocino.
¡Oh inocencia ofendida!
¡Breve bien, caro pasto, corta vida!
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca, con lijero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas
Y puliendo sus negros martinetes
Procura ser allá cerca del cielo
La reina sola de las aves bellas;
Y por ser ella de ellas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reina de los vientos.
Mas ¡ay! que en la alta nube
El águila la vió, y al cielo sube
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarra
Del bello airon que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso.
¡Ay pájaro altanero,
Retrato de mi suerte verdadero!
Al son de las belísonas trompetas
Y al retumbar del sonoroso parche
Formó escuadron el capitan gallardo;
Con relinchos, bufidos y corvetas
Pidió el caballo que la gente marche,
Trocando en paso presuroso el tardo,
Sonó el clarin bastardo
La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida

Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente, que cantó victoria.
Mas ¡ay! que el desconcierto,
Del capitan bisoño y poco esperto,
Por no observar el órden,
Causó en su gente general desórden;
Y la ocasion perdida,
El vencedor perdió victoria y vida.
¡Ay fortuna voltaria,
En mis prósperos fines siempre varia!
Al cristalino arroyo lisonjero
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplándose Vénus en la tierra
Y al mas rebelde corazon de acero
Con su vista enternece y alboroza
Y es de las libertades dulce guerra.
El desamor destierra
De donde son despojos
Los purísimos castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana.
Mas ¡ay! que un accidente,
Apenas puso el pulso intercadente,
Cuando cubrió de manchas,
Cárdenas ronchas y viruelas anchas
El bello rostro hermoso
Trocándole en horrible y asqueroso:
¡Ay beldad malograda
Muerta luz, turbio sol y flor pisada!
Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo débil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas,
Llegó á la India; y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas;
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes;
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto.
May ¡ay! que estaba ignoto
A la esperiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco
Donde tocando de la nave el casco
Dió al fondo hechos mil piezas
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre bajel, figura
Del que anegó mi próspera ventura!

Mi pensamiento con lijero vuelo
Ufano, alegre, altivo, enamorado
Sin conocer temores la memoria
Se remontó, señora hasta tu cielo,
Y contrastando tu desden airado
Triunfó mi amor, cantó mi fé victoria,
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma;
Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda ropa.
Mas ¡ay! que mi contento
Fué el pajarillo y corderillo exento,
Fué la garza altanera,
Fué el capitan que la victoria espera,
Fué la Vénus del mundo,
Fué la nave del piélago profundo;
Pues por diversos modos,
Todos los males padecí de todos.
Cancion, vé á la coluna
Que sustentó mi próspera fortuna
Y verás que si entónces
Te pareció de marmoles y bronces,
Hoy es mujer; y en suma
Tuve bien, facil viento, leve espuma.

JOSÉ DE VALDIVIESO.

† 1638.

RIMAS SACRAS.

Feridas teneis, mi vida,
Y duélenvos:
¡Tuviera las yo y no vos!
¿Quien os puso de esa suerte
Mi Jesus enamorado?
«Ay que caro me ha costado
Alma, buscarte y quererte.
Mis heridas son de muerte
Aunque dadas por tu amor.»

Feridas teneis, mi vida,
Y duélenvos:
¡Tuviera las yo y no vos!

Fuera yo, señor, la herida
Si son de muerte las vuestras,
«Pues que dolor de ellas muestras,
Alma, llámalas de vida
Que no verás en mí herida
Donde vida no te doy.»

Feridas teneis, mi vida,
Y duélenos.
¡Tuviera las yo y no vos!
Ay, como me han lastimado
Las heridas que en vos veo!
«Para las que yo deseo
Pocas son las que me han dado,
Que no es buen enamorado
El que no muere de amor.»

Feridas teneis, mi vida,
Y duélenvos:
¡Tuviera las yo y no vos!

JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

1602—1638.

ROMANCE.

¿Viste la concha del mar
Que bebiendo el sudor bello
Del alba, forma una perla
En su cóncavo pequeño;
Y que al paso que la concha
Va con la perla creciendo,
Crece la union en entrambos
Con un nudo tan estrecho,
Que para sacar la perla
Rompen la concha primero
Y se quebran con el golpe
Unos pedazos pequeños?
Pues así mi corazon
Fué concha, que con el tiempo
Iba criando una perla,
Que es nuestro amor; fué creciendo
Tan unido que en los dos
De dos almas se hizo un cuerpo,
De dos mitades un alma,
Y un todo de dos compuestos.

Sácanme del corazon,
Con violencia y con estruendo,
Un amor que habia criado;
Y así á los ojos salieron,
Estas lágrimas que son
Por mas que encubrirlas quiero,
Pedazos del corazon
Que se ha quebrado allá dentro.

PEDRO DE SALAS.

† 1638.

QUEJAS DE UN DESTERRADO.

¿Que me mandais, amigos,
Acompañe los sones con el canto,
Si sois fieles testigos
De mis copiosas lágrimas y llanto?
¡Mandádme ántes que calle,
Que no es para cantar,
Que es mas para llorar tan triste valle!

No penseis ser achaque
De músicos, que no hay fuerza importuna
Que una voz les saque,
Ni á que lo dejen basta traza alguna:
Mi mal es de otra esfera;
Cisne no cantará hasta que muera.

Alegres alborozos
De un ánimo contento el cantar pide;
No cuando en mil sollozos
El afligido pecho el aire mide:
Que no siempre quien canta
Cantando su dolor y pena espanta.

Contra antigua costumbre
No prevalecen actos semejantes,
Que apenas ví la lumbre
Comun cuando de lágrimas infantes
Bañé paños y cuna,
Y creció el llanto con la edad á una.

Ni ejemplos me convencen
De muchos que cantando el ejercicio
De sus trabajos vencen
Que esos no tienen de llorar oficio:
Mas si mi oficio es llanto,
¿He de dejar mi oficio cuando canto?

Si al remero, cortando
Con un árbol del mar la cana espuma,
Le parece cantando
Regir el remo contra leve pluma,
El sudor que le baña
No es lágrimas de verse en tierra estraña.

Si miéntras que los prados
Fértiles pacen mansas ovejuelas,
El pastor sin cuidados
De amor, pasa cantando largas velas,
No otra tierra le aplace
Que la que alegre su ganado pace.

Si cantando mitiga
El caminante de sudor cubierto
El cansancio y fatiga,
Es porque andando mas se acerca al puerto
De su patria.. Ay! la mia
Cuanto me acerco mas, mas se desvia.

Si el labrador el grano
Cantando siembra en el mullido gremio,
Es porque en el verano
Libra de su trabajo el rico premio:
Mas sembrando mis ojos
Lágrimas su cosecha son abrojos.

No condeno al remero,
Al pastor, labrador y caminante
Que por hacer lijero
Cada cual su pesar cante y discante:
Solo culpo á mi pena
Que llora al son de hierro y cadena.

Al son de las prisiones
En que ausente del patrio reino vivo,
Cómo alegres canciones
Puede cantar mi corazon cautivo?
Que si la voz levanto
La degüella el dolor en la garganta.

Si suelto mis sentidos
  A que me traigan de cantar materia,
  Me vuelven con gemidos
  Llenos de pena, lástima y miseria.
  Mirad si es bien que calle,
  Sino es para cantar,
  Que es mas para llorar tan triste valle!

Si tal vez me revientan
  De mi primera edad verdes cantares
  En lágrimas revientan
  Para anegarlos de ambos ojos mares,
  Y á mis voces retiran
  Como el sol á las luces que le miran.

Bien saben estos rios
  Ya de su agua ó de las gotas llenos
  Que dan los ojos mios,
  Que cuantas veces requerí los senos
  Del instrumento al canto,
  Tantas me fué instrumento de mi llanto.

Con esto un grave tedio
  Cobré á mis instrumentos que colgados
  De estos sauces en medio
  Olvido: porque así desacordados
  No me acuerden memorias
  De ausentes bienes, de esperadas glorias.

Ay! mi patria divina!
  Ay mi centro, mi cielo y fin dichoso!
  Quien de tí peregrina
  Donde puede sin tí tomar reposo?
  Mal haya quien cantare
  Hasta la hora en que tu gloria entrare.

¡Músicos instrumentos
  En los lúgubres dobles de campanas
  Conviertan sus acentos!
  ¡Y sirvan á las lástimas humanas
  De infaustos ataudes
  Las cítaras, las harpas, y laudes!

Mi luz, mi amor, mi amante,
  Vúelveme á tu pais, reino de estrellas,
  Donde á tu gloria cante
  Cancion que solo cantan tus doncellas,
  Que por seguir tus pasos
  Tu amor sellaron de cristal en vasos.

Allí, allí, mi gloria
O cuan bien cantaré el cántico tuyo!
Que cuente la victoria
Con que á mi nuevo ser me restituyo,
Arrimo aquí la lira
Do la mas acordada mas delira.

En tanto en un suspiro
Cifro toda mi música y mi canto,
Hasta que al bien que aspiro
Mi espíritu se suelte de su llanto
Y allí siempre te halle
Do no es para llorar,
Mas es para cantar tu alegre valle!

JUAN DE SALINAS.

Murió por los años de 1640.

LETRA.

Crecen en los amadores
Los temores
Cuando se acerca el no verse
«Que como el sol va á ponerse,
Hace las sombras mayores.»
El disimular fingido
Parece al otro estrañeza
La compostura tibieza,
Los imposibles olvido,
Los recatos esteriores
Disfavores
Y castigo el no atreverse
«Que como el sol va á ponerse
Hace las sombras mayores.»
Los justos inconvenientes
Parecen falsas deshechas
Y verdaderas sospechas
Los recelos aparentes.
Y de los competidores
Los amores
Vienen por fuerza á temerse,
«Que como el sol va á ponerse
Hace las sombras mayores.»

ROMANCE.

El pensamiento en Albania,
Los ojos en su retrato,
Las memorias de sus gustos
Conjuradas en su daño;
Tan léjos de su alegría
Cuan cerca de un fin amargo,
Está sin alma Lucindo,
Muerto y vivo por milagro.
«Ojos de mis ojos, dice,
A los que está contemplando,
Tan graciosos como bellos,
Y tan bellos como amados;
«Causadores de mi muerte,
Autores de mi regalo,
Para alumbrarme dos soles,
Para matarme dos rayos.
«Ausente estoy de vosotros,
Celoso y desesperado,
De mi desdicha me temo,
Que es mi perpétuo contrario.
«No pagueis los tristes mios,
Que están en continuo llanto,
Siendo para otros alegres,
Y para Lucindo ingratos.
«De vuestro dueño me fio,
Y de su término hidalgo,
Creyendo que no habrán sido
Sus promesas sobre falso.»
Esto dijo, y de Lucinda
Llegó un papel á sus manos,
En sumo grado discreto,
Y amoroso en sumo grado.
Con que recibe en su mal
Un aparente descanso;
Si alguno puede tener
En ausencia un desdichado.

Celebra un tiro que la Duquesa de Osuna hizo á unos gorriones.

Belisa á cinco tiró
Gorriones, y á cuatro dellos
Antes con sus ojos bellos
Que con el tiro mató.
El otro solo quedó,

Y luego se fué á un desierto,
Y sobre un peñasco yerto,
Escribió el pico dorado:
«Aquí yace un desdichado
Que murió de no haber muerto.»

JUAN DE JÁUREGUI.

Nació por los años de 1570.
Murió por los años de 1640.

CANCION.

A una dama antigua flaca y fea.

Cuando tus huesos miro
De piel tan flaca armados y cubiertos,
Señora, no me admiro
Desa tu liviandad y desconciertos;
Que es fuerza ser liviana
Quien es en todo la flaqueza humana.
Cúlpote en una cosa
Y es que adornarte quieres y pulirte
Creyendo ser hermosa;
Y tan difícil hallo el persuadirte
Para que no lo creas
Como el hacer en algo que lo seas.
Pero quizá no en vano
Mi lengua te amonesta y aconseja
Aunque el consejo sano
Tú debas darle, como anciana y vieja;
Pues por no parecerlo
Pienso le has de tomar y obedecerlo.
¿Para qué persuades
Al mundo que ha treinta años que naciste?
Pues á decir verdades
Habrá sus treinta y dos que envejeciste;
Y no solo eres vieja,
Mas la vejez en tí ya es cosa añeja.
Hoy buscas matrimonio,
Y no hallarás segun tus calidades
Marido en el demonio
Porque despues que mira tus fealdades,
Que ahora yo deslindo,
Presume Satanás de airoso y lindo.

Mil años ha que hubiera
   Segun tu edad llevádote la muerte,
   Mas cuando armada y fiera
   A tí se acerca y tu figura advierte
   No llega ni le embiste,
   Creyendo haber diez horas que muriste.
Mas guárdate no sea
   Que ella tal vez pagada de tu vista
   Abominable y fea,
   Te asalte y de tu cuerpo se revista
   Por ser los huesos tuyos
   Mas propios de la muerte que los tuyos.

DEFINICION DE AMOR
segun el uso de los modernos.

Es el amor un desden
   En todo á sí mismo igual,
   Do siempre reside el mal
   Para lisonjas del bien.
Es una traicion segura
   Con fidelidad traidora,
   Que á tiempos se alegra y llora
   Quien la huye ó la procura.
Es alba que en su arrebol
   No hay sombra que la avergüence.
   Es sol que á la noche vence,
   Y noche que vence al sol.
Es el iman que en el fuego
   Presta su quilate al oro,
   Cuyo escondido tesoro
   Se manifiesta al mas ciego.
Es el vapor del aroma
   Que de ajena luz procede,
   Y si vence á quien le excede,
   De sí la venganza toma.
Es serena tempestad
   Y procelosa bonanza,
   Es nivelada balanza
   Con fiel de infidelidad.
Es el rumbo de la ave
   Que al cielo encumbra su extremo
   El breve sulco del remo
   Y el vuelo simple del ave,

Digo que el amor en suma
Es aunque nadie lo crea
Cuanto quisiere que sea
Cualquier disparada pluma.

FRANCISCO GOMEZ DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

1580—1645.

EPISTOLA SATIRICA AL CONDE DE OLIVAREZ.

En su valimiento.

No he de callar, por mas que con el dedo
Ya tocando la boca, ó ya la frente,
Silencio avises, ó amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
Siempre se ha de sentir lo que se dice?
Nunca se ha de decir lo que se siente?
Hoy, sin miedo que libre escandalice,
Puede hablar el ingenio, asegurado
De que mayor poder le atemorice.
En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio y la verdad desnuda,
Y romper el silencio el bien hablado.
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
Son la verdad y Dios Dios verdadero:
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.
Si Dios á la verdad se adelantara,
Siendo verdad, implicacion hubiera
En ser, y en que verdad de ser dejara.
La justicia de Dios es verdadera
Y la misericordia, y todo cuanto
Es Dios, todo ha de ser verdad entera.
Señor excelentísimo, mi llanto
Ya no consiente márgenes ni orillas,
Inundacion será la de mi canto.
Ya sumergirse miro mis mejillas,
La vista por dos urnas derramada,
Sobre las aras de las dos Castillas.
Yace aquella virtud desaliñada,
Que fué, si rica ménos, mas temida,
En vanidad y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida,
  Que en donde supo hallar honrada muerte,
  Nunca quiso tener mas larga vida.
Y pródiga del alma, nacion fuerte,
  Contaba por afrenta de los años
  Envejecer en brazos de la suerte.
Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
  Del paso de las horas y del dia,
  Reputaban los nuestros por estraños.
Nadie contaba cuanta edad vivia,
  Sino de qué manera, ni aun un hora
  Lograba sin afan su valentía.
La robusta virtud era señora,
  Y sola dominaba al pueblo rudo;
  Edad, si mal hablada, vencedora!
El temor de la mano daba escudo
  Al corazon que, en ella confiada.
  Todas las armas despreció desnudo.
Multiplicó en escuadras un soldado
  Su honor precioso, su ánimo valiente,
  De sola honesta obligacion armado.
Y debajo del cielo aquella gente,
  Si no á mas descansado, á mas honroso
  Sueño entregó los ojos, no la mente.
Hilaba la mujer para su esposo
  La mortaja primero que el vestido;
  Ménos le vió galan que peligroso,
Acompañaba el lado del marido
  Mas veces en la hueste que en la cama;
  Sano le aventuró, vengóle herido.
Todas matronas y ninguna dama:
  Que nombres del halago cortesano
  No admitió lo severo de su fama.
Derramado y sonoro el Oceano,
  Era divorcio de las rubias minas
  Que usurparon la paz del pecho humano.
Ni les trajo costumbres peregrinas
  El áspero dinero, ni el Oriente
  Compró la honestidad con piedras finas.
Joya fué la virtud pura y ardiente;
  Gala el merecimiento y alabanza;
  Solo se codiciaba lo decente.
No de la pluma dependió la lanza;
  Ni el cántabro con cajas y tinteros
  Hizo el campo heredad, sino matanza.

Y España con lejítimos dineros,
No mendigando el crédito á Liguria
Mas quiso los turbantes que los ceros.
Ménos fuera la pérdida y injuria,
Si se volvieran muzas los asientos,
Que esta usura es peor que aquella furia.
Caducaban las aves en los vientos,
Y espiraba decrépito el venado:
Grande vejez duró en los elementos.
Que el vientre entónces bien disciplinado
Buscó satisfaccion y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.
Del mayor infanzon de aquella pura
República de grandes hombres, era
Una vaca sustento y armadura,
No habia venido al gusto lisonjera
La pimienta arrugada, ni del clavo
La adulacion fragrante forastera.
Carnero y vaca fué principio y cabo,
Y con rojos pimientos y ajos duros,
Tan bien como el señor comió el esclavo.
Bebió la sed los arroyuelos puros:
Despues mostraron del carquesio á Baco
El camino los brindis mal seguros.
El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco.
Pudo sin miedo un español belloso
Llamar á los tudescos bacanales,
Y al holandes hereje y alevoso.
Pudo acusar los celos desiguales
A la Italia; pero hoy de muchos modos
Somos copias, si son originales.
Las descendencias gastan muchos godos,
Todos blasonan, nadie los imita;
Y no son sucesores, sino apodos.
Vino el betun precioso que vomita
La ballena, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor nos acredita.
Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.
Estaban las hazañas mal vestidas,
Y aun no se hartaba de buriel y lana
La vanidad de fembras presumidas.

A la seda pomposa siciliana
Que manchó ardiente múrice, el romano
Y el oro hicieron áspera y tirana.
Nunca al duro español supo el gusano
Persuadir que vistiese su mortaja,
Intercediendo el can por el verano.
Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entónces fué el trabajo ejecutoria,
Y el vicio graduó la gente baja.
Pretende el alentado jóven gloria
Por dejar la vacada sin marido
Y de Céres ofende la memoria.
Un animal á la labor nacido,
Y símbolo celoso á los mortales,
Que á Jove fué disfraz y fué vestido;
Que un tiempo endureció manos reales,
Y detras de él los cónsules gimieron,
Y rumia luz en campos celestiales,
Por cual enemistad se persuadieron
A que su apocamiento fuese hazaña,
Y á las mieses tan grande ofensa hicieron?
Qué cosa es ver un infanzon de España
Abreviado en la silla á la gineta,
Y gastar un caballo en una caña!
Que la niñez al gallo le acometa
Con semejante municion apruebo;
Mas no la edad madura, la perfeta.
Ejercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de escuadrones, no en la frente
Del útil bruto la asta del acebo.
El trompeta le llame diligente,
Dando fuerza de ley el viento vano,
Y al son esté el ejército obediente.
Con cuanta majestad llena la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro
Del que se atreve á ser buen castellano!
Con asco entre las otras gentes nombre
Al que de su persona sin decoro
Mas quiere rota dar que dar asombro.
Gineta y cañas son contagio moro,
Restitúyanse justas y torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.
Pasadnos vos de juegos á trofeos,
Que sólo grande rey y buen privado
Pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que haceis repetir siglo pasado,
Con desembarazarnos las personas,
Y sacar á los miembros de cuidado:
Vos disteis libertad con las valonas,
Para que sean corteses las cabezas
Desnudando el enfado á las coronas:
Y pues vos enmendasteis las cortezas
Dad á la mejor parte medicina:
Vuélvanse los tablados fortalezas.
Que la cortes estrella que os inclina
A privar sin intento y sin venganza,
Milagro que á la envidia desatina,
Tiene por sola bienaventuranza
El reconocimiento temeroso,
No presumida y ciega confianza.
Y si os dió el ascendiente generoso
Escudos de armas y blasones llenos,
Y por timbre el martirio glorioso,
Mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
Os muestre á su pesar campos serenos.
Lograd, señor, edad tan venturosa;
Y cuando nuestras fuerzas examina
Persecucion unida y belicosa,
La militar valiente disciplina
Tenga mas platicantes que la plaza;
Descansen tela falsa y tela fina;
Suceda á la marlota la coraza
Y si el Córpus con danzas no los pide,
Velillos y oropel no hagan baza;
El que en treinta lacayos los divide,
Hace suerte en el toro, y con un dedo
La hace en él la vara que los mide;
Mandadlo así, que aseguraros puedo
Que habeis de restaurar mas que Pelayo;
Pues valdrá por ejércitos el miedo,
Y os verá el cielo administrar su rayo.

ROMANCE BURLESCO.

Padre Adan no lloreis duelos,
Dejad, buen viejo, el llorar,
Pues que fuisteis en la tierra
El mas dichoso mortal.
De la variedad del mundo

Entrasteis vos á gozar
Sin sastres ni mercaderes,
Plagas que tuvo otra edad.
Para daros compañía
Quiso el Señor aguardar
Hasta que llegó la hora,
Que sentisteis soledad.
Costóos la mujer que os dieron
Una costilla, y acá
Todos los huesos nos cuestan,
Aunque ellas nos ponen mas.
Dormisteis, y una mujer
Hallasteis al despertar;
Y hoy en durmiendo un marido
Halla á su lado otro Adan.
Un higo solo os vedaron,
Sea manzana si gustais,
Que yo para comer una
Dios me lo habia de mandar.
Tuvisteis mujer sin madre,
Grande suerte y de envidiar:
Gozasteis mundo sin viejas
Ni suegrecita inmortal.
Si os quejais de la serpiente
Que os hizo á entrambos mascar,
¿Cuanto es mejor la culebra
Que la suegra preguntad?
La culebra, por lo ménos,
Os da á los dos, y mas y mas.
Si Eva tuviera madre
Como tuvo á Satanas,
Comiérase el paraiso,
No de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben:
Mas una suegra infernal
Mas sabe que las culebras:
Ansí lo dice el refran.
Llégaos á que aconsejara
Madre deste temporal
Comer un bocado solo,
Aunque fuera rejalgar.
Consejo fúé del demonio
Que anda en ayunas los mas;
Que las madres de un almuerzo
La tierra engullen y el mar.
Señor Adan, ménos quejas,
Y dejad el lamentar:

Sabed estimar la culebra
Y no la trateis tan mal.
Y si gustais de trocarla
A suegras de este lugar,
Ved lo que quereis encima
Que mil os la tomarán.
Esto dijo un ensuegrado
Llevandole á conjurar
Para sacarle la suegra
Un cura y un sacristan.

LETRILLA SATÍRICA.

Poderoso caballero
Es don dinero.
Madre, yo al oro me humillo,
El es mi amante y mi amado;
Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero,
Poderoso caballero,
Es don dinero.

Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña:
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado:
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso aunque sea fiero:
Poderoso caballero,
Es don dinero.

Es galan y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro:
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero,
Es don dinero.

Son sus padres principales,
Y es de noble descendiente,
Porque en las venas de oriente
Todas las sangres son reales:

Y pues es quien hace iguales
Al duque y al ganadero,
Poderoso caballero,
Es don dinero.

Mas ¿á quien no maravilla
Ver en su gloria sin tasa
Que es lo ménos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al bajo silla,
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero,
Es don dinero.

Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles:
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero,
Es don dinero.

Por importar en los tratos
Y dar tan buenos consejos,
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos:
Y pues él rompe recatos
Y ablanda al juez severo,
Poderoso caballero,
Es don dinero.

Y es tanta su majestad.
Aunque son sus duelos hartos,
Que con haberle hecho cuartos
No pierde su autoridad:
Pero, pues da calidad
Al noble y al pordiosero
Poderoso caballero,
Es don dinero.

Nunca vi damas ingratas
A su gusto y aficion,
Que á las caras de un doblon
Hacen sus caras baratas;

Y pues las hace bravatas,
Desde una bolsa de cuero,
Poderoso caballero,
Es don dinero.

Mas valen en cualquier tierra,
Mirad si es harto sagaz,
Sus escudos en la paz,
Que rodelas en la guerra:
Y pues al pobre le entierra
Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero,
Es don dinero.

CANCION.

Miré lijera nave
Que con alas de lino en presto vuelo
Por el aire suave
Iba segura del rigor del cielo
Y de tormenta grave.
En los golfos del mar el sol nadaba
Y en sus ondas temblaba,
Y ella preñada de riquezas sumas
Rompiendo sus cristales
Le argentaba de espumas,
Cuando en furor iguales
En sus velas los vientos se entregaron,
Y dando en un bajío
Sus leños desató su mismo brio
Que de escarmientos todo el mar poblaron,
Dejando de su pérdida en memoria
Rotas jarcias, parleras de su historia.

En un hermoso prado
Verde laurel reinaba presumido
De pájaros poblado,
Que cantando robaban el sentido
Al árgos del cuidado.
De verse con su adorno tan galana
La tierra estaba ufana
Y en aura blanda la adulaba el viento,
Cuando una nube fria
Hurtó en breve momento
A mis ojos el dia
Y arrojando del seno un duro rayo

Tocó la planta bella
Y juntamente con ella
Toda la gala, primavera y mayo.

Ví con prodiga vena
De parlero cristal un arroyuelo
Jugando con la arena
Y enamorando de su risa el cielo.
A la márgen amena
Una vez murmurando, otra corriendo.
Estaba entreteniendo
Espejo guarnecido de esmeralda;
Me pareció al miralle
Del prado la guirnalda.
Mas abrióse en el valle
Una envidiosa cueva de repente:
Enmudeció el arroyo
Creció la oscuridad del negro hoyo.
Y sepultó recien nacida fuente
Cuya corriente breve restauraron
Ojos que de piadosos la lloraron.

Un pintado jilguero,
Mas ramillete que ave parecia
Con pico lisonjero
Cantor del alba que despierta al dia:
Dulce cuanto parlero
Su libertad alegre celebraba
Y la paz que gozaba,
Cuando en un verde y apacible ramo,
Codicioso de sombra,
Que sobre varia alfombra
Le prometió un reclamo,
Manchado con la liga ví sus galas
Y de enemigos brazos
En largas redes, en nudosos lazos
Presa la lijereza de sus alas,
Mudando el dulce no aprendido canto
En lastimero son, en triste llanto.

Nave tomó ya puerto;
Laurel se ve en el cielo trasplantado
Que de él teje corona;
Fuente hoy mas pura á la de Gracia corre:
Desde aqueste desierto
Y pájaro con tono regalado
Serafin pisa ya la mejor zona

Sin que tan alto nido nadie borre:
Ansí que el que á don Luis llora, no sabe
Que pájaro laurel, fuente y nave
Tiene en el cielo donde fué escogido
Flores y curso largo, puerto y nido.

CANCION.

El dia que me aborreces, ese dia
Tengo tanta alegría
Como pesar padezco cuando me amas
Y tu dueño me llamas:
Porque cuando indignada me aborreces,
En tu mudable condicion me ofreces
Señas de luego amarme con estremo,
Y cuanto mas me amas, Laura, temo
De tus mudanzas como firme amante
Que me has de aborrecer en otro instante.
Ansí que por mejor elegir quiero
La esperanza del gusto venidero
Aunque esté desdeñado
Que el engañoso estado
De posesion tan bella
Sujeto al torpe miedo de perdella.

EL BACHILLER ALFONSO DE LA TORRE.

1645.

ENDECHAS.

I.

El pastor mas triste
Que ha seguido el cielo,
Dos fuentes sus ojos,
Y un fuego su pecho;
Llorando caidas
De altos pensamientos,
Solo se querella
Riberas del Duero.
El silencio amigo,
Compañero eterno
De la noche sola
Oye su tormento.

Sus endechas llevan
Rigurosos vientos,
Como su firmeza
Mal tenidos celos.
Solo y pensativo
Le halla el claro Febo,
Sale su Diana,
Y hallale gimiendo.
Cielo que le aparta
De su bien inmenso,
Le ha puesto en estado
De ningun consuelo.
Tórtola cuitada,
Que el montero fiero
Le quitó la gloria
De su compañero,
Elevada y mustia
Del piadoso acento,
Que oye suspirando
Entregar al viento:
Porque no se pierdan
Suspiros tan tiernos
Ella los recoge,
Que se duele dellos;
Y por ser mas dulces
Que su arrullo tierno,
De su soledad
Se queja con ellos.
¿Que ha de hacer el triste?
Pierda el sufrimiento.
Que tras lo perdido
No caerá contento.

II.

Corona del cielo
Ariadna bella,
Conocida estrella
Del nocturno velo,
Tú sola del coro
De las lumbres bellas,
Oye mis querellas,
Pues tus males lloro.
Tú fuiste querida,
Y olvidada fuiste;
Yo querido y triste,

Quien me amó, me olvida.
El dolor estrecho
De mi suerte airada
Trae mi alma forzada
Dentro de mi pecho.
¿Qué pretende el cielo
Tras agravio tanto,
Si al verter mi llanto
Le transforma el hielo?
¿Por ventura fué
Tan terrible y duro
Que miré seguro
El bien que perdí?
Mas mi dolor fiero,
Como ha de acabarme,
No viene á matarme,
Sin mortal agüero.
¡Ay del sin ventura,
Que ha de amar forzado!
Siempre el desdichado
Sigue suerte dura.

CANCION.

La Tórtola.

Tórtola solitaria, que llorando
Tu bien pasado y tu dolor presente,
Ensordeces la selva con gemidos:
Cuyo ánimo doliente
Se mitiga penando
Bienes asegurados y perdidos:
Si inclinas los oidos
A las piadosas y dolientes quejas
De un espíritu amargo,
(Breve consuelo de un dolor tan largo
Con quien, amarga soledad, me aquejas)
Yo con tu compañía,
Y acaso á tí te aliviará la mia.

La rigurosa mano que me aparta
Como á tí de tu bien, á mí del mio,
Cargada va de triunfos y victorias:
Sábelo el monte y rio,
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulces glorias:

Y si eran transitorias,
Acabáralas golpe de fortuna:
No viera yo cubierto
De turbias nubes cielo que ví abierto
En la fuerza mayor de mi fortuna:
Que acabado con ellas
Acabáran mis llantos y querellas.

Parece que me escuchas, y parece,
Que te cuento tu mal, que roncamente
Lloras tu compañía desdichada:
El ánimo doliente
Que el dolor apetece
Por un alivio de su suerte airada,
La mas apasionada
Mas agradable le parece, en tanto
Que el alma dolorosa,
Llorando su desdicha rigurosa,
Baña los ojos con eterno llanto;
Cuya pasion afloja
La vida al cuerpo, al alma la congoja.

¿No regalaste con tus quejas tiernas
Por solitarios y desiertos prados,
Hombres y fieras, cielos y elementos?
¿Lloraste tus cuidados
Con lágrimas eternas,
Duras y encomendadas á los vientos?
¿No son tus sentimientos
De tanta compasion y tan dolientes,
Que eternecen los pechos,
A rigurosas sinrazones hechos,
Que los haces crueles de clementes?
¿En qué ofendiste tanto,
Cuitada, que te sigue miedo y llanto?

Quien te ve por los montes solitarios
Mustia y enmudecida y elevada
De los casados árboles huyendo,
Sola y desamparada
A los fieros contrarios,
Que te tienen en vida padeciendo:
Señal de agüero horrendo
Mostrarian tus ojos añublados,
Con las cerradas nieblas
Que levantó la muerte, y las tinieblas
De tus bienes supremos y pasados:

Llora, cuitada, llora
Al venir de la noche y de la aurora!

Llora, desventurada, llora cuando
Vieres resplandecer la soberana
Lámpara del Oriente luminoso:
Cuando su blanca hermana
Muestra su rostro blando
Al pastorcillo de su sol quejoso:
Y con llanto piadoso
Quéjate á las estrellas relucientes:
Regálate con ellas,
Que ellas tambien amaron bien, y dellas
Padecieron mortales accidentes:
No temas que tu llanto
Esconda el cielo en el nocturno espanto.

¿Donde vas, avecilla desdichada?
¿Donde puedes estar mas afligida?
¿Hágote compañía con mi llanto?
¿Busco yo nueva vida
Que la desventurada
Que me persigue, y que le aflige tanto?
Mira que mi quebranto,
Por ser como tu pena rigurosa,
Busca tu compañía:
No ménos precies la doliente mia,
Por ménos fatigada y dolorosa;
Que si te persuadieras,
Con la dureza de mi mal vivieras.

¿Vuelas al fin, y al fin te vas llorando?
El cielo te defienda, y acreciente
Tu soledad, y tu dolor eterno,
Avecilla doliente,
Andes la selva errando
Con el sonido de tu arrullo eterno:
Y cuando el sempiterno
Cielo cerrare tus cansados ojos,
Llórete Filomena
Ya regalada un tiempo con tu pena,
Sus hijos hechos míseros despojos
Del azor atrevido
Que adulteró su regalado nido.

Cancion, en la corteza de este roble
Solo y desamparado

De verdes hojas, verde vid y verde
Hiedra quedad; que el hado,
Que mi ventura pierde,
Mas estéril y sola se me ha dado.

ROMANCE.

Alexis ¿qué contraria
Influencia del cielo
Persigue nuestros ánimos
Con las cosas del mundo?
Ninguno con la suerte
Que le previno el hado
Dichosa ó miserable
Alegremente vive.
El navegante cuando
Turbado cielo ruega
Con lágrimas y votos
Su ventura maldice.
El labrador cansado
De abrir la tierra huyendo
Fiero leon del cielo
Maldice su ventura.
La mas dichosa suerte
Si es propia desagrada,
Y si tras ella vamos
No hay cosa mas divina.
A mí que el campo habito
Me tienes por dichoso
Y para mí no hay cosa
En los hados mas triste.
Tú que la ciudad honras
Eres el envidiado:
A tí te agrada el mio
Y á mí tu dulce estado,
Y la dichosa suerte
A los dos agradable
A tí por el contrario
Y á mí es aborrecible.
No son la causa de esto
Lugares ni ocasiones;
Nuestro ánimo es la causa
Que se estraña del mundo,
Y no bien satisfecho
Del mal seguro gozo
De esta mudable vida
Al que es eterno aspira.

PEDRO DE ESPINOSA.

Murió por los años de 1650.

SONETOS.

I.

Honra del mar de España, ilustre rio
Que con cintas de azándar y verbena
Ciñes tu márgen, de claveles llena
Haciendo alegre ultraje al cierzo frio,
Si ya con tierna planta y dulce brio,
Vieres la ingrata causa de mi pena,
Hurtar tus perlas y pisar tu arena:
Baña sus huellas con el llanto mio.
Así la aurora vierta por tu orilla
Canastillos de aljófar y esmeraldas
Olor las auras, flores el verano;
Y si esto es poco, así mi pastorcilla,
Cuando tus lirios ponga en sus guirnaldas,
Te dé licencia de besar su mano.

II.

Estas purpúreas rosas que á la aurora
Se le cayeron hoy del blanco seno,
Y un vaso de pintadas flores lleno,
¡Oh dulces auras! os ofrezco agora,
Si defendeis de mi divina Flora
Con vuestras alas el color moreno,
Del sol, que ardiente y de piedad ajeno
Su rostro ofende por que el campo dora.
Oh hijas de la tierra peregrinas!
Mirad si tiene mayo en sus guirnaldas
Mas frescas rosas, mas bizarras flores.
Llorando les dió el alba perlas finas,
El sol colores, mi aficion la falda
De mi hermosa Flora y ella olores.

ESTEBAN GONZALEZ.

Murió por los años de 1650.

A LA MUERTE DE LA EMPERATRIZ MARÍA.

Cuando lleno de albores
Entró el jurado mes rey de las flores
Prestando á los jardines
Avenidas de rosas y jazmines
Y dando á los vergeles
Lluvias de lirios, flotas de claveles,
La flor mas olorosa
La mas purpúrea y refulgente rosa
Que pasó de Castilla
A ser del sacro imperio maravilla,
La que al sol al miralla
Le presentó victoria y no batalla,
La emperatriz María,
Risa del alba y esplendor del dia,
Trájico golpe quiso
Transformarle el láurel en cipariso
Porque en tal desventura
Nos faltase la luz y la hermosura.
Jamas creyó su atlante
Que se eclipsara sol tan rutilante
Ni que de fiera parca horenda huella
Se atreviera á menguar luna tan bella.
De hoy mas no den las flores
Fragancias de odoríferos olores,
Ni tenga el mar bonanza,
Ni se vistan los prados de esperanza,
Sea todo agonía
Pues le faltó al imperio el alegría,
Hinchendose con llanto muy profundo
De sentimiento y luto todo el mundo.

DOÑA FELICIANA ENRIQUEZ DE GUZMAN.

Murió por los años de 1650.

MADRIGAL.

Dijo el Amor, sentado á las orillas
De un arroyuelo puro, manso y lento:
«Silencio, florecillas,

No retoceis con el lascivo viento,
Que duerme Galatea, y si despierta
Tened por cosa cierta
Que no habeis de ser flores
En viendo sus colores,
Ni yo de hoy mas Amor, si ella me mira.
¡Tan dulces flechas de sus ojos tira!»

COSME GOMEZ TEJADA DE LOS REYES.

Murió por los años de 1650.

SONETO BURLESCO AL SUSPIRO DE CRISAURA.

Tiemble la tierra y con furor horrendo
Euro los montes de su gruta rompa,
Al arma toque, y de vana trompa
Huyan las nubes al horrible estruendo.
Tema volver el mundo al cáos tremendo,
Y el móvil que sus cursos interrompa
Victoria clame y con gloriosa pompa
Celebre el triunfo bravo y estupendo;
Que si á toda la tierra es formidable
El viento bravo, vano y furibundo,
Un suspiro de amor con aura afable
Suspende las esferas y el profundo,
Sujeta al bruto mas inexpugnable,
Y con él la razon, que es mas que el mundo!

MIGUEL MORENO.

Murió por los años de 1650.

EPIGRAMMAS.

I.

Cual es el mas verdadero
Amigo, Fabio, preguntas
Y una á tantas cosas juntas
Sola responderte quiero.
Mira, cuando hayas dejado
El gran puesto en que te ves,
Si alguno te asiste, y creo
Que entónces le habrás hallado.

II.

Si el bien que es comunicado
  Dicen, Lauro, que es mayor,
  Sin duda que el mal menor
  Será siendo recatado.
Divulgarle es ocasion
  Que crezca en el discursar
  Porque en todos hay juzgar
  Y en muy pocos compasion.

III.

El medio deseas saber,
  De tener á tus criados
  Reverentes y enfrenados,
  Sin tu libertad perder.
Tres reglas el medio son:
  Nunca de burlas tratarlos,
  Culpas tuyas no fiarlos
  Y pagarles la racion.

IV.

La razon, Leonardo, inquieres
  De que haya á Anarda dejado
  Y á tu curioso cuidado
  Doy las que quizás no infieres.
Primeramente atendí
  A que es gran triunfo dejar,
  Y tras esto, no esperar
  Que ella me dejase á mí.

V.

Siendo Antonio preguntado
  Qué castigo era bastante
  Al envidioso, al instante
  Respondió bien atinado:
Que pues siempre atormentar
  Es de la envidia el oficio
  Solo es castigo á este vicio
  Dalle mucho que envidiar.

FRANCISCO DE LA TORRE.

Murió por los años de 1654.

EPIGRAMAS.

I.

Del dolor todo el rigor
Muere con la muerte fuerte:
Luego la muerte es mejor,
Porque el dolor de la muerte
Es la muerte del dolor.

II.

Si es ley que á mi compañero
He de amar como á mí propio
Bueno será amarme mucho
Para no quererle poco.

III.

Cayó Ines, y yo no niego,
Que los piés le vide á Ines,
Porque con aquellos pies
Hice aquesta copla luego:
«En tierra, mi cielo estás
Contigo en tierra ¿quién dió?»
Quien dió, Ines me respondió,
Esta es la copla y no mas.

IV.

Aunque en las horas del dormir se advierte
El grave sueño, imágen de la muerte,
Pues de la vida es casi el homicida
Parte mas dulce que él no hay en la vida.
Luego pródigo es que el juicio embarga
El que siendo la muerte tan amarga,
Tan agra, y tan grave,
Sea la imágen suya tan suave.

V.

La inconstante fortuna
Aunque es tan varia, en pobre y rico es una,
Porque al rico inquietudes le previene
De que puede faltarle lo que tiene,
Y consolando al mísero le exalta
Con que puede tener lo que le falta.

FRANCISCO PACHECO.

1574—1654.

EL PINCEL.

Enigma.

De un humilde animal vengo,
Soy blando de condicion,
Y sin lengua doy razon
De todo, aunque no la tengo;

Y aun parece mas que humano
De mi poder la grandeza,
Porque otra naturaleza
Hago al que me da la mano.

Lo que estimo sobre todo,
Que no solo artificiales,
Pero sobrenaturales
Cosas hago en alto modo.

Todo cuanto quiero hago,
Y lo vuelvo á deshacer;
Sin término es mi poder
Y sin término mi estrago.

Es mi poder en el suelo
Tan semejante al Eterno,
Que puedo echar al infierno
Y puedo llevar al cielo;

Y aquí para entre los dos,
Llega mi poder á tanto,
Que no solo haré un santo,
Pero haré al mismo Dios.

EPIGRAMA.

Pintó un gallo un mal pintor,
Y entró un vivo de repente,
En todo tan diferente,
Cuanto ignorante su autor.
Su falta de habilidad
Satisfizo con matallo;
De suerte que murió el gallo
Por sustentar la verdad.

FRANCISCO DE RIOJA.

† 1658.

SILVAS.

I.

Al clavel.

A tí, clavel ardiente,
Envidia de la llama y de la aurora,
Miró al nacer mas blandamente Flora;
Color te dió excelente,
Y del año las horas mas suaves.
Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo
Rompe luciente sol las canas nieves
Con mas caliente rayo,
Tiendes igual las hojas abrasadas;
Mas quien sabe si á Flora el color debes
Cuando debas las horas mas templadas?
Amor, Amor sin duda dulcemente
Te bañó de su llama refulgente
Y te dió el puro aliento soberano;
Que eres flor encendida,
Pública admiracion de la belleza,
Lustre y ornato á pura y blanca mano,
Y ornato, lustre y vida
Al mas hermoso pelo
Que corona nevada y tersa frente;
Sola merced de Amor, no de suprema
Otra deidad alguna,
¡Oh flor de alta fortuna!
Cuantas veces te miro
Entre los admirables lazos de oro,
Por quien lloro y suspiro,
Por quien suspiro y lloro,
En envidia y amor junto me enciendo.
Si forman por la pura nieve y rosa
Diré mejor por el luciente cielo,
Las dulces hebras amoroso velo,
Quedas, clavel, en cárcel amorosa
Con gloria peregrina aprisionado.
Si al dulce labio llegas, que provoca
A suave deleite al mas helado,
Luego que tu encendido seno toca,
A tu color sangriento
Vuelves, ¡ay, oh dolor! mas abrasado.
¿Dióte naturaleza sentimiento?

¡Oh yo dichoso á habérseme negado!
Hable mas de tu olor y de tu fuego
Aquel á quien envidias de favores
No alteran el sosiego.

II.

A la pobreza.

Desde el infausto dia
Que visité con lágrimas primeras
Me tienes, oh pobreza! compañía;
Aunque tan buena como dicen fueras,
Por ser tanto de mí comunicada
Me vinieras á ser menos preciada.
Diré tus males, sin que mucho ahonde
En ellos; que es muy raro
Lo que por glorias tuyas, contar puedes.
Tal vez el que en su casa un monte asconde
De Numidia y de Paro
En aras y paredes,
Cuando entre el blando lino se rodea,
Puesto de los cuidados en el fuego,
Sin conocerte alaba tu sosiego,
Y nunca, aunque lo alaba, lo desea:
Llegas á ser de alguno al fin loada;
Mas de ninguno apenas deseada.
Si eres tú de los males
El que nos trata con mayor crueza,
¿Cómo podrá ninguno codiciarte?
Despues que nació el oro,
Y con él la grandeza,
Murió tu ser, murió tu igual decoro,
En otra edad divino;
Sí, por eso, pobreza, en toda parte
Con enfermo color andas contino.
Con preciosos metales
Siempre veo levantado
Lo que tienes tú sola derribado.
¿Qué ciudad populosa
Se sabe que por tí se haya fundado?
Qué fuerza inexpugnable y espantosa
Por tí se ha fabricado?
El suave color, la hermosura,
Solo en tu ausencia con su lustre dura.
Pintame la belleza

Mayor que imaginares,
Compuesta de jazmines y de grana,
Si con vestido tuyo la adornares,
Su lustre pierde y gracia soberana;
Pues cuando el agro invierno,
Hijo tuyo sin duda,
Que como tú tambien, siempre desnudo,
Roba al bosque el verdor, y lo despoja,
Pobre por tí su frente,
Ni su sombra codicia ya la gente
Ni sus ramas las aves.
Y si yo vanamente no discierno,
¿Cuando armarse pudieron vastas naves
Donde se vió tu sombra?
Cuando ejércitos gruesos?
El número infinito de sucesos
Que por tí han avenido ¿á quién no asombra?
Hablen los nunca sepultados huesos
Que en las playas blanquean,
De tantos que por falta de sustento
Al mar rindieron el vital aliento.
¿Cuantos has escondido
En los anchos desiertos
Para que al mal seguro caminante
Asalten encubiertos?
O ¿en cuantas partes se verá teñido
El campo con la sangre de los muertos?
No hay voz, aunque de hierro, que bastante
Sea á decir los males que acarrean
Duras necesidades.
Los que pobres habitan las ciudades
¿Qué afrenta no padecen?
Lo que por sus ingenios merecieron,
¡Oh pobreza! por tí lo desmerecen.
¿Qué pobre hubo discreto?
¿Cuando tuvo amistades,
Que aun con pequeño honor correspondieron?
Cuando con la pobreza algun respeto
Jamás se tuvo á las tendidas canas,
Que tú de blanca nieve, edad, coloras?
¡Oh de la humana gente mentes vanas!
No cuideis á despecho
De vuestra pobre y mísera fortuna
Levantaros al cerco de la luna.
Mirad que cuantos hijos van saliendo
Del nunca en vano frecuentado lecho,
Tantos esclavos hoy os van creciendo

Que ocupeis en mezquina servidumbre,
No sin tormento vuestro, no sin llanto;
¿Qué vale ¡oh pobres! levantaros tanto?
Mirad que es necio error, necia costumbre
Soltar á la soberbia así la rienda;
Que yo apenas, humilde y sin contienda,
Puedo contar en paz algunas horas
De las que paso en el silencio obscuro,
Olvidado en pobreza y no seguro.

III.

A la constancia.

A Francisco Pacheco.

¿Ves cómo las riberas permanecen
Firmes, Pacheco, al ponto embravecido,
Que aunque al horrendo golpe se extremecen
Con el temor quizá del gran ruido,
Despues de roto un mar con igual frente,
Animosas aguardan el siguiente?
Tal juzga mi firmeza,
Aunque cambio semblante
A los golpes del vulgo enfurecido,
Que el ánimo constante
No ostenta su grandeza
En negar á los males sentimiento,
Mas solo en no abatirse á su apereza.
Armense ciento á ciento
Los que muerden con rabia envidiosa,
Y furiosos en mí su fuerza prueben;
Que en lo adverso constancia se acredita.
¡Oh, ejercite yo siempre el sufrimiento
Con frente no marchita!
Que los valientes ánimos mas deben
A la acerba ocasion que á la dichosa,
Porque en el daño su valor se aumenta,
Como el estéril campo, que acrecienta
Su virtud abrasado
En incendio sonante, y dilatado,
Su vicio se destierra,
Y la copia de frutas producida
Debe mas á la llama que á la tierra.
¡Oh, cuánto es infelice quien la vida
Breve pasa olvidado!

Siempre igual, cuando nace y cuando muere,
Yace en alto silencio sepultado!
¡Y cuánto aquel dichoso
Que la comun envidia mereciere,
Pues que vive envidiado, no envidioso,
De cuanto bien reparte la fortuna,
Debajo el arco de la blanca luna!
Presente la virtud no resplandece
Como debe, con honra no manchada,
Antes es perseguida y denostada
Mas descúbrese ausente, y aparece
El puro lustre suyo,
Y entónces aun del contrario es deseada.
Con este fundamento nunca huyo
Mientras vivo, Pacheco, peregrino,
Del enemigo el diente mas agudo,
Ni formo queja alguna
Del mas amigo en mi alabanza mudo;
Que en el último dia
Comenzará á vivir la gloria mia.
Tú pues que en la pintura con destreza
A la naturaleza
Ya vences y ya igualas,
No temas de enemiga
Pluma ó de acerba lengua lo que diga;
Que tu nombre divino
El tiempo llevará sobre sus alas,
Y por tu ingenio y arte
Dirá del orbe en la escondida parte,
Nunca en tus alabanzas importuno,
Que antes te envidia que te imita alguno.

IV.

A la rosa.

Pura, encedida rosa,
Emula de la llama
Que sale con el dia,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te dió el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La ejecucion del hado presurosa.

El mismo cerco alado
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno,
Te dió amor de tus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente,
¡O fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina,
De la deidad que dieron las espumas,
¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo
Hacer ménos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unida,
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

CANCION.

A las ruinas de Itálica.

Estos, Fábio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fuéron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales:
Del gimnasio y las termas regaladas;
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los Dioses, cuya afrenta

Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro
¡O fabula del tiempo! representa
Cuánto fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos;
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano:
Ante quien muda se postró la tierra
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estátuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡O patria de los dioses y los reyes!
Y á tí á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas:

Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.

¿Mas para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
¡Cayó Itálica! dice; y lastimosa
Eco repite Itálica! en la hojosa
Selva que se le opone resonando
Itálica! y el cláro nombre oido
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.

Esta corta piedad que agradecido
Huésped, á tan sagrados manes debo,
Te doy y consagro, ó Itálica famosa:
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme piadosa
Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio tu mártir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo:
Goza en las tuyas sus reliquias bellas,
Para envidia del mundo y las estrellas.

SONETO.

Este que ves, oh huésped, vasto pino,
Util solo á la llama ya en el puerto,
Selva frondosa un tiempo en descubierto
Cielo dió amiga sombra al peregrino.
De la cumbre citoria al ponto vino
Por la mordaz segur el tronco abierto,
Y despues alta máquina el incierto
Golfo abrió siempre con hinchado lino.
Vientos, agua sufrió; llegó al aurora,
Veloz nave, rompió luengos caminos,
Y á su patria volvió soberbia y rica;
Mas no firme á sufrir del mar ahora
Los ímpetus, por voto á los marinos
Dioses Cástor y Polux se dedica.

EL DOLOR DE LA AUSENCIA.

Cuando entre luz y púrpura aparece,
La alba, y despierto, ay triste! y miro el dia,
Y no hallo la dulce Laida mia,
Alba y púrpura y luz se me oscurece.
Lloro, y crece mi llanto cuanto crece
Mas la lumbre, y la sombra se desvia,
Y un torpe hielo así me ata y resfria,
Que aun la voz para alivio me fallece.
Y á un tiempo apura amor con alto fuego
En este ancho desierto el pecho mio,
Donde el pesar lo aviva mas y enciende.
Lloro pues y ardo; así mi amor se estiende
Tanto, que á luz y á sombra y á rocío
Muero en llamas, y en lágrimas me anego.

FRANCISCO DE BORJA PRINCIPE DE ESQUILACHE.

1580—1658.

CANTARCILLOS.

I.

Fuentecillas que reis
Y con la arena jugais,
¿Donde vais,
Pues de las flores huis
Y los peñascos buscais?
Si reposais
Donde en calma dormis,
Porque correis y os cansais?

II.

Pajarillo que cantas,
Cuando con tristes quejas
Al despertar el dia te levantas,
Y enternecida dejas
La umbrosa selva que escuchó tu llanto,
Calla, no llores tanto,
Que es agravio y desdicha del que llora
Sentir sus quejas y reir la aurora.

Canta la noche fria,
En las dormidas ramas,
De tu dolor funesta compañía,
Descansa cuando llamas
Al sol hermoso que los campos viste,
Logra su ausencia triste;
Que es agravio y desdicha del que llora
Sentir sus quejas y reir la aurora.

En este verde soto
Escucharán tus males
Del mas vecino al sauce mas remoto
Y el agua en sus umbrales,
De verde yerba, de doradas flores
Prenderán tus amores,
Que es agravio y desdicha del que llora
Sentir sus quejas y reir la aurora.

No quieras mas aliento
Que en tus tristes congojas
La piadosa atencion del manso viento,
Y que duerman las hojas,
Al dulce son de tus querellas graves,
Envidia de otras aves:
Que es agravio y desdicha del que llora.
Sentir sus quejas y reir la aurora.

III.

Si alegres y risueñas
Corren las claras fuentes
Entre perlas lucientes
A reir las enseñas,
Y si corren aprisa
Imitan mas la gracia de tu risa.

No rie la mañana,
Que soñolienta y fria
Sale á hospedar el dia
Vestida de oro y grana,
Si primera no ries
Y dejas qué copiar en tus rubíes.

Tambien quiere imitarte
Cuando el sol reverbera,
La dulce primavera
Y cuando abril se parte;
Hace el primer ensayo
Al paso de tu risa el suave mayo.

Pensaban engañados
Que las selvas reian
Los mismos que creian
La risa de los prados.
Todos, Silvia, mintieron:
Que sin verte reir, jamás rieron.

Los mas fieros tiranos
Que ménos se recatan,
No rien cuando matan;
Y aunque muere á sus manos
Con piedad el aurora,
La dulce muerte de la noche llora.

Tu risa son enojos,
Porque matas riendo,
Y lloran, desmintiendo
A tu boca, mis ojos.
Y es lo que precian tanto,
Risa en tus labios, y en mis ojos tanto.

LETRILLAS.

I.

«*Llamo con suspiros*
El bien que pierdo,
Y las galerillas
Baten los remos.»

De las plagas, madre,
Donde rompe el mar
Parten las galeras,
Con mi bien se van.
Cuanto mas las llamo
Ellas huyen mas:
Si las lleva el viento
¿Quien las detendrá?
El de mis suspiros
Hácelas volar
Cuando mas pretendo
Que vuelvan atras.
Forzados se quedan
Si forzados van,
Y duele el partirse
Y duele el quedar.

Llamo con suspiros
El bien que pierdo,
Y las galerillas
Baten los remos.

De casas que huyen
¿Quién podrá fiar
Un amor de asiento
Que tan firme está?
¿Si lijeras vuelan
Donde pararán?
Que quien tanto corre
Suele tropezar!
De las verdes ondas
Quiebran el cristal!

Todo cuanto tocan
Mudándose va!
No está el mar constante
Ni el viento jamas,
Mis suspiros solos
En un ser se están.

Llamo con suspiros
El bien que pierdo,
Y las galerillas
Baten los remos.

II.

Truécanse los tiempos,
Múdanse las horas.
¡Unas de placeres
De pesares otras!
En la breve vida
De la mas hermosa
Noches son los años,
La niñez aurora;
El árbol florido
Que el cierzo despoja,
Si enero le agravia
Mayo le corona.
La escondida fuente
Que murmura á solas
En verano rie
Y en invierno llora.
Si en prisiones duermen
Las aves sonoras
Libertad de dia
Por los aires gozan.
Si los vientos braman
Y la mar se enoja
Cuando el alba nace
Descansan las olas.
Si de nieve mira
Cubierta su choza
El pastor que en ella
Guarda ovejas pocas,
Cuando vuelve mayo
Que sus pajas dora
Los copos de nieve
De plata son copas.

La viuda montana
Sus nevadas tocas
Por las galas trueca
De lirios y rosas.
Y el sol á quien prenden
Sus pasos las sombras
Mas galan despierta
Por campos de aljófar.
Mas despues de todo
Retorna á deshora
El viento y la nieve,
La noche y las sombras:
¡Silvia, tus cabellos
Y mejillas rojas,
Si el tiempo las pinta
El mismo las borra.

ROMANCE.

Niñas de mi aldea,
Que vais á la fuente
Por agua las ménos,
Las mas porque quieren,
Si el amor os lleva
Y el pesar os vuelve,
El verdad os dice
Y el amor os miente.
No son buenas prendas
Plumas y papeles,
Para dar el gusto
Quien libre le tiene.
Mirad que en la vida
Son quien mas defiende
De asaltos de amores
Armas de desdenes.
Mirad el peligro,
Porque á las mujeres
Verdad y mentira
Dañan igualmente.
En las que se engañan
Y en las que se pierden,
Mal los pocos años
Aconsejan siempre.
Mirad como el árbol
Cuando está mas verde
En abril un cierzo

Le burla y le ofende.
¡No os engañen, niñas,
Los floridos meses,
Que al paso que mayo
Camina diciembre.
¿No ves que las manos
Del tiempo convierten
Las rubias espigas
En nevadas mieses?
Los alegres años
No espereis que vuelen
Y los tristes vengan
Que jamás se vuelven.
Pierde, cuando turbio
Con los años crece,
Del amor el rio
El vado y la puente.
¿Visteis las que hollando
Tiempos diferentes
Causaron envidias?
Ya á lastima mueven.
Oid mis consejos,
Mirad que os advierten,
Pues los años vuelan
Que el engaño vuele.

PEDRO SOTO DE ROJAS.

Murió por los años de 1660.

CANCION Á UN JILGUERO.

¡Oh cuanto es á la tuya parecida
Esta mi triste vida!
Tú preso estás, yo preso;
Tu cantas, y yo canto
Tu simple, yo sin seso,
Yo en eterna quietud y tú travieso.

Música das á quien tu vuelo enfrena;
Música doy, aunque á compás de llanto,
A quien me tiene en áspera cadena.
En lo que es diferente
Nuestro estado presente
Es en que tú, jilguero,
Vives cantando y yo cantando muero.

MADRIGALES.

I.

Pájaro venturoso,
Tú con dulce armonía
Llamas á tu amorosa compañía,
Y ella responde á tu cantar sabroso
Con regalado pico y lijereza;
Solo, faltan oidos á mis voces
Y no tengo cual tú plumas veloces.
¡Oh pájaro felice!
¡Como tu canto dice
Que te recompensó naturaleza
La humilde compostura:
Si te quitó saber, te dió ventura!

II.

Dime, tirana hermosa,
Antes que el sí para mi muerte hables
¿Por qué tanto estimar la plata y oro,
De fortuna tesoro.
Si el de la naturaleza
Tienes en tu semblante y en tu cabeza?
¡Ay si estás codiciosa,
Amante rigurosa,
De amar cosas notables,
De amor ajenos bienes,
Ama el amor en mí, pues no lo tienes.

III.

En un barco pequeño y quebradizo
Y en el mar de sus perlas,
Que embarcase mi alma Fenix hizo,
Mas llegando á cogerlos
De respeto turbóse,
Y el barquillo quebróse
Mas en tan dulce calma
Que á la lengua dèl mar salió mi alma.

SONETO.

Al dulce son de vuestro blando acento
  Ví las aves sin dueño ya cautivas,
  Suspensas ví las aguas fugitivas
  Del Dauro en su orgulloso movimiento.
Ví el rumor de los árboles atento,
  Ví del aire cesar las lenguas vivas
  Ví humanarse las fieras mas esquivas
  Y moverse las piedras de su asiento.
Ví me tambien de vuestro canto asido,
  Fenix bella! y al céfiro, á las aves
  Piedras, árboles, fieras y corrientes
Dije: pues este canto os da sentido,
  Sentid! testigos de este bien suaves,
  Que ya mi alma de sentir no siente.

DON FRANCISCO DE TRILLO Y FIGUEROA.

Murió despues de 1660.

SENTIMIENTOS DE UN AMANTE.

(En imitacion de le oda XXXII de Anacreonte: Hirundo tu quidem annis.)

Avecilla importuna,
  Golondrina enfadosa,
  Que con tantos gorjeos
  Ni bien cantas ni lloras,
Tú, del fértil verano
  Primera anunciadora
  Y del invierno frio
  La última de todas,
Tú, siempre caminante
  De una posada en otra,
  Imágen de mi pena,
  Nunca jamás ociosa,
¿Qué quieres, di, si apenas
  Ha que llegaste un hora,
  Y ya te tu escarmiento
  Renuevas la memoria?
Allá en la ardiente Libia
  Que los calibes moran
  ¿Qué mas hacer pudieras
  Con quien tu pena ignora?

Deja, déjame el sueño,
Que yo te ofrezco toda
La atencion del silencio
A tu prolija historia.

Deja dormir mis celos,
Advierte que las ondas
Que ha surcado tu vuelo
No son tan escabrosas.

Ya tú has llegado al puerto,
Ya ves la playa sorda,
Ensordezca tu pena
Mientras la mia ignoras.

Si en la soberbia Mémfis
De las piras hermosas
Has escrito en el polvo
Tu queja dolorosa,

Déjale al dolor mio
Aquestas breves horas
Que solo á mi tormento
Se le permiten solas.

Calla, importuno halago,
De suaves congojas,
Dispertador doliente
De prolijas memorias;

Calla, pues que no sientes
Las ansias lagrimosas
De un desprecio de Fili
Mas que el mar engañosa.

¿Qué te importa mi oido?
Tus quejas ¿qué me importan
Si forzado te escucho,
Si las mias no estorbas?

¿Qué quieres de un celoso?
En mí, ¿qué acierto logras,
Si dos partes del mundo
Ya te oyen lastimosas?

Tú vuelves cada un año
Renovando oficiosa
La habitacion prolija
Bien que de paja y hojas,

Bien que de pluma débil
Y de materia tosca,
De artífice elegante,
De mano culta y docta.

Ya del soberbio lecho
   Ya de la humilde choza
   Se desmienta en el oro
   O en el humo se esconda,
Al fin hallas tu nido
   Sin que el tiempo interponga
   A tu desvío ingrato
   Su mano rigorosa.
Requieres la rotura
   Que aquella parte poca,
   De tu ausencia ignorada
   Ocasionó injuriosa.
Y del consorte amigo
   Pules las plumas broncas,
   Que en tu lascivo llanto
   Lascivamente moja.
Dulce te corresponde
   Bien sus quejidos oigas
   Amorosa ó esquiva,
   Ingrata ó deliciosa.
Si repites tus quejas,
   El tus lamentos goza,
   Si halagos le permites
   Caricias te retorna.
Mas yo que ni hallo el nido,
   Ni á Fílida amorosa,
   ¿Qué me importa tu pena?
   Tus quejas qué me importan?
¿De qué pues te lamentas,
   Avecilla ambiciosa,
   De ajenos sentimientos
   Y de ternezas propias?
¿De qué si apenas gimes
   Cuando hay quien interrompa
   Con halagos lascivos
   Tus ansias aun dudosas?
Deja dormir mi pena,
   Que no se desahogan
   Con amorosas ansias
   Ansias tan rigurosas.

LETRILLAS.

I.

La morena hermosa
Que, yendo á la fuente
Perdió los zarcillos,
¿Qué pena merece?
Dióme mi velado
Hoy hace tres meses,
Zarcillos dorados
Con dos mil sainetes.
Dos candados eran
Para que no oyese
Palabras de amores
Que otros me dijesen.
Perdílos lavando,
¿Qué dirá mi ausente
Sino que son unas
Todas las mujeres?
Dirá que no quise
Candados que cierren
Con guardas que nunca
Permiten romperse;
Ni de oidos mudos
Los acentos fieles
Sino llaves falsas
Que abren con reveses.
Dirá que así escucho
Cuantos van y vienen,
Y que á pocas vueltas
Toda soy vaivenes;
Dirá que es mi gusto
Cuanto el gusto ofrece
El domingo en fiesta,
En mercado el jueves.
Que mi fe se viste
De muchos dobleces
Y que somos unas
Todas las mujeres,
Dirá que su amor
Prendí en alfileres
Que contra su pecho
Flechas son crueles,
Cuando en sus finezas
Cada dia prende
Mayores afetos,
Deseos mas fieles.

Dirá que no son
    Estos accidentes
    Nuevos en nosotros
    Y que los entiende
Porque una centella
    Mucha llama emprende
    Donde sopla el viento
    De algun interese
Y que el humo apenas
    Hay á quien no ciegue
    Porque ya encendido
    Tarde se resuelve.
Mas cuando lo diga
    Le diré que miente,
    Y que no son unas
    Todas las mujeres,
Y que mas estimo
    Su cabaña y bueyes
    Que el palacio y coches
    De los grandes reyes.
Diré que los chopos
    De su dulce albergue
    Son de mi esperanza
    Frondosos doseles.
Que las majestades
    No se adoran siempre
    A fuer de los luces
    Por lo que parecen;
Que él es mi corona
    En quien mi amor tiene
    Cuanto fructifica,
    El mayo y florece;
Cuanto el mar esconde
    Y el arado hiende,
    Peinando la tierra
    Con su corvo diente;
Cuanto mira el sol
    Desde que amanece,
    Hasta donde el dia
    En las ondas muere;
Que mi dulce fe
    Suya será siempre
    Y que no son unas
    Todas las mujeres.

II.

En el mar entré
  ¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?

En un mar de amor
  Entré con bonanza,
  Dándome esperanza
  Un dulce favor.
  Mas ¿cuál grande ardor
  De temer no fué?
  ¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?

Estuvo en mi mano
  Querer embarcarme,
  Pero el sosegarme
  Ya parece en vano,
  Porque en oceano
  ¿Quién le ha de vencer?
  ¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?

Las velas tendidas,
  Tendidos los remos,
  Todos son de estremos
  Glorias conocidas.
  Mas ¡ay! ¿Si fingidas
  Serán al volver?
  ¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?

En camino incierto
  ¿Quién se fía? Quién?
  Y mas cuando al bien
  No hay seguro puerto.
  El peligro es cierto,
  Frágil el bajel,
  ¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?

Mas si las estrellas
  Pueden enjugar
  Las ondas del mar,
  Con pocas estrellas
  Tambien mis querellas
  Podrán encender.
  ¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?

¡Oh! el amor permita
  Que bese la arena,
  Vuelta ya la entena

Que mi fe acredita,
Oh! ya lo permita!
Oh! quieralo él!
¡Ay, Dios! Si me anegaré?

III.

«*Solia que andaba,*
El mi molino,
Solia que, andaba
Y ahora no.»

En mi edad primera
Cuando la alegría
En mí florecia
De la primavera
Quiso molinera
Hacerme el amor
Solia que andaba
El mi molino,
Solia que, andaba
Y ahora no.»

Liciones me daba
Y de cuando en cuando
La piedra picando
A todas picaba
Tanto que volaba
Con la picazon.
Solia que andaba
El mi molino,
Solia que andaba
Y ahora no.

Era tan bonico
Mi molino y tal
Que no habia caudal
Que fuese tan rico,
Era chiquitico
Y como una flor.
Solia que andaba,
El mi molino,
Solia que andaba
Y ahora no.

Con cualquier corriente
  Molia su grano,
  Trayendo á una mano
  Al flaco y valiente
  Y jamás de gente
  Vacío se vió.
Solia que andaba,
  El mi molino,
  Solia que andaba
  Y ahora no.

Hacia una harma
  Tan blanca y picante
  Que en un mismo instante
  Ciega y encamina,
  Y era peregrina
  Hasta en el olor.
Solia que andaba,
  El mi molino,
  Solia que andaba
  Y ahora no.

Era muy de ver
  Cuan enharinados
  Hasta en los salvados
  Todos querian ser:
  Todo era moler
  Con la presuncion.
Solia que andaba,
  El mi molino,
  Solia que andaba
  Y ahora no.

Vino una avenida
  Que con el caudal
  Dió en el hospital
  Y quedé perdida,
  Ya lo presumida
  En mí se acabó.
Solia que andaba,
  El mi molino,
  Solia que andaba
  Y ahora no.

Tarde me arrepiento
  De no haber molido
  El grano escogido

Que arrojaba al viento.
El conocimiento,
Tarde á mí llegó.
Solia que andaba,
El mi molino,
Solia que andaba
Y ahora no.

Las aechaduras
Tomare yo ahora
Que muy burladora
Daba á las criaturas.
Estas aventuras
Trujo aquel rigor.
Solia que andaba
El mi molino,
Solia que andaba
Y ahora no.

En su lozanía
No fie ninguna
Que apaga la luna
Cuanto enciende el dia.
Quien del tiempo fia
Mire cual estoy.
Solia que andaba
El mi molino,
Solia que andaba
Y ahora no.

Oh! tomen ejemplo
En mí las mas bellas,
Porque mis querellas
Alumbren su templo.
Oh! tomen ejemplo
En mi gran dolor.
Solia que andaba
El mi molino,
Solia que andaba
Y ahora no.

FELIPE IV. REY DE ESPAÑA.

† 1665.

SONETO.

La muerte.

Es la muerte un efeto poderoso,
Firme su proceder mal entendido,
Amada de Mitrídates vencido,
Temida de Pompeyo victorioso.
Es la muerte un antídoto dudoso
Al veneno del mísero rendida,
Que de propias desdichas sacudido
Libra en eterno sueño su reposo.
Puerto donde la nave combatida
De la saña del mar contrario y fuerte,
Piensa tener propicia la acogida.
Es un bien no estimado, de tal suerte
Que todo lo que vale nuestra vida
Es porque tiene necesaria muerte.

FRANCISCO MANUEL DE MELO.

Portugues.

† 1660.

LETRILLA.

Aura fresca, aura volante
Que en el aire andas vagando,
Y viciosa y murmurante
Vas con las ramas jugando,
Mientras te digo mi duelo,
¡Ay, afirma afirma el vuelo!

A vos digo, aura piadosa,
Que esotra piedad no siente:
Con vos hablo, aura amorosa,
Que ella rie al llanto ardiente:
Pues si os doleis sin fingiros,
Suspirad con mis suspiros!

Aura, pues, volando andad
A aquella que me enamora,
Suspirando la cantad
Cuánto mal dentro en mí mora,
Y con llorosos acentos
Incitareis mis acentos.

Y pues con soplos lascivos
Revolveis su pelo de oro,
Y los anillos mas vivos
Hurtais del bello tesoro,
Soltad el lazo dorado
Que ha mi corazon atado.

Si con dulces ventezuelos
Girais su bello semblante,
El ardor de sus ojuelos
Templad siquiera un instante:
Que sus bellos rayos rojos
Ni aun templados arden flojos.

JERÓNIMO DE SAN JOSEF.

† 1669.

SONETO.

Aquella la mas dulce de las aves,
Y esta la mas hermosa de las flores
Esparcian blandísimos amores
En cánticos y en aromas suaves.
Cuando suspensa entre cuidados graves,
Un alma que atendia á sus primores
Arrebatada á objetos superiores
Los entregó del corazon las llaves.
Si aquí, dijo, en el yermo de esta vida
Tanto una rosa un ruiseñor eleva,
Con solo su belleza y su dulzura:
¿Cual será la floresta prometida?
O dulce melodía siempre nueva!
O siempre floridísima hermosura!

ESTÉVAN MANUEL DE VILLEGAS.

† 1669.

CANTINELAS.

I.

A una fuente.

Tú por arenas de oro
Corres con piés de plata,
¡Oh dulce fuente fria!
Yo, con mi triste lloro,
A tu corriente ingrata
Aumento cada dia;
Pero tú la porfia
De darle al Ebro parias
En mi daño contrarias
Animas por matarme.
Yo por darte y cansarme;
Aunque no saco fruto,
Malogrado tributo,
Lloro nuevos engaños.
Tú me llevas los años
Al paso de tu curso,
Yo renuevo el discurso
De mis presentes daños.
Casi somos iguales
¡Oh dulce y clara fuente!
Yo en continuar mis males
Y tu aquesta corriente.
Si dices que me excedes
Yo digo que te excedo;
Porque tú cesar puedes
Y yo cesar no puedo.

II.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado
De quien era caudillo
De un labrador robado.
Víle tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento
Para que al cielo santo

Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento
Mil quejas repetia,
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia,
Ya circular volaba
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia
Y saltando en la grama
Parece que decia:
«Dáme, rústico fiero,
Mi dulce compañía.»
Y que le respondia
El rústico: «No quiero.»

ANACREONTICA.

Amor entre las rosas,
No recelando el pico
De una que allí volaba
Abeja, salió herido,
Y luego, dando al viento
Mil dolorosos gritos,
En busca de su madre
Se fué cual torbellino.
Hallóla y arrojado
En su gremio, esto dijo:
«Madre, yo vengo muerto
Sin duda, madre, espiro
Que de una sierpecilla
Con alas vengo herido,
A quien todos abeja
Llaman y es basilisco.»
Pero Vénus entónces
Le respondió á su niño:
«Si un animal tan corto
Da dolor tan prolijo,
Los que tú cada dia
Penetras con tus tiros,
¿Cuanto mas dolorosos
Que tú estarán, Cupido?

DE LA LIRA.
(Traduccion de Anacreon.)

Quiero cantar de Cadmo,
Quiero cantar de Atridas;
Mas ¡ay! que de amor solo,
Solo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
Las cuerdas mudo aprisa
Pero si yo de Alcides,
Ella de amor suspira.
Pues heróes valientes,
Quedáos desde este dia,
Porque ya de amor solo
Solo canta mi lira.

DEL BEBER.
(Traduccion de Anacreon.)

Bebe la tierra fertil,
Y á la tierra las plantas,
Las aguas á los vientos,
Los soles á las aguas,
A los soles las lunas
Y las estrellas claras;
Pues ¿por qué la bebida
Me vedais, camaradas?

ODAS.

Bien sé que me escuchara
Este arroyuelo manso que murmura,
Si acaso yo cantara:
Bien sé que me atendiera la espesura
De aqueste monte hueco,
Si en su alabanza requebrara al eco.

Graciosa Filomena,
Ya vagando del mirto al sauce umbrío,
Sin duda que á mi pena
Treguas firmara de silencio pio,
Y por oir mis quejas
Parara plumas y ocupara orejas.

¿Qué atencion no me diera
La tortolilla solitaria y muda
Cuando mi voz oyera?
¿Qué fiera, ¡ay cielos! de piedad desnuda
Al resonar mi Clio
No moderara el bárbaro desvío?

Las vueltas de los cielos,
Que ya se llevan el placer y el gusto,
Y ya con mil desvelos
Nos dejan la tristeza y el disgusto,
Indignamente han dado
Fin á mi voz, principio á mi cuidado.

Aquel ¡ay! lisonjero
Ya no se canta así como solia,
Ni al céfiro lijero
Se debe encomendar nuestra alegría,
Que enfermo el dueño mio
La flor se marchitó, secóse el rio.

¡Qué bien, qué dulcemente
Se oyera el canto de mi voz suave,
Si como el sol luciente
Can paso lento, desdeñoso y grave
Saliera mi Brasilda
Dando valor á tanta camamilda.

Pero ya que la suerte
Armada de crueldad con tantos daños
En llanto nos convierte,
¡Qué podrá resonar que no sea engaños
De nuestra corta vida
En humo, en sombra, en nada convertida!

AGUSTIN DE MORETO Y CABAÑA.

† 1669.

SONETOS.

I.

Vistoso un jilguerillo se pasea,
Y repitiendo dulce melodía
Al campo y á las flores desafía
Contemplándose copia de Amaltea.

Su libertad ejercitar desea,
Mas ¡ay! que cuando piensa se desvia,
Da en la prision, y allí canta á porfia
Por ver si en su desdicha se recrea.
Jilguero fuí vistoso en la campaña
Que compitiendo con el alba hermosa,
Amor entre sus redes le enmaraña.
Prendióme al fin en su prision gustosa.
¡Oh cuánto sin razon, amor se engaña
Quien dice que tu red no es red dichosa!

II.

Dentro del pecho siento de quererte
Un ardor que me obliga á desearte,
Y un hielo esquivo en esta misma parte,
Que por temor se engendra de perderte.
Con el hielo al ardor se hace mas fuerte,
Por que teme apagarse y fiel reparte
Las vivas llamas que encendió de amarte
Contra el lento peligro de su muerte.
Crece el deseo, de la llama abrigo,
Por ayudarle y de crecer sediento
Cobra mas fuerza el hielo en mi enemigo.
Mira tú cual será mi sentimiento,
Porque lo sé sentir como lo digo
Mas no lo sé decir como lo siento.

III.

Solo vivo en la gloria de mirarte,
Solo muero en la pena de no verte,
No temo mayor mal que el de perderte,
Ni espero mayor bien que el de gozarte.
Vida es cuanto me lleva á desearte,
Cuanto me aparta de tu vista es muerte,
Y si pudiera haber dolor mas fuerte
Ese sintiera yo de no adorarte.
Y si de tanto amor, de fe tan pura
Seña quieres tener mas verdadera,
Imagina, señora, tu hermosura;
Y en mirándote en ella considera
Siendo tanta de amarte la ventura
Cuál la desdicha de perderte fuera.

PADRE PEDRO DE QUIRÓS.

† 1670.

REDONDILLAS.

Dulce Ardenia bella,
A quien mi albedrio
Llama norte mio
Como el mar su estrella.
Por quien de llorar
Tus duros enojos
Son rios mis ojos,
Que corren al mar.
Agora que el manso
Viento el mar serena
Y ofrece á mi pena
La noche descanso;
Mientras lisonjero
Va el viento veloz,
Escucha la voz
De tu marinero.
Oye, no te abscondas,
La luz manifiesta
De un sol que se acuesta
En las rubias ondas;
Oye los suspiros
De quien firme te ama,
Si porque te llama
No son tus retiros,
Si hay en tí aficion,
Dueño hermoso, ven.
Las horas del bien
¡Oh qué tardas son.
Si amor no te obliga
Cuando me despeña,
Dame alguna seña
Para que te siga,
En vano te alejas,
Pues para alcanzarte
El amor reparte
Plumas á mis quejas;
Si huyes de amar,
Buscarte es error;
Que quien no halla amor,
Nada puede hallar.

Sin tí se ven solas,
  Y en sus escarceos
  A mudos gorgeos
  Te llaman las olas.
Su voz cristalina
  Acordes rompieran
  Si heridas se vieran
  De tu luz divina.
Y la noche obscura
  Luciera tan clara,
  Que el dia envidiara
  Su alegre hermosura.
No mar sino cielo
  Debiera llamarse,
  A poder copiarse
  En el mar tu velo.
Mas fuera mi mal;
  Que no hallo un amante.
  En lienzo inconstante
  Firme original,
Á tus niñas bellas
  Haciendo reflejo,
  No estimara espejo
  Ser de las estrellas.
Gozara bonanza
  El mar de mis ojos,
  Pues libre de enojos
  Viera su esperanza.
Sin tí nada veo
  De serenidad,
  Porque es tu beldad
  Fin de mi deseo.

SONETO.

Ruiseñor amoroso, cuyo llanto
  No hay robre que no deje enternecido,
  ¡Oh, si tu voz cantase mi gemido!
  ¡Oh, si gimiera mi dolor tu canto!
Esperar mi desvelo osara tanto
  Que mereciese por lo bien sentido
  Ser escuchado, cuando no creido,
  De la que es de mi amor hermoso encanto!
¡Qué mal empleas tu raudal sonoro
  Cantando la alba y á las flores bellas!
  Canta tú ¡ oh ruiseñor! lo que yo lloro.

Acomoda en tu pico mis querellas,
Que si las dices á quien tierno adoro
Con tu voz llegarás á las estrellas.

MADRIGAL.

Tórtola amante, que en el robre moras
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus penas si es que lloras,
Y pocos son tus males si es que cantas.
Si de la que enamoras
El desden te desvia,
No durará el desden pues tu porfía
Está un pecho de pluma conquistando
¿Podrá un pecho de pluma no ser blando?
¡Ay de la pena mia
En que medroso y triste estoy llorando
Y enternecer procuro
Pecho de mármol cuanto blanco, duro!

SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA.

Nació por los años de 1607.
Murió por los años de 1670.

Con suspiros de cristal
Y de plata mil sollozos,
De poetas desalmados
Se está quejando un arroyo.
Uno me llama serpiente
Con cuyo título asombro,
Que hay hombre que me ha temido
Viéndome en el campo solo.
Otro por peñas y riscos
Me va despeñando, y otro
Me sacude las espaldas
Con las ramas de los olmos.
Qué delito he cometido
Decid, versistas demonios,
Que me dais á cada paso
Castigos tan afrentosos?
Siendo el mayor entregarme
Á cuatro músicos locos,

Pregoneros que me infaman
Con mil falsos testimonios.
Otro por hacerme humilde
Dice soberbio en mi oprobio,
Que con labios de cristal
Beso los pies á los chopos:
Y por esta Cruz bendita
Que es un grande mentiroso
Porque yo no tengo labios
Ni de cristal ni aun de corcho.
Otro, siendo mi caudal
No mas que guijarros toscos,
Dice que son mis arenas
No ménos que granos de oro.
Otro del escaso y turbio
Humor que sudan mis poros,
Hace espejo y al momento
Se mira Narciso el rostro.
Civil concepto caduco,
Que solo han visto mis ojos
Un ganapan puesto á bruces,
Tentacion de San Antonio.
Otro dice que me hacen
Los álamos con sus troncos
Paso y calle y la que tengo
Sin que me la den la tomo:
Que á pesar de sus raices
Si en invierno me alboroto
Sin que me rueguen me ensancho
Y me llevo cuanto topo.
Otro dice que soy manso:
Miente el traidor! que me corro
De que traslade á mi frente
La sobra de sus pimpollos:
Porque yo no soy casado
Ni me han nacido floroncos
En la cabeza, ni en ella
Tengo las leyes de Toro.
Otro que me desvanezco
Por prestarme sus asomos
Sin haber humos de Baco
Escalado mi cimborrio,
Otro dice que murmuro:
Quien no ha de volverse un Momo
Contra cuantos critiquizan
Filomenas siendo tordos.
Con cabriolas de plata

Que bailo, me dijo otro,
Un saltaren de cristal
Cuando sobre piedras corro.
Trovadores, qué os he hecho?
Que por burro en versos broncos
Me sacais á la vergüenza
Ya por valles, ya por sotos.
Poetas sin rey ni roque!
Por vengarme de vosotros
He de escribir un libro
De flagello poetarum.
Valgate un millon de Musas
Casquivano ó casquiroto,
¿Qué te importa que yo sea
Calvo, tuerto, manco o cojo?
Y si canta vuestra musa
En lengua española, como
Si el poema es castellano
El language es en moscovio?
No es mejor llamar al vino
Vino, solomo al solomo,
Que no á los labios claveles
Y á las mejillas madroños?
Yo me voy corriendo al mar
Y entre sus ondas me escondo,
Por no escuchar barbarismos
Con falso disfraz de apodos.

AGUSTIN DE SALAZAR Y TORRES.

1642—1675.

(Traduccion de Anacreon.) *.

Entre purpúreas rosas escondida
Pequeña abeja, al dios de los amores,
Que de flor presumia entre las flores,
La tierna mano le picó atrevida.
Tiernas lágrimas vierte el rapaz ciego,
Y volando á Ericina sin sosiego
«¡Ay madre, dice hermosa!
Una pequeña sierpe ponzoñosa,
Una víbora alada,
Aunque pequeña osada
Me ha quitado la vida.»
Mas Citerea, al descubrir la herida,

---

* Cf. p. 327.

Le responde risueña:
«Si una abeja, Cupido, tan pequeña
El dolor te ha causado que refieres,
¿Cómo será el dolor en los que hieres?»

BERNARDINO DE REBOLLEDO.

† 1676.

EPÍGRAMAS.

I.

Lisi, yo te ví en sueños tan piadosa,
Como despierta el alma te desea,
Pero ménos hermosa:
¿Quien habrá que tal crea?
Dos imposibles me fingió la idea,
Y con ser su ilusion tan engañosa,
La temo misteriosa,
Y que inmortal en mí el tormento sea,
Sino has de ser piadosa hasta ser fea.

II.

Pues el rosario tomais
No dudo que le receis
Por mí que muerto me habeis
O por vos que me matais.

III.

Tus ruegos se lograrán
Clori, sin cuidado tanto
Si lo que pides al santo
Pidieres al sacristan.

IV.

Juró Filis en vano,
Para vencer cierto recelo mio,
Que moro ni cristiano
No triunfaria jamas de su albedrío:
Ríndese á los presentes de un judío,
Y lo que yo mas siento,
Jura que no ha quebrado el juramento.

CANTARCILLO.

Dichoso quien te mira,
¡Y mas dichoso quien por tí suspira,
Y en estremo dichoso,
Quien un suspiro te debió amoroso!

PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

1600–1681.

SONETO.

Dices Laura que Fabio está ofendido,
Y que ofendido vuelve enamorado
A buscar en aquel ardor pasado
Las ya muertas cenizas de tu olvido.
Bien puede ser que sea de rendido.
Mas yo temo que sea de obstinado
Porque amor una vez desengañado
Solo vuelve á no ser lo que habia sido.
No creas á sus labios ni á sus ojos
Aunque á sus ojos veas y á sus labios
Mentir caricias, desmentir tristezas,
Porque, Laura, finezas sobre enojos
Finezas pueden ser; mas sobre agravios
Mas parecen venganzas que finezas.

CANTARCILLOS.

I.

El que adora en confianza
De conseguir lo que adora
Mérito ninguno alcanza,
Pues enjuga lo que llora
Al aire de la esperanza.
Mas el que en desconfianza
Quiere por solo querer
A nadie puede ofender.

II.

Ardo y lloro sin sosiego
Llorando y ardiendo tanto
Que ni el fuego apaga el llanto
Ni el llanto consume el fuego.

III.

Ruiseñor que volando vas,
Cantando finezas, cantando favores,
¡Oh cuánta pena y envidia me das!
Pero no; que si hoy cantas amores,
Tú tendrás celos y tú llorarás.
¡Qué alegre y desvanecido
Cantas, dulce ruiseñor,
Las venturas de tu amor,
Olvidado de tu olvido!
En tí, de tí entretenido
Al ver cuan ufano estás,
¡Oh cuanta pena me das
Publicando tus favores!
Pero no, que si hoy cantas amores,
Tú tendrás celos y tu llorarás.

PADRE JOSEF MORELL.

† 1683.

EPIGRAMA.

A un poeta.

No en vano sueles llamar
Tus versos oro luciente.
Porque el fuego solamente
Los puede purificar.

ANTONIO DE SOLIS Y RIVADENEYRA.

1610—86.

HA DE LLORAR LA VIUDA SU MARIDO DIFUNTO.

(Traduccion de san Gregorio Nacianceno.)

Viuda del dulce esposo
Llora la tortolilla su quebranto;
Discurre sin reposo,
Búscale con el llanto,
Llámale con la queja,
Gime y no acaba; llora y no lo deja.
¡Oh cuánto enseña con lo bien que siente,
O verdaderamente
Sabia avecilla; pues tu sentimiento
No es razon y parece entendimiento.

JUAN DE LA HOZ MOTA.

Murió despues de 1689.

QUÉ COSA ES AMOR.

No es amar gemir,
No es amar morir,
No es amar penar,
No, no es amar:
Que amar es sentir,
Amar es sufrir,
Y amar es callar,
Sin que dé á entender
Aun el padecer
El mismo adorar.

FRANCISCO SANTOS.

Murió por los años de 1700.

CANCION.

Aquel pajarillo
Que está en la prision,
Todas sus endechas
Nacieron de amor.
Que triste se peina
Al rayo del sol
Llorando su estrella
Tan hecha al rigor.
A ratos se alegra:
¡Propio del dolor
Dilatar la pena
Por darla mayor!
Y si la memoria
Le acuerda un favor
Al punto le olvida
Su mucho temor.
Sosegado está
Con la suspension
Que es de la memoria
El mayor blason.
Pero el mal pasado
Memorias dejó
En pluma ultrajada
Y en triste color.

De la libertad
 Se olvidaba, y vió
 La muerte en los celos
 Que ausencia labró.
Triste se lamenta
 De el que le prendió;
 Pues le quitó el gusto
 Mas casto y mejor.
Pero ya alentando
 Su pena olvidó
 Pues alegre entona
 Su agradable voz,
Sacudió las alas
 Y el pico aguzó
 Que aun no se ha olvidado
 De lo que es valor,
Y con su armonía,
 Aquesto cantó
 Por dar gusto á quien
 Sus quejas oyó:
«Libertad preciosa
 Cuando en tí se vió
 El que te ha perdido,
 Poco te estimó.
«Con ansia te busca
 El que te perdió
 Pues si ausente vives
 Verte deseó.»
Así lamentaba
 Y abierta notó
 La puerta en la jaula
 De donde escapó.
¡Mas ay de mí triste
 Que sujeto estoy!
 Y la angustia y pena
 Mis brios cortó.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

1651—1700.

SONETO.

Al que ingrato me deja, busco amante;
 Al que amante me sigue, dejo ingrata;
 Constante adoro á quien mi amor maltrata;
 Maltrato á quien mi amor busca constante

Al que trato de amor hallo diamante,
  Y soy diamante al que de amor me trata,
  Triunfante quiero ver al que de amor me mata,
  Y mato al que me quiere ver triunfante.
Si á este pago, padece mi deseo,
  Si ruego á aquel mi pundonor enojo,
  De entrambos modos infeliz me veo.
Pero yo por mejor partido escojo
  De quien no quiero ser violento empleo,
  Que de quien no me quiere vil despójo.

POETAS DEL SIGLO XVIII.

JOSÉ ANTONIO PORCÉL.

Murió por los años de 1720.

EPITAFIO
á una perrita llamada Armelinda.

Bajo de este jazmin yace Armelinda,
Perrita toda blanca, toda linda,
Delicias de su ama,
Que áun hoy la llora; llórala su cama,
La llora el suelto ovillo,
Como el arrebujado papelillo,
Con que jugaba; llórala el estrado,
Y hasta el pequeño can del firmamento,
De Erígone olvidado,
Muestra su sentimiento;
Solamente la nieve se ha alegrado,
Pues si yace Armelinda en urna breve,
Ya no hay cosa mas blanca que la nieve.

MARIA DOCEO.

Por los años de 1740.

Cubrídme de flores
Que muero de amores!

Porque de su aliento el aire
No lleve el olor sublime,
Cubrídme!

Sea porque todo es uno
Alientos de amor y olores
De flores!

De azucenas y jazmines
Aquí la mortaja espero,
Que muero!

Si me preguntais de qué,
Respondo: en dulces rigores
De amores!

IGNACIO DE LUZAN.

1702—1754.

CANCION.

Á la conquista de Orán.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el hemisfero;
Las vencedoras sienes coronemos
Del sagrado laurel al que es espanto
Del infiel mauritano, al Marte ibero.
Ya para cuando quiero
Los himnos de alegría y las canciones,
Premio no vil que el coro de las nueve
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
Para cuando estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe,
Con las ondas suavísimas mezclado
De la Castalia fuente el labio solo
De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?

Una selva de pinos y de abetes
Cubrió la mar, angosta á tanta quilla;
Para henchir tanta vela faltó viento;
De flámulas el aire y gallardetes
Poblado divisó desde la orilla,
Pálido el africano y sin aliento;
Del húmedo elemento
Dividiendo los líquidos cristales,
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
Alzó airado la frente,
De ovas coronada y de corales:
«Quién me agobia con tanta pesadumbre

La espalda? Hay quien intente
Poner tal vez en nueva servidumbre
Mi libre imperio? O por ventura alguno
Me le quiere usurpar? No soy Neptuno?»

Así decia el dios. Las españolas
Proras en tanto del undoso seno
Iban cortando la salada espuma;
Humildes retirábanse las olas,
Céfiro por el cielo ya sereno
Batia en torno su lijera pluma.
Adónde irá la suma
De tanto alado pino? Hay otro mundo
Que el español intrépido someta?
Hay otros que acometa
Riesgos por el Océano profundo?
Si es que al soberbio inglés moverá guerra,
O si verá otra vez la Etnisia tierra?
Adónde ha de ir, sino es donde le llama
La santa fe, la verdadera fama?

Estremecióse el africano suelo,
Y temblaron de Orán torres y almenas,
Del formidable vencedor á vista,
En vano á la mezquita erróneo celo
Padres y esposas, de horror llenas,
A rogar que Mahoma las asista.
No hay poder que resista
Al ímpetu y ardor del leon de España,
Que vino, vió y venció; y el agareno
Probó, de susto lleno,
A un tiempo amago y golpe de su saña;
Cual suele ver, no sin mortal desmayo,
Rasgarse en ronco trueno
Las pardas nubes, y abortar el rayo,
El pasmado pastor, y todo junto
Arder cielo y encina á un mismo punto.

Reconocen los bárbaros adarbes
El ya noto pendon que se enarbola
Con armas de Castilla y celtiberas;
Gimen de pena y rabia los alarbes,
Al ver que el viento plácido tremola
Con respeto la cruz de las banderas.
De escuadras lisonjeras,
De alados paraninfos cortejada,
Entra la fe triunfante por las puertas,

Ahora de nuevo abiertas
Por el celo de España y por su espada.
Huye del Alcoran el falso rito,
Y abandona desiertas
Las mezquitas infames; y bendito
El lugar profanado y templo inculto,
Vuélvese á consagrar en mejor culto.

Estas oh noble España! son tus artes:
Al cielo dirigir guerras y paces,
Pelear y vencer solo por Cristo;
Del orbe entero ya las cuatro partes,
Siempre invencibles, discurrir tus haces
Por la sagrada religion han visto.
Por tí, desde Calisto
Hasta el opuesto polo, en trecho inmenso,
Al verdadero Dios el indio adora,
Y el que en la tierra mora
Donde al cruel Pluton se daba incienso.
Por tí del Evangelio arrebolada,
Con mejor luz la aurora
Del Gánges sale, y por tí da la entrada
A nuestra fe la más remota playa
Del Japon, de la China y de Cambaya.

Por tí, de hoy más, el bárbaro numida,
El de Getulia y el feroz masilo
Dejarán la impía secta y ritos vanos;
Renacerán á mas felice vida
Cuantos habitan entre Lixo y Nilo
Abrazando la ley de los cristianos,
Con tratos mas humanos
El togado español pondrá sus leyes
Entónces al morisco vasallaje,
Y párias y homenaje
Recibirá de los vencidos reyes.
La piedad, el valor, la verdadera
Virtud y el nuevo traje
Aprenderá la Livia prisionera;
Y sabiendo imitar, sin otra cosa,
Su misma esclavitud la hará dichosa.

Sulcará el industrioso comerciante
El libre mar Tirreno y el Egeo,
Sin temor de mazmorra ó de grillete.
Si diré lo que mandas que ahora cante,
Oh Febo! ó dejaré que lo que veo

Claro en la edad futura otro interprete?
El andaluz jinete
Beberá del Cedron, el santo muro
Libertado será, y el fiel devoto
Podrá cumplir su voto,
De tiranos insultos ya seguro:
Tendrá la España, más que un tiempo Roma,
De su imperio en el coto,
El marfil indio y el sabeo aroma
Para las aras y el sagrado fuego;
Vén, oh dichosa edad, pero vén luego.

De tu antiguo valor así no olvides,
Los ilustres ejemplos, patria mia,
Léjos del ocio y de extranjera pompa.
Ame el fuerte mancebo armas y lides,
Y en vez de afeminada melodía,
Guste solo del parche y de la trompa.
Ambos ijares rompa
Con la espuela el bridon; con pecho fuerte,
Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,
Y por la brecha ascienda
A buscar y vencer la misma muerte;
O aprenda á domeñar del mar la furia,
O á moderar la rienda
Del gobierno político en la curia,
Dejando en guerra y paz clara memoria,
Así se sube al templo de la gloria.

Pues ya tanto tu vuelo se remonta,
Cancion lijera y pronta,
Vé de Orán á la playa,
Y allá tambien contigo al campo vaya
Este aplauso primero;
Y di en mi nombre al vencedor ibero,
Que si por dicha tanto
Como ya su valor puede mi canto,
Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,
Será eterna su fama en todo el orbe.

DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL.

1696 hasta despues de 1758.

OCTAVA.

Asegura á Filis lo eterno de su adoracion.

Antes que yo te olvide, dueño mio,
El mas hermoso, amable y soberano,
Verás con flores al invierno frio,
Y con hielos y escarchas al verano,
Al sol sin luz, al alba sin rocío,
Al mar sin ondas, sobre el monte al llano;
Y lo que es más, verás en tal fortuna,
Faltarle al cielo estrellas, sol y luna.

VICENTE GARCIA DE LA HUERTA.

1734—1787.

VERSOS DE ARTE MENOR.

Á Fílis.

¿Quién, sin merecerlas,
Logra grandes dichas,
Que no desconfie
De sus dichas mismas?
Quién del valimiento
Pisó la alta cima,
Que no le atribulen
Sustos de caida?
Quién al mar se arroja
En débil barquilla,
Que de vendabales
No tema las iras?
Quién será tan necio,
Dulce Fílis mia,
Que esté confiado
Por gozarte fina?
Quién logra sin sustos
Glorias excesivas
Y que sobrepujan
Aun su fantasía,
Si cuerdo no teme
Llorarlas perdidas,
O á su amor agravia,
O no las estima.

Pues quietud tan torpe
A un hombre acredita,
Por de rudo ingenio
U de alma mezquina.

Quien sobre sí vuelva,
Por vano que viva,
Hallará defectos
Que le desconfian.

Ni al papel mas terso,
Ni al agua mas limpia
Quebraduras faltan,
Faltan arenillas.

A las blancas perlas
De mayor cuantía
Averigua tachas
Quien las examina.

El aire mas puro
Tal vez se matiza
De oscuros vapores,
Que la tierra envia.

Al sol oscurecen
Nieblas atrevidas
Y á la luna asombran
Sus manchas sombrías.

Pues si estas verdades,
Vemos repetidas,
En cosas que mas
El mundo autorizan,

Cómo ha de gozarte
Con quietud tranquila
Quien tantos borrones
Ofrece á tu vista?

No te cause espanto,
Gloria de mi vida,
Que dichas y sustos
En mí se compitan;

Pues mas imposible
Creí yo algun dia
La union venturosa
Con que amor nos liga,

Viendo las ventajas
Que lleva infinitas
A mi ser humilde
Tu soberanía.

Perdona, bien mio,
  Mis necias porfías,
  Por ser de mi amor
  Reverentes hijas;
Que esta es la pension
  De glorias crecidas,
  Logradas á influjos
  Solo de la dicha:
Vivir con temor
  Que pueda algun dia
  Darlas por el pié
  El poder ó envidia.

JOSÉ CADALSO.

1741—1782.

CUARTETAS.

Sencillas ponderaciones de un pastor á su pastora.

De este modo ponderaba
  Un inocente pastor
  A la ninfa á quien amaba
  La eficacia de su amor:

«Ves cuántas flores al prado
  La primavera prestó?,
  Pues mira, dueño adorado,
  Mas veces te quiero yo.

«Ves cuánta arena dorada
  Tajo en sus aguas llevó?
  Pues mira, Fílis amada,
  Mas veces te quiero yo.

«Ves al salir de la aurora
  Cuánta avecilla cantó?
  Pues mira, hermosa pastora,
  Mas veces te quiero yo.

«Ves la nieve derretida
  Cuánto arroyuelo formó?
  Pues mira, bien de mi vida,
  Mas veces te quiero yo.

«Ves cuánta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Mas veces te quiero yo.

«Ves cuántas gracias la mano
De las deidades te dió?
Pues mira, dueño tirano,
Mas veces te quiero yo.»

LETRILLAS.

I.

Sobre los varios méritos de las mujeres.

Del precio de las mujeres,
Son varios los pareceres;
Cada cual defiende el suyo.
Yo, que de disputas huyo,
Que nunca gustosas son,
Á todos doy la razon
Y con todas me contento;
Oid hasta el fin del cuento.

Unos gustan de que sea
Su dama hija de la aldea,
De sencillo pecho y trato,
Y que no les dé el mal rato
De artificiosos amores;
Que se salga á coger flores
Por el campo el mes de Mayo,
Con lijero y pobre sayo,
Que de sus abuelas fué....
Y tienen razon á fe.

Otros, de mas alto porte,
Quieren damas de la corte,
Con majestad y nobleza
Aun mayor que la belleza,
Con adorno y compostura,
Que dé brillo á su hermosura,
Con fausto y ostentacion....
Y á fe que tienen razon.

Unos gustan de sabidas
(Que leidas y escribidas
El vulgo suele llamar)
Y que sepan conversar

Del estado, paz y guerra,
Del aire, agua, fuego y tierra,
Con la gaceta y café....
Y tienen razon á fe.

Otros son finos amantes
De las que son ignorantes
Y que entregaron su pecho
Sin saber lo que se han hecho;
Que lloran al preguntar
Que cosa es enamorar,
Y dónde está el corazon?
Y á fe que tienen razon.

Unos aumentan su llama
Cuando es juiciosa la dama,
Circunspecta, seria y grave,
Y que la crítica sabe
Del vos, del tú y del usté....
Y tienen razon á fe.

Otros, al contrario, quieren
Que las niñas que nacieren
Nazcan vivas y joviales,
Y se crien tan marciales,
Que de dos ó tres vaivenes
Entreguen, sin más desdenes,
Las llaves del corazon....
Y á fe que tienen razon.

II.

El rayo severo
Que Jove vibró
Celébrele Homero
Que no lo haré yo.

La sátira fiera
Que Persio escribió
Cultive el que quiera,
Que no lo haré yo.

Ercilla con arte,
Que él mismo probó,
Celebre á su Marte
Que no lo haré yo.

Del mar que el troyano
Llorando aumentó
Escriba el Mantuano,
Que no lo haré yo.

Pero del dios ciego,
Que Vénus parió,
Callen todos luego,
Que bastaré yo.

III.

«*De amores me muero:*
Mi madre, acudid;
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.»

Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,
Que fué el primer dia
Del florido Abril
Y chicas y chicos
Me suelen decir:
«Por qué no te casan,
Mariquilla? Di.»
De amores me muero!

Ya sé, madre mia,
Que allá en el jardin,
Estando á mis solas
Despacio me vi
En el espejito
Que me dió en Madrid,
Las ferias pasadas,
Mi primo Luis.
De amores me muero!

Miréme y miréme
Cien veces y mil,
Y dije, llorando:
«Ay pobre de mí!
Por qué se malogra
Mi dulce reir
Y tiernas miradas?
Ay niña infeliz!»
De amores me muero!

Y luego en mi pecho
Una voz oí,
Cual cosa de encanto,
Que empezó á decir:
«La niña soltera
De qué ha de servir?
La vieja casada
Aun es mas feliz.»
De amores me muero!

Si por ese mundo
No quisiereis ir
Buscándome un novio,
Dejádmelo á mí,
Que yo hallaré tantos,
Que pueda elegir,
Y de nuestra calle
Yo no he de salir.
De amores me muero!

Al lado vive uno
Como un serafin,
Que la misma misa
Que yo suele oir.
Si voy sola, llega
Muy cerca de mí,
Y se pone léjos
Si tambien venis.
De amores me muero!

Me mira, le miro;
Si me vió, le vi
Ponerse mas rojo
Que el mismo carmin,
Y si esto le pasa
Al pobre, decid,
Que quereis, mi madre,
Que me pase á mí?
De amores me muero!

En frente vive otro,
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver dónde llego
Me suele seguir.
De amores me muero!

Otro hay que pasea
Con aire gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil,
Y á nuestra criada
La suele decir:
«Bonita es tu ama!
Te habla de mí?»
De amores me muero;
Mi madre, acudid:
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.

IV.

Letrilla satírica, imitando el estilo de Góngora y Quevedo.

Que dé la viuda un gemido
Por la muerte del marido,
Ya lo veo;
Pero que ella no se ria
Si otro se ofrece en el dia,
No lo creo.

Que Clóris me diga á mí:
«Solo he de quererte á tí»,
Ya lo veo;
Pero que siquiera á ciento
No haga el mismo cumplimiento,
No lo creo.

Que los maridos celosos
Sean mas guardias que esposos,
Ya lo veo;
Pero que estén las malvadas,
Por mas guardias, mas guardadas,
No lo creo.

Que al ver de la boda el traje,
La doncella el rostro baje,
Ya lo veo;
Pero que al mismo momento
No levante el pensamiento,
No lo creo.

Que Celia tome el marido
Por sus padres escogido
Ya lo veo;
Pero que en el mismo instante
Ella no escoja el amante,
No lo creo.

Que se ponga con primor,
Flora en el pecho una flor,
Ya lo veo;
Pero que astucia no sea
Para que otra flor se vea
No lo creo.

Que en el templo de Cupido
El incienso es permitido,
Ya lo veo;
Pero que el incienso baste,
Sin que algun oro se gaste,
No lo creo.

Que el marido á su mujer
Permita todo placer,
Ya lo veo;
Pero que tan ciego sea,
Que lo que vemos no vea,
No lo creo.

Que al marido de su madre
Todo niño llame padre,
Ya lo veo;
Pero que él, por mas cariño,
Pueda llamar hijo al niño,
No lo creo.

Que Quevedo criticó
Con más sátira que yo,
Ya lo veo;
Pero que mi musa calle
Porque más materia no halle
No lo creo.

Que un sabio de mal humor
Llame locura al amor,
Ya lo veo;

Pero que no se enloquezca
Cuando otro humor prevalezca,
No lo creo.

Que una doncella guardada
Esté del mundo apartada,
Ya lo veo;
Pero que no muera ella
Por salir de ser doncella,
No lo creo.

Que un filósofo muy grave,
Diga que de amor no sabe,
Ya lo veo;
Pero que no mienta el sabio
Con el pecho y con el labio,
No lo creo.

Que una moza admita un viejo
Por marido ó por cortejo,
Ya lo veo;
Mas que el viejo en confusiones
No dé por cuernos doblones,
No lo creo.

Que un amante abandonado
Diga que está escarmentado,
Ya lo veo;
Pero que él no se desdiga
Si encuentra grata á su amiga,
No lo creo.

Que una vieja ya se asombre,
Hasta del nombre de hombre,
Ya lo veo;
Pero que ella no quisiera
Ser de edad ménos severa,
No lo creo.

Que una mujer á su amante
Jure ser siempre constante,
Ya lo veo;
Pero que se pase un dia,
Y ella quiera todavía,
No lo creo.

Que de todas las mujeres
No importen los pareceres,
Ya lo veo;
Pero que de la que amamos
El parecer no sigamos,
No lo creo.

Que á la mujer, cual cristal,
La quiebre un soplo fatal,
Ya lo veo;
Pero que pueda soldarse
Si una vez llega á quebrarse,
No lo creo.

Que al espejo las coquetas
Estudien mil morisquetas,
Ya lo veo;
Pero que sea el cristal
El objeto principal
No lo creo.

Que bastante he murmurado
En lo que está criticado,
Ya lo veo;
Pero que mucho no pueda,
Criticarse en lo que queda,
No lo creo.

Que la novia moza y linda
Al noble viejo se rinda,
Ya lo veo;
Pero que crea el barbon
Que ella rinde el corazon,
No lo creó.

ANACREÓNTICA.

Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa,
De pámpanos y hiedra
La cabeza ceñida,
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,
Que al son de los panderos

Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco,
El padre de las viñas;
Pues no, que es el poeta
Autor de esta letrilla.

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

1748—1791.

LETRILLAS.

I.

Simulacion amorosa.

Mi zagal me llama
Grosera amadora,
Mas fria á sus ruegos
Que la helada roca;
Cuando hasta las flores
La llama no ignoran
De amor, en que me ardo
Turbada y medrosa.
Bien quisiera serle
Humana en la hora,
Sin darle yo cuenta
De mi aficion loca;
Mas ser atrevida,
Y hallar sazon propia
De vencer recatos,
Solo al varon toca;
Que si él entre espinas
No la busca y corta,
De suyo á su mano
No se ha de ir la rosa.

II.

Dones sencillos.

Dos tórtolas tiernas,
Que Alexi en un nido
Se encontró á la aurora,
Me regaló fino.

De miel una orzuela
Yo en pago le envio,
Y más, si tuviera
Presentes más ricos.
Que el panal mas dulce
Para el gusto mio
Solo es ver el rostro
De mi pastorcillo;
Y más cuando ufano
Me da un canastillo
De frescas manzanas,
Llenas de rocío.
Luego que en mis brazos
Ve que lo he cogido,
Se rie, y me dice....
Mas no, no lo digo.

III.

Fuego amoroso.

Mañanita alegre
Del señor san Juan,
Al pié de la fuente
Del rojo arenal,
Con un liston verde,
Que eché por sedal
Y un alfiler corvo
Me puse á pescar.
Llegóse al estanque
Mi tierno zagal,
Y en estas palabras
Me empezó á burlar:
«Cruel pastorcilla,
Dónde pez habrá
Que á tan dulce muerte
No quiera llegar?»
Yo así de él y dije:
«Tú tambien querrás?
Y ese pececillo
No, no se me irá.»

IV.

Los brazos de Alexi.

¿Qué fuerza, mi madre,
Los brazos tendrán,
Los brazos de Alexi,
Pequeño zagal?
Que ayer al descuido,
Al ir á pasar
Un sendero angosto,
Me llegó á abrazar;
Y yo desde entónces
Con fuego abrasar
Me siento, aunque el simple
No lo hizo por mal.
Ya del zagalejo
Me quiero vengar,
Ya me compadezco
Del tierno rapaz;
Ya sufrir no puedo
La llama voraz,
Y hora en este fuego
Me quiero abrasar.

V.

La palomita.

Una paloma blanca
Como la nieve
Me ha picado en el alma;
Mucho me duele.

Dulce paloma,
Cómo pretendes
Herir el alma
De quien te quiere?

Tu pico hermoso
Brindó placeres,
Pero en mi pecho
Picó cual sierpe.

Pues dime, ingrata,
¿Por qué pretendes
Volverme males,
Dándote bienes?

Ay! nadie fie
De aves aleves;
Que á aquel que halagan,
Mucho mas hieren.

Una paloma blanca
Como la nieve
Me ha picado en el alma;
Mucho me duele.

VI.

Pues de amar amores
Leccion tomé en tí,
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

Mi rabel, que amores
Cantára hasta aquí,
Por tí solo en duelos
Trocado lo ví.
Táñolo ay! y solo,
Solo, ay! sé decir:
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

De mi amor testigo
Ves la fuente allí
Do la vez primera
La alma te rendí;
No mi verdad ella
Querrá desmentir;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

Tu sol me llamabas
Una vez y mil
Tu amor, tu alba y rosa,
Tu espejo y pensil,
Y hoy nombre de esclava,
No merezco en tí;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

El amor ufano
Juzgué yo que allí
De tan dulce triunfo
Se empezó á engreir;
Y hoy pienso que el odio
Le ha vencido en lid;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

VII.

Diz que un caballero,
Dicho don Dinero,
Pierde y atropella
La niña más bella,
De mas pundonor;
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

Él diz que minora
Y aun de virtud dora
El crímen mas grave,
Y al recto juez sabe
Quebrar el rigor;
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

Él diz que al anciano
En jóven lozano
Lo vuelve y trabuca,
Y á su edad caduca
Da inútil verdor;
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

Él al mas ocioso,
Mas vil y vicioso,
Colma de favores,
Y aun da de señores,
Un perpétuo honor;
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

Él á un tonto ha dado
El premio colmado
Que hubo merecido
Un sabio entendido,
Pobre y sin favor;
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

Él en la opulenta
Mesa en que se sienta,
Todo hace que sobre,
Arrojando al pobre
Del hambre al rigor;
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

Diz que él, pretendido,
O ya conseguido,
Siempre da cuidado
Y de ayes cercado
Tiene al poseidor;
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

ANACREÓNTICAS.

I.

¿Quien es aquella ninfa
Que por esos jardines
Viene, dando á las flores
Mil cándidos matices;
De púrpura vestida,
Con lazos carmesíes,
Que el aire y gentileza
Del bello dueño dicen;
Ceñidas sus garzotas
De rosas y alhelíes,
Y de ninfas cercada,
Que obedientes la sirven?
Sin duda será Vénus
La gran deidad de Chipre;
Pues no, zagal, no es ella;
Que es mi pastora Nise.

II.

Si alguna vez me veo
De tristezas cercado,
Que juntas á porfía
Me están atormentando,
Luego, luego á tus bríndis
Me entrego, oh padre Baco!
Y á fé que las tristezas
Huyen mas que de paso.

III.

Siendo yo niño tierno,
Iba cogiendo flores,
Con otra tierna niña,
Por un ameno bosque,
Cuando sobre unos mirtos
Vi al Teyo Anacreonte,
Que á Vénus le cantaba
Dulcísimas canciones.
Voyme al viejo y le digo:
«Padre, deje que toque
Ese rabel que tiene;
Que me gustan sus sones.»
Paró su canto el viejo,
Afable sonrióse,
Cogióme entre sus brazos,
Y allí mil besos dióme.
Al fin me dió su lira;
Toquéla, y desde entónces
Mi blanda musa solo,
Solo me inspira amores.

TOMAS DE IRIARTE.

1750—91.

FABULAS.

I.

El burro flautista.

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.

Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar,
Pasaba un Borrico
Por casualidad.

Una flauta en ellos
Halló, que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.

Acercóse á olerla
El dicho animal,
Y dió un resoplido
Por casualidad.

En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.

O! dijo el Borrico:
Qué bien sé tocar!
Y dirán que es mala,
La música asnal.

Sin reglas del arte,
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.

II.

La ardilla y el caballo.

Mirando estaba una Ardilla
A un generoso Alazan,
Que dócil á espuela y rienda
Se adestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compas:
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:
«Señor mio;
De ese brio,
Lijereza
Y destreza
No me espanto
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso mas.

Yo soy viva,
Soy activa,
Me meneo,
Me paseo,
Yo trabajo,
Subo y bajo,
No me estoy quieta jamas.»

El paso detien entónces
El bien Potro, y muy formal,
En los términos siguientes
Respuesta á la Ardilla da:
«Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga),
Son de alguna utilidad?

Yo me afano;
Mas no en vano.
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño,
De lucir mi habilidad.»

Con que algunos escritores
Ardillas tambien serán
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

III.

El lorito.

Yo, señores,
Algun dia
Me reia
Del amor,
De los hombres
Me burlaba,
Y gastaba
Buen humor.
Un lorito
Que tenia
Merecia
Mi aficion,
Y en cuidarle
Y halagarle
Solo hallaba
Diversion.
Pero tuvo el pobre loro
Un galan competidor
Que envidioso se empeñaba
En robarle mi favor.
Logré un dia la fortuna
De llegar en ocasion
Que el amante á mi lorito
Le cantaba esta cancion.
Mas con qué alma, con qué chiste?
(Queriditos, atencion),
Que el amante á mi lorito
Le cantaba esta cancion:

Canzoneta.

«Ya que tu feliz estrella
De humana voz te dotó,
Y ya que te envidio yo
El hablar con tu ama bella,
Loro, loro,
Dila, dila que la adoro.

Cuando en su brazo te posas,
Cuando la pluma te sienta,
Y buscando el piojo, tienta
Con sus manos cariñosas,
Loro, loro,
Dila, dila que la adoro.

Con tu mal mi mal conviene,
Gracias al vendado Dios;
Que ella es dueño de los dos,
Y á los dos presos nos tiene.
Loro, loro,
Dila, dila que la adoro.»

Desde aquel mismo instante
(Confieso mi flaqueza)
Yo no sé qué tristeza
Me entró en el corazon.

Tan distraida andaba,
Que al lorito querido,
No daba, por olvido,
Ni almuerzo ni leccion.

Ya de la jaula
No le sacaba;
Ya la patita
No le pedia;
Cuando él me hablaba,
No respondia
(Caso bien raro!);
Me parecia
Que se explicaba
Mucho mas claro,
Mas expedito
El señorito
De la cancion.
Él es ya el dueño
De mi albedrío,
Que todo el ceño,
Todo el desvío
Poco duró.
Y el señor mio
Logró su empeño,
Que al pobre loco
Le desbancó.

Qué fortuna, qué mudanza!
Oigan todos (atencion!)
Si el amor toma venganza
De quien ama lo que yo.

FRAY DIEGO GONZALEZ.

1751—94.

EL MURCIÉLAGO ALEVOSO.

Invectiva.

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento,
Con gracioso talento,
Una tierna cancion, y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente expresion le encarecia
El fuego que en su casto pecho ardia.

Y estando divertida,
Un murciélago fiero, suerte insana!
Entró por la ventana;
Mirta dejó la pluma, sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la cancion, los versos bellos
De borrones llenó, por recogellos.

Y Delio, noticioso
Del caso que en su daño habia pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que habia la cancion interrumpido,
Y á su Mirta afligido,
En cólera y furor se consumia,
Y así á la ave funesta maldecia:

«Oh monstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave,
Vision nocturna grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,

De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fria,
Qué tienes tú que hacer donde está el dia?

«Tus obras y figura
Maldigan de comun las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada dia á la alba pura;
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda
Que á un murciélago vil suceder pueda.

«La lluvia repetida,
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan solo reservada
A las noches, se oponga á tu salida;
O el relámpago pronto reluciente
Te ciegue y amedrente;
O soplando del Norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.

«La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue, inadvertida,
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe;
Y al ver que bulle y vive,
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelta la escoba y huya con presura.

«Y luego sobrevenga,
El jugueton gatillo bullicioso,
Y primero medroso
Al verte, se retire y se contenga,
Y bufe y se espeluce horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los piés apénas toque el suelo.

«Mas luego recobrado,
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento

Que en tí llegue á notar su perspicacia,
Le provoque al asalto y le dé audacia.

«En fin sobre tí venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces á lo alto.

«Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos;
Que á todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que ya la edad ó la cultura
Nos dan humanidad y mas cordura.

«Entre con algazara
La pueril tropa, al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oirte chillar alcen el grito
Y te llamen maldito!
Y creyéndote al fin del diablo imágen,
Te abominen, te escupan y te ultrajen.

«Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas,
Y se rian con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y á tus tristes querellas ponderadas
Correspondan con fiesta y carcajadas.

«Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de aguizones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados
(De diversion y fiesta ya rendidos),
Te embistan atrevidos,
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.

«Te puncen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.

«Y las supersticiones
De las viejas creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones;
Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.

«Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori, gori, cantando,
Y en dos filas delante se compongan
Y otras, fingiendo voces lastimeras,
Sigan de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso
Al muladar mas sucio y asqueroso;

«Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

Epitafio.

«Aquí yace el murciélago alevoso,
Que al sol horrorizó y ahuyentó el dia,
De pueril saña triunfó lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía:
No sigas, caminante, presuroso,
Hasta decir sobre esta losa fria:
Acontezca tal fin y tal estrella
A aquel que mal hiciere á Mirta bella.»

JUAN PABLO FORNER.

1756—94.

ANACREONTICA.

De un jilguero.

Blandamente las alas
Batiendo un jilguerillo
Desde un laurel frondoso
A mi cabeza vino.

Una rama del árbol
Presa trajo en el pico,
Y en torno de las sienes
Enlazármela quiso.

En vano sus afanes
Consume el simplecillo;
Se agita, y de mi frente
Huye el árbol invicto.

Yo, su fatiga viendo,
No te canses, le digo,
Si coronarme quieres,
Trueca el laurel en mirto.

Que siempre lastime y hiera
Mi estilo en prosa y en verso
Culpas, Lupo; mas espera:
¿Si tú no fueras perverso,
Dí, saltírico yo fuera?
Hablar bien de tu codicia,
Disolucion y malicia,
Fuera calumnia mortal;
Hablar mal del que obra mal,
Lupo, es hacerle justicia.

DON FELIX MARIA SAMANIEGO.

1745—1801.

FABULAS.

I.

La cigarra y la hormiga.

Cantando la Cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno;
Los frios la obligaron
A guardar el silencio
Y á acogerse al abrigo
De su estrecho aposento.
Vióse desproveida
Del preciso sustento:
Sin mosca, sin gusano,
Sin trigo y sin centeno.
Habitaba la Hormiga
Allí tabique en medio,
Y con mil expresiones,
De atencion y respeto
La dijo: »Doña Hormiga,
Pues que en vuestro granero
Sobran las provisiones
Para vuestro alimento,
Prestad alguna cosa
Con que viva este invierno
Esta triste Cigarra,
Que, alegre en otro tiempo,
Nunca conoció el daño,
Nunca supo temerlo.
No dudeis en prestarme;
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias,
Por el nombre que tengo.»
La codiciosa Hormiga
Respondió con denuedo,
Ocultando á la espalda
Las llaves del granero:
«Yo prestar lo que gano
Con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
Qué has hecho en el buen tiempo?

Yo, dijo la Cigarra,
A todo pasajero
Cantaba alegremente,
Sin cesar ni un momento. —
Hola! con que, cantabas
Cuando yo andaba al remo?
Pues ahora, que yo como,
Baila, pese á tu cuerpo.

II.

Júpiter y la tortuga.

A las bodas de Júpiter estaban
Todos los animales convidados:
Unos y otros llegaban
A la fiesta nupcial apresurados.
No faltaba á tan grande concurrencia
Ni áun la reptil y mas lejana oruga,
Cuando llega muy tarde y con paciencia,
A paso perezoso, la Tortuga:
Su tardanza reprende el dios airado,
Y ella le respondió sencillamente·
«Si es mi casita mi retiro amado,
Como podré dejarla prontamente?»
Por tal disculpa Júpiter tonante,
Olvidando el indulto de las fiestas,
La ley del caracol le echó al instante,
Que es andar con la casa siempre acuestas.
Gentes machuchas hay que hacen alarde
De que aman su retiro con exceso;
Pero á su obligacion acuden tarde:
Viven como el raton dentro del queso.

III.

Las dos Ranas.

Tenian dos Ranas
Sus pastos vecinos,
Una en un estanque,
Otra en un camino.
Cierto dia á ésta,
Aquélla la dijo:
«Es creible, amiga,
De tu mucho juicio,

Que vivas contenta
Entre los peligros,
Donde te amenazan,
Al paso preciso,
Los piés y las ruedas
Riesgos infinitos!
Deja tal vivienda;
Muda de destino;
Sigue mi dictámen
Y vénte conmigo.»
En tono de mofa,
Haciendo mil mimos,
Respondió á su amiga:
«Excelente aviso!
A mí novedades!
Vaya, qué delirio!
Eso sí que fuera
Darme el diablo ruido.
Yo dejar la casa
Que fué domicilio
De padres, abuelos
Y todos los mios,
Sin que haya memoria
De haber sucedido
La menor desgracia,
Desde luengos siglos! —
Allá te compongas;
Mas ten entendido
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto.»
Llegó una carreta
A este tiempo mismo,
Y á la triste Rana
Tortilla la hizo.
Por hombres de seso
Muchos hay tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oidos;
Recibir consejos,
Es un desvarío.
La rancia costumbre
Suele ser su libro.

IV.

El pastor.

Salicio usaba tañer
La zampoña todo el año,
Y por oirle el rebaño,
Se olvidaba de pacer.
Mejor seria romper,
La zampoña al tal Salicio;
Porque si causa perjuicio,
En lugar de utilidad,
La mayor habilidad,
En vez de virtud, es vicio.

JUAN MELENDEZ VALDES.

1754—1817.

ODAS.

I.

El amor mariposa.

Viendo el Amor un dia
Que mil lindas zagalas
Huian dél, medrosas
Por mirarle con armas,
Dicen que, de picado,
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo,
Como suya, estremada.
Tornóse en mariposa,
Los bracitos en alas,
Y los piés ternezuelos
En patitas doradas.
Oh! qué bien que parece!
Oh! qué suelto que vaga,
Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar!
Ya en el valle se pierde,
Ya en una flor se para,
Ya otra besa festivo,
Y otra ronda y halaga.
Las zagalas, al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.

Una á cogerle llega,
Y él la burla y se escapa;
Otra en pos va corriendo,
Y otra simple le llama;
Despertando el bullicio
De tan loca algazara
En sus pechos incautos
La ternura mas grata.
Ya que juntas las mira
Dando alegres risadas
Súbito Amor se muestra,
Y á todas las abrasa.
Mas las alas lijeras
En los hombros por gala
Se guardó el fementido,
Y así á todos alcanza.
Tambien de mariposa
Le quedó la inconstancia:
Llega, hiere, y de un pecho
A herir otro se pasa.

II.

El consejo del amor.

Pensativo y lloroso,
Contemplando cuán tibia
Dorila mi amor oye,
Por hermosa y por niña,
Al márgen de una fuente
Me asenté, cristalina,
Que un rosal adornaba
Con su pompa florida.
El voluble murmullo
De sus plácidas linfas
De mis penas agudas,
Amainaba las iras,
Y en sus ondas rientes
Encantada la vista,
Invisibles, cual ellas,
Mis cuidados se huian;
Cuando en torno una rosa,
Que besar solicita,
Volar vi á un cefirillo
En ala fugitiva;

Y entre blandos susurros,
En voz dulce y sumisa
Entendí que á la bella
Cariñoso decia:

«Dó, insensible, te vuelves?
Por qué, injusta, te privas,
En mis juegos vivaces,
De mil tiernas caricias?

«Mírame que rendido,
Cuando humillar podria
Con soplo despeñado
Tu presuncion esquiva,

«Que te tornes te ruego,
Y á mis labios permitas
Que los ámbares gocen
Que en tus hojas abrigas.

«No temas, no, que ofendan,
Con culpable osadía
Su rosicler hermoso,
Aunque blanda te rindas.

«Aun mas fino que ardiente,
A nada mas aspiran
Que á un inocente beso
Las esperanzas mias.

«Por tí dejé en el valle,
Por tí, beldad altiva,
Con vuelo desdeñoso,
Mil lindas florecitas.

«Tú sola me embebeces.»
«Tú sola», repetia
El céfiro; y mas suelto
En torno de ella gira;

Cuando súbito noto
Que la rosa rendida,
Le presenta su seno,
Y él cien besos le liba;

Con los cuales mimoso,
De aquí y de allá se agita,
Otros y' otros buscando,
Que muy mas la mecian.

Y en aquel mismo punto,
Escuché que benigna
Nueva voz me alentaba,
Nuncio fiel de mis dichas.

«No de timido ceses:
Insta, anhela, suplica,
Cefirillo incesante,
De tu rosa Dorila.
Y en sus dulces canciones,
Delicada tu lira
Su tibieza y sus miedos
Cual la nieve derritan.
Verás cómo á tus ansias,
Cede al fin, y propicia
Las finezas atiende,
Por tí ciega suspira.
Apurando en mi copa
Las inmensas delicias
Que á mis mas fieles guardo,
Que mi afecto le brinda.»
Del amor fué el consejo;
Y así luego entre risas
Vi á la esquiva en mis brazos,
Como mil rosas fina.

III.

La tortolilla.

Oh dulce tortolilla!
No mas la selva muda
Con tus dolientes ayes
Molestes importuna.
Deja el arrullo triste,
Y al cielo no ya mustia
Te vuelvas, ni angustiada
Las otras aves huyas.
¿Qué valen ay! tus quejas?
Acaso de la oscura
Morada de la muerte
Tu dueño las escucha?
Le adularás con ellas?
O allá en la fria tumba,
Los míseros que duermen,
De lágrimas se cuidan?
Ay! no; que do la Parca
Los guarda con ley dura,
No alcanzan los gemidos,
Por mas que el aire turban.

En vano te querellas:
  ¿Dó vuelas? Por qué buscas
  Las sombras, oh infelice!
  Negada á la luz pura?
Por qué sola, azorada,
  De tí misma te asustas,
  Y en tu arrullo te ahogas
  En tu inmensa amargura?
Vuelve, cuitada, vuelve,
  Y á llantos de viüda,
  Del blando amor sucedan
  De nuevo las ternuras.
Orna el hermoso cuello,
  Los ojos desanubla,
  Y aliña artificiosa
  Las descuidadas plumas.
Verás cuál de tu pecho
  Su ardor benigno muda
  Los duelos y pesares
  En risas y venturas.

IV.

Con su paloma estaba
  Fili en alegre juego,
  Y para que picase
  Le presentaba el dedo.
Picábalo, y en pago
  Le daba un dulce beso,
  Y tras él mas gozosa
  La incitaba de nuevo.
Una vez la avecilla,
  Creyendo ser lo mesmo,
  Con picada inocente
  Hirióle el labio bello.
Enojóse mi Filis,
  De tal atrevimiento,
  Y echóla de su falda
  Con ademan severo.
La palomita entónces
  En mil ansias y estremos,
  Demandaba rendida
  El perdon de su yerro.

Con ala temerosa
  Las manos de su dueño
  Abraza, y gime y vuela
  De las manos al cuello.

Esquivábala Filis,
  Y ella humilde entre el seno
  Y el cendal que lo cubre
  Escondióse de miedo.

Oh simplecilla! qué haces?
  Guárdate de ese fuego,
  Que entre pellas de nieve
  Tiene el amor cubierto.

Guárdate, y con arrullos
  Y cariños más tiernos
  Halagándola, cuido
  De desarmar su ceño.

Ah Fili! si al mirarte
  Enojada un momento,
  Tal queda tu paloma,
  ¿Cuál estará mi pecho?

Y si ella perdon halla,
  Mis encendidos ruegos
  No han de lograr un dia
  Tu rostro ver sereno?

LETRILLAS.

I.

El amante tímido.

Si quiero atreverme,
No sé qué decir.

En la pena aguda,
  Que me hace sufrir
  El Amor tirano
  Desde que te vi,
Mil veces su alivio
  Te voy á pedir,
  Y luego aldeana,
  Que llego ante tí,
  Si quiero atreverme,
  No sé qué decir.

Las voces me faltan,
Y mi frenesí
Con míseros ayes
Las cuida suplir;
Pero el dios que aleve
Se burla de mí,
Cuanto ansio mas tierno
Mis labios abrir,
Si quiero atreverme,
No sé qué decir.

Sus fuegos entónces
Empieza á sentir
Tan vivos el alma
Que pienso morir;
Mis lágrimas corren,
Mi agudo gemir
Tu pecho sensible
Conmueve: y al fin,
Si quiero atreverme,
No sé qué decir.

No lo sé temblando,
Si por descubrir,
Con loca esperanza
Mi amor infeliz,
Tu lado por siempre
Tendré ya que huir,
Sellándome el miedo
La boca; y así,
Si quiero atreverme,
No sé qué decir.

Ay! si tú, adorada,
Pudieras oir
Mis hondos suspiros
Yo fuera feliz!
Yo, Filis, lo fuera,
Mas ¡triste de mí!
Que tímido al verte
Burlarme y reir,
Si quiero atreverme,
No sé qué decir.

II.

A unos lindos ojos.

Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Ora vagos giren,
O párense atentos,
O miren exentos,
O lánguidos miren,
O injustos se aïren
Culpando mi ardor,
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Si al fanal del dia
Emulando ardientes,
Alientan clementes
La esperanza mia,
Y en su halago fia
Mi crédulo error,
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Si evitan, arteros,
Encontrar los mios,
Sus falsos desvíos
Me son lisonjeros.
Negándome fieros
Su dulce favor;
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Los cierras burlando,
Y ya no hay amores,
Sus flechas y ardores
Tu juego apagando:
Yo entónces, temblando,
Clamo en tanto horror:
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Los abres riente,
Y el amor renace,
Y en gozar se place
De su nuevo oriente;

Cantando demente,
Y al ver su fulgor:
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Tórnalos, te ruego,
Niña, hácia otro lado,
Que casi he cegado;
De mirar su fuego.
Ay! tórnalos luego;
No con mas rigor:
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

III.

La flor del Zurguen.

Parad, airecillos,
Y el ala encoged;
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.
Parad, y de rosas
Tejedme un dosel,
Do del sol se guarde
La flor del Zurguen.

Parad, airecillos,
Parad, y vereis
A aquella que, ciego
De amor, os canté;
A aquella que aflige
Mi pecho cruel,
La gloria del Tórmes,
La flor del Zurguen.

Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas;
Y atónitos ved
Do artero Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
La flor del Zurguen.

Volad á los valles;
Veloces traed
La esencia mas pura
Que sus flores den.
Vereis, cefirillos,
Con cuánto placer
Respira su aroma
La flor del Zurguen.

Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cuál late y se agita
Su seno con él;
El seno turgente,
Do tanta esquivez
Abriga en mi daño
La flor del Zurguen.

¡Ay cándido seno!
Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!
Mas oh! cuán en vano
Mi súplica es!
Que es cruda, cual bella,
La flor del Zurguen.

La ruego, y mis ánsias
Altiva no cree;
Suspiro, y desdeña
Mi voz atender.
Decidme, airecillos,
Decidme, qué haré
Para que me escuche
La flor del Zurguen.

Vosotros, felices,
Con vuelo cortés
Llegad, y besadle
Por mí el albo pié.
Llegad, y al oido
Decidle mi fé;
Quizá os oiga afable
La flor del Zurguen.

Con blando susurro
Llegad sin temer,

Pues leda reposa
Su altivo desden.
Llegad, y piadosos,
De un triste os doled;
Así os dé su seno
La flor del Zurguen.

GASPAR MARIA DE NAVA ALVAREZ CONDE DE NOROÑA.

1760 — 1815.

Á UNA MOSCA.

Oh, mosca, que revuelas
En torno de mi Amira,
Que siempre la acompañas,
Que sus secretos miras;
Tú, que el sueño la robas
Cuando está más dormida,
Con tus sutiles alas
Haciéndola cosquillas;
Tú, que su mano tocas;
Tú, que su pecho picas,
Que en su cabello juegas,
Que besas sus mejillas,
Y que chupas ansiosa
El dulcísimo almibar,
De sus rosados labios,
Donde el amor habita;
Ay! si tuvieras mi alma,
Cuánta fuera tu dicha!
Y si yo tu licencia,
Qué de cosas no haria!

SOBRE EL AMOR.

Traduccion del arabe.

Cuantas veo me gustan;
Dividirme no puedo;
A todas las adoro,
A ninguna prefiero.

El círculo son ellas,
Mi corazon el centro,
Y los radios iguales,
El amor que les tengo.

A UNA MUCHACHA.

Traduccion del arabe.

Mi rostro se empalidece
Cuando á Leyla miro atento;
Y el de Leyla en el momento
Con el rubor se enrojece.
Como si la sangre ansiosa
De mi corazon huyera,
Y á depositarse fuera
En su mejilla preciosa.

A UNA TÓRTOLA.

Traduccion del arabe.

La tórtola que el sueño
Con sus quejas me quita,
Como yo el pecho tiene,
Ardiendo en llamas vivas.
Ella su amor lamenta,
Yo oculto mi fatiga,
Pero el secreto ¡ay triste!
Mi llanto patentiza.
Que entre los dos la angustia
Se encuentra dividida:
De ella son los suspiros,
Las lágrimas son mias.

FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

1764 — 1819.

LA VIUDA DEL SOLDADO.

Ay Dios! qué se hicieron
La paz, las caricias
Y tantas delicias
Y tanto placer?

Veloces huyeron
Cual sombra liviana,
Cual rosa temprana
Que muere al nacer.

Cuando halagada con mi amor vivia
En union deliciosa,
Esta comarca resonar solia,
Pacíficos cantares. Venturosa
Ayer mil veces con mi amante esposo,
Hoy, desolada viuda,
¿Adó me acogeré? quién en mi muda
Soledad me valdrá? Quién mi enojoso
Pesar adormirá? De cuya boca
Oiré de esposa el regalado nombre?
Oiré las quejas de mi angustia dadas?
Oiré las inflamadas
Caricias del amor? Ay qué serenas
Horas aquéllas fueron! Que enlutadas
Ay! éstas son, y de orfandad cuán llenas

En el Abril hermoso
De mis floridos dias
Me arrebataron á mi tierno esposo
Del casto lecho y de las glorias mias.
Amor, amor apénas
La dulce copa del placer sabroso,
En lazo delicioso
Nos dió á gustar; en vano imaginando
Que no hay poder que nuestra dicha rompa,
Cuando la airada trompa
De la guerra feroz llama á la guerra.
En derredor la sierra
Toda se turba; el corazon se oprime
Estremecido; gime,
Gimo, y díceme «adios» en voz doliente.

Tente, tu amante,
Tente, tu esposa
Ni un solo instante
Sin tí estará.
Contigo muera,
Contigo viva,
Y donde quiera
Contigo irá.

Qué pronuncias? Oh cielos! Y tú puedes,
De tu esposa los brazos esquivando,
Ir á morir matando?
Ves mi amarga viudez? Ves cuál me dejas
Al llanto y soledad abandonada?
Héme de luto y de temor cargada.
No, no; en los brazos de tu amante vive...
Y oigo otra vez el pavoroso estruendo
De la trompa mil veces maldecida
«Adios, adios te queda,
Mi único bien, adios....» Así diciendo
En mis brazos se enreda;
Caigo en los suyos sin aliento y vida.
Entónces ay! el beso regalado,
Quedó en los labios de los dos helado.

Ay! dónde está, dónde,
Mi plácido dueño,
Que un tiempo, halagüeño,
Mi amor inflamó?
Un grito responde,
Que toda me aterra:
«Tu esposo en la guerra,
Tu esposo murió.»

MANUEL MARIA DE ARJONA.

1771—1820.

AL AMOR VERDADERO.

Desde que te vi, Roselia,
Vertiste en mis venas luego
Un tranquilo y blando fuego,
Que pudo llamarse amor.
Deslizábanse mis horas
Dulcemente en tu presencia,
Aunque llevaba tu ausencia
Sin afanoso dolor.

Érame tu voz amable,
Sin inspirarme arrebato,
Érame tu aspecto grato,
Sin llegarme á enardecer.

Sin inquietud enojosa,
   Sin delirante alegría,
   Seguro de mí, bebia
   En la copa del placer.

Tal Favonio lentamente,
   Bate la selva enramada,
   Y el ténue murmurio agrada
   Al sereno espectador.
Tal con pacífica lumbre
   Brilla la triforme diosa
   Y tal de Triton la esposa
   Despliega su leve albor.

Pero despues que has pasado
   Los trabajos de Lucina,
   Otro afecto me domina
   En que es mas noble el gozar.
Parece que mi ser todo
   Al tuyo se ha transferido,
   Y que en él se ha confundido,
   Como la lluvia en el mar.

Solícito por tu vida,
   Por tu salud y reposo,
   Con un cuidado sabroso
   Sin cesar busco tu bien.
De mi pecho los afanes
   Son afanes de tu pecho,
   Y en el cambio mas estrecho
   Tu dicha es mia tambien.

Cada pena que tú sufres
   Te hace mas cara á mi vista,
   Y es una nueva conquista
   Que te cede mi razon.
Y cuando endulzar consigo
   Algun dolor que te aqueja,
   En mí tu gozo refleja,
   Y enciende mi corazon.

La imágen por él formada
   Mira el pintor encantado,
   Porque en ella ha colocado
   Su trabajo y su saber;

Y el agricultor se alegra
Mirando la rubia espiga,
Porque en ella su fatiga
Coronada llega á ver.

Éstas, oh Roselia mia!
Son las leyes verdaderas,
Que el que crió las esferas
Dictó para nuestra paz.
Ni es mas el brillo lumbroso
De una pasion exaltada,
Que esa nube matizada
Por un reflejo fugaz.

Cuando en sus iris galanos
El ciego jóven se engria,
Verá su necia alegría
El viento desvanecer;
Mas nuestro fuego, suave
Como el fuego de la vida,
Sin aparato convida
A no fingido placer.

El amor que sirve al órden
No recela las mudanzas,
Que engañadas esperanzas
Quieren en vano evitar.
Sereno al mar Bétis lleva
Su raudal indeficiente,
Mas el rápido torrente
Debe al momento faltar.

Gocemos en tierno lazo
Los instantes fugitivos,
Y de afectos mas activos
No envidiemos la ilusion.
Primavera eterna haremos,
Sin que temamos contrario,
Ni con su hielo al Acuario,
Ni con su fuego al Leon.

CANTILENA.

Á Anarda.

Envidia tuvo Vénus
De mi gentil zagala,
Y quiere que Cupido
Se apreste á la venganza.

Al punto el dios flechero
Bate las prestas alas,
Y el aire centellea
Al fuego que derraman.

El arco poderoso,
Le suena á las espaldas;
El arco, que los cielos
Enciende en nuevas llamas.

Al pié de un bello mirto
Dormida encuentra á Anarda,
Y mas veloz que el rayo,
Desciende á castigarla.

Ya sobre el arco fiero
Flecha crüel prepara,
Y ya la cuerda encoge
Y ya la mano aparta,

Cuando del blando sueño
La ninfa se desata,
Y abre los bellos ojos,
Que el bosque todo inflaman.

Atónito Cupido,
Dejó caer la aljaba,
Y largo tiempo incierto
Mirándola se para.

Al fin vuela atrevido,
Y á la pastora abraza,
Y en ojos, boca y pecho
Sus labios embalsama;

Y del materno mirto
Tojiendo una guirnalda,
Las sienes hermosea
De la pastora ufana.

Es éste, dios altivo,
Tu enojo contra Anarda?
Tus iras y furores
Una beldad desarma?

Si así tus bellos ojos
Al mismo amor encantan,
¿Qué harán, zagala mia,
Qué harán, ay! en mi alma?

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

